Seix Barral

Gonzalo Contreras

El verano y toda su ira



El verano y toda su ira

Seix Barral Biblioteca Breve

Gonzalo Contreras

El verano y toda su ira

© 2025, Gonzalo Contreras
© 2025, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile.

ISBN: 978-956-6291-81-7
ISBN digital: 978-956-6291-84-8
Registro de Propiedad Intelectual: 2024-A-11021
Primera edición: enero de 2025

Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

Para Tere Enos,
que ya no está en este mundo

"Solo hay un mundo, y este es falso, cruel, contradictorio, seductor, sin sentido... Un mundo así construido es el verdadero mundo... Tenemos la necesidad de la mentira para alzarnos victoriosos sobre esta realidad, es decir, para vivir..."

F. NIETZSCHE. *ESCRITOS PÓSTUMOS*

"Solo como fenómeno estético se justifica la existencia".

F. NIETZSCHE. *El nacimiento de la tragedia*

"Con frecuencia no sabemos lo que deseamos o lo que tememos. Podemos acariciar un deseo durante años sin confesarlo ante nuestra conciencia, e incluso sin dejarlo asomar a nuestra conciencia clara, pues el entendimiento no ha de saber nada de él, ya que sufriría la opinión que tenemos de nosotros mismos".

A. SCHOPENHAUER. *El mundo como voluntad y representación*

PRIMERA PARTE

No se suponía que Bobby Serna muriera así, porque era Bobby Serna y no tendría nunca las agallas para pegarse un tiro en la sien. Soy de los que cree que para suicidarse hay que tenerlas, y lo que todo el mundo sabía de Bobby es que era un pusilánime o un intelectual o lo que sea que esa gente suponía que era ser un intelectual. Tal vez pensaran que fue la única manera que tuvo para romper con la escrupulosa discreción con que había pasado por este mundo, silencioso y ensimismado. Pobre Bobby, me decía, pobre Bobby, sin sentirme, la verdad, del todo sorprendido de que fuera él de entre todos nosotros el que se hubiera apresurado a tomar ese trágico puesto de avanzada. Solo yo sabía que había muerto un aventajado, el mejor de los hombres. En todo esto pensaba mientras manejaba por la autopista rumbo a Casablanca. No me sacaba de la cabeza al pobre Bobby y la pistola apuntando a su sien sin pensar en una forma de desquite, pero qué suicidio no lo es. Son muchos en el entorno del suicida los que han puesto de su parte en esos finales dramáticos con que el desdichado concita por una vez la atención sobre su persona. Como sea, es seguro que era la primera vez que Bobby daba tanto qué pensar y conseguía que esa familia renuente a las emociones se reuniera y volviera por esta vez sus pensamientos hacia él.

No fue fácil estacionar en la pequeña Plaza de Armas de Casablanca, atestada en sus cuatro costados por automóviles nuevos y relucientes, que a no ser por el funeral de aquel forastero no estarían ahí brillando al sol del mediodía como agentes intrusos en aquel paisaje rural. Los hombres en trajes de ciudad, elegantes, azules o grises, y las mujeres con vestidos oscuros a media pierna, algunas con sombreros y grandes anteojos de sol, cruzaban la plaza en diagonal a paso tan rápido como yo, sin detenerse a mirar nada de la rústica escenografía cívica de Casablanca. Por la pequeña muchedumbre que se agolpaba afuera de la iglesia, blanca, ingenua y ascética, con su torre puntiaguda y un viejo reloj en su cara

anterior, entendí que la ceremonia estaba lejos de comenzar. Me abrí paso como pude. Hacía calor y entre la multitud de cabelleras femeninas buscaba una en especial, esa de abundante pelo castaño rojizo, suavemente ondulado, que le caía a Moira hasta la mitad de la espalda. Ese pelo alborotado traía consigo a la memoria muchas Moira, ordenadas en perspectiva, ocupando distintos casilleros en el curso de las estaciones de esa vida que ahora mi memoria revisitaba.

Ya sin Bobby entre nosotros, mi lazo más fuerte con el pasado que se volvía de pronto tan presente era Moira Serna. Con Bobby, en justicia, tenía yo tantas deudas, y una, no la menos importante, era la de haberme llevado hasta Moira y sus hermanas o, como las llamábamos entonces, las "hermanitas" Serna. El diminutivo era la fanfarronada de los estúpidos adolescentes que fuimos, ya que cualquier cosa menos condescendencia era lo que despertaban en nosotros las Serna, un ramillete de bellezas que en aquel tiempo nos inspiraban admiración, inquietud y deseo.

Avancé entre la gente agolpada a la puerta de la iglesia sin conseguir dar con ningún rostro que me fuera familiar. Han pasado muchos años y es imposible no sentirse un extranjero entre tantos desconocidos. Una cabeza encanecida, y algo despeinada, que sobresalía, era la de Roberto Serna, el padre de la hermosa camada. Y debía ser él, por la proximidad a los altos cirios que se elevaban junto a un ataúd aún invisible para mí.

Con Moira nos habíamos visto a lo largo de los años, nunca dejamos de saber el uno del otro, la mutua curiosidad se había obstinado en persistir. Cuando temía que, por la distancia o algunos largos silencios o el tiempo transcurrido, nos disolveríamos ambos en el olvido, Moira se encargaba de batir las alas y acortar esas distancias y recordarme que teníamos cosas que decirnos. Era extraño ese intento, débil por cierto, de no romper nunca con nuestro pasado, seguros de que contenía algo verdaderamente precioso. Con la muerte de Bobby había pensado mucho en eso los últimos días, en el precio de ese pasado.

Logré abrirme paso y pude por fin ver a Moira. Inclinaba la cabeza en el hombro de su padre y susurrándole algo en el oído se dirigía

ahora con sus pasos largos hacia una puerta lateral de lo que debía ser una sacristía. Cuando volvió a su lugar lo hizo cabizbaja, por lo que el pelo le tapaba la cara. Con su vestido negro abierto en la espalda, veía desde ahí la piel tersa asaltada por dos espléndidos omóplatos, la línea de las vértebras me habían sido un tiempo un territorio tan conocido que era como si mis dedos la palparan. La que quedaba a su derecha debía ser Ofelia, junto a esta, Olga, y Vanessa, inconfundible, alta y rubia, la que continuaba, en la punta de la banca con Pilar, envuelta en un suntuoso caftán rojo, con Raimundo Serrano, su marido, al lado derecho de ella, vestido de impecable gris.

En ese momento, sonaron en la nave de la iglesia las primeras armonías de "Shine on You Crazy Diamond" de Pink Floyd, y sentí un escalofrío, a la vez que supe que no podía ser sino idea de Moira. Hasta ahí no había pensado en lo magnífica que sonaba esa música en una iglesia. Moira seguía cabizbaja y yo hubiera querido poder ver ese rostro. Estuve de pie todo lo que duró la ceremonia, apoyado en una columna de la nave lateral.

El sacerdote dijo solo verdades del pobre Bobby, que era bueno y manso, que nunca hizo daño a nadie, que fue querido por cuantos lo conocieron, que dejaba este mundo sin ningún reproche, salvo, claro, el haberse anticipado a la mano del Señor. Mientras el cura hablaba, los hombres se aclaraban la garganta, incómodos, y algunas mujeres lloraban muy tímidamente. En la primera fila, la de la familia directa, aparentemente, se mantenían impertérritos, salvo Moira. Estaba ahora con la cabeza erguida, no se movió durante todo el sermón ni se giró en ningún momento a mirar a su alrededor. No sé cómo se puede advertir, vista de espaldas, a alguien impaciente, y me parecía que Moira lo estaba. Impaciente por estar lejos de ahí, por escapar de los protocolos del ritual fúnebre y huir a una colina lejana donde llorar a Bobby a solas. Demasiados intermediarios entre el ceremonial y su pena, lo adivinaba mirando sus hombros rectos, altos y ahora algo encogidos por las manos tomadas adelante. Había una cierta majestad en Moira vista de espaldas. De frente no lo era menos, con su cara alargada y, ahora con el tiempo, cuando se disponía a cumplir los cincuenta, algo

melancólica. De niña, con la cara más llena, era risueña. Cuando se le presentaba un desconocido, uno que no era un cualquiera, abría los ojos, te miraba de arriba abajo, primero seria y escrutadora, te sentías incómodo y desarmado, pero luego sonreía con un lado de la boca y te cerraba un ojo, y te dabas cuenta de que todo había sido una broma. Con ese solo gesto creías de inmediato que ya eras su amigo, pero estabas equivocado, te faltaban mil pasos todavía para llegar hasta ella, algo que sabrías más adelante.

La imagen de ese falso guiño cómplice corresponde a la primera vez que puse un pie en la casa de las Serna y me la encontré sola en el jardín. El gesto juguetón de los ojos que te decía que era una chica lista y que quería divertirse a tu costa. Treinta años es el tiempo que me separaba de esa visión original. Ahora la miraba de espaldas, un leve temblor en los hombros, su pelo rojo y la vista perdida en un punto indeterminado de la iglesia, silenciosa.

Respiré aliviado cuando todo hubo acabado. Hay algo opresivo en las misas fúnebres por muy querido que sea el muerto. Todo el mundo quiere escapar de ahí y volver a los signos materiales de la vida, al cielo, al sol, al verde de los árboles, a estirar los músculos porque la vida continúa allá afuera y debemos recordarlo; así es que fui de los primeros en salir a la calle, prender un cigarrillo y apostarme en la plaza para no verme envuelto en el barullo que suele hacerse en torno al féretro. El cortejo de hombres que llevaba las manillas del ataúd, entre los cuales debía haber estado yo, era precedido por Roberto Serna, el viejo Roberto Serna, ya un octogenario, aún robusto, pero quebrantado por la pena; tras él, un aturdido Cirilo seguido por los talones por su primo Alfonso. Era notorio que de sus cuatro hijas no le quedara más yerno que el marido de Olga.

Roberto Serna no estaba facultado para entender lo que había pasado; lo que hubiera ocurrido con su hijo, nunca lo entendería. Siempre sentí pena por el viejo Serna, o una irritada compasión, que creo la sentían todos. Alguna vez fue el hazmerreír de muchos, el marido burlado, abandonado por su esposa, engañado a vista de todo el mundo, de esa pequeña sociedad que él tanto rehuía. Si había sido el último en enterarse cuando "todo el mundo" lo sabía,

su problema era no conocer ese "mundo", esa sociedad, que era la de su mujer. Habría debido saber que a ese mundo no le importa verdaderamente la suerte de los demás como no sea para chismorrear un tiempo a costa de ellos, pero que muy pronto olvida todo, incluso lo más abyecto. Ese mundo nunca levantó una sombra de reproche hacia Pilar Müller y Raimundo Serrano, porque el mundo premia a los intrépidos y ninguna cuestión de orden moral le quita honores al transgresor que se sale con la suya. La sumisión ante el escarnio de Roberto Serna se hizo más amarga por la compañía de Blanca Rivas, su amiga desinteresada, acompañante discreta, que venía a reforzar el estigma de su derrota. A diferencia de Pilar y Serrano, Serna y "la señora Blanca", como la llamaban las hijas con un dejo de maldad, se habían conocido ya tarde en la vida, a la edad en que si el amor existe toma otra manera, más cercana a la gratitud, a la necesidad. Era otra cosa, difusa, torpe; para las hijas esa relación simplemente no existía. Como fuese, esa mujer no recibía ni el más mínimo afecto de parte del hombre al que hacía compañía. Cuando yo era muy joven, Serna era para mí un hombre bueno, pero cándido, y nunca lo pude asociar con la madre de sus hijos, me decía ahora viendo a Pilar, envuelta en su soberbio abrigo rojo, presidiendo el cortejo, rodeada de sus hijas y del brazo de su elegante marido. Moira iba tras ella, tan alta como su madre, en su vestido negro, un ramo de flores amarillas en la mano, y la mirada contrita. Vanessa iba a su lado con pañoleta de encaje negro cubriéndole el pelo, como las damas de antaño, envuelta en un vestido también negro, pero de una tela liviana, sin mangas, de cuello subido y muy ajustado, se diría casi un vestido de noche. Moira parecía más afectada que la mujer de hablar atropellado en el teléfono que me refirió a saltos los hechos en torno a la muerte de Bobby, dos noches atrás.

Cuando el ataúd fue subido a la carroza, el grupo se dispersó, Moira levantó por fin la mirada y me vio apostado en una punta de la plaza. Siempre ocurría así, ella me encontraba en el campo de su mirada; no es que me buscara, ocurría que el azar nos ponía a uno al alcance del otro, y creo que la mayoría de las veces, como desde jóvenes, a ella la reconfortaba saber que yo estaba cerca.

Una vez que Moira me hubo visto, detuvo por un momento sus ojos en mí, miró a lado y lado y atravesó la calle que nos separaba. Qué hermosa se veía, su silueta delgada, su cabellera pelirroja cayendo a los dos lados de la cara, casi cerrando su rostro, la demarcada línea de las cejas, con su vestido negro hasta la rodilla. Siempre me ha llamado la atención que las mujeres, no importa la ocasión, nunca pierden la oportunidad de homenajear sus piernas si las tienen bonitas como las de Moira. Llegó apresurada hasta mi lado, con la mirada turbada. En esos casos bizqueaba levemente.

—Me voy contigo —se limitó a decir, quitándome el cigarrillo y dándole ella una calada.

—Vamos —le dije yo, y caminamos hasta mi auto.

—¿Y Cirilo?

—Ese minibús se los lleva a todos. Van felices ahí —dijo indicando a una van blanca estacionada a un costado de la plaza y a una hilera de niños y adolescentes con chaqueta y corbata y vestidos glamorosos las niñas, todos agolpados en la puerta. Cuando Cirilo hizo el ademán de salirse de la fila y unirse a nosotros una vez que nos divisó cruzando la plaza en diagonal, ella le hizo un detente con la mano y lo envió de vuelta a la fila del bus. No fue nada cariñosa en su gesto, y tanto el niño como yo pudimos entender que Moira no estaba de humor. No era el ánimo adecuado a la circunstancia, pero era habitual en Moira que su humor no encajara con el tono requerido a la situación.

—¿Tenemos que ir tan rápido? —dije caminando a su lado.

—Estoy nerviosa, y agotada, además —respondió. Moira caminaba con mucha energía, con los brazos muy activos.

—Me imagino —me limité a decir. Para qué insistir con sacarle palabras cuando su pensamiento estaba en otra parte, varios pasos más adelante. Muy a menudo pensaba si la demasiada confianza que había entre nosotros no la facultaba para ser brusca como lo había sido ahora. Llegamos hasta mi auto, el que escogí del *rent a car*.

Seguimos el largo cortejo rumbo al cementerio.

—Dame un cigarro —dijo en un momento en el auto.

—Acabas de fumar uno.

—Ya te dije, estoy nerviosa. Mis hermanas son una nulidad y voy a tener mucho trabajo.

Le prendí yo mismo un cigarrillo y se lo pasé. Ella abrió la ventanilla y respiró profundo. Ya estábamos en el camino rural. Ni por un segundo se había vuelto hacia mí y miraba de un modo indeterminado los cercos junto al camino.

—No vi a Verónica, a Fito en cambio sí lo divisé —dije yo por decir algo.

Ella se demoró en contestar.

—Inexplicable, pero de esa se puede esperar lo que sea. Mejor que no haya venido. No me importa ella en lo más mínimo. Fito es otra cosa.

Verónica Bustos era la novia intermitente de Bobby, histórica los últimos diez años, pero a la vez ocasional, cuando él y ella coincidían en el mismo humor, cosa rara de ver. Fito es el hijo de ella. Durante nuestra última conversación Bobby la había mencionado solo para decir de un modo ambiguo que "estaba de viaje". No pregunté a dónde, pero imaginé que era otra toma de distancia, una más, emprendida por Verónica para alejarse de él.

—Después habrá un almuerzo en El Trébol, para la familia, y algunos pocos amigos, muy pocos. Estás invitado, tú sabes.

Yo guardaba silencio.

—Es como si fueras de la familia —dijo ella sin mucho calor.

—Lo sé —respondí.

—Lloré toda la noche —dijo de pronto, siempre mirando hacia afuera de la ventana.

—Yo casi no dormí, pasé toda la noche en vela pensando, en Bobby, en todos, en todos nosotros.

—También he pensado, no sabes cuánto —dijo con desaliento.

En ese momento nos adelantó a toda velocidad una Ford Ranger roja con una llamarada de fuego dibujada en el costado. Nos sobrepasó y también a la lenta carroza funeraria que llevaba la delantera, y se perdió en la recta.

—Ofelia —dijo ella apenas con un murmullo.

—¿La otra es la monja?

—Sí.

—¡Qué perseverancia!

—Nadie lo diría. Ya llevan cinco años. Y se aman. Un poco locas, claro —dijo con indiferencia echando el humo por la ventana.

La amiga de Ofelia Serna, la menor de todas, era Talita, una monja salvadoreña de la orden Discípulas de Jesús que había llegado al país como misionera. Antes había estado en África atendiendo a enfermos del ébola. Era una pocomam bastante bonita, menudita pero enérgica y que hablaba el pocomam con la misma suavidad enfática con que se manejaba en inglés. Las había visto apenas unas veces juntas y eran las más activas visitantes de El Trébol porque ambas se habían hecho cargo del cultivo de nogales, que explotaban con bastante éxito. Eran además la compañía más asidua del viejo Roberto Serna, una vez que este decidió recluirse en El Trébol a esperar su muerte. Por lo que sabía, el viejo Serna adoraba a la pocomam porque era monja, y católica, dado que no hubiera tolerado que la amiga íntima de su hija menor fuese evangélica, cosa que suponía eran todos los misioneros centroamericanos.

—¿No estaban en Stanford?

—Volvieron hace un rato —dijo, mientras seguía mirando por la ventana. Luego habló otra vez—: ¿Cómo supiste que estaban en Stanford?

—Bobby.

—Ahora sin Bobby ya no tendrás cómo saber de nosotras —dijo esta vez volviéndose con una sonrisa dolorosa.

—De tus hermanas ya no, más que lo que voy sabiendo por ti, que es muy poco. Bobby era muy observador, y muy chismoso, lo sabes mejor que yo, y muy gracioso, a veces.

—Sí, muy gracioso y muy pesado también —dijo en un tono que fue declinando hacia la pesadumbre.

—Podía ser cruel a veces, sí —dije yo para convenir en algo con ella.

—Cruel y chismoso —dijo ahora en un tono más alegre—. Pero ya no hay mucho que saber tampoco, ya no, las Serna no producimos historias interesantes —dijo recayendo en la melancolía de antes.

—Esa no te la crees.

—Sí que me la creo, la vida está muy gris y aburrida por aquí, lo siento por ti —dijo ella mientras yo miraba por el retrovisor a una jovencita en bicicleta que habíamos dejado atrás y que pedaleaba alegre y afanosamente en ese camino solitario flanqueado por una hilera de altos álamos y ahora invadido por la caravana fúnebre.

—No vine a divertirme —dije.

—Bien por ti, la diversión se acabó —dijo con inesperada dureza. No era el momento de inquirir qué quería decir con eso, pero iba más allá de la tristeza del momento, era otra cosa.

Se hizo un silencio durante un largo tramo del moroso avance del cortejo. La miré de perfil, reconcentrada como iba. Moira en ese momento, a un año de cumplir los cincuenta, era una mujer sola, guapa, independiente. Había tenido la menopausia, cosa que no la afectaba en nada, según propia confesión, y tomaba hormonas. Con su largo pelo castaño rojizo parecía muy joven, no representaba en nada su edad, halago que le era por lo demás indiferente. Había algo en su talante que hacía natural que a esa edad se encontrara sola. Era natural que ambos nos encontráramos solos. De pronto me miró y hubo el destello de una sonrisa en su mirada. Yo también le sonreí.

Me imagino que de no ir en el cortejo fúnebre Moira y yo habríamos tenido más cosas que decirnos, como ocurría siempre que estábamos a solas, pero como dos líneas que se bifurcan en perspectiva, de seguir en silencio quedaríamos los dos más separados aún, cada uno con sus propios pensamientos, hasta no poder romper el humor sombrío en que nos sumía la idea de la muerte que por primera vez en nuestras vidas nos pegaba tan cerca.

—Va a ser un largo día —dije para romper el silencio. Extendí el brazo y con una mano le corrí suavemente el pelo que tapaba su perfil.

—Ay, deja, no alcancé a teñirme, no tuve tiempo —dijo ella con algo de aflicción y con su mano separó la mía—. ¿Se me ven las canas? —agregó después de un momento.

—Nada, qué canas.

—Tampoco tengo tantas, no muchas. Es una lata tener que teñirte el pelo una vez al mes, si supieras lo que es.

—Por lo menos no estás pensando en dejarte el pelo gris, como vi varias en la iglesia.

—¡¿Estás loco?! Ni muerta, te echas diez años encima, y veinte, te hace una señora que pasó a mejor vida, es como bajar la cortina, cosa que no he pensado —dijo ahora con una leve sonrisa.

—¿No era que se acabó la diversión?

—La única diversión que me queda soy yo misma. Y no es demasiado divertido —dijo con desgana.

—¿La de adelante no es Olga? —pregunté.

—Sí, Olga.

—¿Mejoran las cosas entre tú y Juno?

—Ni bien ni mal, no nos llevamos, lo que es bastante, me ha dejado en paz, si se puede decir. Ahora, sin Bobby ella y Sergio también, imaginarás, se quedan con las llaves del reino.

—¿Tanto poder tiene ahora Olga? ¿Queda dueña y señora?

—Antes era el ama de llaves, ahora es la intendenta mayor. Se tomó el poder hace cosa de un mes.

Recordé, entonces, aquella última visita, el último encuentro con Bobby, en que me había hablado, creo que por primera vez, de las herencias en vida que estaba ejecutando el viejo Serna. A Bobby no le interesaba el dinero, como les ocurre a los que nunca les ha faltado, para él era un tema desagradable, cosa de mal gusto, pero el único hijo hombre debía pensar que a Serna no le quedaba mucho de vida. Es lo mismo que le había dicho su padre, con todas sus letras, que no le quedaba mucho y que sería él y no Olga el que tomaría las riendas de la empresa. Esa conversación había ocurrido unos quince días antes, y curiosamente me reveló su contenido recién la víspera de su suicidio. Lo vi mortificado, casi agraviado, por el presente griego que le hacía su progenitor, pero más que nada por el desconocimiento que demostraba su padre hacia él, que había huido de todos los compromisos terrenales, que había transitado por el estrecho sendero del desinterés material. Pero Bobby sabía también que ese desinterés era un lujo y, como todo lujo, se pagaba, y con dinero, y hasta ahí había sido pagado con el de su padre. Solo recordarlo debía remorderle, debía rebelarlo. Era muy poco probable que Serna quisiera meter en vereda a su hijo único,

ya era muy tarde, pero tal vez era una manera de cobrarle, por su libertad, la que no había tenido él, que su hijo tributara alguna vez al esfuerzo que había hecho él a lo largo de su vida de trabajo. De eso hablamos, y lo habló como si se tratara de una propuesta violenta, una agresión de Roberto Serna, una forma de negarle su identidad. Fue una conversación extraña.

Moira no iba a tocar conmigo el asunto de las herencias del viejo Serna, de las que Bobby no había entrado en mayores detalles, aparte de lo que me había confiado, y es muy posible que ella, la más distraída de todas las hermanas, ignorara las disposiciones del padre respecto de su hermano.

—Queda algo así como la apoderada, mía y de mis hermanas. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Moira se refería, por supuesto, al asunto del suministro de las platas, la "mesada", como la llamaba ella.

—A mí que me registren, nada me puede importar menos. Más me revienta ver a mi cuñado tan contento —dijo después de un instante.

—Tu cuñado se frota las manos.

—Detrás de la cortina.

No imaginaba qué podía haber pasado en el lapso de dos meses entre la oferta gravosa que le había hecho Serna a Bobby y el ascenso final de Olga. Pero no era asunto mío.

En el pequeño cementerio las cosas fueron muy breves. Hubo apenas una corta oración del sacerdote junto a una fosa abierta en la tierra y el ataúd fue bajado y sepultado. Siempre es estremecedor oír el ruido de la tierra cayendo sobre la madera. Esta era nogal. Un lujo que Serna le dispensó al cuerpo de su hijo. En el corro junto a la fosa, Moira se abrazó a su Cirilo y lo tuvo estrechado por el hombro mientras duró la corta ceremonia. Yo estaba un poco más atrás, a pleno sol. En un momento Moira se volvió hacia mí y me hizo una seña. Yo acudí, y tomé también un puñado de tierra y lo arrojé sobre la tapa del ataúd, junto con eso saqué de mi bolsillo una edición de *Also sprach Zarathustra*, una de tapa de cuero edición de 1948, y lo deposité sobre la tierra que cubría el ataúd, antes que los sepultureros terminaran su faena. Era la misma edición que Bobby

llevaba consigo en su juramento junto a la roca de Surlej en el lago Silvaplana, en 1985, exactamente treinta y un años atrás. Creo que a Bobby le hubiera gustado.

Volví y esta vez me protegí bajo la sombra de un árbol. Desde ahí se veían las cimas de la cordillera de la Costa, los lomajes verdes y apacibles, un paisaje tan sereno que imaginé que Bobby estaría bien si su espíritu se dirigía hacia allá, que desde luego estaría mejor a cómo fue su paso por esta tierra.

Cuando todo hubo acabado, el grupo comenzó a dispersarse. Los hombres se quitaban las chaquetas, secaban sus frentes, y las mujeres batían sus abanicos mientras se dirigían a sus autos. Moira y Cirilo avanzaron hacia mí. El chico venía con una sonrisa en la boca y me dio un beso en la mejilla.

—Hola Renato —dijo junto con el abrazo, y noté cómo le había cambiado la voz, una inesperada voz ahora ronca, que no se correspondía con su delgadez extrema, con su cuello largo, su cara todavía de niño y los mismos saltones ojos azules de su padre.

—Cirilo querido —fueron mis pocas palabras. Luego nos echamos a andar los tres.

Lo conocí cuando recién caminaba, ese primer verano en que Moira retornó de Andorra con el niño de un año y algo, y aunque no fue en absoluto un verano feliz para Moira, para el chico fue un encuentro con el paraíso. Ese niño estaba tan contento en ese tibio campo de la zona central cercano al mar, que con el tiempo poco y nada quedaría del vínculo con Didier Prior, el instructor de esquí que lo había engendrado y no mucho más que eso. El chico fue bautizado como Cyril, pero su nombre con su llegada a Chile fue traducido para ahorrar complicaciones con la *r* francesa. Por entonces Moira estaba pasando uno de sus peores momentos, hundida en la catástrofe, o al menos así lo veía ella si tenía que aceptar que el padre de la criatura se reuniera con ellos como quería él en nombre de su hijo. Yo hubiera podido estar más cerca de Moira si ese comienzo de verano no me hubiese acompañado Irene, por entonces mi novia. Me aparecí por El Trébol ese 31 de diciembre de hace dieciséis años porque había recibido un llamado más bien agónico de Moira y ante la necesidad pensé que iba a ser bien

recibido sin importar mi compañía, y tal vez hubiera sido así si Irene no hubiera sido tan bonita. Se llevaron como el demonio con Moira y aunque yo traté de hacer como si nada pasara entre ellas, ni entonces ni después conseguí que las dos mujeres llegaran a algo parecido a congeniar. Desde ese verano, he seguido viendo a Cirilo de tanto en tanto lo mismo que a su madre, con una periódica distancia y creo que al final nos entendemos. Los problemas, o parte de los problemas de Moira con su hermana Olga son a causa de sus respectivos hijos únicos hombres, que compiten por un cierto mayorazgo entre los nietos del viejo Serna, con clara ventaja para Alfonso, primogénito de Olga y genio de la familia Varela Serna, en desmedro del pobre Cirilo, con sus problemas emocionales y su inclinación a las drogas. Si se puede ser bueno y algo estúpido, eso es Cirilo, con lo que tal disputa filial está para Moira perdida de antemano.

El niño silencioso que va a mi lado alguna vez me dijo, cuando tenía unos doce años, e Irene ya no estaba en este mundo, "¿y por qué no se casan tú y mi mamá?", con un tono que decía que no entendía que fuera de otra manera y que esa sería la solución a un problema más de él que de su madre. Aunque pude haberle dicho que su madre no necesariamente compartía la idea, le respondí cariñosamente algo consolador, que tendríamos toda una vida para que eso ocurriera. Y debía sentirme muy honrado con sus deseos hacia mí porque no le habían faltado figuras paternas, muy pasajeras, por cierto, pero ni siquiera Egon, que vendría después e hizo cuanto pudo por conseguir el cargo, resolvió el problema de su madre al que él buscaba solución. Le pregunté si le había ido bien en el colegio ese año, y se limitó a decirme "no hablemos de eso, ¿quieres?", a sabiendas de que yo podía estar al tanto de que casi no había ido a clases ese año.

Miro de reojo a Moira junto a mí, va pensativa y no ha escuchado siquiera ese retazo de diálogo que he mantenido con su hijo, o no ha querido escucharlo. Nos dirigimos hacia la puerta del encantador cementerio. Así de perfil, el pelo le tapa casi toda la cara y solo despunta el arco de los ojos y su perfecta nariz y esa sensación

inextinguible en ella de que mil cosas distintas combaten en su interior.

Una vez en El Trébol nos separamos. Unas largas mesas se han dispuesto para el almuerzo que será servido dentro de un rato. Un grupo de mujeres se ha internado en la casa para cambiar sus vestidos de luto y salir luego también en tropel con vistosos vestidos de primavera más apropiados para un alegre día de campo, que es como se presenta ahora el fin de las exequias. Diviso a Vanessa que desde el gigantesco macizo de hortensias azules que la ocultaban, aparece y cruza el prado en diagonal en dirección hacia mí, no sin detenerse a intercambiar palabras con unas amigas que la asaltaron viniendo de la casa en dirección a la piscina. En el léxico grecolatino de Moira, Vanessa es Venere, nombre arcaico de Afrodita y Venus. El golpe de gracia de Moira a su hermana. Lo peor es que lo sabe, y sostiene Vanessa que jamás le disputaría tal honor a Moira. Se acerca a mí con una copa en la mano y el gesto indolente, mientras los invitados comienzan a tomar asiento en las largas bancas que flanquean las largas mesas de campaña dispuestas en la zona de pasto que rodea la enorme piscina y que ordena todo el espacio del jardín en torno a ella. Las mujeres, con sus alados sombreros y sus escotes, sus abanicos, que van tomando con precaución asiento en las rústicas bancas más parecen dispuestas a una celebración.

—¡El turista está con nosotros! ¿Cuándo llegaste de la madre patria? —dice Vanessa al llegar hasta mí con una sonrisa. Lleva un vestido blanco estampado con unas flores violáceas, y está subida como siempre en unos altos zapatos de tacón, blancos también, que a nadie se le ocurriría usar en un día de campo. Nadie como ella para calzar los más altos tacones sin temor de sufrir un traspié. Es una suerte de funambulismo de pasarela el que manejan sus lindos tobillos.

—Llevo dos meses aquí, pero de incógnito.

—Muy guardado tu incógnito. Debías haber aparecido ya por aquí a presentar tus respetos.

—Le había encargado a Bobby que lo hiciera en mi nombre, que renovara mis votos. Moira también sabía, no sé si te había dicho algo.

Ante la mención de Bobby su rostro se ensombreció y pensé que con ello las ironías cesaban, pero ella se recompuso y volvió a la carga.

—Moira se guardó el secreto para ella. No sabía que estabas aquí. ¿Piensas quedarte un tiempo?

—Tal vez, nada seguro.

—El mismo de siempre. Ya te llegará tu hora —dijo Vanessa sonriente.

—Se te ve muy bien. Estás espléndida —le dije con toda sinceridad. Siempre me ha divertido conversar con Vanessa. Tal vez por el tipo de experiencias, por ser una rubia que se esmera en ser tonta sin serlo en absoluto, ocupa el segundo lugar de mis preferencias y es de las cuatro con la que uno menos arriesga. Quiero decir que con Vanessa no vas a tener nunca un problema, ya que la dispensa que de niña le ha otorgado su belleza la ha mantenido apartada del mundo, como si este fuera un teatro donde se representaban solo obras ligeras en las que no existe la maldad, ni siquiera la propia, que hay unas piezas con finales más tristes que otras, más por la falta de alegría de los actores que por un libreto maligno. Esa disposición le ha ahorrado tener que dar una buena cantidad de explicaciones.

Sus ojos habían brillado y sonrió con toda su bella dentadura.

—Si el mundo supiera eso —dijo sin abandonar la sonrisa.

—El mundo lo sabe, pierde cuidado.

—No lo saben los indicados. Ah, y más tarde quiero hablarte de ese asunto tuyo, esa profesión despreciable que tienes ahora. ¿Me darás unos minutos?

—No es una profesión precisamente, es un juego, y como juego que es no puede ser despreciable. Te daré todos los minutos del mundo.

—No esperaba menos de ti —dijo llevándose dos dedos a la boca y tocando luego mi mejilla, y hecho eso, se marchó.

El viejo Serna había tomado la cabecera de una de las mesas, flanqueado por Olga y Sergio Varela, y por sus nietos. Serna era todavía un hombre fornido, un poco cetrino, la cara caballuna, la frente alta, los párpados ya flojos. Una foto de los sesenta que está

hasta ahora en la mesa de entrada lo muestran junto a un Ford del año, con un bigote que ya no lleva, en camisa blanca y corbata delgada, bastante espigado, con un rostro enérgico y una mirada que quiere ser desafiante pero que carece de verdadera convicción. Algo en esa mirada se retrae hacia su interior. Serna se convirtió en un hombre moderadamente rico con la importación en los setenta de los primeros filtros de piscina Bestway. Era uno de esos hombres de acción que saben hacer dinero y en aquel tiempo no todas las piscinas estaban pintadas de azul calipso ni todas tenían filtro, particularmente los Bestway americanos, que por entonces eran todavía unos enormes motores ruidosos que se ocultaban bajo un cobertizo de madera, pero que se hicieron muy populares y no había una piscina que no tuviera uno de los filtros que traía Serna. Después, comenzó a construir también las piscinas, con lo que levantó un pequeño imperio en el ramo. De pronto me vio, y levantó una mano en señal de saludo, abrió su amplia sonrisa bonachona y me invitó a acercarme. Me dio un largo y estrecho abrazo. "Pobre muchacho, pobre muchacho", me susurró al oído con su voz gruesa. El viejo estaba quebrado. Luego se separó de mí y volvió la cara para que no le viera las lágrimas, o para no ser visto por su exmujer.

Pilar ocupaba una mesa paralela a la otra, pero en una posición secundaria, bajo la sombra de un mañío; se había quitado el amplio abrigo rojo con que había hecho luto durante las exequias de su hijo, y se mantenía como siempre, con su largo cuello, altiva, la mirada fría, con algo contrariado, porque nunca estaba conforme con la disposición de las cosas en torno a ella. O había mucha gente, o mucho sol, o mucho ruido, o no había tenido suerte con la compañía. Raimundo Serrano, su esposo, estaba en mangas de camisa, se había calzado un gran sombrero de pita y no se quitaba unos anteojos de sol, con lo que tenía el aspecto de un elegante rufián.

La historia de esos dos se remontaba a los doce años de Moira. Pilar había retomado una antigua y subrepticia relación con Raimundo Serrano y quemado sus naves. Nada pudo hacerla cambiar de parecer, desde luego no los ruegos del pobre Roberto Serna que debió conformarse a que su mujer se iba de sus manos,

desesperadamente tendidas hacia ella rogándole que no lo hiciera. El asunto más delicado fueron los niños, por cierto, y se acordó que Pilar se quedaría con las dos menores, Olga y Ofelia, mientras que Vanessa y Moira se quedaban con el padre, y se turnarían al pobre Bobby un mes cada uno. El acuerdo funcionó solo al principio. El primero en desertar de la casa de Serrano, que tenía dos hijos por su lado, fue el mismo Bobby, que prefirió estar al lado de su benevolente padre. Las dos menores, ya algo más grandes, siguieron sus pasos alegando que no se llevaban bien con los hijos de su padrastro cuando al par de salvajes les tocaba visitarlos, de modo que toda la prole acabó viviendo bajo el techo del padre. Era natural que así fuera. Comido por la culpa y la vergüenza, el viejo Serna era incapaz de establecer la menor disciplina o autoridad con sus hijos, por lo que la vida de los niños Serna transcurrió en un desahogado paraíso en el que no supieron de reglas ni obligaciones. Yo que venía de un hogar normal, estricto, conservador y aburrido, no podía sino sentir una envidia rabiosa por la libertad de que gozaba mi amigo Bobby y, en particular, por el paraíso delicuescente en que vivían él y sus hermanas.

No tenía muy claro dónde sentarme, hasta que advertí que Ofelia me hacía señas desde una mesa junto al molino de viento que flanqueaba el almendral, un poco más apartada de las otras, bajo un enorme castaño, junto a un extremo norte de la piscina. Ya estaban todos sentados, las mujeres con sus abanicos, y sus hombros desnudos, muchos de los hombres tocados con sombreros, los niños vestidos formalmente, hacían que el paisaje humano fuera el de esas bodas campestres en que los ánimos están dispuestos al exceso y al desenfreno hedonista. Era muy posible que ya muchos hubieran olvidado que una hora atrás habíamos asistido a un funeral y que se dispusieran para dentro de un rato empezar el baile una vez que el alcohol hiciera su trabajo. Pero yo sí pensaba en Bobby, en que cada uno de los rincones de ese campo sencillo, más recreativo que agrícola, donde había pasado muchas horas de mi juventud, me hablaban del difunto y que él mismo Bobby sentiría una gran curiosidad, carente de juicio crítico, acerca de lo que sucedía en las inmediatas horas luego de su funeral.

No me pareció una mala idea atender al llamado de Ofelia. Siempre tuve una cierta inclinación por ella, la más pequeña, que a mis veinte años era apenas una niña de diez que me miraba con una mezcla de admiración y suspicacia. Era una niña solitaria que coleccionaba insectos, que partía las almendras con los dientes, a la que le gustaba vivir arriba de los árboles y que contaba siempre con los brazos del amigo de Bobby para ayudarla a bajar a tierra. Más grande siempre nos llevamos bien, pese a que se convirtió en una personita muy seria, retraída pero voluntariosa, una aprendiz aventajada y dominante sobre todo en el manejo de las cosas de su padre; las ironías y chanzas no iban con ella, al menos hasta ahora, ya que el último tiempo, según informaciones familiares, desde que apareció Talita en su vida, había florecido y se mostraba incluso alegre, según lo que me refirió Moira. Más me gustó la invitación de la pequeña Deméter una vez que vi que a la misma mesa se sentaba Vanessa, que llegaba apresurada del interior de la casa.

La casa de El Trébol era de esas construcciones de fines de los sesenta, cuando el mundo se empecinaba en ser moderno, siguiendo las líneas del llamado International Style, que suponía que el pasado y toda tradición estaban por siempre enterrados y que vivíamos ya en el funcional y optimista futuro diseñado por el espíritu de la prosperidad fabril de aquellos años, que se expresaba en variaciones diversas de la Casa en la Cascada de Lloyd Wright, bajo la forma de líneas rectas, hormigón, el debut de los grandes ventanales, con abundante aluminio, madera y piedra. De piedra era también la chimenea y un bar con taburetes en un extremo del living, en el que había una colección de botellitas de licor en miniatura. Su falta de estilo era justamente su virtud, no debía recordar a nada, no evocaba nada. Según Bobby, la elección del arquitecto y el estilo fue uno de los grandes pasos en falso de Roberto Serna. Pilar, que nunca fue partidaria de hundirse en medio de un campo donde no había posibilidad ninguna de vida social como hubiera sido en la zona de Viña o Zapallar, aceptó de mala gana la situación de ese refugio campestre, pero hubiera querido al menos algo con más carácter, esto quiere decir más romántico, más en la línea de una villa europea, que denotara más imaginación, más

estilo y sobre todo más gasto. Su repudio a la casa, en la que no había tenido ninguna participación, apenas se disipó con el jardín donde su marido, a modo de compensación, la dejó hacer. Los jacarandás eran obra suya. Más atrás había entre los árboles una construcción de adobe original pintada de blanco a la cal que fuera una vieja lechería y a la que llamaban La Redonda a pesar de que era rectangular, y funcionaba una parte como bodegas y la otra como una inhóspita y ruinosa barraca con camarotes a donde arrojaban a alojar a las visitas masculinas, a la legión de amigos que visitaban en las vacaciones a las hermanas Serna, con el fin de hacerlos desistir de reincidir. En esa barraca pasé, seguramente, los años más felices de mi vida.

Me acerqué a la mesa y Vanessa se preocupó de hacerme un lugar en la banca entre ella y una mujer ya mayor que podía ser una tía o una amiga de Pilar. La mujer se apartó bastante para dejarme lugar o más bien para alejarse de la punta de la mesa donde se encontraban Ofelia y Talita, ya que no se sentía aparentemente cómoda con esa compañía.

—Qué bueno verte, Renato —dijo Ofelia levantándose apenas y tendiéndome una mano por encima de la mesa. Talita por su parte sonrió e hizo una inclinación de cabeza cerrando a la vez los ojos.

—¿Dos años, tres?, que no te veía y estás cada día mejor.

—Ella es Talita Céspedes —dijo, y Talita repitió el gesto anterior.

—Hola Talita, ya nos vimos una vez, muy a la pasada, pero he escuchado mucho de ti.

—Me imagino —respondió Ofelia con algo capcioso en sus negros ojos felinos. Ofelia llevaba por el luto un vestido negro cerrado en el cuello de estilo oriental y Talita una especie de túnica gris, sin mangas, cuya única forma estaba dada por un grueso cinturón de cuero ajustado a la cintura.

—Has escuchado cosas buenas, supongo —dijo de una manera sugerente. Parecía muy dueña de sí misma, lo que no quitaba que debiera hacer un esfuerzo para estarlo.

Las dos preguntas contenían algo de ansiedad de parte de Ofelia, ya que nos conocíamos de antes de estas últimas decisiones, cuando era una chica más bien corriente, tímida pero a la vez enérgica, que

tenía unos noviecitos bobos a los que maltrataba y le temían, y no pisaba todavía demasiado segura el terreno que recorrería con su evolución reciente.

—De las mejores, que vienen llegando de un curso en Stanford, llenas de honores.

Ofelia dudaba, desde luego, de mi sinceridad, pero eso carecía de toda importancia. Ella entendía que el respeto debido exigía consideraciones excepcionales y una de ellas era no indagar nada que no tuviera más que un palmo de profundidad.

—No tanto, yo sigo siendo una campesina. Nos hemos metido con Talita un poco en psicología transpersonal, *mindfulness*, todo eso, pero Talita te puede explicar mejor. Acuérdate de que soy una campesina, tanto que poco menos que me tenía que traducir los cursos, mi inglés es muy malo y Talita lo habla maravilloso —dijo ahora con alegría. No me quedó más que dirigir mi mirada a Talita, que había escuchado atenta y con los ojos muy abiertos. Ella me miró a su vez con sus ojos muy negros. Talita sí era una mujer seria. Tosió brevemente y habló:

—Sí, hemos hecho estudios de psicología transpersonal. A mí no me gusta tanto el *mindfulness* como concepto, tú sabes. Hicimos un diplomado en el Centro para la Investigación y la Educación en la Compasión y el Altruismo de Stanford. Es lo mejor en su área, de hecho, no se imparte más que en Stanford. Estuvimos seis meses ahí —terminó de decir en tono grave, mirando a su alrededor con cautela.

—La compasión y el altruismo, *amazing* —dijo Vanessa con indiferencia, acodada en la mesa, fumando un cigarrillo, oculta bajo unos enormes anteojos oscuros de sol, pero no las miraba a ellas, sino a una pareja de caballos descarriados que pastaban junto a la piscina. Era usual que Vanessa hablara así, para sí misma, y cometiera la indiscreción deliberada de decirlo en voz alta. Ofelia se irguió en su extremo de la mesa y miró a su amiga para medir en ella el efecto del comentario de su hermana mayor. Talita bajó los ojos, complacida, aceptando el reconocimiento. Solo entonces Ofelia esbozó una sonrisa, y miró otra vez a Talita con pasión, henchida de orgullo por su desempeño.

—Sí, es formidable —refrendé yo, para espantar toda sombra de ironía que pudo haber en el lánguido comentario de Vanessa.

—Qué hermoso —dijo la señora a mi derecha, que había escuchado el breve diálogo—. Qué espiritual...

—Ven conmigo, ayúdame con esos caballos —me dijo Vanessa poniéndose de pie e indicando a dos caballos que habían traspasado un portón abierto hacia el alfalfal, al sur de la casa, y venían atraídos por el agua de un antiguo estanque. Era una pareja de caballos viejos. Me puse de pie también y la seguí.

Debimos dar la vuelta por detrás de los setos que rodean la zona de la piscina hacia el alfalfal y meternos en el bosque a nuestras espaldas para ir hasta La Redonda a buscar unas riendas.

—Insufribles —me dijo en el camino—, y lo peor es que le han metido esas cosas en la cabeza a mi papá. El pobre viejo está haciendo meditación trascendental y rezando novenas, las dos cosas a la vez, ¿puedes creerlo?

—Te lo creo. Buena conciencia importada directamente de California.

—Y no se te ocurra contradecirla, a Ofelia, te puede morder.

—Y tan fácilmente impresionable que es papá Serna.

—Es un lavado de cabeza de esas dos brujas —dijo Vanessa. Las desavenencias entre la hermana mayor y la menor no eran de ahora, sino desde la adolescencia de Ofelia, y el reproche moral de esta a la mayor de las cuatro era por su frivolidad, reproche que se extendía en parte también a Moira.

—Tu padre nunca ha tenido la cabeza muy sucia. No veo qué podrían lavarle.

—Las pocas ideas que tiene en la cabeza —dijo ella con un largo suspiro.

Hacer escarnio del viejo Serna ya era un deporte en la familia, al que yo me sumaba sin mucha pasión ya que su suerte estaba demasiado echada, pero era la costumbre. Cuando estaba con las Serna, me ocurría sumirme en un amplio inventario de costumbres, de dulces atavismos, códigos implícitos, que eran parte del tejido de recuerdos que me unían a un pasado que, por solo ser tal, tenía algo reconfortante y evocador. Mientras más lejos en el tiempo me

encontraba de ese pasado, más gratificante era revivir los viejos ritos que habíamos practicado en la primera juventud, entre ellos la mofa compasiva hacia el pobre padre de familia. Vanessa caminaba con destreza, con largo pasos, calculados, con sus altos tacones en medio del pasto crecido. Para ello debía recogerse el vestido hasta más arriba de la rodilla, cosa que hacía con especial encanto, o habilidad, como si andar con tacones en terrenos agrestes fuera otra más de sus destrezas.

Volvimos con las riendas. Debimos salir del bosquecillo y rodear por atrás la zona del banquete. Algo más allá, se asaban dos corderos sacrificados para el almuerzo en honor de Bobby, operación que era vigilada ya por tradición por Sergio Varela, que se echaba aire con un abanico de su esposa. Nos vio pasar en silencio y volvió a lo suyo. En eso se nos sumó Olimpia, la pastora australiana de Moira, revoloteando en torno a nosotros, levantando ansiosa el hocico y moviendo la cola, adivinando que si seguía nuestros pasos llegaría a alguna parte. Estaba vieja la pobre Olimpia y ya desde antes se la llamaba la vieja Olimpia, antes de que comenzara a perder la vista y que las pupilas se le tiñeran de un gris celeste, glauco, un tipo de ceguera homérica. Más allá, junto a la piscina, unos queltehues se paseaban circunspectos por el pasto y Olimpia emprendió un conato de carrera hacia ellos, pero los pájaros echaron indiferentes el vuelo y la pobre perrita se quedó mirando al cielo con los ojos vacíos. Llegamos hasta los caballos. El banquete quedaba a nuestras espaldas, y se oía la masa del rumor festivo de las voces.

—Aquí está el Caluga y la Mariposa. Tú te llevas a la Mariposa, ¿okey? Es más tranquila. Yo me llevo al Caluga que es más malas pulgas. Ven aquí, precioso —dijo ella acercándose al viejo alazán que le entregó dócil el hocico. Yo hice lo mismo con la Mariposa, una linda yegua colorada que también me ofreció su hocico a la rienda. Olimpia no tenía mucho trabajo ahí y miró respetuosa la faena.

—¿La tienes?

—La tengo.

Y volvimos rodeando otra vez por el camino externo al jardín que iba hacia la plantación y pasaba por fuera de La Redonda, llevando a

los caballos que caminaban muy mansos tras nosotros.

—¿Cómo has visto a Moira? —me preguntó de pronto.

—No sé, ¿triste, distraída, reconcentrada, ausente? Todas esas cosas. Pero nunca es muy distinta a eso.

Imaginaba que la curiosidad de Vanessa por el estado de su hermana se refería a los posibles efectos en ella por la reciente huida de Egon, de la cual Moira estaba impedida de hacer públicas las razones. A los ojos de Vanessa debía ser otra traición masculina a una Serna, como lo había sido en su caso la de Javier Martel. Suponía que podía yo entregarle mayor información acerca del asunto o del ánimo de su hermana, pero entendía que el relato que me había hecho Moira en nuestro primer encuentro luego de mi llegada a Chile era confidencial por lo bochornoso. La comunicación entre las hermanas no era de las mejores y más aún si de confesiones de derrotas se trataba. No era encomiable que las dos hubieran despachado dos segundos matrimonios, con lo que, aunque no lo quisieran, el lazo filial se revelaba más poderoso que lo que ninguna de las dos pudiera imaginar, y al mismo tiempo tan sincrónico como si ambas compartieran los estragos del tiempo y el mismo reloj biológico, el de la fatalidad. Moira se rebelaba ante su propia fatalidad con una estrategia, creo, distinta a la de Vanessa.

—Egon me parecía serio —dijo después de un momento—. Aunque nada de lo de Moira es demasiado serio, esta vez pensé que iba en serio.

Yo estaba obligado a callar. Entendía que "serio" para Vanessa era la absoluta falta de sentido del humor de su reciente excuñado.

—La vida va siempre en serio, me parece —respondí yo—. Cualquier decisión es seria, como sea al final pagas una cuenta.

—Mira quién lo dice —dijo ella con una sonrisa.

Yo callé y me volví a mirarla, ella me miró a su vez. Nuestros ojos se cruzaron. Se sobresaltó.

—Perdón —dijo a continuación, y se pasó la mano por el pelo y resopló, un gesto muy de ella.

Ocurría que se le había venido Irene a la memoria y su último comentario le pareció inapropiado. Ella había sentido la muerte de

Irene desde esa bondad inmanente pero poco perceptible que era la de Vanessa.

—No quise decir eso —continuó, compungida.

—Está bien, entiendo. Si no fuera por Irene yo no te resultaría serio.

—Tampoco quise decir eso.

—Y tal vez no lo sería.

Ella se quedó pensando un momento. Me miró con agudeza.

—Sí, es verdad, tal vez no lo serías —fue su respuesta, ya nada jocosa. Empujó al Caluga que lanzó un bufido antes de meter la cabeza en el cubículo.

Yo hice lo propio con la Mariposa, que era más dócil todavía, se metió con resignación en su cuadra y luego levantó la cabeza y me miró con sus desesperados ojos redondos y negros. Fue como una despedida.

Acabamos la operación y salimos.

—¿Tienen que dormir en una cuadra los caballos? —pregunté limpiándome las manos.

—Están viejos, los caballos viejos deben dormir en cuadras. No los puedes dejar sueltos, como a algunos caballeros de cierta edad —dijo cerrando ambas puertas. Nos encaminamos por el sendero bajo los árboles hacia el sector de la piscina de donde venía un bullicio sordo. Cruzó los brazos y caminó concentrada en el sendero que pisaba. Habló sin levantar la vista.

—¿Es serio cuando te dejan por una mocosa de treinta y algo? —dijo Vanessa con voz muy serena.

Yo estaba al tanto del hecho.

—Muy serio —fue mi respuesta caminando por el sendero al lado de ella, nuestros hombros se tocaban.

—Moira te quiere —aseguró Vanessa al cabo de un momento.

Era curioso como ella desplazaba sus problemas hacia los de su hermana, como si los suyos tuvieran una solución en otra jerarquía de cosas, y soluciones de otro orden.

—Yo también la quiero, somos buenos amigos, nos queremos, eso no es ningún misterio.

—Creo que tú la comprendes, el único que la comprende —dijo Vanessa apenas volviéndose, ya que iba dos pasos adelante.

—A veces sí a veces no, depende mucho de sus estados de ánimo y, como no hay continuidad, nunca sé si cuando me la encuentro me estoy llevando la mejor parte de uno de los malos o la peor de los buenos. La mejor parte todavía no me ha tocado. Pero tú sabes, voy y vengo, no tengo derecho a opinar.

—Siempre por la vida como turista —dijo ella, en un tono nada simpático.

—Pero un turista aplicado, he venido a honrar los lugares sagrados. Es un turismo de la memoria el que hago cada vez que me acerco a ustedes y no creas que no me da trabajo. ¿Por qué son tan poco felices las hermanas Serna? Me lo he preguntado siempre.

—Porque todos los planes se desarreglan, estúpido —respondió ella, pero esta vez con simpatía.

Eso yo lo sabía, que todos los planes se habían desarreglado. Algunos no tienen grandes motivos para estar insatisfechos porque no se ha esperado mucho de ellos ni han dado motivos de grandes reproches, pero de Moira se había esperado mucho, demasiado tal vez. Era bonita a su manera, resuelta, inteligente e insatisfecha, la más original de las Serna, desde luego. De muy jovencita Moira usaba una mini, unas botas más arriba de la rodilla y daba unas zancadas que debías apartarte de su camino. Qué no la esperaba a ella. Tan audaz y original era que nosotros, sus pretendientes de la primera juventud, retrocedimos con la certeza de que no estábamos a la altura del deslumbrante destino que le estaba reservado. Poco después ella se encargó de torcer ese destino cuando se gastó un par de años en las playas de Ecuador donde fue una de las primeras en plantar su tienda en Canoa, para saltar de los brazos de un surfista australiano a otro, y de donde volvió con la piel mate y un tinte amarillo en el pelo. Para entonces, Moira era ya inalcanzable para cualquiera y lo fue definitivamente cuando se le ocurrió refugiarse en Andorra con un instructor de *randonnée* a causa de una crisis existencial. Crisis existencial era un término de moda en esa época y podía significar cualquiera cosa, ataque de tedio, fastidio, demasiada holganza, confusión o irritabilidad extrema, y

una chica de casi treinta podía ser presa de todas. La crisis tomó otra forma cuando huyó de Andorra y volvió a Chile con un crío en brazos. Nada de eso estaba en los planes de nadie. ¿Por qué no se hizo un aborto? Es un misterio. Tal vez, más allá de los ojos azules, el hijo que resultó de todo aquello llevaba toda la carga de los terribles genes melancólicos de su progenitor. El mismo estupor de Vanessa ante la elección de Moira fue el mío, pero no está claro que en la elección de ella por Martel hubiera tenido más clarividencia que su hermana con el guía de montaña. Más confiable pareció en un principio Egon, el alemán de Osorno, más enérgico y de pocas palabras, como se supone es un estable y trabajador marido, de espíritu luterano, según se me informó, todo eso con mucho Brooks Brothers, desde las botas de goma a los abrigos de lana impermeables, carraspeos de garganta al hablar y estilo protector con su hijastro al que detestaba, sobre todo porque nunca pudo engañar al pobre Cirilo como lo hizo con su madre y el resto del elenco. Con él terminó de hundirse el *spa* en el Cajón del Maipo, el vivero, los animales, y todo ese parque que funcionó a saltos por algunos años, financiado al final con los dineros de papá Serna, mismos caudales que pagaban la línea Brooks Brothers del alemán, y a quien el dinero aun así no le pareció suficiente y metió la mano en unas cuentas que mejor hubieran estado lejos de su alcance. Moira tuvo la suerte de no ver nada de eso o sumar los factores a la inversa.

Todo esto son ideas sueltas, apreciaciones ligeras y pensadas a toda carrera. Algún día habré de detenerme y pensarlo con más calma, porque yo sé que la cosa es más seria de lo que se ve. Es el conjunto el que desalienta, y siempre me he preguntado qué hubiera ocurrido si todo ese tiempo yo hubiera estado más cerca de ella.

—¿Se supone que debo hacer algo? —dije a Vanessa. Caminábamos por un sendero abierto entre la oquedad de peumos, quillayes y boldos que rodean la zona de La Redonda antes de llegar al almendral. Olimpia, un poco más adelante, a cada tanto se detenía para mirarnos con sus ojos turbios y la cabeza torcida.

—No sé. No sé en qué estoy pensando, no pienso en ti para ella, no eres tú —respondió ella.

Ante eso, callé, por supuesto.

—Nada —continuó como si las palabras anteriores no fueran de ella—. Si tus planes son quedarte un tiempo, no te alejes demasiado, eso es todo, sería bueno que estuvieras cerca, tal vez te necesite —dijo al cabo de un momento.

—¿Quieres decir que ahora se conformaría conmigo? No tengo material de *second best*, eso lo sabrás, supongo.

—¡Un *second best*! No, no seas tonto, no pienso así.

—Probablemente tampoco *the first*. Nunca se me requirió para el cargo.

—No, no pienso en algo tan ambicioso. Olvida lo que te he dicho.

Caminamos un rato en silencio. Había en Vanessa desde hacía algunos años una especie de pesadumbre, muy parecida a la madurez, que le otorgaba un cierto atractivo, cierto cansancio en la mirada, un aire lejano, un escepticismo tranquilo, que te llevaba a una confianza amable con ella.

—¿Te acuerdas de que te dije que habláramos sobre ese asunto despreciable que te traes entre manos?

—Ya te dije, no es despreciable, es perfectamente consistente con mi teoría marxista de la plusvalía del trabajo.

—Sí sé todo eso, no me repitas esa cháchara, por favor.

—No pienso hacerlo y descarta que sea tu asesor financiero. No voy a jugar con tu plata, Vanessa.

Ella meditó por un momento.

—¿Qué rentabilidades has tenido? —preguntó con curiosidad.

—Algunos años hasta mil por ciento, eso en *bitcoin*, otras plataformas más recientes, han rendido más todavía. Pero ya te dije, ni lo pienses, al menos conmigo. Puedes perderlo todo. Se sabe poco de los *tokens*, están apenas empezando y no sabemos qué curso van a tomar, es muy arriesgado, puede que todo se venga abajo, en cualquier momento.

—Tú también puedes perderlo todo, bobo.

—Es distinto, yo lo hago por rebeldía, es simbólico, es mi rebelión contra el sistema financiero, por lo tanto, debo estar dispuesto a perderlo todo, si se entiende que la rebeldía siempre se castiga, estoy dispuesto. No pretendo que nadie entienda mi punto de vista.

Esta vez se volvió para mirarme.

—¿No te cansas de ti mismo?

Era improbable que Vanessa estuviera en aprietos económicos, Martel debía haberla dejado con algunas rentas, de seguro nada despreciables, después de todo la había repudiado y aun cuando Martel no lo fuera, iba por la vida de caballero. Como la más bonita de la casa, Vanessa era la hermana más cotizada de las Serna, la que con más suerte había coqueteado con el dinero. Cuando joven había tenido un pretendiente que estacionaba un BMW en la casa de El Vergel, un descapotable blanco que nos paralizaba de envidia y que ahuyentaba cualquier posible esperanza sobre la mayor de las Serna. Ese novio con descapotable fue el inicio de una carrera más o menos exitosa en el campo de los hombres adinerados que halagaron su espléndida figura. El capitalismo de Chicago estaba recién debutando, Thatcher ya hacía furor, pero el nuestro era un país todavía austero, introvertido, el dinero era escaso en aquella época y había que tener muy buen olfato para encontrarlo o para que el dinero te encontrara a ti. Vanessa ya poseía ese olfato. Y no tenía que ser tampoco muy imaginativa, el largo de sus piernas hacía todo el trabajo. Dado que era bonita y sobre todo atractiva, se suponía merecedora del mejor de los hombres y como no era lo suficientemente inteligente solo sabía medir al mejor de entre ellos según la escala más tangible, la del dinero. Otra escala no le hubiera parecido tan irrefutable sin pensar que se estaba perdiendo de algo. Como todos los deseos fácilmente satisfechos, Vanessa nunca llegó a valorar demasiado sus triunfos o, mejor dicho, a los agentes de esos triunfos, empresarios jóvenes y ricos, audaces lobos financieros, que dejaron a veces a sus esposas y familias para estar a la altura de la belleza de Vanessa Serna, con más o menos suerte para ellos. La suerte de Vanessa era inalterable, tanto que llegó a ser monótona. Tal vez llegó a amar, o algo parecido, a Alberto Giusti, un publicista argentino muy exitoso que lo dejó todo por ella, con la que tuvo a su único hijo y que terminó desbarrancando su auto por el camino de Farellones. O fue con él que ejerció al menos la compasión. Con los otros no tuvo ninguna, hasta que Javier Martel no tuvo ninguna con ella; la dejó por otra veinte años menor. De eso hacía un par de

años. Después, el recuerdo de Alberto Giusti, el publicista defenestrado, adquiriría dimensiones colosales. Se diría que lo lloraba todas las noches. Esas injurias de la vida no le han quitado del todo la sonrisa, se le ve fuerte todavía, pienso mientras la miro caminar hacia la zona abierta de la piscina.

—Moira debe estar odiándome —dijo con una mueca sarcástica.

Alguna vez Bobby me confió que se mantenía atento a cuando a sus hermanas se les acabara la suerte, que temía un "destino trágico para Vanessa, no sé, que le ocurra algo", no tanto como a Moira. Se refería a que algunos hombres la habían amado o pretendido con pasión, con demasiada, excesiva, no solo Alberto Giusti, sino otros seres menores que obsesionados por el trofeo tocaron a su puerta con innecesario estruendo. Con lo de Giusti, que por celos se arrojó con su Porsche al barranco, la tragedia había pasado rozando por su lado, pero apenas alcanzó a agitarle su rubio pelo. Con una suave pasada de mano lo volvió a su lugar. Casi sin excepción, el enemigo de esos hombres adinerados y elementales que la admiraron y desearon, fueron los celos, los que Vanessa alimentaba solo con su inadvertencia. Para cuando Bobby dijo aquello la prevención era inútil, ya nada podría ocurrirle a la hermosa Venere; poco después se casaría con Javier Martel, y con este su carrera estaba finalizando como esos otoños prematuros en que caen las primeras hojas. Tal vez por eso las dos hermanas el último tiempo habían arreglado las cosas. Si bien nunca hubo una competencia abierta, además de que querían cosas diferentes, por lo que la envidia no las alcanzaba, eran las dos mujeres despiertas en las que el desdén o la indiferencia mutua actuaban como una fuerza activa. El estilo de sus respectivos amantes o maridos hacía imposible que una se hubiera interesado siquiera en los de la otra, si es que no les producían desdenes equivalentes. Y en eso no se equivocaban, lo que naturalmente separó las aguas. Con la madurez, de años al menos, con las esperanzas mitigadas, estaban terminando ambas por aceptarse, lo que explicaba que Vanessa estuviera tan preocupada por el bienestar de su hermana, aunque no sabía si esa actitud condescendiente de Vanessa quería dejar establecida la catástrofe personal de Moira y así relegar a un segundo plano la suya.

Nos separamos al llegar a las inmediaciones de la reunión. Un gran murmullo escapaba de las mesas. Se hablaba más bien bajo, nada era preciso de decirse en voz muy alta. Moira me hacía señas y, aunque se había sentado ahora en la mesa de su padre, junto a Olga, Sergio Varela y sus hijos, me acerqué. Si fui recibido con frialdad, las circunstancias lo exigían. Olga me miró con sus grandes ojos negros desde la punta de la mesa. Me sonrió. Nuestras miradas atravesaron el largo camino de la larga mesa, pero ella al final bajó las pestañas, dando por concluido el contacto. Siempre era así; por un momento, Olga y yo cruzábamos miradas, quedábamos aislados de la multitud, me arrojaba su desaprobación y sus ojos volvían a sumarse al grupo. Olga me volvió a mirar muy fijamente mientras tomaba mi lugar al lado de Moira. Olga no mira, pasa revista. Te mira de arriba abajo, una mirada que pretende ser astuta y mundana pero no es más que inquisidora. Tiene con el mundo una compasión irritada porque los demás no llevan la misma vida que ella y su marido. Una vez en la Costa Brava creí que la bonita recepcionista de un hotel en Valencia era ella, la piel tan blanca, los ojos café almendrados, los bonitos dientes, el pelo castaño muy tomado. Ahora con su vestido color esmeralda y sus aros, era otra vez la recepcionista de la Costa Brava, solo que unos años mayor y no tan gentil como aquella. Olga Serna decidió muy joven ser señora de Varela y de eso no podía arrepentirse porque no tendría imaginación para otra cosa y sospechaba que los demás sí la tenían. Había sido una aprendiz aventajada que decidió torcer su camino y casarse con un abogado que la llenó de hijos. Era el mudo tributo a ese único y solitario asalto que sostuvimos en nuestra juventud, aunque Olga quisiera olvidarlo. Si hubiese querido, Olga pudo ser una aventurera, si pensaba en nuestro temprano y furtivo encuentro en la casa de adobe. Aquella vez, luego de buscar juntos en la espesura un gato perdido con ayuda de una linterna, lo que la llevó a tomarse de mi mano, terminé besándome con la hermanita menor de Moira, que tenía diecisiete años. Luego dijo “ya que estamos en esto”, se abrió la blusa y me mostró desafiante sus pechos, como supongo imaginaba o había visto hacer en las películas o a sus dos hermanas mayores. Eran blancos, perfectos, hermosos, el atributo

de su cuerpo que sabía podía exhibir segura de su resultado y en que suponía, con cierta razón, superaba a sus hermanas. Cuando acabamos la faena en un cuarto trasero de la casa de El Trébol y se componía las ropas me dijo terminante con un par de ojos de acero: "Quiero que sepas que sigo siendo virgen. ¿Te queda claro?". En aquella tarde remota yo asentí a su dictado, qué otra cosa podía hacer.

Frente a una copa de vino, Roberto Serna, pese a toda la vitalidad de su fuerte complexión, estaba abatido, los hombros derrotados. Con la mirada apagada, apenas me hizo una inclinación de cabeza una vez que me senté. Bobby era el hijo favorito solo por ser el único hombre. Había puesto en él un buen número de esperanzas, todas muy concretas, fáciles de llevar a cabo, todas defraudadas. Bobby se encargó de no cumplir ninguna de ellas, y de realizar las suyas. Varela me había sonreído con un lado de la boca. Nunca he entendido que halla de gracioso en mí. Tal vez que no haya triunfado como él, que no haya sabido hacerme útil. Él es el hombre útil, particularmente a su mujer y a su suegro. Le lleva sus cosas, es su consejero, casi su ayuda de cámara. Con los años, Varela ha echado una importante papada, se ha redondeado, ya no quedan ángulos en su fisonomía, tiene una barriga satisfecha y ha perdido la mitad del pelo. Suponía que los hombres prósperos debían ser gruesos y arrellanarse en los sillones como él lo hacía, con una indolencia que rozaba la grosería. Con Olga formaban una unidad indestructible. Muy conscientes de sí, de su respetabilidad, de su confortable situación económica, se consideraban a sí mismos como un mobiliario costoso, tradicional, de un gusto clásico, que nunca desentonaría, así cambiaran las épocas porque hay clásicos que nunca pierden su valor, como ellos mismos.

Creo que Moira se sintió más cómoda una vez que me senté a su lado. Cirilo estaba mortalmente aburrido.

—Papá, come algo —dijo Olga apuntando al plato de cordero que tenía delante su padre. Roberto Serna se había aflojado el nudo de la corbata. Era un hombre abrumado que todavía no llegaba a ordenar lo que había ocurrido en su vida. Desde que se había cubierto el ataúd con tierra e hizo el camino de regreso con Olga

llevándolo del brazo, el viejo Serna se había derrumbado, estaba arrasado, como si una tormenta se lo hubiera llevado todo a su paso y por delante no hubiera más que ruinas. Aturdido, miraba lejos hacia un punto distante sin ver nada. Olga y Varela ya habían desistido de hablarle y se miraban incómodos entre sí, como temiendo que su espíritu lo hubiera abandonado. Moira acariciaba a Olimpia que había subido dos patas y recostado la cabeza en su falda. A cada tanto levantaba los ojos y miraba a su padre en la punta de la mesa. De pronto la mirada de Serna cobró algo de inteligencia y se volvió hacia mí.

—Quiero pedirte un favor, Renato —dijo con una voz cansada y manteniendo la mirada.

—El que usted quiera —respondí.

Los ojos de los demás se volvieron al unísono hacia mí.

—Quería pedirte... que te hicieras cargo de los papeles de Bobby, son muchos... Hay que clasificarlos, y una vez...

—Yo entiendo de eso —saltó Sergio Varela—, yo puedo verlos, es parte de mi trabajo.

Serna se volvió pesadamente hacia él.

—No, no es tu trabajo, quién te dijo que tú sabes de eso, tú no entenderías nada de los papeles de Bobby —dijo el viejo Serna recobrando vitalidad por la vía del regaño.

Reservarse el modo degradante para con su ayudante de campo demasiado obsequioso era una de las licencias que se guardaba Serna en el trato habitual con su único yerno. El yerno me dirigió la mirada más aviesa que su rudimentario repertorio de emociones le permitía. En ocasiones, cuando alguien lo sacaba de sus casillas Varela parecía tan torpe como un mal actor de película antigua.

—Bobby era un filósofo —terminó de decir pesadamente el viejo Serna zanjando la cuestión en lo relativo al yerno.

Podía entender la animosidad de Varela, que había sido compañero en la escuela de derecho de Bobby antes que su cuñado. En la época de estudiantes con Bobby nos habíamos hecho discípulos, no sé si sea el vocablo correcto, de Nietzsche y Schopenhauer; Bobby más fiel al primero, yo al segundo. Para Bobby, a los dieciocho años, era una cuestión de vida o muerte, mientras que para mí, no puedo

negarlo, el perfil del viejo Schopenhauer no dejaba de resultarme atractivo. Mientras que la doctrina del superhombre, la elevación de la conciencia, el pensamiento audaz y la elaboración de una moral propia, arrobaba el alma del bueno de Bobby, la idea del viejo Arturo de que el trabajo era la principal condena del hombre me iluminó como un relámpago y me tomó el seso. Sacamos de la lectura y de nuestros filósofos de cabecera lo que convenía a nuestros propios programas; quién puede decir que hace lo contrario. Bobby era más idealista y romántico, mientras que el pragmatismo y el pesimismo racional del segundo me resultaba tan seductor como el demonio mismo. Preparábamos así nuestras primeras armas para la vida. Varela, por supuesto, quedaba fuera de estas disquisiciones, más preocupado de hacer el camino más corto de todos, cortejar a una heredera, la tercera hija de Roberto Serna. Varela me consideraba un filósofo aficionado y a Bobby un soñador pusilánime carente de ambición. A Varela le excitaba la idea de que nos estaba llevando la delantera y que, antes de que nos diéramos cuenta, él tendría una posición, un trabajo bien remunerado, por el suegro claro está, un hogar confortable, familia e hijos, todo financiado por su familia política.

Segura de que el mayorazgo no sería ocupado por Bobby, Olga se mostró como la más inquieta por el futuro de piscinas Summerland, y contaba con que no encontraría mayor oposición en el resto de la descendencia a que ocupara esa vacancia familiar. Ese desplazamiento de Olga hasta quedar a la diestra del viejo Serna en los negocios fue sigiloso e invisible.

—Bobby escribió mucho, papeles y después en su computador, y tal vez algo de eso tenga valor, yo no sé de esas cosas, pero no sé si Bobby querría que se hiciera cargo de eso la señora de la limpieza. Me gustaría si pudieras verlos tú Renato, y los clasificaras, y me hicieras un informe, algo así.

—Lo haré encantado —fue mi respuesta.

—Moira te puede ayudar en eso. Ella te llevará a dónde están los papeles —agregó, ya cansado, y puso ambos codos sobre la mesa cerrando sus gruesas manos.

—Yo sé dónde está todo eso —dijo una lacónica Moira. Varela estaba demudado y Olga, nerviosa, me miraba con unos ojos muy abiertos, segura de que se estaba cometiendo un error conmigo.

Era evidente, al menos para mí que conocía el derrotero de su pensamiento, que los papeles de Bobby no contenían más que apuntes y notas, algunos pequeños ensayos un poco extravagantes y especulativos que eran el proyecto un poco *amateur* de mi cándido amigo por construirse algo así como una filosofía personal. La falta de ambición de Bobby, que era parte de esa filosofía personal, no consideraba concebir una obra teórica o un tratado de lo que fuera, sino apenas esparcir unas hojas sueltas en su pequeño jardín privado.

Y cuán privado era. Nadie, ninguno de los que estaban ahí, sentados a lo largo de esos extensos mesones de campo, que venían de asistir a sus exequias, sabía quién había sido verdaderamente Bobby Serna; ni lo sospecharon, apenas sí pudo vislumbrarlo y con cierta resistencia, Moira, su hermana favorita. Para los que no eran familia, Bobby había sido un inútil, un diletante consentido por la misericordia paterna, una exótica flor de invernadero, un ser parasitario y excéntrico que si no fuera por los recursos familiares habría vivido en la más horrible y merecida miseria. Ese era uno de los cargos irrefutables que se podían usar fácilmente en su contra, y difícil de refutar. Pude ver el anuncio de todo eso cuando fuimos compañeros en el colegio Marshall. Ese joven alto, muy delgado, de fino pelo castaño y mirada lánguida, pálido, reconcentrado y tímido, en extremo respetuoso, pero con algo de mórbido o vicioso a la vez, despectivo con algunos, que sentía una desmesurada pasión por Pink Floyd y The Doors, se distinguía del resto, seres burdos y rufianescos, entre los que me incluía; Bobby era como un jarrón de porcelana en el patio de una maestranza. Pero no fue necesario protegerlo del *bullying* que su figura podía suscitar, porque pese a su languidez le sobraba aplomo y, sobre todo, porque tenía un inmenso atractivo adicional, sus hermanas, cuatro chicas bonitas muy seguidas en una casa sin madre. Pero sería injusto decir que, en mi caso, mi interés por Bobby se debiera exclusivamente a sus hermanas y al afán de conseguir una invitación a su casa. Ese sujeto

misterioso e inescrutable tenía méritos propios y uno de ellos era no ser como el resto, y por lo mismo quise conocerlo. Puse mi empeño en ello, y lograr conocerlo ha sido de las cosas provechosas que he hecho en mi vida.

—Lo haré con mucho gusto —dije para cerrar el tema, pero Serna ya no me miraba, había vuelto a posar sus ojos en algún punto que estaba más allá de nosotros, mientras Olga me dirigía otra mirada hostil.

Es seguro que Olga temía que alguien hallara papeles indiscretos, una suerte de memoria o bitácora familiar que hubiera escrito Bobby y que pudiese caer en manos extrañas, en este caso las mías. Yo sabía que los papeles no contenían nada de eso, porque conocía algunas de las notas y hasta ahí no tocaba cuestiones familiares. Bobby había cedido a Olga sin oponer impedimento alguno, más bien con complacencia, el lugar que le correspondía a él a la derecha de Serna, y no se había preguntado tampoco cuánta energía había gastado para conseguir ser ella su reemplazo. Aquella maniobra, la sucesiva toma de posiciones por parte de Olga, le había traído sobre todo alivio. La época dorada de Summerland, en que incluso se había convertido en sociedad anónima abierta, ya había pasado, pero seguía siendo una empresa próspera. Por otro lado, las doce hectáreas de nogales en El Trébol que manejaba Ofelia y que hoy día se exportaban al Asia, nogales que había plantado Serna hacía décadas casi como un pasatiempo, eran otra rama productiva familiar que había llegado a ser un ingreso considerable, cuestión de la que Bobby apenas tenía noticias. Todo eso lo ignoraba Bobby Serna de una forma más bien deliberada y vivió su vida sin saber a ciencia cierta cuál era el monto real de su futura herencia. Olga en cambio conocía ese monto.

—¿Los libros de Bobby, abuelo, quedan para mí, no es cierto? —dijo Alfonso, el primogénito de los Varela.

Este joven estaba en primer año de Derecho y sus padres sostenían que era un genio. Había una especie de adoración en torno a este chico del que se destacaba su talento más que nada porque hablaba con una corrección desusada para su edad. Se parecía algo al padre, pero tenía el mentón cuadrado de Olga.

—Son tuyos, amor —se apresuró a decir Olga interrumpiendo a su hijo—, eso ya está hablado.

—No es el momento —dijo Moira.

—¿Yo dije eso? ¿Cuándo dije eso? —irrumpió Roberto Serna, y miró escrutador a su hija, fijando en ella sus ojos acerados bajo sus tupidas cejas.

—Alguna vez dijo Bobby que su biblioteca pasaría a Alfonso —dijo Olga contrariada.

—No sabía nada de que alguna vez dijera eso —replicó un confundido Roberto Serna.

—Alfonso ha prometido ofrecer una misa por Bobby todos los 6 de enero —dijo Olga.

—Fue un 5, antes de ayer. Fue 5 —replicó Moira con voz cansada.

—Eso, los 5 —respondió Olga.

—No debieras fumar, tía, hace mal —le dijo Alfonso a Vanessa.

—La abuela también fuma y qué —dijo Cirilo levantando la vista hacia él. Alfonso se quedó pasmado un momento, y hubiera querido tal vez decir algo acerca de la abuela de ambos, que en la familia Varela no era muy querida —Olga era de todas las hijas la más severa con su madre—, pero se lo tragó con disgusto.

—La abuela es la abuela —fue su respuesta.

Cirilo miró a su primo con un gesto impávido, inclinando la cabeza hacia el lado, mientras, como una ejecutante secundaria al servicio de su hijo, Olga agitaba ahora airada su abanico, para hacernos ver cuánto le molestaba a ella el humo de los cigarrillos de Moira y mío. Ante eso Moira, con un gesto nervioso de la cabeza, ese ademán un poco brusco que usaba para llamar a otros a seguirla, como hacía con su hijo, me invitó a ponernos de pie. Su idea era largarse de ahí.

—Vamos, Olimpia —dijo ella con rudeza y nos echamos a andar precedidos por la pastora australiana. Pero al momento se volvió otra vez.

—¡Cirilo, vamos! —Y el chico se puso de pie lentamente y comenzó a seguirnos.

Aquello no tenía nada de raro. En general Moira no se quedaba mucho tiempo en el mismo lugar cuando se veía rodeada por la familia, como si una fuerza centrífuga la arrojara hacia las orillas.

—Juno no nos quiere mucho —dijo divertida Moira un poco más adelante.

—No sé si por separado, pero juntos no le gustamos.

—A ti sí que quisiera tenerte por separado.

—Olga es mi amor imposible.

—Siempre lo he sabido. ¿Sabes? Ya no será más Juno. Era Juno cuando se puso a tener críos, ahora tendría que ser...

—Némesis tal vez.

—No, está demasiado satisfecha de su vida para querer vengarse de nadie. Nadie es tan dichoso como ella. Además, ¿quién podría querer vengarse de mí?

—Siempre hay motivos, es cosa de encontrarlos.

—Que se joda. ¿Crees que tengan algún valor esos escritos? —me dijo y esta vez se volvió a mirarme.

Pensé un segundo. Nos dirigíamos hacia la casa. Los ventanales estaban abiertos y Olimpia se había anticipado y nos esperaba ya en el interior moviendo la cola. Antes de entrar nos detuvimos.

—No sé si valor, y para quién. Bobby era brillante...

—Eso lo sé —me interrumpió ella.

—No, no lo suficiente. Ninguno de nosotros tal vez lo sepa, Bobby era brillante y habrá que ver esos escritos, pero ese no es el asunto, el punto es a quién le importan hoy en día esas cosas. Eso sí que Bobby lo sabía.

Ella me escuchó con atención.

—A mí me importan. Quiero sacarme este vestido, no aguanto más.

Entramos a la casa.

* * *

Roberto Serna creía que los precursores del desarrollo económico de los sesenta, entre los que se contaba, eran todos hombres modernos y él suponía serlo pese a que no lo era de ningún modo. Aunque nunca se hubiese puesto a pensarlo, era de los que ignoraba que les convenía la tradición y las viejas costumbres, porque en el pasado

no existían estos nuevos desmanes en las familias, cuando las mujeres se quedaban en casa y no soñaban con amantes o en desplantes tales como pedir el divorcio. Pero como lo ignoraba, la casa había sido puesta como se estilaba en esos tiempos venturosos, muebles modernistas y supuestamente anatómicos, funcionales y futuristas, que habían envejecido horrible y quedaban como mudos testimonios de un mundo cuyas esperanzas periclitaron demasiado pronto. No así los cuadros que colgaban de las paredes, los de Toral, Matilde Pérez, Szsyzlo, y un Tapiès, que eran el gusto convencional de quien se había dado una vuelta por Nueva York y conocido el expresionismo abstracto sin disfrutarlo de veras. Pero había también una obra realista, muy realista y clásica, un retrato de Pilar de mediano formato apaisado, en vestido rojo, tirada sobre una *chaise longue*, encargado a un retratista ahora desconocido pero que estuvo de moda en su momento. El cuadro colgaba de un muro sobre el largo sillón de gamuza que ocupaba todo un flanco de la enorme sala, y no desentonaba junto a los otros; por el contrario, se veía tan magnífico como la modelo. Roberto Serna había tenido la deferencia de no retirar el cuadro luego del abandono de hogar de la exuberante musa. Después de todo, Pilar Müller fue lo mejor que le había pasado a Serna. De joven había sido una chica popular, campeona de natación estilo libre, primera ronda en Tokio 1966, que manejaba una Vespa, hermana de Alberto Müller, también nadador olímpico que había estado en Roma y Tokio, aunque tampoco viera una medalla y que ahora estaba alcohólico y en silla de ruedas; bonita, al decir de la gente de la época, que se había casado con el joven e industrioso Roberto Serna, un ingeniero promisorio, hombre franco y desinteresado, alto, corpulento, práctico, no cualquiera podía desdeñar a tal productor de seguridad y bienestar. Ni siquiera Pilar Müller, bonita y pobre, cuya familia era solo conocida por la vida de club y el deporte. Como sea, Pilar seguía presidiendo la amplia y luminosa sala, un poco desangelada, carente de cualquier espíritu hogareño. La moderna casa de El Trébol era como el hangar que guardaba a esos magníficos prototipos que eran las hermanitas Serna en su juventud.

La cara alargada de líneas definidas era de Roberto Serna, mientras que la nariz algo prominente y la frente alta que veía en el cuadro eran de Pilar y se replicaban en Moira. Mi mirada iba de la modelo del cuadro a la otra mientras esta se quitaba los zapatos una vez que se había tirado fatigada en un sillón negro. Levantó los ojos y me vio mirándola.

—Hace un rato te vi de caballerizo —me dijo con una sonrisa divertida.

—Sí, ayudé a Vanessa a guardar sus caballitos, si a eso te refieres con caballerizo.

—La reina Victoria se enamoró de su caballerizo, te lo advierto.

—La reina Victoria no es mi tipo.

Olimpia se había sentado junto a Moira, muy quieta, y las dos me miraban. Su dueña se había levantado el vestido hasta más arriba de la rodilla y masajeaba sus muslos cansados de tanto trajín del día.

—Claro que no, te gustan más jóvenes —dijo llena de intención.

Esos bruscos cambios de ánimo que le sobrevenían con sus propias apresuradas observaciones eran como un viento helado que exhalaba.

—Tú eres mi tipo, lo sabes —dije con simpleza.

—Sí, claro, tu españolita, ¿cuántos tiene?, ¿treinta y pico, como dicen ellos, o menos? Alguna vez me vas a confesar si estás enamorado o no...

—No, eso no te lo voy a decir nunca. No debes saberlo.

—¿Me ayudas con el vestido? El cierre de atrás es intratable.

Se puso de pie y se encaminó hacia la pieza.

—Ven —dijo apenas volviéndose.

La seguí por el corredor mientras ella cantaba:

—*You walked into the party / like you were walking onto a yacht...*

Si hubiera podido escoger ser otra en otra vida esa hubiera sido con seguridad Carly Simon.

Entró en el que fuera su dormitorio desde niña. La misma cama, el magnolio en la ventana, la placidez virginal del cuarto de una muchachita, el afiche de *Das Model* de Kraftwerk, la estantería con la colección de muñecas anteojudas Blythe, las cortinas floreadas, unos patines en un rincón, una capa de lluvia y unos largavistas

colgados de una percha. En esa pared de pintura descolorida, de un rosado desvaído, que parece fija en el tiempo, está la foto en tamaño póster, el pelo más ondulado, más claro por el efecto de la luz que rodea como un halo la cabellera de Moira, de dieciocho años, casi de perfil, mirando al lente con la cabeza torcida, los labios semiabiertos y desafiantes, la foto está ahí, como un ayudamemoria de que la mujer que se está desvistiendo tuvo en el pasado la belleza imposible de un ángel. Por un segundo en el arco de tiempo de la vida de Moira, esa belleza alguna vez existió. Moira no había querido mover nada de las chucherías de su adolescencia, no porque fuera un santuario de aquella edad, sino porque después de los veinte años había sido apenas una pasajera circunstancial en El Trébol, cosa que se encargaba de remarcar, según su decisión de mantenerse lo más lejos de esos orígenes familiares que, de ser posible, los hubiera cambiado por otros. Entró en la pieza ingrávida, como un espectro de sí misma, con su ajustado vestido negro. Me daba la espalda, miraba en torno a sí como si estuviera de visita en el hogar donde habitaba el espíritu de la muchacha que había sido. Yo me había quedado en el vano de la puerta. Sin volverse dijo, pero esta vez de un tono más imperativo:

—Ven. Ayúdame.

Yo hice lo que me pedía. Fui hasta ella. Con la ayuda de sus dos manos vueltas hacia la espalda como dos alas, levantó su pelo como una ola y dejó al descubierto su cuello. Su hermoso cuello. Con sumo cuidado bajé la cremallera hasta el nacimiento de la espalda, ella agitó los hombros, se sacudió el vestido, que cayó por su cuerpo, y se volvió. Nos besamos y luego nos amamos, en la misma cama con la colcha rosa, como una vez a los dieciocho años míos. En el amor era la misma que a esa edad. No me miraba, pero yo sí, mientras agitaba la cabeza a lado y lado, y cuando abría los ojos, era una mirada vacía la que arrojaba, antes como hoy. Luego de eso nos vestimos, en silencio. Qué mala idea. Yo lo sabía y ella también y por lo mismo debíamos haberlo evitado. El drama psíquico de la tela de araña, si te acercabas demasiado tenía que atraparte y destrozarte, según el principio de la aniquilación de la especie. Los arácnidos se

alimentan de los fluidos corporales de sus presas y así lo hemos hecho tantas veces Moira y yo.

Ella sacó de una pequeña maleta de viaje unos *jeans* y una blusa blanca. Mientras nos vestíamos nos mirábamos, a cada tanto. Por muy espaciados en el tiempo que fueran estos encuentros, la misma voz de otras ocasiones me decía qué error había cometido. No tanto por ceder a los caprichos de un alma vagabunda y hastiada, o por la parte de servidumbre que me tocaba, sino más allá, por constatar una vez más que no éramos el uno para el otro y que era inútil insistir por ese camino. Lo que acabábamos de llevar a cabo era el simulacro de una vieja obra que hace mucho ya han sacado de la cartelera.

La única contenta con que hubiera acabado la faena era Olimpia que movía la cola en medio de los dos, instándonos a ir afuera. Salimos de la casa en silencio.

Moira salió al aire libre arreglándose el cuello de la blusa. Tomó del suelo un trozo de madera y lo arrojó lejos, Olimpia corrió a atraparlo, y ella se echó a correr también alejándose de mí.

Con el paso de la tarde los jacarandás habían empalidecido, si tal cosa es posible. Esos jacarandás, devorada la energía del violeta por la luz abrasadora, eran una imagen que me volvía a otros días de otros veranos; habían sido plantados por Pilar, a Roberto Serna no se le hubiera ocurrido, lo mismo que los campos de lavandas que se veían allá muy atrás al fondo de la piscina. Obsesionada con el rojo, probaba con distintas tonalidades que derivaran de ese color, incluso con el que sería su jardín, aunque nunca llegara a ser suyo porque antes de que diera frutos ya se había largado con Serrano. Pilar había dejado tras de sí la extrañeza de un jardín de campo festoneado de ese árbol exótico más propio de las ciudades. El capricho de la madre de las Serna consiguió introducir una nota de extrañeza con ese color disonante entre las distintas tonalidades del verde de la flora nativa. También gracias a Pilar esa extrañeza se aplicaba a todas las Serna, a las hijas mujeres. Todas ellas estuvieron en su infancia, juntas y por separado, rodeadas del aura de la niña abandonada. En son de broma macabra llamaban Hester a su madre, ocurrencia de una precoz Ofelia cuando leyó a los trece

años *La letra escarlata*, sin pensar que todas ellas lo eran un poco, al menos para la sociedad santiaguina de ese tiempo. Para los que las pretendíamos era un estímulo más, porque las imaginábamos más liberales que las otras chicas de su clase, cosa que era así. ¿Por qué asociaba yo el violeta de los jacarandás con esa libertad de que gozaban las Serna? Porque escuchábamos "Burn" de Deep Purple tal vez, bajo esos mismos árboles mientras nadábamos algunas noches en la piscina, la casa entera para nosotros porque papá estaba en Santiago y la verdad es que él no quería saber lo que hacían sus hijas a sus espaldas. Lo sabía, y no quería verlo. Las amaba demasiado para contrariarlas, temía perder la gracia de sus veleidosas hijas. No habría sabido manejarlo. Olga y Ofelia no participaban activamente de las saturnales de sus hermanas mayores, pero eran espectadoras interesadas. A veces se ejercitaban, como Olga conmigo, pero más bien contemplaban extasiadas el desfile de hombres que llenaban la casa esos fines de semana sin padres. Por lo mismo, mi posición era inconfortable. Como "amigo de la casa", mi presencia se daba demasiado por descontada ante lo prometedor que resultaban otros recién llegados que tenían a su haber el beneficio de la novedad y algún abalorio como una moto Honda o un Fiat 600 o incluso un Austin Mini, la oferta de mi persona en su conjunto no era lo suficientemente persuasiva para conquistar a una chica de diecisiete como era el caso de Moira. Algunas veces me tocó hacer poco menos que de guía de esos recién llegados e indicarles dónde debían dejar las maletas en La Redonda. Entonces podía ocurrir que, en esos juegos nocturnos en la piscina, algunas veces debí contemplar, bajo los mismos jacarandás, en una silla de lona húmeda, una luz prendida en La Redonda donde debía estar Moira con el más guapo de los recién llegados de ese fin de semana. Para estar cerca de las Serna había que estar dispuesto a sufrir incontables humillaciones, perpetradas no de manera graciosa e inconsciente, sino premeditadamente, ya que nada de lo que hicieran no tenía como fin causar un efecto. El tiempo dictó que, si Moira iría siempre a buscar más allá de mí, yo haría lo mismo. Ya entonces me preparaba a partir, muy lejos, lejos de casa. Esa había sido mi historia temprana

con la mujer que ahora atravesaba el jardín con paso enérgico hacia La Redonda, un cigarrillo en la mano y seguida por la fiel Olimpia. Bien pensado, podía estar conforme con que las cosas hubieran ocurrido así. Qué hermosa figura tenía al día de hoy Moira Serna a sus cuarenta y nueve años.

Un alboroto en la piscina me sacó de mis pensamientos. Unos niños se habían tirado al agua y Pilar desde el borde les gritaba obligándolos a salir. Enfurecida, mientras los niños escapaban por el agua lejos de ella y unas madres jóvenes corrían a encontrarlos al otro costado. Los ojos de todos estaban puestos en ella. Alta, imponente, la antigua campeona de natación con su formidable estructura ósea, su melena rubia y su voz gruesa de fumadora debía parecerles un ser temible a los niños que escapaban de ella.

—¡Salgan de ahí! ¡Esto no es una *kermesse*! ¡Salgan de inmediato! —gritaba Pilar, temible, en muchos sentidos.

Bobby era el único en esa familia que no le temía. Como buen nietzscheano le preocupaba sentar que la cuestión de la construcción de la personalidad era una tarea de cada uno y que él no refería en ningún caso a derivaciones genéticas o a traumas de infancia. Sí le importaba que Pilar fuera elegante, como le importaba en la misma medida que su padre no lo fuera de ningún modo. Le bastaba con eso para sentirse remotamente afín a ella, lo que no acortaba tampoco la distancia, ni imprimía mayor calidez a la relación entre ambos. Más bien sentía una suerte de curiosidad, no sin un dejo de admiración, por la manera en que Pilar había resuelto hacer las cosas, lo que la ponía a ella, de alguna manera, del lado de los originales de este mundo. Eso sí le reconocía, el estilo, la decisión, el desdén por la sociedad, por el qué dirán, incluso el de sus propias hijas, por el paso que había dado. Cuando alguna vez ellas le reclamaron por lo inusual de sus nombres, Pilar les había respondido que no era su idea poblar el mundo con más Cecilias, Mónicas o Carolinas, que de ese tipo de señoritas ya había suficiente. Sus deseos se habían cumplido largamente, y no sé si al día de hoy estaba tan conforme con que sus hijas se hubieran desplazado tan lejos de la matriz.

Se decía, afuera de la familia —nunca lo escuché al interior y tampoco hay ninguna confirmación de ello pero es verosímil—, que cuando quedó esperando a Vanessa de Serrano, estando de novia y esposa inminente de Roberto Serna, este había aceptado la paternidad de la niña, que nacería con siete meses. Había sido un acto de abnegado amor el de su marido, y un acto de inmenso amor el de ella de seguir con él en reconocimiento, hasta que con los años el padre verdadero de Vanessa decidió romper su matrimonio y consumar un amor que había resistido a todas las pruebas, lo que convertía lo de Pilar y Serrano en una historia romántica casi ejemplar. Alguna vez hablamos de esto con Bobby, pero mi amigo no me siguió por ese camino, la conclusión le repugnaba, y se lo explicaba todo con que Serrano era muy guapo. Aunque llevaban veinte años casados, Bobby no le iba a dar ninguna jerarquía al "asunto" de su madre y Serrano, para él seguía siendo un *affaire*, lo que convenía a su punto de vista según el cual Pilar era una rebelde, una renegada y, aunque carente de valor intrínseco, una original. Según Moira, durante esas dos décadas, Roberto Serna no había conocido mujer como no fuera la señora Blanca, los últimos años, lo que era igual a no conocer ninguna. Había cultivado una extraña castidad, rara en un hombre de su juventud por ese entonces, rara en un industrial, en un hombre de acción que dadas sus energías bien pudo haber tomado mujer y haber cerrado el asunto con más dignidad. Renunció a darse una segunda oportunidad y salvo su industria y sus hijas no parecía haber otra cosa que llenara su vida. La de los Serna era una casa sin libros, sin política, sin arte, la única música que sonaba era la de Bobby, y el pobre Serna, con su patológica aversión por la vida social y sin curiosidad particular por nada, parecía un inmenso envase vacío. La señora Blanca, más tarde, no afectó en nada esta situación. De estas observaciones, Bobby se nutría. Había tomado una desdeñosa distancia de sus dos progenitores, y se había sumido en un silencio que ninguna de las hermanas, y menos su padre sabían interpretar. No sé si puedo jactarme yo de ser el intérprete de Bobby en este mundo. Veamos.

A los quince años de ambos, me encontré con Roberto Serna hijo en el colegio Marshall. Como todos los alumnos del Marshall,

habíamos sido expulsados de otros colegios, por indeseables, y habíamos caído en ese verdadero paraíso donde se podía vestir la ropa que quisiera cada cual y llevar el pelo al gusto de uno. A principios de los ochenta era un lugar soñado. Podías faltar a clases si querías y tus padres no metían las narices ahí. Si entrabas al Marshall era porque tus padres ya habían dado contigo todas las batallas por perdidas, de modo que los que ahí estábamos éramos todos vencedores. Se suponía que por lo mismo éramos todos chicos rudos con serios problemas de adaptación. Algunos eran desde luego perfectos imbéciles, por lo mismo fue una sorpresa para mí encontrar en medio de esa jungla a un sujeto tan singular, silencioso y observador como aquel Bobby Serna. Llegaba en una bicicleta Legnano negra, con su pelo castaño muy largo y algo rizado, una chaqueta de cuero también negra y una polera de *The Dark Side of the Moon*, cosas que ninguno de nosotros tenía, por lo que era el candidato perfecto para una paliza por farsante y afectado. Pero por muy irritante que pudieran resultar su atuendo y su mirada distraída y sus largas pestañas, nadie dio ese paso, más bien retrocedieron, no por rechazo, sino porque Bobby nos confundía, y se hizo un cerco, un halo de sospecha en torno a él, como si fuese un impostor, un espía o un payaso que se estaba burlando de nosotros, de todos los que no éramos él, o nos estaba estafando, por lo que se lo condenó a la soledad, un castigo severo para un estudiante pero que a él no parecía disgustarle; tampoco se hubiera dicho que buscara compañía, y actuaba como si fuera mayor que nosotros, y no era eso, era que a los quince años no teníamos ni una sola idea, ni vaga, de quiénes éramos cada cual, y él tenía la presunción de parecer ya saberlo. En suma, no era un tipo agradable. En el Marshall se podía fumar, otra de las granjerías, y en el patio se lo podía ver a él sentado en un banco, de piernas cruzadas, leyendo un libro, con un cigarrillo en la punta de los dedos, con algo femenino, por supuesto, pero Mick Jagger también nos resultaba femenino y no le íbamos a dar una pateadura por eso. Él no era Mick Jagger, claro, aunque tenía su complexión, era demasiado pálido, podía ser que sufriera alguna enfermedad degenerativa, que estuviera camino a la muerte, que tuviera un perno suelto, y pese a todo eso tenía algo de hijo de

papá. Lo más notable era que leyera, entre unos aturdidos adolescentes que nunca habían abierto un libro ni pensaban hacerlo, eso francamente daba asco. Tal vez fuera una de las cosas más irritantes, y Nietzsche para colmo, pero después entendí que no pudo ser una pose porque ninguno de nosotros sabía quién diablos era Nietzsche. Pero también con el tiempo comprendí que sí era una pose, que toda esa afectación desfalleciente, melancólica y algo mórbida, era una postura que había asumido, una elaboración personal, muy precoz y decidida, hay que decirlo, un acto estético soberano, es decir, que ya por entonces se miraba a sí mismo y soñaba consigo mismo. Como haya sido, estaba destinado a hacer un camino muy solitario, eso lo sabía. Era inevitable que pusiera mi atención en él. Fui yo quien dio el paso.

Una tarde, al final de las clases, cuando él se montaba en su bicicleta, me acerqué y le dije, aunque ya un poco tarde:

—¿Juegas al pool?

Detuvo en el aire la horcajada de la pierna con que iba a terminar de montarse en su bicicleta, y la devolvió al suelo. Quedó en pie, muy erguido. Me miró un poco de arriba abajo con sus ojos verdes muy acuosos, porque la pregunta había sido intempestiva e impertinente, porque lo interrumpí en medio de ejecutar una acción.

—Algo —respondió.

—Conozco un pool, en Manuel Montt, donde El Monja, hay mesas muy buenas, profesionales.

No dijo nada por un momento, seguía mirándome.

—No lo conozco, pero no hace falta, tengo una en mi casa. ¿Quieres probarla?

No me esperaba esa respuesta. Esperaba llevarlo a mi terreno. El lugar que le propuse era penumbroso y sórdido y pensaba causarle toda una impresión al chico de la polera Pink Floyd. No sería la primera vez que, contra mis planes, la impresión terminaría causándomela él.

—¿Tienes una mesa de pool en tu casa?

—Sí, semiprofesional, o profesional, no sé.

—Si me la muestras ya te diré.

Eso por supuesto era un alarde. No hubiera sabido distinguir una de otra.

—Vamos entonces, y me dirás —dijo con un tono complaciente—. Mi casa no queda muy lejos.

Caminamos, él llevando la bicicleta con una mano, en medio de ambos. Era un poco más alto que yo.

—¿Cuántos años tienes? —le dije al poco andar.

—Dieciséis —respondió siempre mirando hacia adelante. Miraba su mano tomando como una garra el nudo del manubrio de la bicicleta. Tenía la mano muy blanca y los dedos muy largos y delgados. Sus nudillos eran notables. Claro, era unos meses mayor que yo. Eso explicaba algunas cosas.

—¿Tú? —dijo él después de un momento.

—Quince, pero cumplo dieciséis en noviembre —respondí yo.

—Yo cumplí los dieciséis en abril —dijo muy seguro. Me volvía a sacar la delantera—. ¿De qué día?

—Del 14. ¿Tú?

—Del 25. Somos de signos distintos —lo dijo como si eso no fuera algo bueno—. Eres Escorpión, ¿sabías eso?

—Sí —respondí—. Claro que sé mi signo, obvio, y qué.

—Un miserable escorpión, eso es lo que eres.

Y volvió a soltar una risotada. Comenzaba a encontrarlo un poco estúpido.

—Nada. Mis hermanas saben de esas cosas —dijo a continuación.

—¿Tienes hermanas? —pregunté. Me había sonado muy bien esa declaración, como si oyera una música.

—Muchas. —Y volvió a reír. Pese a ser tan delgado, Bobby Serna tenía esa voz metálica y un poco ridícula de los que recién han recibido el primer golpe de testosterona. Yo estaba por las mismas. Caminábamos por el parque Pocuro, él llevando su bicicleta con la mano. Recuerdo ese paseo como si fuera hoy.

—¿Cuántas hermanas?

—Cuatro, soy el único hombre.

—Fabuloso —dije.

—Fabuloso qué.

—No sé, ser solo. Ser el único. Siempre es bueno ser el único.

Se detuvo, y se volvió hacia mí con sus ojos verde aguados.

—Debes saber que mi propósito es la destrucción del mundo.

Yo lo miré.

—Llegamos —dijo.

Estábamos frente una puerta de fierro cubierta de enredaderas, y al fondo una casa alta, con algo de refugio de montaña suizo, de dos pisos con la fachada también cubierta en partes de hiedra y, pese a su gran volumen, necesitada tal vez de una mano de pintura.

Apenas traspasar la puerta interior de la casa e introducirnos en la penumbra de un gran vestíbulo donde no distinguía todavía más que sombras, unas piernas largas y doradas bajaban de prisa la escalera a nuestra derecha, más arriba un *jumper* azul y luego un pelo rubio liso y largo saltando de tres en tres los escalones; esa suma de elementos que debía ordenar, piernas doradas, rodillas agresivas y brillantes, pelo rubio enloquecido y *jumper* azul, pasó rauda ante nosotros, sin saludar ni volverse, como si un viento la llevara. Era muy simple, esa modelo de revista vestida con un traje de colegial totalmente fuera de lugar en ella, era mayor que nosotros y ni siquiera nos miró porque no existíamos. Fue un cometa rubio que se perdió en dirección a una puerta batiente a nuestra izquierda que empujó violentamente con un brazo extendido. Esa forma descarada de ignorarte de Vanessa era graciosa y violenta.

Bobby no le hizo ningún caso tampoco y con un gesto de la cabeza me invitó a seguirlo. Atravesamos un enorme living oscuro, de enormes alfombras, atestado de muebles afelpados y objetos brillantes y sinuosos que denotaban el antiguo reinado a plenitud de Pilar, la madre, y muy distinto a lo que vería más adelante en la casa de El Trébol. Traspasamos una puerta vidriada y afuera había un jardín y una piscina y también había una muchacha más o menos de mi edad, también en *jumper y* blusa blanca, recogidas las mangas, casi tan alta como el meteoro anterior, de un pelo castaño rojizo, una nariz muy recta y pronunciada que, de pie, miraba una revista abierta puesta sobre una reposera y hacía el ejercicio de unos pasos, una suerte de gimnasia que, al caminar, le hacía mirar sobre su hombro, y que además fumaba un cigarrillo. Así fue como nos descubrió detrás de ella. Y en lugar de avergonzarse o algo parecido

se volvió completamente casi girando en un pie y se sonrió con un extremo de la boca, cerrando un ojo a la vez, y luego de mirarme de arriba abajo levantó el pulgar. No llegué a saber si se reía de mí, si era una gran actriz, si era un gesto cómplice con su hermano, pero sentí que mi alma flotaba, ante ese rayo de simpatía, de alegre astucia que emanaba de ella. Un gesto tan fugaz y definitivo, no lo he vuelto a ver en ninguna otra mujer.

—Moira, este es Renato, un amigo.

—Hola —dijo ella, y sus ojos verde pardo ahora me escrutaron. Ya no con el calor inicial, sino con mirada casi sarcástica, inclinada la cabeza, y no supe si se aguantaba una risa que iba a estallar o iba a salir con una burla demoledora. Mi amor propio estuvo en juego. ¿Tan ridículo le parecía?

En ese entonces, como la adolescente que era, Moira tenía la cara más llena, más pícara, con unos hoyuelos graciosos en las mejillas cuando reía. Hoy, su cara se ha adelgazado, han desparecido los hoyuelos y en buena parte la risa, para dar lugar, con el rostro delgado y alargado, a un semblante serio, con un talante ensimismado, con algo desdeñoso y a veces hostil si en algo le llevas la contra, pero que florece si tienes la suerte de dar con una sonrisa, que por raras que son, parecen un regalo de su naturaleza. De esa muchachita que me sobresaltó hace ya más de treinta años, queda muy poco, una sombra inquietante, apenas el murmullo del timbre juguetón que era su voz, y una suspicacia en la mirada que es la de un orgullo herido.

—Ven, vamos —me dijo Bobby, ciego a los desplantes de su hermana. Nos volvimos adentro de la casa y me llevó hasta una sala contigua al living donde había una gran mesa de pool.

—Esta es. Qué te parece.

Debía evaluarla. Esperaba mi veredicto.

—Qué me dices.

—Es profesional, seguro que sí —respondí yo con seguridad.

—Toma un taco —me dijo él, y me alcanzó uno que sacó del bastidor. Se dispuso a poner las bolas en el triángulo porque jugaríamos según el modo americano. Puso la blanca sobre el paño con un golpe muy seco.

—Tú rompes —me ordenó con un tono imperioso.

Yo no era un buen jugador, ni siquiera uno regular, había tomado un taco un par de veces en mi vida. Había sido un alarde estúpido, no sabía que iba a ser puesto a prueba ese mismo día, y en ese minuto me arrepentía.

—Juega —volvió a decir. Bobby me estaba observando ahora francamente suspicaz.

Me incliné en la mesa, puse el taco en posición. Tiré. La blanca dio de lleno en la amarilla, y con la dispersión, de suerte, cayó la 14 en la buchaca del fondo. No sé quién respiró más aliviado, si yo o Bobby. Él no quería que yo pasara un bochorno, que tuviera que avergonzarse de mí; habría puesto en aprietos nuestra incipiente amistad y lo más probable es que yo huyera si quedaba al descubierto en una mentira. Bobby me miró satisfecho. Tenía los ojos muy abiertos y expectantes. Acto seguido rodeó la mesa, se puso en posición, el pelo le caía como una cascada a los dos lados de la cara, y solo a modo de diversión, metió la 10, la 4, y la 9. Pudo seguir, pero se detuvo, me miró y dijo para mi tranquilidad:

—Dejémoslo hasta aquí. —Y tiró el taco encima de la mesa—. Ven —dijo a continuación, y me hizo seguirlo hasta el segundo piso.

Entramos a su cuarto, uno de la mansarda, con su pequeña ventana en altura, el techo inclinado; el espacio me enloqueció, tenía algo de guarida, de escondrijo, un lugar donde se estaba a salvo. El cubrecama era la bandera inglesa, y había una foto enmarcada en la pared. ¿Quién era? No lo pregunté, solo la miré con atención. Era el rostro de un hombre ofuscado, de mirada dura, de cejas muy pobladas, la boca cerrada con decisión y unos bigotes descomunales. “Es Nietzsche, un filósofo”, dijo en un tono seco ante mi curiosidad. Al lado había otra, y con cierta dificultad reconocí a Jim Morrison, su cara siempre se me confunde con la de otros, arrojado sobre una gran silla como de mimbre, y con un libro depositado en una mesita en cuya portada se podía leer también Nietzsche. Mirándola con detención podía entenderse que el detalle del libro y el autor eran sumamente deliberados. Como deliberada, me pareció en un primer momento, era la afición de mi compañero de curso por el hombre del enorme bigote. Eran del tipo de cosas

que iría aprendiendo de Bobby, que había maneras y maneras de no ser natural. Se tiró en la cama y me indicó una silla. Se quedó mirando al techo. Luego de meditar un segundo, pregunté:

—¿Puedo prender un cigarrillo? —Pensando en su hermana que fumaba.

—Aquí puedes hacer lo quieras —me dijo con una mezcla de orgullo y displicencia.

Encendí un cigarrillo que llevaba en el bolsillo de la camisa.

—Bota la ceniza en el tarro. —Y me indicó con la mano.

—Mi dijiste que tienes muchas hermanas, dónde están las otras.

—Las dos chicas están con mi mamá, en otra casa, no viven aquí. Ella tiene un marido nuevo.

—Ah —me limité a decir. Puse las piernas arriba de su escritorio, y fumé, tranquilamente, tirando el humo hacia la concavidad del techo. En esa casa había dos mujeres bonitas andando sueltas por ahí, no había madre, ni hermanos mayores que te humillaran, al padre no se lo nombraba; estaba enterándome de que esa casa era lo más parecido al paraíso que uno podía imaginar a esa edad.

De pronto apareció ante mi vista Cirilo seguido de Olimpia.

—Estás en las nubes —me dijo.

Sí que lo estaba. Todavía tenía en la vista y en la mente los jacarandás cuyo violeta se disolvía bajo la luz del sol lo mismo que aquellos recuerdos. Algunos comensales se levantaban de sus asientos y había movimiento de automóviles en los estacionamientos. Casi todos emprendían el trayecto de vuelta a Santiago. Entre estos, pasó a toda velocidad por el camino de salida la Ranger roja con las llamaradas de fuego en el costado. Alcancé a divisar a Ofelia al volante y Talita a su lado que emprendían el regreso. Se suponía que ellas, que manejaban los nogales, tenían más propiedad que otros para quedarse, pero tal vez se quedaban solo si los otros miembros de la familia no estaban. Cirilo miró conmigo la caravana de autos que enfilaba por el camino.

—Te quería pedir si me puedes llevar a Santiago. Estoy podrido aquí.

—¿No te puedes volver con tu abuela?

—Claro que puedo, pero no la soporto.

—¿Tu mamá se queda?

—Ella se queda, creo.

—¿Dónde está?

El chico se volvió con desgana, buscó con la mirada e indicó con la mano.

—Allá.

Bajo la sombra de unos castaños, lejos de las mesas del banquete ya medio vacías, hacia el lado de La Redonda, sobre una silla de lona apartada, se había tendido Moira luego de escapar de mí; las piernas extendidas, las manos a los lados, la cabeza colgando tras el respaldo, los ojos presumiblemente cerrados, como quien se toma un respiro luego de un día agitado. Era la posición que toma alguien que sabe lo que le conviene; que apartarse de los demás y estar sola es lo que quiere para sí en ese momento. Miré a Cirilo, que parecía algo perdido mientras yo la miraba a ella. Pobre chico, esa facilidad de su madre para ensimismarse, para sumirse en esas soledades tan drásticas, que podían alcanzar tal densidad, debían ser trances difíciles para un jovencito no demasiado despierto como Cirilo. Se arrullaba a sí misma con tanta intensidad como repugnaba de la presencia de los demás, tanto que nadie cabía ahí, ni Cirilo, yo menos. El chico seguía mirándome como diciendo "y, qué hacemos". Nos pusimos a andar hacia ella.

—Mi mamá me iba a comprar un jeep y después dijo que no, se echó para atrás —dijo con amargura después de un momento.

—Está bien, ella sabrá lo que es mejor.

—No es eso, es que dice que va a tener muchos gastos con el negocio que va a hacer con el novio nuevo que tiene, con Alonso. Lo de las abejas.

En uno de nuestros encuentros algo me había mencionado de un emprendimiento de panales de abejas, pero no le presté mayor atención, muchas de esas ideas le cruzaban a menudo por la cabeza, y menos oí que mencionara a nadie con ese nombre. El nombre Alonso no estaba en la familia, ni entre los conocidos, ni había salido nunca de los labios de Moira.

—¿Alonso? Quién es Alonso.

—El último de mi mamá, tú sabes, el pololo nuevo.

—¿Nuevo? De cuándo.

—No sé de cuándo, cómo voy a saber yo.

—Y qué tendría que ver este Alonso con que te compren el jeep o no.

—No sé, porque en un momento tenía la plata y como tiene un negocio con Alonso y después ya no la tuvo más me dijo que me olvidara del jeep. Eso no más.

—¿Y cómo es ese Alonso? ¿Simpático?

—Sí, no sé, tal vez. Es joven.

—Joven como quién.

—Más joven que tú y que mi mamá.

—Pero no joven como tú.

—No, tendrá treinta, y algo. No sé, es joven.

Lo miré. Él se miraba los cordones de sus zapatillas rojas.

—Tampoco tu mamá tiene que comprarte un jeep ni nada si vamos a eso. No veo que hayas hecho nada para que merezcas que te compren un jeep. Yo no te compraría nada si quieres saberlo.

—¡Oye! No la tomes conmigo. Te pedí solamente que me llevaras contigo. Qué te pasa.

—Ya vamos a ver eso.

Y me largué y lo dejé ahí. No me iba a poner a pensar en lo que acababa de oír. Un fastidio nada más. Por un mínimo de lealtad Vanessa me pudo haber advertido algo, pero en esa familia no existe la deferencia. Con las Serna cada paso es una trampa, ya es hora de ir aprendiéndolo, me decía camino a mi auto. Me largaba.

No tenía por qué despedirme de nadie. Caminando en diagonal a ella podía ver por el rabillo del ojo a Moira tendida en su reposera, todavía con los ojos cerrados. Algunas personas se despedían de Serna, que estaba de pie en el extremo de la mesa central, dando apretones de manos, con la camisa remangada, la negra corbata de luto agitándose en su pechera. Algo más allá Pilar y su marido también se habían puesto de pie dispuestos a marcharse, pero esperaban algo.

—¡Cirílico! —gritó de pronto Moira. Había levantado el torso en la reposera y había gritado haciendo megáfono con sus dos manos, muy fuerte, porque no sabía dónde el chico se encontraba, ya que

en su posición el sol del poniente le daba en la cara. Y entonces vi que Cirilo venía un poco más atrás de mí.

—¡Cirilooo! —gritaba Moira, todavía medio dormida o algo así, sin llegar a situarlo, ni a mí, por el contraluz, sino por el mero supuesto de hacerse oír . En esa familia se estilaba gritar a voz en cuello, en la ocasión que fuera. A mis espaldas el chico desvió su trayecto y fue hacia ella, cabizbajo. Estaba claro que a nadie le importaba que yo me fuera, y cuando me dirigía al auto oí a mi espalda:

—¡Renato!

Me volví. Era Vanessa. También se había quitado su vestido y los zapatos de tacón; venía hacia mí en tenida deportiva, *jeans*, zapatillas de tenis y blusa.

—Llévame contigo —dijo al llegar. Me detuve.

—No creo que sea una buena idea —le dije. En ese momento no quería a ninguna Serna cerca de mí.

—No seas estúpido, te estoy pidiendo que me lleves, eso no es ni bueno ni malo —dijo y miró hacia Moira.

—¿Y tu auto?

—No tengo. Me vine con Olga.

—¿No tienes auto, Vanessa?

—Lo vendí, por si quieres saber.

—Me complicas las cosas.

Miró hacia Moira.

—Ella no se va a poner celosa.

—No se me ha pasado por la cabeza. Quería estar solo.

—Te estás convirtiendo en un solitario gruñón.

—Algo así. De todas maneras, llevo a Cirilo.

—Ah no, pero Cirilo es...

—No, no te equivoques, y es tu sobrino, además.

Como madres de hijos únicos hombres con padres ausentes, Vanessa y Moira amaban a sus hijos con pasión casi erótica, y los suyos no se comparaban con los de nadie. Pero al mismo tiempo estos hijos adorados tenían un defecto, ser hijos de sus padres y en los dos casos parecerse demasiado a los originales. El de Vanessa estaba ahora en una universidad del Medio Oeste americano con una beca deportiva como lanzador de jabalina, estudiando Publicidad al

mismo tiempo, para seguir los pasos de su difunto padre. Por lo que sabía, desde hacía un tiempo el chico había redescubierto a su familia paterna que lo adoraba, y al día de hoy mantenía una relación con su familia argentina y sus vacaciones no siempre las pasaba con su madre, sino que muchas veces el chico se iba directo a Buenos Aires. De más está decir que en Argentina a Vanessa no se la quería mucho. Se entendía que lo de Giusti era un suicidio y que había desbarrancado su auto en un ataque de celos causado por ella. Para Vanessa la relación con su hijo se había vuelto insegura.

Yo solo quería largarme de ahí, y cuanto antes. Y pensar que los últimos días había considerado volver a Jávea para cerrar mis asuntos. Ya habíamos hablado de liquidar, y Betina estaba de acuerdo en que yo saliera. Ella me compraría mi parte, barato, lo que sería una forma de compensación, no demasiado onerosa, por mi salida definitiva de la vida de esa mujer encantadora con la que había compartido los últimos seis años. Debo decir que la mitad de El Bribón había subido unas tres veces su valor del año 2008, y no podía ser menos, un cafecito muy mono en una esquina muy mona de Jávea, que es una ciudad muy mona de la costa valenciana. Cómo explicar que tanta belleza me tenía podrido. En muchos momentos, hacia el final con Bettina, sentí que mi vida era irreal, lo que podía suponer un severo castigo del paso del tiempo, que me estaba sometiendo a una inesperada ordalía de la edad, la de sentir que ya no me excitaban las mismas cosas de antes. El instrumento estaba roto. No sé hasta qué punto había sido consciente de que a lo largo de los años yo, por mi lado, ejecutaba ejercicios simétricos a la trayectoria biográfica de Moira, un involuntario juego de espejos en los que pugnamos por separar nuestras vidas, y si lo estaban, una era remedo de la otra. Habíamos hecho vidas paralelas, no se habían tocado, pero hoy, en el umbral del ocaso, exhibían una triste semejanza, no solamente que ambos estábamos solos, sino que habíamos ido a buscar muy lejos lo que ahora parecía estar tan cerca y, sin embargo, era inalcanzable. ¿Qué diablos estaba haciendo yo ahí, en ese jardín envenenado? ¿Había tomado el avión para hacer esa constatación? La posible respuesta estaba tendida en una silla de lona un poco más allá del horno de barro, sobre el pasto,

rodeada de otras sillas iguales, y vacías, y de solitarios quitasoles. Había esperado a que todas las sillas en torno a ella se vaciaran. Me acerqué evitando hacer algún ruido. Tomé cuidadosamente una silla contigua a la de ella.

—No abras los ojos.

—No los pienso abrir. No tengo ganas. No he estado sola en todo el día.

Yo también estaba cansado. Había sido un largo día, pero debía oír algo de lo que Moira tuviera que decir.

—Lo sé.

—No lo sabes, tú nunca me vas a entender.

—Probablemente no, y ya no pretendo hacerlo.

—La Olimpia se va a morir, muy luego, no pasa este año —dijo con una voz débil.

—Es muy probable. Todos nos vamos a morir.

—¿Pensaste que Bobby iba a ser el primero?

—Tal vez, sí, si lo pienso ahora. Bobby fue siempre el primero, en todo, aunque no te dieras cuenta de eso, y no es raro que se anticipara, y lo estoy diciendo muy en serio.

—¿De verdad piensas eso? ¿Vio algo?

—Por supuesto que lo pienso. Vio algo, no sé qué, y me gustaría saberlo, pero esta vez no pretendo seguirlo. Y cómo lo he seguido.

—Yo a veces lo pienso —dijo de pronto Moira.

—Piensas qué.

—Hacer lo de Bobby.

—Por favor, estás a años luz de Bobby.

—¿Quieres decir que soy demasiado tonta para hacer lo de Bobby? ¿Qué hay que ser un genio para hacerlo?

—Quiero decir que no hay semejanza posible entre los dos, y las circunstancias, además tampoco llego a saber por qué Bobby lo hizo. Pero tú no has vivido lo que Bobby, o cómo Bobby, la respuesta está por ahí.

—Qué sabes tú lo que he vivido. Tú no me entiendes. Nunca me has entendido.

—Entenderte... Es mejor para ti que me quede de este lado, que no entienda. Tal vez sea mejor que sigamos así sin entendernos, tal

como siempre.

—Estás intratable hoy día, lo supe apenas te vi. Así es que mejor que no te vea, voy a seguir con los ojos cerrados, si me disculpas. No quiero ver a nadie.

—Todos se van. Se acabó la función.

—Me alegro. Que se vayan todos.

—Yo también me voy, no va a pasar lo mismo de siempre.

—¿Qué es lo mismo de siempre?

—Que me voy de los últimos cuando mis planes eran irme de los primeros.

—Te diré que nunca se notó que quisieras irte de los primeros. Nadie te obligaba.

—Me dejaba arrastrar.

—Oh, pobrecito. Te quedabas porque te gustábamos, mentiroso.

—*That's my pain*.

—Pena es lo que yo tengo ahora. Estaba pensando en Bobby. Me da mucha pena que se haya ido mi hermanito. Lo quería tanto.

Era irritante esa voz a ciegas, que no te mirara, que te expulsara de su lado.

—Tú eras de los pocos a los que quería —dijo después de un momento.

—Puedo decir lo mismo. Mejor dicho, no podía no quererlo.

—¿Tienes que decirlo así?, ¿con ese rizo, *no* podía *no* quererlo?

Además de estar Moira con los párpados cerrados, se llevó una mano a los ojos.

—No ves la diferencia.

—No, acuérdate de que soy tonta.

—No eres tonta, no tienes un pelo de tonta. Porque podría no haberlo querido, pero lo quería y muchas veces quise asesinarlo. Éramos muy distintos, opuestos en muchos sentidos, no había muchas cosas que pudieran unirnos en la superficie para quererlo, debía haber algo inevitable, y eso era su forma de ser, de pensar que pese a todo era atractiva, y estoy seguro de que no para todo el mundo. Para mucha gente era imposible quererlo, o evitaban quererlo, por esa misma forma de pensar.

—¿Y por qué sería eso?

—Porque era distinto a ellos, porque a él ellos no le importaban, porque para ellos era un excéntrico que vivía a expensas de su padre, que no iba a sus fiestas ni le interesaba lo que a ellos, ni sus negocios ni sus deportes, ni sus mujeres, porque era solitario, sarcástico, y sospechaban que se reía a costa de ellos.

—La mitad de eso es cierto, y que se reía del mundo es lo más cierto, empezando por sus hermanas. Pero yo lo quería igual.

—Él también las quería, a su manera, claro.

—¡A su manera! —dijo Moira con un resoplido de fastidio.

—A ustedes las quería, eso no lo dudo, era a sus maridos, amantes, amores, acompañantes, a los que no tragaba.

—Respiras por la herida —dijo ella con un aire de frescura.

—*Touché* —dije al cabo de un momento.

La mitad de las veces Moira era más tajante en sus dichos que en sus verdaderas intenciones, pero eran lanzados tan irreflexivamente que no le daban lugar ni tiempo de arrepentirse. No era raro que el pobre Didier, tan incapaz de sostener nada que sugiriese una decisión propia, como contradecir a Moira aun en el más desconcertante de sus caprichos, obtuviera el mismo resultado tanto si cumplía o como no con ellos. Una vez, un tal Burotto, biólogo de la Universidad de Chile que una temporada perdió la cabeza por ella luego del fin con Didier, debió hacer un viaje a Galápagos para traer de contrabando los huevos de una pareja de iguanas para reproducción en el *spa* del Cajón. El pobre hombre fue retenido en la aduana de Ecuador sin que ella se diera por enterada de cómo sacarlo del lío. "Ya sabrá cómo arreglárselas, no es ningún idiota". El desdichado regresó sin levantar una queja, pese a librarse por un pelo de quedarse encerrado en una cárcel ecuatoriana. Poco tiempo después ella lo dejaría y Burotto regresó a los laboratorios de su facultad sin entender nunca cómo había llegado a tal humillación. Siempre me extrañó que una mujer del talante de Moira, que no requería de ventajas ante nadie, buscara a esos hombres de paja para establecer un reino ahí donde no hacía falta dar ninguna batalla.

—Si tanto le molestaban nuestros acompañantes, como les dices, se hubiera tomado la molestia de conocerlos.

—A Bobby no le producían ninguna curiosidad.

—Era un malvado. Pero igual lo quería, y lo extraño ahora. ¿Te acuerdas de cómo se burló de mí porque lloré con la muerte de Karen Carpenter? Se rio de mí, de mi pena, yo tenía quince años. Yo la amaba a ella, ¿te acuerdas?, y él se burló, los detestaba a los Carpenters.

—Me acuerdo, y estuve de tu lado, solo que no te lo dije.

—No dijiste nada, cobarde.

—Si me ponía de tu lado podía parecer que me gustaban los Carpenters, tú me entenderás.

—Me acuerdo de tantas cosas. Estoy con los ojos cerrados porque quiero sentirlo, cerca de mí. Esta brisa que corre... ¿Sientes la brisa?

—Siento la brisa.

Ya caía la tarde. Antes de la puesta de sol corre en El Trébol una brisa fresca que se sabe viene del mar y que produce un temblor de hojas que anuncia que el día comenzará a acabar. Los queltehues y las bandurrias invisibles agazapadas en el follaje se lamentan de un modo horrible.

—Esta brisa lo trae de vuelta.

—¿Te acuerdas de que se sentaba en su mesa, redonda, un poco más allá de los jacarandás? —dijo ella.

—Sí, con su cuaderno.

—Con su cuaderno de tapas verdes.

—¿Crees que de verdad haya escrito algo que valga la pena?

—Ya hablamos de eso. Depende lo que sea que encontremos ahí. Además, valer la pena, para quién. A él le valió la pena, de eso estoy seguro. ¿Si esos escritos le importen a alguien? Eso es otra cosa. No lo sé. Soy escéptico, no de él, de las personas, de sus lectores, si los tuviera, soy escéptico.

—Ya vas a salir con tu alemán loco.

—Se llama Arthur Schopenhauer.

—Ni me lo nombres. Un misógino de mierda. Igual que tú.

Aquella vez en el cuarto, el día de mi debut en El Vergel me fijé en unos libros que ocupaban todo un estante junto a un escritorio.

—Lees libros —le dije, con los pies sobre el escritorio y fumando mi cigarrillo.

—Algunos —me respondió él—. Solo los precisos.

—¿Precisos?

—Precisos, dije, creo que fui claro. Los precisos, los que yo necesito, los que me sirven —contestó desde la cama, siempre mirando al techo.

Me quedé en silencio. No sabía hasta ahí que alguien pudiera necesitar de los libros. Los libros eran para algún tipo de personas, los tímidos, los introvertidos, los débiles, que no eran como suponía yo, tipos como Bobby o como yo queríamos ser.

—Los precisos son muy pocos. Es como encontrar un diamante. Los otros los puedes desechar.

Hasta entonces no había conocido a un pedante, o a alguien a quien aplicara ese calificativo. La palabra nunca había encontrado para mí un destinatario. Comenzaba a sospechar que estaba ante uno, si bien por entonces no conocía el significado exacto de la palabra, pero la asociaba también con elegante. Luego sabría que no era así, pero que, en el caso de Bobby, aplicaban las dos acepciones, la ingenua y personal mía, y la correcta. Y cuando alguna vez lo traté de tal, de pedante, él respondió sin inmutarse, "probablemente". Volviendo a aquel día en su cuarto, se puso de pie, dio dos pasos hasta el estante, repasó en cuclillas con la mirada los lomos de los libros, hasta que encontró el que buscaba y me lo alcanzó estirando el brazo hacia atrás y sin volverse.

—Ese es para ti. Los otros no los entenderías.

Lo tomé en mis manos, con las dos manos, como si fuese un objeto extraño a mí, lo mantuve primero lejos, era enorme, pesaba, tenía una densidad material que no había sentido con otros libros, tal vez debido a sus tapas de cuero, y a lo compacto de las finas hojas de papel biblia. Leí el título. *Parerga y Paralipómena*, y pensé que se trataba de una broma, que se estaba burlando de mí, pero era rara una broma empastada en cuero y con las letras en molde doradas y, aun así, el título me desconcertaba al punto de sentir que tenía en mis manos un objeto muy extraño, amenazante, diabólico. Lo miré, perplejo. Se había tendido otra vez en la cama y tenía los brazos cruzados bajo la cabeza.

—Te va a servir.

—Para qué.

—Para que te des cuenta de que todo lo que piensas de ti mismo es una estupidez.

Me pareció un insulto, pese a que a esa edad yo no pensaba, precisamente, no aplicaba a mis sentimientos el verbo pensar. Yo solo era deseos. No había nada que no deseara en el mundo, lo deseaba todo, pero no pensaba en nada. Guardé silencio. Añadió:

—Si no lo lees, no vale la pena que sigamos viéndonos. No seríamos amigos.

Sopesé el enorme libro en mis manos. Era muy difícil que cumpliera con lo que se me pedía, era una tarea que a simple vista excedía a mis fuerzas, pero era preciso que siguiera viéndolo, las dos hermanas con que me había cruzado habían sido dos visiones prodigiosas, unos cometas que habían surcado mi horizonte y se habían quedado inmóviles ahí, no era cosa que podía llegar y olvidar, eso era impensable. Solo le dije "gracias", y salí del cuarto.

Cuando llegaba al pie de la escalera pasaba a la carrera por ahí la menor de las dos, se detuvo, todavía en su *jumper* azul y totalmente descalza, me vio bajando con el enorme libro en la mano y sentí una incontrolable vergüenza. Quise esconderlo, y ella lo notó y en lugar de burlarse replicó el saludo de la llegada, me miró de arriba abajo, me examinó, rio con un extremo de la boca, y repitió el gesto del pulgar hacia arriba guiñando a la vez un ojo. Luego de eso desapareció corriendo con sus hermosas y largas piernas desnudas.

Ahora, esa chica del *jumper* azul está tendida junto a mí en una reposera de mimbre, tiene cuarenta y nueve años y los ojos cerrados, exhausta, y descansa de un día agitado en el que ha enterrado a su hermano, pero, sobre todo, de una vida a la que cada día cuesta más trabajo encontrarle un sentido. Se había quitado los zapatos y sus blancos pies desnudos semejaban los de la niña de antaño.

—¿No vas a abrir los ojos?

—No, cangrejo.

—No me verás partir, rana.

"Yo rana tú cangrejo". En nuestro léxico arcaico, rana y cangrejo significaba que pertenecíamos a especies diferentes y que

estábamos condenados a nunca coincidir en nada, y a no disputarnos ni presas ni territorios; solo coincidíamos en que ambos éramos anfibios y los dos muy feos, espeluznantes, más bien. Todas nuestras diferencias estaban explicadas. Había abierto los ojos y ahora me miraba con dulzura, la cabeza ladeada apoyada en un cojinete. Tenía el sombrero de paja en el regazo.

—Te dije que me iba. Cirilo quiere venir conmigo y también Vanessa.

—Siempre tan servicial tú. Pero a Cirilo no le hagas caso. Se queda conmigo, nos vamos mañana. Tengo que poner orden en este chiquero. No puedo dejar solo a Cirilo, su psiquiatra fue tajante sobre el punto.

Me fue imposible no mover la cabeza a lado y lado, pensando en que el psiquiatra la debiera ver a ella, en que estaba loca, sin redención, en que se empeñaba en estropear su futuro, en malgastar su tiempo y su dinero con imbéciles esotéricos y gaseosos, deslizándose por la pendiente de su decadencia, ciega, inconsciente de su propio abismo, me decía, con una mitigada furia, porque no valía la pena tomar en serio nada que Moira hiciera o dejara de hacer, y la miraba a ella, la cabeza recostada en el cojín, sus ojos claros mirándome, inocentes, confiando en que yo ignoraba que le financiaba de su bolsillo un negocio a un hombre más joven que ella, un hombre que obedecía al romántico nombre de Alonso.

—Dile a Cirilo que te llevas también a Vanessa y no se va a subir a tu auto —dijo Moira, con voz apresurada ahora; tal vez había leído mis pensamientos o notado mi desaliento, y no quería comentarios de ningún tipo, ella, que se sabía siempre en falta, no toleraba el más mínimo reproche.

—Está bien, adiós —dije y me largué.

Más allá, el pobre Cirilo en el borde de la piscina sacaba las hojas del agua con la ayuda del enorme colador que el chico sabía manejar con destreza, y agitó una mano en señal de despedida, conformado a la idea de que no viajaría conmigo. Más lejos, en el extremo de la larga mesa donde había estado sentado toda la tarde, estaba Roberto Serna, los codos en la mesa, acompañado de un hombre de su misma edad, y se diría que estaba más acongojado

con el caer de la tarde, con las sombras que se cernían sobre las cosas una vez que se había puesto el sol. Las dos manos anudadas sobre la mesa, la cabeza gacha y hundida en los hombros, el otro sujeto lo consolaba. Mientras Herminio retiraba botellas y copas, Elena, su mujer, levantaba los manteles en las mesas vecinas, plegándolos en amplias vueltas sucesivas. Algunos automóviles salían por el camino rumbo a Santiago y otras parejas jóvenes volvían de pasear por el boscoso entorno del predio.

El sol ya había desparecido tras las copas de los nogales y el agua de la piscina era verde y rizada en lugar del espejo azul de la tarde. Ese paisaje del atardecer, mustio y decolorado, invadido por las sombras que avanzaban y se hacían más densas en el follaje de las copas de los árboles, con el frío que comienza a hacerse sentir, me recordó cuando partíamos con Bobby luego de acabado un fin de semana.

Con el regreso a casa, siempre me invadía una cierta melancolía, una desazón, por volver con las manos vacías, sin haber progresado en el interés de Moira o Vanessa por mi persona, fundida para ellas con la de Bobby, sin haber logrado separar mi identidad de la de su extraño hermano.

Por los ventanales de la casa apareció Vanessa agitando una mano, con un pequeño bolso de viaje en la otra. Llegó rápido hasta mí.

—No te pensabas escapar, ¿no?

—No lo logré, está visto.

—Cirilo no viene, así es que voy contigo.

—Okey, como quieras.

Sin esperar más se instaló en el asiento del acompañante tirando el bolso al asiento de atrás. Apenas eché el auto a andar ella bajó la visera del copiloto y se miró en el espejito de maquillaje. Se miró en él con los ojos muy abiertos y recorrió sus contornos donde unos pequeños surcos asomaban en las comisuras; los repasó con la punta de los dedos.

Vanessa acababa de cumplir los cincuenta y un años. No sé qué vio en el espejo, pero me temía que hubiera sido inútil decirle que se veía joven, muy joven si vamos a eso, para sus cincuenta y un años;

ese era el fondo del asunto, la temida barrera de la mitad de siglo. Los cincuenta de hoy son los cuarenta de antes, se dice a menudo, y los treinta en el espíritu de mujeres como Vanessa, pero eso tampoco es suficiente para calmar una cierta amargura que se apodera de las mujeres, especialmente las Vanessas de este mundo, aquellas cuya voluntad y fuerza han estado cifradas en su belleza. Ambas cosas eran las que comenzaban a flaquear en el espíritu de la mayor de las Serna. Los hombres con dinero a los que les gustan las Vanessas, y a no mediar un amor verdadero, apenas aparecen las primeras líneas en las comisuras de los ojos deprecian su valor como si se tratara de una mercancía. Todo eso Vanessa lo sabía con una desoladora lucidez. Lo cierto es que por entonces Vanessa estaba en esa encrucijada o, por lo mismo, estaba sola, y tal vez temiera quedarse así por demasiado tiempo a la espera de no verse obligada a tomar una decisión dramática.

—He dormido horrible estos últimos días —dijo.

En ese momento se cruzó a toda velocidad en sentido contrario la Ford Ranger roja con la llama de fuego en el costado.

—¡Qué es eso!

—Les gustó la película —dijo ella con desgano.

—Cuál película.

—*Kill Bill*.

—No me refería a eso. Por qué vuelven esas dos si se habían ido con tanto aspaviento.

—Vuelven porque nos hemos ido nosotros, porque ya no queda nadie. Como buenas *mindfulnes,* odian a la especie humana —dijo, y luego de un segundo agregó—: Vuelven para quedarse con mi papá, son sus cuidadoras oficiales.

—¿No se queda Moira para eso?

—Moira se vuelve.

—¿Te lo dijo?

—Hace un rato.

Había entendido que Moira se quedaba, no sé si por su padre o por ella misma; como fuera, me había mentido sin ningún escrúpulo, y no entendía por qué creyó necesario hacerlo. Nuestras relaciones quedaban en pausa hasta nuevo aviso, como tantas otras veces.

Todo indicaba que una vez en Santiago no nos veríamos, por ahora. Como siempre, Moira quedaba flotando en el éter vago de sus indecisiones, sus difusas ansiedades, en algún infructuoso plan de última hora de incierto destino. Vanessa en cambio, como ser materialista, era abrumadoramente concreta. Era de esas mujeres que saben lo que quieren y, por lo mismo, era propensa a hacer intrincados cálculos relativos a su supervivencia, los que no dejaban de tener un dejo de candor. Se encontraba en la delicada situación de preguntarse en qué momento de su propia historia se encontraba, si quedaban razones para ser todavía optimista, o la inclinación de la pendiente era ya demasiado pronunciada. Esa pregunta yo la conocía, me la hacía cada vez más a menudo, cuánto derecho a ser felices nos quedaba en nuestra cuenta. Esa cuestión no se la planteaba Moira, ni por asomo; ella era puro presente, un ser contingente como una liebre del campo, atenta al menor sonido de la pradera, sin el menor sentido del futuro; tampoco del pasado. Moira no conocía la nostalgia.

—¿Me das uno?

—¿Tú también dejando de fumar?

—Por qué también.

—Tu hermana, que dejó de fumar, pero me hace el honor de fumar solo de los míos.

—No sé nada de Moira. ¿Puedes darme uno, por favor?

—¿No sabes nada de Moira?

—Nada. Te lo decía, está cada vez más introvertida. Siempre lo fue un poco, pero nos teníamos confianza, nos contábamos nuestras cosas. Ahora poco y nada. Para hablar de Moira, Vanessa se ponía tan seria como la acusación que hacía a su hermana. Desde hace un tiempo nada de lo que ocurría entre ellas era ligero o divertido. Examinaban sus mutuas vidas con extremo celo. Un celo muy parecido a la falta de misericordia, tanto más que los destinos de una y otra acababan por parecerse y era preciso separarlos para que no fueran a sacarse conclusiones comunes a ambas. Fue así como habló del alemán del sur, como llamaba a Egon, y transfiriendo su propio juicio al de su hermano, me confió cuán poca gracia le había hecho a Bobby saberse cuñado de ese sujeto ajeno que parecía

estar improvisando un proyecto personal cruzándose en la vida de Moira. Aspiró el cigarrillo, tirando después el humo hacia lo alto.

Moira tenía a Vanessa, muy equivocadamente, como la más ligera de las Serna, pero desde hace mucho yo sabía también que Moira no tenía ningún sentido de la justicia, y el tiempo la había vuelto todavía más injusta. Vanessa tenía razón en su pretensión de que se le hiciera justicia. Es probable que el ser reemplazada por una jovencita, una mujer a la que le llevaba veinte años, fuera un duro golpe a su amor propio, pero para sentir el golpe había que tenerlo, el amor propio, y no es que Vanessa no lo tuviera, pero todo en ella se conjuraba para negar lo evidente. Desde su adolescencia fue una jovencita siempre tan seleccionada para el éxito que era de aquellas personas que suponen que el mal no existe, que el infortunio les acaece a los otros, y los otros eran todos aquellos que no eran ella. Como no estaba preparada para sufrir, tampoco sufría cuando cabía hacerlo, solo llegaba a distinguir unos nubarrones en el cielo que habían cubierto el sol de su acontecer, que no tardaban mucho en disiparse aun cuando en ese gran cielo que se abría no hubiera ningún mensaje para ella.

Tanto Vanessa como Moira, las otras también, alegaban desdén intelectual de Bobby respecto de ellas; de más jóvenes las había maltratado, por cierto; les había dicho de todo, "tontas", "frívolas", "huecas", era lo más suave que había salido de su boca, y de más grandes ellas le habían devuelto la mano: "castrado", "lunático", "desquiciado", era parte del repertorio que había debido oír Bobby de sus hermanas, quienes al final habían decidido ignorarlo, ya que su juicio provenía de alguien fuera de este mundo, o al menos del mundo de ellas. Pero Bobby no ponía en duda el intelecto de sus hermanas, estaban perfectamente dotadas de todas las herramientas necesarias para llevar adelante una vida interesante, cosa que habían hecho y en eso lo aventajaban.

Ya había anochecido, la autopista estaba despejada, y ella miraba por la ventanilla el paisaje oscuro e indistinto que corría veloz ante sus ojos cansados.

—Vas muy rápido. Por favor baja la velocidad —dijo con un susurro, pero de un modo terminante.

No podía atribuírselo a la edad, pero era extraño que una mujer como Vanessa propensa a los autos caros le temiera ahora a la velocidad de mi modesto Subaru xv, pero sí podía deberse a un trastorno de ánimo general operado en ella. Vanessa parecía cansada, lo que era natural, y también distinta de la de mi recuerdo remoto. Cambiada a como la imaginaba, a la imagen que de ella había guardado en el tiempo y que no tenía por qué ser fidedigna ni tampoco la misma, como fuera, era extraño que Vanessa pareciera ahora la más reposada, la más calma de las Serna. La contradicción entre su indiferencia activa, el desinterés por la vida de los otros, y lo audaz y atrevida con la suya, eran polos que parecían haberse limado en ella. Bajé la velocidad como me lo pedía.

—Gracias. Me pone nerviosa. No me dijiste cuánto tiempo te quedabas.

—No te lo he dicho porque no lo sé. Pero si decido quedarme tengo que volver a liquidar algunos asuntos.

—Yo lo estoy liquidando todo, estoy en un gran *sale*.

—Eso suena horrible.

—Es horrible —dijo pasando una mano por el pelo y agitando la cabellera entera. El gesto iba acompañado de un largo suspiro. El aire de hastío, de impaciencia era, a su modo, común a todas las Serna. Era en ellas una forma de puntuar las conversaciones, de imponer pausas, de exigir silencios.

—Quisiera mandar todo al diablo y largarme. Debí haberme ido joven, como tú —dijo luego de un momento.

—No resuelve ningún problema, te lo aseguro. Pero al menos los cambias por otros.

—¿La vida no consiste en buscarse problemas distintos a los del común de las personas, problemas más interesantes? —dijo Vanessa, volviéndose tímidamente con un destello en sus ojos en medio de la penumbra.

—Es una manera de verlo. O tener los mismos problemas, pero con mejor clima.

—Sí. Me gustaría irme a California —dijo de un modo ensoñador—. Pudiste hacerlo. ¿Por qué no te fuiste a California? Yo lo hubiera hecho, y ahora no sé si es muy tarde, si estoy demasiado vieja.

—En California el desperdicio hubiera sido mayor, y la costa valenciana es igual de templada. Yo estaba buscando una pequeña aldeíta y unos chiringuitos y no un enjambre de autopistas. Y la encontré, Jávea es muy bonita.

—¿El desperdicio? —dijo ella volviéndose hacia mí en la oscuridad. La pupila de sus ojos brillaba. Había algo angustiado en su pregunta.

—Sí, el desperdicio, el descuido, de uno mismo, el malgastar tu tiempo, el estropear tus planes, el rebajar tus metas. Todo eso pasa cuando tienes demasiado sol encima de tu cabeza.

Ella calló. Miró por la ventana hacia el exterior, oscuro, a las sombras de los árboles que pasaban veloces ante sus ojos, a las masas negras y remotas de las montañas. Podía entenderla. Vanessa temía que el mundo generoso y benevolente que había conocido, de pronto se hubiera vuelto hostil, y áspera la vida amable que la había consentido, y si no fue inmerecida toda esa benevolencia que llegaba a su fin. Es doloroso, como le ocurría a Vanessa apoyada contra la ventana, ponerte a pensar seriamente en cuándo se te acabará la suerte; esa que una vez que la pierdes ya no vuelve.

Vanessa continuaba en silencio, y seguía recostada su cabeza contra el vidrio de la ventana. Parecía que en cualquier momento rompería en sollozos, pero eso era improbable, no era ese tipo de mujeres; quiero decir que no era particularmente sentimental, cosa que no la hacía ni mejor ni peor. Quizás pensaba en Bobby, todos pensábamos en él.

—Tal vez no haga ningún viaje ni a California ni a ninguna parte, tal vez ya no haya más viajes, tal vez se haya acabado el viaje —dijo ella luego de la larga pausa, y sentí que se me encogía el corazón.

Tenía las piernas cruzadas, una mano sobre la otra extendidas en el muslo, esas manos de dedos muy largos, que repasaba unos sobre otros, mientras continuaba con la mirada perdida en la oscuridad incierta que comenzaba más allá del vidrio de la ventana.

—Siento que estoy en un bosque oscuro.

—Hoy no es un buen día para pensar en nada. Deja que acabe este día, hemos enterrado a Bobby.

—Bobby está mejor que yo ahora.

—Que todos, si vamos a eso.

Vanessa se quedó en silencio, meditabunda, por un buen rato ella y yo no dijimos nada, mientras tragábamos kilómetros de carretera.

Alguna vez me dijo Vanessa, a quien le gustaban según sus palabras los hombres fuertes, que Moira tenía una obsesión por los hombres de ojos azules.

—Y para peor con pestañas rubias. Basta con que un hombre tenga los ojos azules para que se baje los calzones la muy estúpida, así sea el más imbécil de la plaza. Lo que es yo, nunca estaría con un hombre de ojos azules y las pestañas rubias. ¿Qué mujer puede confiar en un hombre de ojos azules? No sabes lo que están pensando.

Hasta que no lo dijo Vanessa, nunca había reparado en el detalle acusador que ella detectó. Pero sí, tanto Didier, cuyos ojos había transmitido al pobre Cirilo y eran dos lagunas turquesas que le conferían un aire lunático a su semblante, como Egon, tenían los ojos muy azules, aguados y con cierta propensión al estrabismo o al menos daban ese efecto por el extravío de su mirada, sumado a unas pestañas casi albinas. Vanessa poseía ese tipo de inteligencia para capturar hallazgos impensados y preciosos. Aún recuerdo la tarde en que a Vanessa la tiró el caballo; había volado por encima de la cabeza del animal. Se había puesto de pie de un salto entre las risas de los que habíamos presenciado su intempestivo vuelo, se había limpiado los pantalones con impaciencia, y llena de ira y volviéndose y empuñando la fusta creímos que iba a golpear al atónito Capitán, uno de los caballos más bien plantados que hubo en El Trébol, pero se detuvo, miró desconfiada a los que a su alrededor la mirábamos, y conteniendo su primera ira se había acercado al animal, acariciándolo, lo había besado luego en los belfos, y después de un golpe de fusta en el anca lo echó a correr. No les estaba permitido a las Serna mostrar en público sentimientos inferiores.

Iba a decir alguna palabra consoladora, pero en ese momento cruzamos la boca del túnel y el interior del auto súbitamente se iluminó y ella recobró la posición y pude ver su perfil, hermoso, su pelo rubio y liso cayendo hasta la base del cuello, y en ese instante se volvió y me miró con una risa graciosa, como si hubiera despertado de un mal sueño. Agitó su pelo y bajó otra vez la visera

para mirarse en el espejito con los ojos muy abiertos, viendo quizás qué en su rostro.

—Estás muy bien.

—¿Encuentras?

—Sí, muy guapa.

—Debiera verte más seguido. Con que me lo digan una vez a la semana —dijo con una sonrisa de fatalidad.

—No creo que te falte quien te lo diga, y todos los días.

—Ay Renato, no sabes nada, no sabes nada de mí —dijo ella arreglándose las mechas de la frente cuando salíamos del túnel, cerrando la visera.

—Sé bastante, y tampoco se supone que sepa mucho. Sé las cosas que se dicen.

—Yo sé lo que sabes, esos que dicen que lo saben todo, pero tampoco hay mucho más que saber —dijo con pesadumbre, ignorando que reafirmaba mis pensamientos.

—No te voy a interrogar, Vanessa, tranquila.

—¿Sabes, Renato, lo único cierto que he aprendido este último tiempo?

—Si quieres decírmelo...

—Que a los hombres maduros les gustan las jovencitas, eso es todo lo que hay que saber en la vida. Está escrito en piedra, en la piedra de las cavernas de donde vienen ustedes los hombres. Y eso tú también lo sabes, lo sabes tan bien como cualquiera de tu especie —dijo ella casi con humor.

Qué podía decir. Este tipo de diálogo era cosa usual en las Serna; entiéndase esto como una forma de extorsión. Te ponían en evidencia y debías hacer tus descargos. Obligado a ceder una parte, te veías obligado a alegar en tu favor como si ya fueras culpable.

En ese momento, mirando la carretera, pensaba en qué lugar de la estantería poner la traición de Moira con el apicultor, si es que podía usarse esa palabra entre ella y yo. Y pese a que a mi regreso dudé en llamarla, precaviéndome como siempre de encontrarla envuelta en alguna de sus aventuras, la primera vez que tocó a mi puerta en este último regreso terminamos como muchas veces, enredados entre las sábanas; de eso hace dos meses. En aquella ocasión habló

de Egon y, sin que la interrogara, me aseguró que estaba sola. Pensé en ese momento si Moira no se había dado una pausa, o por fin se le había estropeado el mecanismo de poner en su camino sus propias trampas para luego tropezar alegremente en ellas, si se había cansado de malgastar su tiempo con remotos desconocidos que nunca llegaban a conocerla. Moira siempre había considerado que mientras más lejanos a su centro vital fueran los hombres que escogía, más interesante era ella para aquellos. Había pensado, poco antes de mi regreso, ahora con cierta pesadumbre, en invitarla a dar una vuelta por España, y bajo el sol de la Costa Brava veríamos si tal vez deponíamos las armas, y en fin, había pensado tantas tonterías. Sin nada concreto ni demasiada esperanza, pero animado por una vaga confianza en que tal vez ocurriera, había tomado el vuelo de mi último retorno a casa.

—Además, si te contara de mí —dijo Vanessa al cabo de un momento—, oirías puras tragedias. Por el momento me basta con conservar un poco de dignidad. Al menos no he caído en el vicio de muchas de mi edad, de buscarse jovencitos.

Entendí de inmediato, me encontraba ante el tono femenino de una opinión interesada.

—¿Te refieres a alguien en especial?

—A Moira.

Tal vez el viaje, el estar en movimiento, nos predispone a hablar más de la cuenta, o pensar atropelladamente, ya que, como toda pieza dramática, el viaje tiene un final y Vanessa necesitaba decir todos sus parlamentos antes que la dejara en la puerta de su casa. Me arrinconaba en el ingrato papel de hacerle la réplica, y no era yo el más indicado para salir en este caso en defensa de Moira.

—No sé de qué estás hablando.

—¿Sabes lo que va a hacer ahora? Mejor dicho, lo que van a hacer.

—Quiénes.

—Moira y su jovencito.

—No sé, qué van a hacer —respondí con rudeza. Es desesperante escuchar a Vanessa cuando se sabe con ventaja.

—Un criadero de abejas. El jovencito es apicultor, o es lo que dice él...

—Un criadero de abejas...

—Sí, para hacer miel, a escala industrial, además de polinizar el mundo y todo eso, que las abejas se están acabando y con ello se acabará la vida en el planeta. ¿No has escuchado de eso?

—Sí claro, lo he escuchado.

En ese momento no podía hablar. Afortunadamente ya estábamos entrando por la autopista urbana. Nos deslizábamos bajo los altos faroles en medio del enjambre de automóviles que retornaba a la capital y comenzaba a sentirse ese frenesí de la ciudad que disipa la intimidad además de confundir las voces; creo que ya no la escuchaba.

—¿Te la imaginas vestida con esos trajes como de astronauta y el casco con mosquitero y todo eso? Los dos, moviéndose como los astronautas en la Luna. Yo creo que se ha vuelto definitivamente loca. Van a usar el terreno que hay detrás de las lavandas de Ofelia, al otro lado de los nogales. Imagínate, millones de abejas pululando por ahí y con ese sonido horrible que hacen... bzzzz... bzzzz.

Ya no habría tal vuelta por España. El único que volvería a España, y solo, era yo. No es que Moira estuviera loca. Todas las Serna lo estaban, salvo Bobby, que seguro ahora nos observaba desde algún recodo del universo con la misma mirada socarrona de siempre, compadeciendo a su amigo por ser tan estúpido.

—Indícame cómo llegar a tu casa, por favor.

—Calle California, querido, ¿no te lo dije? ¿No es divertido?

SEGUNDA PARTE

—¿Sabes cómo se llaman esas nubes?

—No sé, cómo voy a saber.

No soné nada simpático, porque tenía otras cosas en la cabeza, y casi arruino el momento, pero Moira lo salvó con un "¡ignorante!" muy melodioso que entonó tendida en la reposera. ¡Cómo le gustaba encontrarte en falta! Lo que tenía en la cabeza era el cuerpo de ella tendida junto a mí en su reposera con su bikini amarillo. Contemplaba sus largas piernas muy morenas sobre la tumbona blanca. Recién ahí miré hacia esos enormes conos retorcidos de musculosas nubes que se levantaban como colosos en nuestro horizonte.

—Cumulonimbos.

—¡Qué palabra! Cómo sabes esas cosas.

—Las sé. ¿No debiera saberlas?

—No, está bien. ¿Cumulo cuánto dijiste?

Ella no respondió ni me miró en ningún momento. Ya estaba bien, me había sacado una ventaja. Siguió oponiendo la cara al sol porque, en ese momento, esa era la primera preocupación. Conseguir rápido el bronceado importaba más que cualquier otra cosa. En momentos como ese ella podía guardar un absoluto mutismo y tú ignorar absolutamente lo que ella iba a decir a continuación. Creo que todavía no me perdonaba, y tampoco a Bobby, por lo del Live Aid, por haberla dejado en tierra hacía unos meses atrás cuando Bobby y yo nos largamos a Londres, al Wembley Stadium. Mota, una *cocker toffee* que ya murió sin poder decirnos nada de nosotros, daba vueltas en torno a la piscina y Moira apenas le prestaba atención. Si cerrabas fuerte los ojos y los abrías el paisaje soleado en torno a la piscina se llenaba de fosfenos verdes y violetas, teñido todo por la hilera de jacarandás.

—Parecen gigantes —dije yo después de un momento.

—Estaba pensando en lo mismo, gigantes —dijo ella, y con una cara de feliz asombro se volvió hacia mí y sus ojos y boca sonrieron.

Recostada en la tumbona contigua, pegada a la mía al punto de que nuestros brazos se rozaban, podía ver la suave pelusa rubia de sus brazos destellando al sol.

Esto ocurría el 85. En septiembre habíamos vuelto con Bobby hacía un mes de Europa y yo sentía que tenía una marca de fuego en el cuerpo. Era el comienzo del camino, y comenzar a recorrerlo me desquitaba de algunas humillaciones que ella me había infligido, como ese año, un 14 de marzo. Lo tengo grabado, ese día Moira había sido mía, lo que es una manera optimista de ponerlo, ya que nunca ha sido mía. De todas maneras se me había adelantado un tal Martín Kohn, un imbécil rubio, amigo surfista de Bobby que apareció un día por El Trébol con su Austin Mini color caqui provisto de unos parlantes estridentes, un tipo que hablaba dos tonos de voz más alto, que era todo música y ruido de motor, con el que Moira desapareció una noche de El Trébol con rumbo a una fiesta en Viña y volvió recién al amanecer, pálida como una camelia envuelta en un enorme suéter de lana que no era de ella. Era evidente que lo había hecho. La mirada levemente perturbada, alegre y esquiva de ese día después la delataba. Yo sabía que estaba lista para hacerlo, se había ejercitado conmigo y había aprendido a defenderse con mucha gracia, y solo faltaba el remate, pero el tipo del Austin Mini se me adelantó, sin ninguna justicia, robó la prenda que estuvo a punto de ser mía pese a sus alegres resistencias. Creo que por un prurito de justicia en Moira, me recompensó una semana después ya a finales de ese mismo verano cuando en El Trébol ya casi no quedaba nadie. Esa fue nuestra primera vez. No quedó lo suficientemente escrito, o su escritura fue muy débil, fue como un manuscrito apenas garabateado en un papel muy basto pronto olvidado. Por aquel entonces la idea de saberla metida en la cama con otro me provocaba un infierno mental, aguzado por sus mentiras, que ella dispensaba con una salvaje ligereza, indiferente a cualquier inconsistencia en sus versiones, porque la verosimilitud la tenía sin cuidado, más bien ese reguero de cabos sueltos le producían la alegre excitación de suscitar la confusión. Era su forma más primitiva de ser interesante. Estaba ensayando, por entonces no conocía otra. En ese aprendizaje en extremo rudimentario, sin embargo, era

totalmente inocente de sus efectos, en mí, en quien fuera, y tampoco le hubieran importado de haberlos sospechado.

Yo tenía todavía impregnada mi piel de esa tarde del 14 de marzo, y no sabía dónde guardar ese momento, si tenía algún derecho sobre él, o era de esas cosas con las que no sabes qué hacer, si te sirven de algo o mejor tirarlas, si, como pensaba, Moira no sentía nada equivalente. No habíamos vuelto a hablar de eso, yo no sabía si se repetiría, lo único que sabía es que de mí no dependía. Dependía enteramente de ella, de su deseo si es que hubo deseo aquella vez, esa tarde de marzo del mismo año, ahí mismo en El Trébol.

Moira estaba en ese instante a mi lado, nuestros brazos rozándose, y ensimismada bajo el sol, con su silencio, su interior me era inexpugnable. Era apenas un perfil mudo. Lo de aquella vez seis meses atrás, antes del viaje, había sido otra cosa, el deseo de escapar de sí misma, de todo, de empujar las cosas hacia adelante, de pisotear los juguetes de la infancia. Y cómo lo estaba logrando. Entre los dieciséis y los dieciocho Moira había apurado el tranco y ya era una mujer.

No había ningún programa en ello, salvo la vida primitiva. El término lo había usado ella para definir algo que no tenía del todo claro. No entraría a la universidad, le retrasaría demasiado cualquier plan de empezar cuanto antes a vivir, y no le interesaba estudiar ninguna disciplina porque conocería la vida del natural. El resto se lo dejaba al azar, que hasta ahí había sido benévolo con ella.

Moira llevaba esa tarde un bikini amarillo muy pequeñito, la piel morena y brillante por el bronceador, contra la tela blanca de la tumbona, su pelo cayendo por los hombros; era para mí el cuerpo más deseable que cualquier hombre pudiera codiciar. Esa visión me hacía sufrir. Si bien ya era una mujer, Moira ignoraba a esa edad que pudiese suscitar sentimientos fuertes, que su belleza podía ejercer tal efecto enloquecedor, que podía ser tan perturbadora poniendo tan poco de su parte. Contemplando en ese escorzo la perspectiva de sus piernas extendidas, dudaba de mis propias fuerzas, si mi magnitud no era superada por la de ella. Como proyecto de mujer ella estaba más completa que yo en tanto inmaduro esbozo de

hombre. Si lo sublime provoca horror, algo muy parecido agitaba mis pensamientos junto al cuerpo de ella. Un hombre con unos cuantos años más que yo, uno que estuviera ya en el mundo real, el del dinero, se la podía llevar muy fácilmente. Me mortificaba no tenerlo no porque ella lo necesitara, la plata nunca le ha importado porque siempre la ha tenido, sino porque no tenía los medios para huir con ella, huir por las carreteras. Cómo alcanzar nuestra libertad si no era a alta velocidad, dejar el mundo atrás. No contaba con velocidad de escape, con rapidez de movimiento, no había cómo actuar por sorpresa, tomarla y llevarla lejos, a una playa, a un bosque atormentado. Pero para eso necesitaba dinero, era demasiado pobre para desplazarme con libertad. Mi pobreza me mortificaba, me producía una especie de dolor moral. En aquel tiempo, con la llegada de los autos japoneses a bajo costo, parte del orgullo económico de la dictadura, ni siquiera así podía a mis diecinueve años aspirar a uno. Yo pedía uno cualquiera, uno económico me hubiera bastado, aunque sospechaba que tampoco podía ser uno modesto, me decía más mi deseo que mi imaginación, porque no tenía cómo hacerme de uno, ni menos uno con un potente motor que nos hiciera volar por las carreteras. El auto era una de las contradicciones de la vida primitiva con que soñábamos. Por cierto, Moira no se lo planteaba, pero yo sí. Lo que en el fondo me planteaba ya entonces, contra la vida primitiva, era que yo debía ganar dinero. Pero ese era un pensamiento sucio, y comenzaba a tomar forma en mí, y mi indigencia ante Moira, entonces no lo sabía, marcaría en buena parte los rumbos que tomaría mi vida en adelante. Había descubierto con amargura que necesitaría dinero, lo que nublaba todos los planes. Era una maldición, que me atacaba a mí, no a los Serna. Ella nunca se había planteado la cuestión de cómo se conseguían las cosas en la vida, cómo las conseguían los demás, y nunca llegaría a saberlo. Ella lograría con relativo poco esfuerzo mantenerse en la senda de la vida primitiva. Entre las condiciones para sostenerla estaba no casarse, no tener hijos ni estudiar algo productivo. La vida primitiva sería azarosa, inconstante y ligera.

Con ese espíritu contrariado estaba yo esa tarde en El Trébol junto con Moira, mientras adentro de la casa Bobby probaba su nueva

adquisición, un flamante equipo de *compact disc,* que nadie en Chile tenía y ni siquiera se conocían; era el primero de su generación, importado directamente por Bobby, que estaba enloquecido con él. Desde la casa, por las ventanas abiertas en las que se volaban las cortinas, sonaba alternativamente Dire Straits o The Police. Puesto que durante toda la primera juventud sufrimos una angustia vital que como una marea iba y venía pero nunca desaparecía totalmente, esa tarde la angustia se sentía más aguda. El horizonte era difuso como esos fondos de carretera cegados por la luz en contra. Sobre el verde del prado que rodeaba la piscina los tordos negros azulosos picoteaban unas lombrices invisibles y nos envolvía un suave olor a tierra, un viento fresco. A lo lejos se oía el graznar de los queltehues semejante al de las gaviotas y que producía una extraña sensación de que estábamos al lado del mar. Todo era propicio para una partida inminente, nuestros corazones estaban lejos de ahí. Si bien mi espíritu estaba con ella, el sentimiento no era recíproco. Yo estaba solo, no contaba con Moira, con nadie. Ella por su parte no confiaba en nadie, se tenía solo a sí misma. Encerrada en sí, a la espera de acontecimientos fantásticos, era muy poco lo que yo podía ofrecerle a Moira a sus dieciocho años. Yo hubiera querido protegerla una vez que ocurrieran esos acontecimientos, o decirle que la amaba, si tal cosa fuese cierta, pero, lección número uno, no permitas nunca que una chica se ría en tu cara. Ese era el temor elemental que uno experimentaba con las Serna. No podía decirle nada de lo que sentía por ella. Había un problema con todas las Serna, no solo con Moira o Vanessa, para comunicar sus sentimientos o para recibirlos. Cualquier profesión de sentimientos estaba condenada al fracaso, era una exposición al escarnio. Este escepticismo se debía a la historia familiar, a los desastres que habían presenciado, a la caída de los dioses tutelares, vale decir, de papá y mamá, de las traiciones elegantes, de las soluciones pragmáticas que habían encontrado, del refinado sentido de supervivencia de Pilar, del pesado realismo de Serna, todos aspectos que ellos salvaban con la ironía, el desdén por todo lo que uno creía noble y verdadero, el desprecio por las efusiones sentimentales. El único verdadero sentimental era el viejo Serna, él se podía dejar ir,

llorar en el hombro de alguna de sus hijas, él que ya había depuesto todo orgullo. Como hombre carente de mundo, de sociabilidad, por su ineptitud para cualquier frivolidad o la conversación ligera, como ocurre en muchas personas así, no tenía otro recurso que ser sentimental. Y lo era, solo que nadie se enteraba. Era Pilar la que, para salvar las apariencias de sus desmanes, había impuesto el estilo sarcástico. Las Serna, no así Bobby, lo habían adoptado.

De modo que ahí estábamos, nuestros brazos se rozaban, en contiguas sillas de lona, con unas cervezas a nuestros pies, inundados por la indecisión. Hoy día, ya maduro, uno se avergüenza de todo lo convencionalmente espiritual que ha sido, solo porque a esa edad no sabemos cómo ser más naturales y atrevidos. A lo lejos sonaban las bandurrias y ahora con el viento de la tarde los cumulonimbos se desplazaban en el cielo como grandes trasatlánticos.

—Me gustaría estar siempre así. ¿A ti? —dijo ella de pronto.

—Sí, cuando tenga ochenta años. Yo ahora le voy a imprimir velocidad.

—A qué —musitó ella con la punta de los labios apenas volviéndose hacia mí con su cabeza tendida en la reposera.

—A la vida, hay que escapar de aquí, ¿o es que no te das cuenta?

Ella, que continuaba con los ojos cerrados y la cara al sol, los abrió, y se volvió bruscamente hacia mí. Achinó los ojos, cerró uno, levantó una ceja y volvió a quedar la cara al sol. Cuántos rictus y muecas eran posibles en el rostro de Moira a esa edad. Eso ya no es así, se acabó. Entonces, podía mirarte son severidad y fiereza, con los ojos entornados, y al instante iluminarse en una risa ancha que venía a desmentirla. No esperaba ser tomada en serio, eso significaría un compromiso, y en su lugar se ocultaba en múltiples identidades transitorias. Un invierno le dio por llevar un casquete de cazador, con visera y enormes orejeras que en cualquier otra se vería fatal. Además del casquete podía ceñirse una bufanda con que se tapaba hasta la nariz y unos anteojos de sol, con lo que su cara quedaba entera oculta. Era una declaración de guerra a las bonitas, como si ella no lo fuera, o no como quisiera serlo. Moira era hermosa en movimiento, no era ese tipo de belleza para estar en lo alto de un

plinto. Lo que sí, era mimada, caprichosa, egoísta, ensimismada y mal genio, todas esas cosas podían decirse de ella sin demasiada dificultad cuando recién cumplía la mayoría de edad.

En ese momento llegó Bobby. Acercó una silla y prendió un cigarrillo. Llevaba unos *jeans* muy gastados, iba descalzo y desnudo el torso. El pelo le llegaba a los hombros y un largo mechón liso le caía a un lado de la cara y solía apartarlo con un gesto brusco de la mano.

—Tienen una cara los dos —dijo apenas sentarse, mirándonos alternativamente a uno y a otra.

—¿No te has mirado la tuya? —replicó Moira molesta.

—Están muy serios.

—No lo estamos —respondió Moira.

—¿Qué estamos escuchando? —dije yo poniendo atención a la música que venía desde la ventana abierta.

—Está bien, ¿no? —dijo Bobby satisfecho—. Acaba de llegar. Es CD.

—¿Qué es? —preguntó Moira impaciente.

—"Every Breath you Take", The Police.

—Es bonita —replicó ella.

—La letra es tonta —dijo Bobby con una sonrisa pérfida.

—¿Siempre tienes que contradecirme, animal? Dijiste que estaba bien.

—Bien para ustedes. Se las puse a ustedes. No es lo mejor de Police.

—Eres un ángel —intervine yo. La letra no me parecía en nada tonta, puesto que yo estaba pendiente de la respiración de Moira, dependía de esa respiración, como había sido todo el momento en que habíamos estado juntos.

—Lo soy —dijo Bobby y se puso de pie, y se largó levantando la cabeza para dar una profunda calada a su cigarrillo.

—Está chalado —dijo Moira mirándolo dar saltos en la gravilla por el sendero hacia la casa—. Habría que llevarlo a un psiquiatra, aunque no sé para qué.

—No va a cooperar con tu psiquiatra, no tiene ninguna intención de que lo curen; por él, se vuelve todavía más loco.

Desde la terraza ahora nos saludaba con la mano en que tenía la lata de cerveza, y con una amplia sonrisa se metió en la casa por entre las cortinas.

Nos quedamos los dos en silencio. Ese sol no permitía pensar, si es que no oscurecía nuestros pensamientos. El pensamiento ofuscado era nuestra melodía mental. La ofuscación era a causa de las enormes cualidades que suponíamos en nosotros mismos y a la inmovilidad a que nos veíamos condenados.

—Así es que le vas a poner velocidad a la vida. ¿Y se puede saber cómo? —dijo ella, y en su tono había algo desafiante, o burlón. Me tomó por sorpresa, me obligó a no ser vago ni dubitativo, tenía que jugarme algo en esa respuesta.

—Lo primero que voy a hacer es comprarme un pasaje de avión.

Apenas lo dije supe que estaba condenado a hacerlo.

Esperaba no sé qué respuesta de Moira, pero alguna que me diera una dirección.

—Bien por ti —dijo de un modo más bien indiferente, casi como si fuera el tipo de frases que se pueden dejar ir. Estábamos llenos de frases para dejar ir.

—Y tú qué vas a hacer —dije yo a su vez.

—¿Y qué importa eso? Algo vendrá. Recuerda que soy una Moira, me especializo en destinos —dijo con descuido. Ella no tenía ninguna intención de subir al mismo avión que yo.

Ya por entonces era una experta en mitología griega, justamente porque alguna vez quiso averiguar el origen de su nombre. Si algo le interesaba más allá de sus narices eran los griegos, los mitos más que nada. Lo hacía por verdadera curiosidad, no por alarde intelectual, cosa que la tenía sin cuidado, a diferencia de las jactancias mía y de Bobby con nuestras lecturas de Nietzsche y Schopenhauer que ella miraba con desdén. Y tenía algo de razón en sus palabras. Con el tiempo, he llegado a convenir que mucho de lo que haría yo con mi vida estuvo de alguna forma determinado por líneas de destino trazadas por Moira, como su primer y temprano rechazo, que me obligó a dar muchos pasos adelante. Esto, desde luego, ella nunca lo sabría, como tampoco sabría jamás qué hacer con el suyo propio. Creo que esa tarde su alma estaba anegada con

la pregunta de qué haría de ahí en adelante, ahora que podía hacer con su vida lo que quisiera. El problema de Moira en ese entonces, y que la seguiría a lo largo de toda su vida, era no conocer su voluntad, yo en cambio, en ese mismo momento, creí conocer la mía. Esa voluntad me decía que me alejara de ella.

Empujados por el viento, los gigantes en el cielo habían desaparecido.

* * *

Para mi segundo retorno, después de dos años en Jávea luego de la muerte de Irene, Bobby ya vivía en el departamento de calle Huelén. Era un departamento espacioso, un poco sombrío, un poco solemne, pero que tenía una linda azotea–terraza. La elección era extraña, uno hubiera esperado algo en los faldeos precordilleranos, pero muchas de las decisiones racionales de Bobby carecían de racionalidad aparente. En aquel departamento un día de diciembre de 2006, fue la primera vez que vi a Verónica Bustos. Para entonces, hacía un par de años que Bobby estaba con ella. Me aparecí temprano una mañana y se asomó ella por el corredor envuelta en una bata oscura, el pelo trigueño tomado en una cola, silenciosa y desconfiada, pasando derecho a la cocina. Antes de desaparecer se volvió otra vez para mirarme con sus profundos ojos negros. Bobby advirtió mi mirada y me arrojó a su vez una mirada de inteligencia, ufano de la escena, de tener una mujer en su departamento que había dormido con él y que yo estuviera ahí para corroborarlo. Esta era una mujer joven a quien Bobby había conocido en un diplomado sobre Nietzsche en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile, donde Verónica estudiaba Derecho. Era una mujer bonita, muy seria y de mal carácter, según la había descrito Bobby en sus correos, pero esa descripción no le servía. Verónica Bustos no tenía mal carácter, era Bobby el que se lo agriaba. Tenía además un hijo pequeño, de doce años, sin padre conocido o revelado. En otro viaje anterior no pude verla por razones siempre muy confusas de parte

de Bobby, que parecía escabullir la presentación. Esa vez, a mi pregunta de cuándo la conocería respondió:

—Cualquier día, pero no es muy sociable.

—No importa, yo puedo serlo.

—Es que menos le gustan las personas sociables como tú.

Hay que decir que para las categorías de Bobby yo calificaba como sociable solo porque no era un ermitaño atrabiliario como él. Muchos de su entorno habían depositado vagas esperanzas, no demasiado optimistas, en esta hasta entonces reciente relación sentimental de Bobby.

Entre los treinta y los cuarenta Bobby había sido un cliente asiduo de prostíbulos y clubes nocturnos y había elegido ese barrio por la cercanía de una docena de estos tugurios. El hecho de que ni siquiera un buen amigo como yo pudiera dar fe o refutar esas prácticas nocturnas se explicaba no solo por el desarrollado sentido de la privacidad que ejercitaba Bobby con relación a la información que de sí mismo proveía al mundo, sino también porque suponía que todo comercio carnal era una suerte de excrecencia, una zona muy secundaria respecto de la vida intelectual y espiritual de un hombre y en ningún caso digna de ser mencionada. Por lo tanto, la aparición de la joven abogada había sorprendido a muchos. El que la diera a conocer, aun cuando pocos —sus hermanas apenas— la hubieran visto hasta entonces, parecía ya un gran avance de Bobby en sus complejas relaciones con el mundo, sobre todo después de su borrascosa relación con Natalia Moreno, "la musa de la catástrofe", como la llamó Bobby, y que explica en parte el paso hacia Verónica Bustos.

Si bien se habían conocido en un seminario de Nietzsche, Verónica había terminado por aborrecer al maestro espiritual de su novio, pero Bobby se lo tomaba con humor, o indiferencia, harto de darse la molestia, de entrar en explicaciones que los demás no entenderían acerca de sus devociones intelectuales, pero también para bajar el tono a la extrañeza que él creía provocar, y cosa rara, no pretendía hacerlo, provocar, prefería no excitar imaginaciones en torno a él, como dando por perdida la batalla por ser entendido. Había un dejo de arrogancia en ello, como que lo suyo era muy recóndito, muy

intransferible, como una religión arcana que solo pervive en el secreto y él fuera poseedor de ese secreto.

Moira me había dicho que Verónica era una mujer que, sin ser especialmente bonita, era agraciada, la calificó de "sencilla", y yo sabía lo que quería decir eso en boca de las Serna, a la vez que elogió su carácter, haciendo la precisión, en comparación al de Bobby. Desde un principio Bobby había demostrado sumo interés por Fito, el hijo de ella, al que le había cobrado gran afecto. No se cansaba de remarcar su talento, y su inteligencia, además de financiarle sus estudios en el colegio The Grange, el mismo colegio exigente de donde él había sido expulsado por última vez. Él, que había dado tumbos de colegio en colegio y terminado con dificultad la secundaria, era el más concienzudo a la hora de evaluar la libreta de calificaciones del muchacho, las que, por lo demás, eran siempre destacadas. Una mirada suspicaz diría que con ello Bobby forzaba a Verónica a un agradecimiento vitalicio, pero no creo que ella se haya dado por aludida a ese respecto. Bobby se sintió muy orgulloso cuando Fito se tituló de abogado con distinciones. Me tocó verlo más tarde un par de veces en Huelén. Era un joven moreno, buena cara, reservado, de los pocos que llamaba Roberto a Bobby y tenía con él un trato cercano aunque no particularmente cariñoso. Era muy posible que el muchacho, que era entonces un hombre, tuviera ya con su mentor diferencias en el plano de las ideas. Las Serna tenían todas una muy buena impresión del muchacho y suponían que la educación de Fito era de las pocas cosas que habían valido la pena en la vida de Bobby. Exageran. Por supuesto no es la única cosa que valió la pena en la vida de Bobby Serna. Pues bien, el joven abogado era quien guardaba los papeles de Bobby, según me informó Moira a los tres días de aquel viernes fúnebre.

Si me hacía cargo de los papeles de Bobby, que es lo que se esperaba de mí, debía considerar una larga temporada en mi país, cosa que en ese minuto no estaba para nada decidida. En ese caso, debía volver más o menos de inmediato a Jávea, para la liquidación de mi parte en El Bribón pero, sobre todo, para darle un punto final a mi relación con Bettina, cosa que tampoco, según el curso de los acontecimientos locales, me era evidente. En nuestras últimas

conversaciones telefónicas ella se había mostrado alegre, deferente, amable y distante, como dando por sentado que mi estadía en el país me estaba siendo provechosa, y que mis propósitos apenas esbozados de pasar una temporada en mi patria se estaban cumpliendo a mi favor. En suma, se alegraba de la realización de un hecho que para mí no estaba en ningún caso resuelto.

Me había ido haciendo a la idea de que Bettina amaba más a El Bribón que a mi persona y que me amaría más todavía si ella fuera su propietaria absoluta. Bettina era una chica buena, de padre alemán y madre española, graciosa, de buen ánimo, buena deportista y cocinera, que no veía en mí ningún atributo especial ni echaba alguno de menos y si lo hubiera tenido tampoco lo habría advertido. Solo le llamaba la atención, sin llegar a inquietarla, que yo leyera tantos libros.

Después de la muerte de Irene, había comenzado un intenso régimen de lecturas, como una manera de mantenerme a salvo de algunos brotes de locura que alcancé a experimentar durante el duelo. Tampoco tenía mucho que hacer con mi vida. La lectura como conocimiento y Bettina como naturaleza hicieron por un buen tiempo un magnífico equilibrio. Bettina tenía un lindo cuerpo y unas piernas que eran la perdición de cualquier hombre; en los hechos yo era uno que se había perdido ahí, y tenía la impresión, más o menos fundada, de que ya había en Jávea otro candidato al mismo extravío, y seguro que con más entusiasmo que yo. Como sea, la plaza española debía darla ya por perdida. Mi maestro, Schopenhauer, sostiene que la voluntad es incognoscible y el mundo ilusorio, por lo que preguntarme en ese momento por qué había invertido casi seis años de mi vida junto a Bettina y cuánta realidad había en todo ello, era una tarea del todo inútil; no tenía esa respuesta. Puede ser que Bettina contaba entonces toda la voluntad de vivir que me faltaba, me había cobijado en sus brazos, había puesto decisión en ello, pero esa fuerza se había debilitado y ya estaba harto de las dulzuras de la vida en un pueblito valenciano, que, como en todo simulacro del paraíso, se me hacía cada día más difícil sostener. Jávea, como proyecto, estaba en su final, y como no hay viento favorable para el que no sabe a qué puerto se dirige, mi estado actual, muerto Bobby

y anclado yo en Santiago de Chile casi contra mi voluntad, mi situación era de las más precarias para un hombre que cumplió los cincuenta años.

En el camino de vuelta del funeral, Vanessa me había planteado que si me parecía podía quedarme donde Bobby, lo que era una mala idea si pensaba en mi Airbnb de Los Pensamientos. El departamento de Bobby era grande, espacioso, antiguo, con algo señorial que, en su conjunto, no convenía a mi espíritu y que siempre pensé que no convenía tampoco al de Bobby. Habitar en él me pesaba, no solo porque poco menos calzaba las pantuflas del difunto, sino porque ese recinto de gruesos muros, pesadas puertas, espesas cortinas, estaba impregnado con una gravedad y solemnidad que me encogían el corazón. Los últimos años Bobby se había prácticamente retirado del mundo, se había privado de toda sociabilidad, de cualquier afecto, de todo calor humano, como no fuera el trato con Verónica. Su puerta, es cierto, siempre estuvo abierta para sus hermanas, sin distinción, pero esto debido más al rol oracular que cumplía ante ellas que por cuestiones afectivas. Las escuchaba cada una a su turno, y como podía les ordenaba sus sentimientos, cosa más bien natural, porque tenía la afortunada perspectiva de carecer de ellos. Como sea, habitar esa casa era como vivir en un panteón donde había residido el oráculo, y yo requería de algo más ligero, como portátil era mi espíritu por ese entonces. Sin embargo, como nos ocurre tantas veces en la vida, contra mis propios deseos, acepté. Hablé con Moira a ese respecto y me dijo que las llaves las tenía Adolfito, Adolfo para esos fines. Eran dos entonces los asuntos para tratar con el hijo putativo de Bobby. Adolfo me citó para el día siguiente en Huelén, esa calle que representa como pocas ese error estético que es toda la arquitectura de los años cuarenta. Me abrió Celeste, la cocinera y ama de llaves, a la que no conocía mayormente pero que se acordó bien de mí a juzgar por el modo familiar con que me recibió. Pese a las pocas veces que me tocó verla, me llamó por mi nombre y pensé que, en su aflicción, a un amigo verdadero de Bobby le debía un recuerdo especial. Dejé atrás el hall y seguí hacia el interior. Dándome la espalda, frente a las puertas abiertas a la terraza, estaba Adolfito, de

manos tomadas atrás, vestido de traje gris. Se volvió una vez que sintió mi presencia. Pequeños ojos muy negros, mandíbula cuadrada, nariz muy recta, Adolfo Bustos no era alguien que despierta simpatía a la primera impresión, y tan seguro estaba de ello que tampoco hacía esfuerzos para contradecir esa primera impresión, la que tampoco mejoraba con el tiempo. Era un tipo que se tomaba en serio y que consideraba que había otras cosas más importantes que ser simpático, o incluso gentil. Hasta ahí era eso lo que había visto de él. El aprecio que le tenía Bobby se debía a su inteligencia, a su lealtad, y a que le llevaba sus asuntos. Por lo que entendía, Adolfo era la contraparte de Olga en las cuestiones de la empresa, asuntos de los cuales Bobby se había ido desentendiendo progresivamente, por lo que debía asumir que en ese momento me encontraba ante el albacea de Bobby.

—Renato —dijo esbozando apenas una sonrisa.

—Fito —dije yo por mi lado, y nos estrechamos las manos. Era un primer reconocimiento. Estábamos en la casa del difunto, la que se estrenaba como tal, con un silencio, un vacío, que nos comprometía a ambos. Si ya lo era en vida de Bobby, ahora el lugar parecía más solemne, más monacal. Por alguna extraña razón Bobby era reacio a las alfombras, de manera que el parqué brillaba en toda su extensión y era un elemento de luz en ese espacio más bien sombrío por las pesadas cortinas de terciopelo verde que colgaban lánguidas de las ventanas. Pero en cuestiones de arte Bobby no se perdía. El elemento de color en ese sepulcro estaba dado por los cuadros de pintura moderna en gran formato de Lira, Abelli y Téllez, tres pintores que adoraba y que colgaban en lugares estratégicos de las paredes. En ese amplio departamento, Adolfo se movía con la propiedad de un guardia o un guía de museo, alguien que conoce en detalle los lugares, pero mantiene con ellos una reverencia más patrimonial que sentimental. El sitio para él no era menos excéntrico que su original propietario, y mantenía la misma distancia con esos objetos que la que mantuvo con aquel. Me invitó a sentarme.

—Vanessa me habló. Tampoco hacía falta, ellas pueden disponer lo que quieran, aunque yo tenga un poder amplio firmado por Roberto.

—¿Bobby te dio un poder amplio? ¡Cuándo fue eso!

—Hace unos meses.

Ambos entendimos lo que había que entender. A eso se le llama poner en orden los papeles, dejar las últimas disposiciones.

Me miró y se encogió de hombros.

—Hace un año yo no lo tomé así. Ahora pienso que sí, pero tal vez tampoco fuera una señal, no lo sé.

—¿Pero por qué te lo habría dado?

—Con el fin de deshacerse de más obligaciones. Cualquier cuestión práctica lo enervaba y hacia el final me encargué de muchas de sus cosas, todas muy menores. ¿Pudiste verlo antes?

—No llegué hace mucho, nos habremos visto una docena de veces, tal vez menos, la última, cuatro días antes. Y esa última no fue fácil. Me decía siempre que estaba ocupado. Al final me recibió. Hablamos. Pero no noté nada que me llevara a pensar...

—También lo he pensado, y creo que lo había decidido hace mucho tiempo, es mi impresión, pero no puedo asegurarlo. Conmigo era muy reservado.

—Al final, conmigo no lo era menos.

En ese momento entró Boko en la sala, silencioso y cabizbajo, como si nos ignorara a ambos, con sus enormes cejas, sus ojos cansados, un pastor mestizo, macizo, hijo de Olimpia y de algún vecino de El Trébol. Nos observó, se tendió entre ambos, y hundió la cabeza entre sus patas, se quedó ahí, con la mirada perdida indiferente a nuestras presencias y voces. Si cabría pensar en un perro melancólico este era Boko, que parecía sobrellevar una horrible e incurable soledad.

—¿Qué va a ser del pobre Boko? —pregunté a Adolfo, luego de un momento de observar al perro echado entre nosotros.

—No se sabe. Hay muchas cosas que arreglar todavía. Tal vez se lo quiera llevar alguna de sus hermanas. Pero tú quieres quedarte, volvamos a eso.

—En principio sí, pero por un tiempo en todo caso, no sé cuánto, no pretendo que sea mucho.

Adolfo se hurgó los bolsillos y sacó un manojo de llaves que puso sobre una mesita.

—Aquí están. Quédate cuanto quieras.

Adolfo mostraba una neutralidad ante los hechos demasiado parecida a la frialdad como para no ser franca repulsa. Si le tocaba tomar un objeto de los que había en el departamento lo hacía con la punta de los dedos. Fito tal vez sabía demasiado. Desde luego conocía más de la relación entre su madre y Bobby que lo que ninguno de nosotros llegaríamos a conocer nunca y, como muchas personas obligadas al deber de la gratitud, su orgullo era más una rebelión contra su benefactor que verdadera lealtad.

—En cuanto a que te haga entrega de los papeles, como me dijo Moira, no existen.

—¡Cómo!

—No existen papeles, tú debes saberlo mejor que nadie, todo eso que dicen que escribió lo hizo en su computador personal. Está en su escritorio y le he quitado la contraseña, está abierto. No he mirado nada, no me incumbe, ni menos sus correos. Todo eso queda en tus manos —dijo en un tono en extremo cortante. Me miraba muy fijamente.

No dudaba que para alguien como Adolfo Bustos el suicidio era un despilfarro que se podían permitir unos pocos, la especie más suntuaria de las enfermedades psiquiátricas, una excentricidad de gente a la que le sobra el tiempo para atormentarse, y que no sentía de corazón que truncar una vida como esa, así fuera la de Bobby, fuera necesariamente un desperdicio. Mirando a mi alrededor, a la congelada escena del amplio departamento vacío ya de su antiguo protagonista, cuya presencia solo se prolongaba a través del perro dormido, sentía una fría angustia, la de si sería capaz de llevar adelante esa tarea. Desde la insonora ultratumba, Bobby podía contar con toda mi voluntad para intentarlo, pero hubiera deseado, donde fuera que se encontrara, que supiera del aprieto en que me había metido. El perro de pronto levantó la cabeza y me miró con sus ojos acuosos y brillantes, como si hubiera experimentado esa vibración, u oído un ruido lejano.

—Celeste, la señora que te abrió, viene lunes y jueves. Ella se encarga de la limpieza y también de tu alimentación si es que haces las compras. No te preocupes de ese gasto ya que Roberto dejó un pequeño fondo para estos asuntos.

—Qué estás diciendo. Bobby dejó también un fondo. ¿Para quién? ¿Así de premeditado fue todo?

Adolfo me miró con sus pequeños ojos negros bajo sus cejas espesas y esbozó una sonrisa burlona.

—Sabía que no podía dejar a Celeste en la calle. Dejó arregladas sus cosas, naturalmente —respondió él.

—Eso lo entiendo.

—Siempre dijo que en caso de que le pasara algo Celeste no podía quedar desprotegida. Entre mis obligaciones está ocuparme de ella, hasta su último suspiro. Eso quedó estipulado. Lo mismo con Boko. Ahora, si me preguntas si había previsto que tú llegarías aquí, por supuesto que no. Eso no podía saberlo, pero asumo que estaría muy conforme. No puedo decir más. No sé mucho más. Sé muy poco de la vida privada de Roberto. Actúo como su abogado. No sé si pueda decir que fui su amigo, como podrías decirlo tú. Había demasiadas cosas de su vida personal que me estaban restringidas y otras que hubiera preferido no saber y que son de su propia incumbencia y que no las voy a comentar nunca con nadie. Nunca.

—Valoro tu discreción. Verónica, tu madre, ¿cómo está?

—Ella está muy bien, gracias —dijo poniéndose de pie, con una mirada más amable ahora—. Verás que está todo en orden. Me comunicaré con Moira para contarle que está todo bien. Adiós —dijo, me estrechó la mano y se largó dejándome solo.

Luego de un momento de permanecer ahí, sentado inmóvil, y ante la mirada de Boko que había activado su alerta y esperaba mi próximo movimiento, me puse de pie y fui hasta el escritorio. Boko me siguió. Hay algo impúdico en recorrer los lugares hasta hace nada habitados por un muerto todavía fresco. Como si en vida de aquel no ocultaran nada, los objetos fueran triviales y fútiles, cuando el habitante original se ha esfumado y permanece en estado gaseoso en una nube celestial, observándolo todo desde su principesco más allá, esos objetos cobran de pronto el significado de un secreto, la contemplación de un cenicero, de un abrecartas, de unos anteojos de lectura, de un lápiz en estado de reposo, hacen del intruso un violador de morada, un ser furtivo que lleva a cabo una pasión baja, como es curiosear en los secretos ajenos. Todos esos

objetos los había visto antes, pero ahora tenían un significado distinto, como si la detención del tiempo en ellos los hubiera sacralizado. Había muchas fotografías, aquella memorable de Bobby junto a Roger Waters en algún concierto en Londres. Bobby tiene el pelo largo, hasta los hombros y lleva la clásica polera de la carátula de *Whish You Were Here*. Sonríe, se ve joven y alegre, guapísimo, porque lo era. Eso debe ser en el noventa, porque hizo el viaje especialmente para el concierto de Knebworth House de ese año. En otra está con Pilar, ella en un exuberante vestido rojo con enormes hombreras; él, de traje formal, serio, en el matrimonio de Olga, me parece. Pilar se ve soberbia, arrogante, inmensa, Bobby está muy flaco, taciturno, reconcentrado, la mirada extraviada, como un rockero de los ochenta. En otras bullen las hermanas en las distintas últimas décadas, luciendo las modas que se han sucedido, desde los *jumpers* de colegio, a las consabidas jardineras de *jeans*, blusas de organdí, falditas minúsculas, estilizados vestidos de noche. Las paredes están casi en su totalidad cubiertas de libros. Nietzsche ocupa un largo aparador con toda su obra y otras referidas a su obra. Sobre el enorme escritorio, está su MacPro, cerrado. Abro lentamente la tapa, lo enciendo, y aparece el fondo de pantalla con una enorme ola y un diminuto surfista corriendo una montaña azul de agua.

Me senté. Boko se tendió a mis pies. Sobre el fondo de pantalla dos docenas de archivos estaban dispuestos a abrirse con dos leves clics en el *mouse*.

Conocía parte de sus escritos, pequeños fragmentos que compartía conmigo y que no eran más que sutiles provocaciones que tenían como fin abrir entre nosotros alguna discusión siempre ligera e ingeniosa. Aun así, el pudor se redoblaba ante este asalto a su intimidad más profunda, por mucho que fuera su familia la que, imprudentemente tal vez, me lo hubiera pedido. Había uno que llamó mi atención. Su título era: "Mi carácter". Pulsé dos veces. El texto decía así: "Debo precisar, antes que nada, si lo mejor que me pudo haber pasado en la vida es haber sido yo el que soy y no otro. La cuestión no es fácil, ya que tampoco podemos determinar si ese yo que yo soy ha alcanzado el grado de excelencia al que estaba

destinado. Debo decir que detesto al horrible Heidegger y su «yo no soy sino que estoy siendo». No me refiero a eso. Detesto cualquier forma de metafísica. La cuestión se resume a si he sido un tipo excelente o no. Si he llevado o no mi persona hasta sus últimas consecuencias. No pertenezco a ningún tipo de realeza y no se me ha encomendado ninguna misión en la que pude defraudar. Solemos pensar que la carga de la vida es modesta, y los dones, limitados. Es la manera atenuada de ver las cosas y la mayoría de las personas pueden encontrar en esa descripción la mejor coartada para ser esa cosa deplorable que es ser un individuo *común y corriente*. Desde muy niño he advertido que no somos eso ya que mi carga ha sido enorme y mis dones naturales cuantiosos. Y esto no tiene nada que ver con el orgullo, puesto que orgullo no tengo de ninguno de los talentos que en suerte me dio la naturaleza, si entendemos por naturaleza a nuestros propios padres y antepasados. Ser quien uno es no es ningún éxito, esto según la primera categoría de Schopenhauer. Todavía no hemos salido de nuestro primer estado rudimentario. Lo importante es cómo se llega a ser un ser complejo y soberano y si constituye eso un éxito o no. Ahí reside tal vez la única elegancia, en la enfática independencia de la opinión ajena que la he pagado con la más terrible de las soledades. Pero he forjado mi carácter, ha sido una decisión, ya que, si fuera por herencia, sería un derrotado más, como lo es toda mi estirpe. Humillados, ultrajados, vejados por la vida, sin esperanza de redención. Yo he de redimirme en nombre de ellos. ¿Habrá servido todo aquello de algo? ¿Dirán algún día de nosotros que también, *navegando hacia el oeste esperábamos llegar a unas Indias*, pero que nuestro destino fue naufragar estrellándonos contra el infinito?”.

Qué familiares resonaban en mí esas palabras, esa dicción, eran un eco todavía audible del habla tranquila de mi amigo en alguna de las tardes en que nos entregábamos a la conversación. La última frase corresponde a *Aurora*, si no me equivoco. Bobby se la había grabado a fuego, desde muy joven. Debíamos navegar, movernos de ahí, largarnos de este condenado país en cuya condena no empeñaríamos nuestra suerte. Dejar atrás los estudios de Derecho, Bobby, y yo los de Ingeniería, era la primera ancla que debíamos

soltar. Ambos detestábamos por igual nuestras carreras, nuestras casas, nuestras mesas familiares, la comida de mamá, nuestras estrechas camas de adolescentes donde nos habíamos masturbado más de la cuenta, nuestras familias taciturnas, nuestro país, sofocado por la dictadura militar, la ciudad gris, soñolienta, la vida pedestre de nuestra edad y clase, las mustias discos a las que no íbamos por razones ideológicas, salvo el Eve, contadas veces, y hasta la cartelera de cine y los pocos y lúgubres bares de aquellos años, como el Jaque Mate, que algunas noches acogían nuestro confundido amor propio que hasta ahí no había sido puesto a prueba. Debíamos salir de ahí. Navegaríamos, pero hacia el este. Nuestro destino cuando teníamos veinte años era Europa, esa era nuestra Arcadia, aunque otros de nuestra edad hubieran pensado en ir hacia el norte, a Nueva York, o San Francisco, donde también estaban pasando cosas. Pero Bobby quería conocer Alemania, por supuesto, e Italia, Francia, España.

Hasta que pudimos hacerlo. Ya en el primer año de universidad logramos dar el golpe. El peregrinaje comenzaría con una parada inaugural, el concierto Live Aid en el estadio Wembley en Londres, en donde no estaría Pink Floyd, pero sí Queen, U2, Dire Straits y David Bowie, y donde suponíamos alcanzaríamos la elevación necesaria para la dignidad cosmopolita que creíamos merecer, en el entendido de que ambos considerábamos que nos faltaba aire bajo las alas, amplitud de terreno para despegar. Enterada de nuestros planes, en que escucharíamos "Heroes" en vivo, la misma canción que bailábamos como idiotas al borde de la piscina, para Moira fue una traición. Quería que la lleváramos con nosotros, pero para julio de ese año ella tenía todavía diecisiete años y le quedaba terminar el colegio, lo que por fuerza la dejaba en tierra. Moira se retorció de rabia. "Traidor", me dijo. Yo la hubiera llevado, Bobby por ningún motivo. La vida estaba en otra parte, eso lo sabíamos. Partimos a Londres con Bobby y la dejamos a ella. Más adelante Moira me diría que nunca me lo había perdonado, que había sido un cerdo egoísta, que de no ser así, las cosas hubieran sido muy distintas. No le creí una sola palabra. Yo sabía ya por entonces que lo inteligente para mí era querer más, más de lo que tenía a mano, y también saber que lo

inteligente era querer distinto, distinto a lo que veía a mi alrededor. Ocurría que Moira por su lado quería lo mismo, aunque para ella comenzar la aventura con el amigo del hermano sería una imperdonable falta de imaginación.

Partimos Bobby y yo un día 6 de julio con destino a Londres. El día antes Moira me dijo de modo teatral: "¡Odio Europa!". "Difícil, si no la conoces", fue mi respuesta. "Te vas a arrepentir", replicó ella.

Live Aid no fue lo que esperábamos, fue mucho más. No imaginamos la enorme ola que pasaría encima de nosotros, revolcándonos con su fuerza arrolladora, dejándonos como esos restos de naufragios que se encuentran a la orilla de la playa. Esa multitud bullente en el enorme estadio iluminado, Phil Collins, Bono y U2, Queen y David Bowie de una sola tirada, toda esa gente deslumbrante, toda más bella, más vistosa en sus peinados y ropas, más insólita e insolente, más atrevida, glamorosa, alocada y excéntrica que nosotros, ese desenfreno en torno a nosotros, nos hizo difícil no sentirnos insignificantes, desorientados y aturdidos, minúsculos e irrelevantes, carentes de gracia y estilo. Nuestro ego, que iba en busca de una suerte de revancha y reconocimiento, fue sometido a una verdadera ordalía que nos puso de rodillas y nos obligó a pensar cuán provincianos y triviales éramos nosotros, criollos sudamericanos. El mundo era demasiado vasto, sus márgenes demasiado inalcanzables, su energía apabullante, su variedad infinita, nuestros sentidos y entendimiento sufrieron una seria golpiza. Fue una gran lección, relativa a las proporciones de las cosas, y una medida de la talla que calzaban nuestras botas. Además, nos habían vendido una marihuana de mierda que resultó ser una estafa, y un tipo loco, un punk de esos de pantalones escoceses, nos escupió frente al escenario 3 todo un sorbo de cerveza que guardaba en la boca. Cuando volvimos a nuestro hotelito en Picadilly tarde en la noche, no salíamos de nuestro estupor. La multitud nos había subsumido y no habíamos sido más que unos atónitos espectadores de una vida agresiva que bullía en torno a nosotros. Casi no hablamos entre nosotros, aun cuando pensábamos lo mismo. Pensé que, a diferencia de nosotros, Moira se hubiera sentido totalmente a sus anchas en medio de esa

hecatombe de los sentidos. ¿Bobby y yo éramos dos sujetos que pensábamos demasiado las cosas? Desde luego, y ya en ese entonces. Había un serio problema en eso. Por primera vez me pesó tener como compañía a Bobby. Hubiera querido estar ahí con otro camarada. Él nunca se enteró de ello, pero creo que, hasta ese punto del camino, pensábamos los dos demasiado al unísono, y ya era suficiente con eso, no podía seguirlo con la misma emoción en las cosas que a él lo excitaban, ni compartir del mismo modo los supuestos golpes a su amor propio. Por supuesto que yo estaba defraudado, pero no con la misma intensidad que Bobby. Después de todo era un concierto, nada más, pero él había esperado de ese evento no sé qué tipo de éxtasis, de apoteosis para su alma enardecida, o qué rito bautismal de su entrada al mundo, qué tipo de iniciación podía experimentar él en medio de esa multitud que había logrado disolver cualquier rastro de nuestra vacilante prestancia. Al finalizar, mi idea era meternos en alguno de los pubs en torno a Wembley en donde de alguna manera la fiesta seguía, pero él fue terminante, quiso volver al hotel. Bien, había sido el debut equivocado. Bobby quiso partir a la mañana siguiente, aunque habíamos planeado quedarnos en Londres cinco días para hacer el peregrinar de los Beatles y todo eso, pero ahora eso aparecía como algo más tonto todavía.

Habíamos comprado el EurailPass que nos podía llevar por tren a donde quisiéramos y ya en el gran hall de St. Pancras no habíamos decidido hacia dónde continuaría el viaje, o eso creía yo. A París, desde luego, pero de ahí ¿a dónde? Mi idea era España, el verano ardía en la Costa del Sol lleno de preciosas alemanas y nórdicas, pero Bobby era de otra opinión. La próxima parada sería Suiza, el último lugar a dónde yo querría ir en plena temporada alta. Sabía que Bobby quería en algún momento hacer su peregrinaje nitzscheano, y tal vez yo lo acompañaría, pero no sospechaba qué tan lejos iría con ese ímpetu un poco infantil, comprensible también, de idolatría por un filósofo popular entre los jóvenes vehementes sedientos de certidumbres. Solo que yo no era un joven vehemente y mi única sed era vivir la vida y el itinerario de Bobby nos alejaba de ella o de lo que yo entendía por tal. Pero Bobby financiaba el

grueso de los gastos y no me era fácil oponerme a sus caprichos. De modo que apenas llegamos a la Gare du Nord en París, Bobby compró apresuradamente dos billetes a Ginebra para continuar a St. Moritz, en los Alpes suizos, luego de siete horas de tren. Ese no era tampoco el final del camino, porque nuestro destino era el cercano y muy pequeño y encantador Sils Maria, un pueblito de mil habitantes que había sido refugio veraniego de Nietzsche entre 1881 y 1886, y que por su serena y luminosa belleza alpina parecía contradecir los tormentos del filósofo.

Luego de dos días de viaje sin pausa, por fin pudimos depositar nuestros huesos en las muy duras camas del hotel Seraina, el más barato de Sils Maria. ¿Qué hacíamos ahí, en ese refugio de montaña? Lo supe al día siguiente. Bobby estaba sombrío, silencioso desde el desayuno, creo que se observaba demasiado a sí mismo, más aún de lo que pudiera hacerlo yo, mientras secretamente llevaba a cabo sus planes de los que no estaba seguro de su verdadero sentido. Esa mañana visitamos la casa Durisch, el pequeño cuarto en el piso alto que ocupó el filósofo y cuya ventana mira hacia el oeste. A esa hora éramos los únicos visitantes y yo me quedé algo más atrás, mientras Bobby recorría con la mirada el modesto alojamiento donde unos muebles sencillos y neutros no terminaban de decirnos nada. Salvo guardar silencio, no era mucho lo que podíamos hacer ahí, y me cuidé de hacer cualquier comentario; luego de unos minutos bajamos otra vez al poblado.

A eso del mediodía una van nos recogió en la plaza y nos llevó hasta el lago Silvaplana, a unos minutos de Sils, y nos dejó en su ribera por el lado de Surlej. Era un paisaje maravilloso, hay que decirlo, un gran lago como un espejo inmóvil, silencioso, rodeado de un tupido verde y de macizos nevados en las alturas, donde a lo lejos revoloteaban como coloridas mariposas las alas de los cientos de *kitesurfers* que se dejaban ir con el viento y que no llegaban a romper el imponente silencio que nos rodeaba.

Se diría que Bobby había estado antes en los lugares, ya que marchó con decisión por un sendero angosto que bordeaba la ribera este del lago, a pasos del agua que mojaba la orilla, y que parecía llevar a un sitio muy visitado por lo hollada que era su huella. En el

camino nos cruzamos con dos chicas, alemanas o suizas, o lo que fueran, bonitas ambas y que nos saludaron alegremente, como henchidas del regocijo de esa mañana azul y luminosa. Una de las chicas, la más alta alta que llevaba un sombrero de paja, me hizo el mismo gesto gracioso de cerrar un ojo y levantar el pulgar cómplice que usaba a veces Moira cuando quería ganarte para ella, y me sobresaltó; no sabía que Nietzsche podía ser atractivo para dos chicas tan bonitas. Seguía los pasos de Bobby que caminaba muy silencioso y decidido, pero yo estaba algo inquieto; desde la mañana, en realidad, desde Wembley que lo veía perturbado, silencioso y meditabundo, como si tuviera algo entre manos que no me lo iba a confiar hasta llevarlo a cabo. Corría un fuerte viento y el pelo de Bobby se volaba, lo que hacía más inquietante su figura apresurada. No era el momento de decirle nada. Yo solo esperaba que el fin de su peregrinaje, la roca de Nietzsche como le llaman algunos, o de Zaratustra otros, no fuera otro bochorno, no diera lugar a una patética escena de éxtasis impostado de la que tuviera que avergonzarme y de la que luego Bobby se arrepintiera. Para mí, el juego estaba llegando demasiado lejos. De pronto la vimos, ahí estaba, la roca de Zaratustra. Se yergue entre el borde del lago y el sendero, tiene una forma triangular, o piramidal, de no más de tres metros de altura, y para cualquiera podría ser un accidente más en el camino. Bobby se detuvo ante ella, yo me quedé un poco más atrás, y luego me acerqué.

—Esta es —dijo.

Yo no dudaba que lo fuera. Tiene incrustada una pequeña placa de mármol grabada con un texto en alemán, por lo que el peregrino no puede equivocarse. Bobby se sentó, de piernas cruzadas, en la sección de hierba que hay junto a la roca y el lago, y se quedó así durante un buen rato, con la mirada perdida en las aguas quietas. Para nuestra suerte, no había más peregrinos a esa hora de la mañana. Me senté a su lado. Después de un momento habló.

—Junto a esta roca surgió en él la idea de Zaratustra, del hombre que sube a la montaña.

Me mantuve en silencio, no era el caso decir nada.

—Pero, sobre todo, aquí junto a esta roca dio con la idea del eterno retorno —dijo Bobby.

Continué en silencio.

—Vive tu vida como si cada instante que vives fuera tan intenso que quisieras volver a vivirlo eternamente —continuó Bobby con un tono plano.

—No llego a entender —continuó— cómo conjuga Nietzsche el *amor fati*, el amor al propio destino, y el eterno retorno, con la idea del superhombre, que es, como se quiera, un llegar a ser, a ser uno distinto al que uno era, al hacerse de una segunda naturaleza, distinta a la con que naciste.

—No sé cómo ayudarte —repliqué—, tu Federico suele ser contradictorio, debes aceptarlo.

Calló un momento, y luego habló, pero no para mí, sino para el espíritu del lago.

—Porque yo odio mi destino, odio lo que soy, quién soy, odio a mis ancestros, la sangre que corre por mis venas y lo poco y nada que han alcanzado a hacer de mí. Sobre todas las cosas, yo no voy a hacer lo que los demás quieren que haga, lo que esperan que haga, lo que supongan que puedo llegar a ser. Yo no soy ese que creen que soy, y no voy a cumplir ningún plan que alguien tenga para mí. No voy a empeñarme en lo que los demás creen que debo ocuparme, ni voy a adorar lo que los demás idolatran, ni a considerar bueno lo que los demás creen bueno ni malo lo que creen malo. Yo no voy a ser un esclavo, yo voy a ser un señor de mí mismo. No seré un conformista ni un cobarde, seré valiente para hacer con mi vida lo que me venga en gana, aunque nadie me comprenda y sea el animal más solo del mundo, el más solo.

Terminó de hablar, no me miró, continuó con la mirada perdida en el lago, y luego bajó los ojos y llevándose las dos manos a la cabeza comenzó a revolverse el pelo como un loco. Luego levantó la mirada y me miró de un modo entre alarmado y triunfante. El discurso pudo sonar juvenil, y pretensioso, pero en ese momento yo sabía que mi amigo hablaba en serio, Bobby siempre hacía bien las cosas, y odiaba caer en falta; por lo mismo, vislumbré que estaba en peligro, no lo vi con la claridad con que puedo verlo ahora, pero comprendí

que en ese momento Bobby se había montado en el lomo del tigre —si él pudiera leer estas líneas, entendería de qué hablo— y que no sería fácil hacerlo desistir de sus juramentos junto a la roca del lago Silvaplana.

Todos esos recuerdos tan nítidos en mi memoria, y al leer los escritos de Bobby, al oír nuevamente su dicción, la de su madurez, volvieron, como esas películas en 8 mm que fueron las primeras que tomaron de nosotros nuestros padres, con sus secuencias entrecortadas, los cuadros se suceden con velocidad, y la imagen de pronto se congela, como aquella de Bobby junto al lago, con la cabeza baja, a punto de estallar en llanto.

Con una extraña sensación de haber visitado el pasado, cerré el archivo y luego la tapa del Mac. En ese momento, el departamento estaba en total silencio, no había ningún ruido en torno a mí. Boko dormía o dormitaba tendido en el suelo de parqué. A esa hora la calle estaba vacía. Debía sacarlo a su paseo nocturno para que hiciera sus cosas, según me había indicado Celeste. Al ponerme de pie Boko despertó, y me miró ladeando la cabeza, con una definitiva mirada interrogadora. Yo no era su amo, era apenas un suplantador. Pero movió su cola y al parecer entendió mis intenciones y que yo repetiría los ritos a los que su amo lo tenía acostumbrado. Con eso ya era bastante, pero no tenía asegurado que me siguiera hasta la puerta. Tomé la correa que estaba en la mesa del recibo y desde el corredor Boko todavía me miraba con un gesto de incomprensión, intentando interpretarme y dilucidar sus próximos pasos, que no estaban en absoluto resueltos. No ayudaría mucho lo que yo pudiera hacer, todo dependía de una decisión de él que estaría determinada por un estricto cálculo de interés. Abrí la puerta de entrada y él apenas sí adelantó unos pasos. Luego decidió seguirme, sin demasiada convicción. Yo sentí que estábamos los dos muy solos en esto, Boko y yo.

* * *

Es una calurosa noche, cerrada, sin luna. Al otro lado del río brilla con su luz azul el letrero de la Philips. Boko se ha dormido a mis pies y emite un ronquido sordo. Pienso que los dos seres que más he querido en el mundo, Irene y Bobby, ya no están en este mundo. En un par de meses más habré cumplido los cincuenta, con lo que me resta, si todo va bien, un tercio de mi vida. Sé que no debo pensar en esto pero es inevitable. Hace un rato he vuelto a leer un pequeño texto cuyo archivo dice solamente Febrero 2003, y me detuve en él porque un mes más tarde supimos del cáncer de Irene. Es una pequeña pieza de cámara, pero dice mucho del Bobby de ese momento, intratable, arbitrario, insolente: "Debo dar por cerrada toda posibilidad de matrimonio para mí. Es tiempo de convertir en una decisión racional algo que siempre me ha producido escalofríos: el matrimonio. Estar atado a una persona de por vida y todos los días me produce náuseas, mareos. Entiendo que para muchos el matrimonio sea una respuesta a muchas ansiedades: la primera, con él se acaba la búsqueda, la exasperada búsqueda del amor, que tantas inútiles energías nos consume pero, de encontrarlo, el supuesto hallazgo no es tal, es siempre una respuesta muy parcial a los sueños originales. La persona hallada cumple apenas una parte de lo que antaño hemos soñado, es siempre una transacción con el ideal, una subordinación a la realidad; aplaca la soledad, el fantasma del que todos huyen puesto que son incapaces de darles por sí solos un sentido a sus miserables vidas; por último, ordena las economías. El matrimonio es un mero remedio, una pobre estrategia para escamotear el natural sentido trágico de la vida. Mi soledad es el único lujo que puedo darme, mi única elegancia. Pero la soledad por sí misma tampoco soluciona nada, por cierto. La soledad por sí sola no es un incremento de nada, salvo de la propia conciencia. ¿Pero basta con eso? Uno puede estar harto con su propia conciencia si ella no conduce a otro estado. La conciencia dionisiaca está haciendo estragos en mí. Del horror de la vida puedo decir que he visto el suficiente, y no tengo que ir mucho más allá, basta mirar a mi familia. Puedo decir, sin vanidad ninguna, que voy montado en el lomo de un tigre. Ya que no profeso religión ni fe, que ya sé que el conocimiento socrático, el saber ilustrado, que una biblioteca entera

de libros sagrados no me saciaría, y que carezco del talento para crear una obra portentosa, debo abandonar de una vez por todas a Dionisos y entregarme a los brazos de Apolo. «Solo como fenómeno estético se justifican la existencia y el mundo por toda la eternidad». El sentido trágico de la vida acabará matándome o me convertirá en un médium desesperado. Cómo envidio a Moira, que lleva su destino trágico adentro pero no lo conoce, no se entera de que es el causante de la catástrofe de vida que ha llevado, o a Renato, que está en el mundo como en casa".

¡¡¡Qué pedazo de hijo de puta!!! "Renato está en el mundo como en casa", pequeño cretino pedante y pomposo, ¡qué sabes tú de mí! Fue lo que pensé con ira cuando le di la primera lectura al texto. ¡Qué estilo! Es como para volver a Bobby a la vida y matarlo de nuevo. Pero qué tanto, en vida me hizo cosas peores. En el lenguaje de Bobby hay que entender ese "estar en el mundo como en casa" como ser un idiota que solo se entera del canto de los pájaros. Será preciso informar a Moira que no hay mucho que hacer con toda esta basura metafísica de su hermano, su único destino es el incinerador salvo que ella quiera leerse a sí misma como una trágica ciega a su destino. En verdad, en ese punto, Bobby no andaba demasiado lejos. Pero no será el escrito de su hermano el que le abra los ojos, aunque porfiadamente la misma vida tampoco consiga hacerlo. Lo que sí puedo decir a Moira es que Bobby, si entendí bien, a esa fecha estaba impugnando, en alguna medida, su pasión por Nietzsche, y eso podría explicar muchas cosas.

Pensaba en eso pero justo esta misma mañana he recibido un correo de Bettina. Me dice que se ha cerrado la venta, que la sociedad de inversiones está dispuesta a la compra, pero que no hace falta que vaya, que ella por sí sola compra mi parte de El Bribón y que en un breve tiempo me llegarán los papeles que debo firmar. Son líneas escuetas, no hay en ella una palabra afectuosa y puedo suponer que su ánimo está dominado por las altas cifras de la transacción.

Al partir, Bettina me espetó en la cara que mi viaje a Chile sería sin retorno, y entonces me pregunté si era un reclamo o su deseo, o una sagaz premonición. Como sea su profecía se cumple a gusto de

las partes, de Bettina y mía. Cuando entré a El Bribón era porque me estaba acostando con Bettina, no porque quisiera entrar en una sociedad comercial o hacerme dueño de un cafecito en la costa valenciana. Hice un aporte de capital, muy pequeño pero indispensable para echarlo a andar, y el resto fue su trabajo y laboriosidad. Ella siempre había querido un café, en esa esquina, atenderlo ella misma, poner aquel toldo azul y blanco, tales mesas y amorosas sillas que había considerado, la carta con que había soñado, y suponía que cumplidas todas esas condiciones sería feliz. Lo concreto es que fue feliz, y mucho, y no quiero decir con esto que fue feliz en la medida en que se puede serlo solo limitadamente cuando se consigue una aspiración material, sino que lo fue en el sentido más pleno. Algunas personas, y no tan pocas, pueden ser de verdad felices con una conquista material, es algo que he aprendido. Yo gocé de una parte de esa felicidad. De más está decir que El Bribón fue un éxito debido exclusivamente a ella, y que no es raro que me quiera afuera del negocio. También me resulta muy claro que mi tercio en la oferta de la sociedad de inversiones vale más que la suma que me ofrece Bettina si es ella la que compra mi parte. Estando allá sabría más de todos estos pormenores, por lo que es natural que Bettina no quiera que viaje. Y no viajaré.

La verdad, no me planteé el motivo de mi viaje en noviembre pasado. Es cierto que tenía millas de sobra, que tengo un excelente Airbnb en la calle Los Pensamientos donde me siento muy cómodo, al punto que el viaje revestía más bien un acto rutinario sin propósito aparente como no fuera volver a mi país como solía hacerlo regularmente, ya que nunca he considerado tampoco que alguna vez me haya ido del todo. Cuando hice mi equipaje no pensaba en nada como no fuera que alejarme de Bettina era lo adecuado cuando todo comenzó a emponzoñarse con la agresiva oferta de la sociedad de inversiones. Estoy persuadido de que una voluntad ciega nos pone en un devenir del que ignoramos su sentido final. Al mismo tiempo, supe por un correo de Moira que Egon se había largado un día cualquiera, había huido de Moira sin ningún aviso, cuando mi boleto de avión ya estaba reservado. Ese acontecimiento no estaba en los planes de nadie. Tal vez agregaba

una finalidad todavía oscura, rota por una lucecilla que brillaba algo más allá y que me decía que Moira estaba muy sola en medio de su naufragio, y yo lo estaba otro tanto, que nuestras respectivas sombras, cada una a un lado del Atlántico, arrojaban las siluetas de dos seres suspendidos en el tiempo y el espacio.

La primera llamada que hice al tocar tierra fue a Moira. A Bobby lo vería después. Quedamos en que nos juntaríamos ese mismo día en mi departamento de Los Pensamientos. Eso también era regular, que apenas aterrizara me encontrara con el régimen de intensidades de la familia Serna. Moira llegó puntualmente a las cuatro de la tarde. No se le veía bien. La cara lavada, el pelo tal vez desordenado, envuelta en un abrigo o capa ligera color gris, muy francés, pero demasiado grande para su delgadez, una blusa color perla tal vez vieja, o así se veía, una fea bufanda verde, unas botas que no combinaban con nada y una faldita más bien corta. A veces Moira descuidaba decididamente su presentación, como si se hubiera vestido más que con prisa, con rabia. Pero no era rabia exactamente lo que había en su semblante, tenía la mirada sombría; la intensidad de sus ojos gris verde resaltaba en su cara lívida con un fuego perturbado. Apenas le abrí se detuvo un momento ante mí y siguió de largo a tirarse en un sillón. Era una tarde extrañamente fría de principios de noviembre y traje una botella de whisky y dos vasos. Ella no esperó a que le sirviera y llenó el suyo con su propia mano. Hablamos primero de Bobby, de Verónica, de Vanessa, del pobre Roberto Serna, más bien apresuradamente. No era de eso de lo que quería hablar. Lo sentí en la forma en que me miró después de un silencio.

Encendió un cigarrillo y habló.

—No sé qué está pasando, nada está saliendo bien. Todo se está yendo a la mierda.

—Parte por el principio. Algo me dijiste en el correo. ¿Egon *exit*?

—Sí, salió por la puerta, la de emergencia.

—Qué feo.

—No sé, tampoco es su culpa, o no tanto, no sé. Se armó un lío, tomó sus cosas y se fue.

No estaba nerviosa, sino más bien perpleja, un estado nada raro en Moira, no llegaba a preguntarse qué parte le cabía en el nuevo giro que tomaba su propia suerte. Como que los hechos ocurrían en el afuera, caminaban con sus propios pies, y se alejaban de ella.

—En realidad ni siquiera se llevó todas sus cosas —dijo después de un momento, desconcertada.

—¿Y Egon tiene la chance de volver por sus cosas?

—No, no la tiene. No tiene ningún caso que vuelva.

—El que Egon desaparezca tal vez no sea una mala idea —dije yo, con cierta cautela, para no hacer evidente la satisfacción que me causaba la noticia. No lo había llegado a conocer bien, porque no era de las personas que se pueden llegar a conocer, pero me bastaba con lo que había visto. Un alemán de tercera generación, con tierras familiares en el sur, un poco rústico, era mi impresión, pelo rubio entrecano, ojos muy azules, mentón fuerte, y sobre todo, serio, esos tipos con poco humor a los que se les debe suponer correctos, confiables. Más varonil, con más aplomo que Didier, había aparecido para dar seguridades masculinas a Moira. Nuestra aversión con Egon fue siempre mutua.

—Sí, puede ser, lo he pensado —dijo Moira con desánimo. Luego miró en rededor, desorientada, con sus manos enlazadas encima de una rodilla. No se había quitado el abrigo, y con todo ese desaliño se veía muy hermosa.

—No es una buena edad para quedarse sola.

Yo ahí pude haber dicho algo, pero callé. Fui a la cocina por más hielo. Ahí estaba ella, de perfil, mirando hacia los ventanales, el día gris, tan triste como ella, las copas de los árboles que alcanzaban la ventana, inmóviles, ensimismados. Al pasar junto a ella le acaricié la cabeza. Ella me miró hacia lo alto, torciendo la cabeza, con una débil sonrisa.

—Me voy a cortar el pelo, estoy harta con este pelo —dijo tomando con sus dedos las puntas de su cabello que le caía a lado y lado, más abajo de los hombros. Se miró las puntas pelirrojas, algo desteñidas, con suma detención.

No supe qué responder.

—¿Crees que tengo edad para este largo? Tengo cuarenta y nueve. Debo hacer algo con mi pelo —dijo con la cabeza ladeada y con una vocecita que a veces usaba. Continuaba sentada en la punta del sillón, como si no hubiera terminado de sentarse.

—Estás maravillosa.

—Dicen que las mujeres después de los cuarenta no pueden dejarse el pelo largo.

—Eso en el tiempo de las abuelas. Puedes usar el pelo como quieras. Todavía eres joven.

—No soy joven, en un mes cumplo cuarenta y nueve.

—Eres una mujer joven aquí y en cualquier esquina del mundo —dije con cierta impaciencia.

Ella tomó un sorbo de whisky, con aplicación, casi como quien toma una medicina.

—Tal vez lo parezca, pero no me siento joven, me siento una vieja, cansada, agotada.

—Basta con que no lo parezcas, que no parezcas una vieja cansada. Yo me guardaré el secreto que en realidad eres una vieja cansada de vivir.

—Lo digo en serio.

—*Fishing for compliments*.

—¡No! ¡Así me siento!

—Deberías sentirte feliz de estar soltera. Y no tanto por estar soltera, sino por haberte deshecho del alemán.

—Yo no me deshice de él —dijo con simpleza.

—Como sea, el alemán no está.

—¿Sabes? Él tiene una hija, una chiquilla de veintitantos.

—Eso lo sabía.

—La niñita es drogadicta, intentos de suicidio, autolesiones, agresiones a la mamá, reformatorios, clínicas psiquiátricas. Drogas que ni siquiera conocemos, cosas artificiales, tóxicas, de laboratorio. Nada que ver con lo que vio uno. La marihuana, el LSD son cosa de niños para estos subnormales. Al lado de estos, nosotros jugábamos a las muñecas. Es otro tipo de viaje, alucinan con la muerte y la sangre, y esas cosas.

Respiró hondo y se sacó el abrigo haciéndolo deslizar por los hombros.

—La niñita, se llama Ute, ha pasado de clínica en clínica, de psiquiatra en psiquiatra, pagado todo por... ¿Sabes por quién?

—Por ti.

—Por mí.

—Y la clínica es muy cara.

—Muy cara.

—¿Y sabes si la clínica es real? ¿O si la niñita tiene existencia real?

—Sí, la conocí, pero vive en el sur, con su madre y sus abuelos. A ellos y a los padres de Egon también los conocí. Son gente buena, mejores que Egon, creo yo.

Me miró con unos ojos candorosos e hizo el gesto de encogerse de hombros. Quería que yo le completara el relato.

—Sigue.

—Me da vergüenza.

Me limité a observarla. Ella me miró con unos ojos suplicantes.

—Egon firmaba cheques conmigo. ¿Me entiendes?

—Todavía no.

—Teníamos una cuenta conjunta. Yo le tenía toda la confianza del mundo. Era ordenado, serio, tú lo conociste.

—La verdad, muy poco.

—Bueno, mi contadora hizo un arqueo de las platas, y faltaba, y mucha. Esa es la historia.

—¿Lo confrontaste?

—Sí.

—No estabas dispuesta a pagar las clínicas de la jovencita.

Miró hacia el cielo y soltó un suspiro.

—Lo pensé. No, no alcancé a pensarlo. Ya estaba haciendo las maletas. Es que esta gente es luterana, tienen un sentido del deber y la responsabilidad que a nosotros nos cuesta entender. Es tan recto él, tan buen padre también, se sintió tan humillado, tan en falta, que no lo soportó —relataba Moira ansiosamente.

—Moira, escúchame bien. Egon era un patán, todo el trabajo en el Cajón te lo llevabas tú. Trataba mal a Cirilo, no era cariñoso contigo, nunca encajó con tus hermanas, tenía ojos de lunático, se creía

guapo, tenía esa desagradable costumbre de mascullar en alemán, se vestía en Brooks Brothers bajo el supuesto de que era *country*, y qué decir de sus zapatos. Un señorito caro, eso era tu alemán.

—No sigas, por favor —dijo bajando la mirada y envolviéndose a sí misma con sus brazos.

—El Volvo lo compraste para él.

—Es un excelente auto —dijo con un pequeño temblor del torso.

—Estás pagando muy caro por un par de ojos azules.

—¡Está bien! ¡Por eso me siento horrible! ¡Todo se fue al diablo, por eso estoy así! —gritó y hundió la cara en sus manos. Se quedó así un momento, los codos en las rodillas, la cara oculta en las palmas de las manos, recogida, inmóvil. Luego de un momento levantó la cara con un gesto altivo y comenzó a ponerse el abrigo.

—No tienes por qué irte.

—No me estoy yendo, pero ya es tarde.

Se dejó caer otra vez en el sillón y se envolvió en su capa. Se quedó ahí muda, ceñuda. La vista desde mis ventanas no es de las mejores porque enfrenta un edificio al otro lado de la calle que queda muy encima. En una de las ventanas hay una chica muy joven, una universitaria al parecer, frente a la pantalla de un computador. En el resto de las ventanas a esa hora no hay ningún signo de vida. Los departamentos están ocupados por gente joven que trabaja y vuelve por la tarde. Tal vez Moira y yo estamos viejos. La vida se está pareciendo demasiado a este raro e invernal día de noviembre, es la edad en que nos ocurren cosas desgraciadas y se conversan en frío, a media tarde un día de semana. Cosas que no nos sorprenden, porque han pasado antes, o son muy semejantes a otras, y ya no vamos a luchar, para qué. Es como ir cerrando cuidadosamente las puertas de un armario. Hay varias de esas puertas que conviene ir cerrando porque no se van a usar más.

—Voy a preparar café, si te parece.

—Sí, dame un café —dijo sin moverse.

—Una historia nada de bonita —dije al volver y quedar otra vez enfrente de ella.

—Crees que soy una tonta —dijo cargándose ahora sobre un brazo del sillón.

—No más que otros. Esto es una obviedad, Moira, pero no terminamos nunca de conocer a los demás, no vemos a través de las personas, somos opacos.

Nos quedamos en silencio. Ella miraba a un ángulo en el cielo raso. Mi perorata había sido solo mitad sincera. El alemán era un buscavidas, a mí me resultó desde un principio totalmente transparente como transparente me era la ceguera de Moira.

—¿Te dije que era dos años menor? —dijo de pronto.

—No me dijiste, pero lo sabía.

—Estaba pensando si no se inventó una excusa para largarse o, mejor dicho, no es que se largara, sino que me dejó —dijo pensativa.

—¡Te dejó! ¡Qué estás diciendo! ¿Todo lo que sabes ahora de él lo hubieras pasado por alto? ¡¿No lo hubieras dejado tú?!

—Tal vez sí, no sé.

Conocerla como la conocía no era lo mismo que entenderla. Los años habían hecho su trabajo, por cierto, en cuanto a minar su antigua seguridad, la que le estaba dada, la de la primera belleza y la juventud.

—¿De verdad no estoy vieja? —dijo de pronto, pero sin volverse—. Dime la verdad. —Y me miró a los ojos. La luz había vuelto a su rostro y una vivacidad en su mirada que no era la de cuando llegó. Parecía que su largo pelo rojizo que traía revuelto al llegar hubiera encontrado un orden y caía pesado a ambos lados de la cara y estaba dispuesto en ese momento a considerarla más Simonetta Vespucci que Jane Morris. ¿Puede una mujer volverse más hermosa con el curso de la tarde y borrarse en ella esa primera impresión de hastío y negligencia?

—Eres una mujer joven, ya te lo dije. Si vas por la calle y un desconocido te mirara diría "ahí va una mujer joven, y bonita".

—Mira estas arrugas —dijo mostrando las comisuras de los ojos—. ¿Las ves? He tomado demasiado sol, demasiada vida al aire libre, y poco bloqueador, he descuidado el bloqueador...

—No tienes ninguna arruga, por favor. Las mujeres se fanatizan con el espejo, y peor con los de aumento. Si tienes uno tíralo a la basura. No tienes ninguna arruga, o yo no te veo ninguna.

—Es porque no me miras con atención.

—¡Por favor! Si alguien te ha puesto atención en la vida soy yo, y tal vez demasiada.

—¡Mentiroso! Tengo apenas un año menos que tú y para ti soy vieja.

Ahora yo me tomé un buen sorbo de whisky. No respondí.

—¿Treinta y cuántos tiene esa noviecita española tuya?

—Eso qué importa, no sé, es más joven que tú, un poco más joven.

—A esta edad todos se buscan una más joven.

—No sé si todos —fue mi ramplona respuesta.

Moira acabó su whisky y dejó el café sin tocar. Se puso de pie como quien ha terminado felizmente una tarea, se arregló el pelo y se volvió hacia mí.

—O prefieres que me quede —dijo con una sonrisa amistosa.

—Por supuesto que quiero que te quedes.

* * *

Desperté muy temprano por la mañana, pero más temprano se levantó ella, ya que encontré el otro lado de la cama vacío. Pegado a la cafetera —la taza de café estaba sobre el mesón—, había escrito en un *sticker* "Love". Un gesto muy de ella, lo mismo que desaparecer sin aviso.

Tomando mi propio café pensé que el desenlace de Egon fue más perfecto que cualquier otro que pudiera imaginar cuando pocas semanas antes de subir al avión recibí en el *mail* un escueto "Egon *exit*". No imaginé tal giro generoso de la vida. El lacónico marido paternal trasmutado en vil estafador descubierto en un desfalco. Había sido un duro golpe para Moira. Aunque estos golpes nunca son del todo sorpresivos, cuando sobreviene la caída nos rendimos a la evidencia de que en alguna parte de nosotros siempre sospechamos que esa persona en particular sí podía alcanzar esas cotas de ruindad. Estaba dentro de las posibilidades de su repertorio. Del mismo modo que lo de Bettina me sorprendió solo a

medias. Esa muchacha sencilla que conocí, nunca imaginó lo que una buena cantidad de dinero haría con ella. Ya había advertido que la prosperidad de los noventa —nunca hubo tanto dinero en el mundo— había producido giros insospechados en el comportamiento de muchos de nuestros conocidos, a los que debimos comenzar a mirar con otros ojos luego de que repentinamente se hiciesen de pequeñas fortunas que antes no hubieran soñado. Con una buena suma de dinero, que tampoco era tanta, Bettina se había transfigurado, o bien fue siempre una mujer práctica, cosa que no ignoraba, como ya sabía que no era nada romántica. Su falta de romanticismo y ternura convenía a un viudo reciente incapaz de entregar amor a nadie.

No puedo determinar cuándo Irene dejó de mirarme, porque en los primeros años de mi viudez ella siguió cada uno de mis pasos desde algún lugar del éter. En algún punto en diagonal a mi ángulo de mirada, estaba ella observándome, sin ningún reproche, solamente estaba ahí, podía verla del busto hacia arriba, asomada tras una nube, o en medio de los arreboles del atardecer. No era una visión inquietante, era solo una presencia que asomaba a veces en algún nivel de mi consciente, para anunciar que estaba ahí, que no se había ido. En algún momento, al cabo de dos o tres años, la imagen ya no recurrió, o muy raramente, como si su espíritu renunciara y se dispusiera al descanso final.

Mientras estuve con Irene la presencia de Moira en mi vida retrocedió; para acordarme de su existencia, debía disponerme a ello. Con el derrumbe, con la muerte de Irene, pensé más a menudo en Moira, cuya existencia siempre había asociado al derrumbe que nos sobrevendría. Desde joven tenía la certeza de que todos nosotros estábamos en la cornisa del fracaso, pero particularmente ellos, los Serna, debido a piscinas Summerland, digamos, a la plata de papá, que los había educado en la desaprensión y el exceso de confianza. Yo, en cambio, no me fiaba de nada. Había estudiado, pero más que eso, había estudiado la vida, las alternativas, y me había pertrechado de una dosis de pragmatismo que ninguno de ellos poseía y que Bobby, de alguna manera, me reprochaba.

Temprano había aprendido del viejo Schopenhauer que el trabajo es la esclavitud del hombre y que solo es libre el que puede decir por las mañanas "el día me pertenece". Claro que el Viejo Cascarrabias era heredero de una cierta fortuna, los Serna de algún modo ya lo eran, por lo que mi situación era distinta, y no sé si agradecerlo o es que no me quedaba otro camino, pero lo cierto es que desde que los conocí supe que debía hacer algo con esa diferencia. Eso sí, lo mismo que el Viejo, me había propuesto no trabajar más que dos horas diarias y si estudié algo tan específico, fue por eso. Quiero decir con esto que he debido vivir más alerta que mis amigos Serna; en lo que cabe, me he protegido más contra el destino. Desde luego, no me permitiría a mí mismo vivir a la luz de ninguna teoría, la teoría carece de luz, o de corriente espiritual, no confío en ninguna, solo confío en mi voluntad.

El derrumbe ocurrió con la muerte de Irene, y de alguna manera sentí que emparejaba mi suerte con la de Moira y el resto. ¡Cuánto orgullo había en nosotros, en Irene y en mí! Cuán lejos estábamos ella y yo de la mezquindad, el egoísmo, la pobreza de corazón, la vileza. Sentíamos que el amor estaba reservado para los seres extraordinarios, como nosotros. En el momento de nuestra felicidad con Irene, Moira estaba por bajo esa escala. Su matrimonio con Didier, qué nombre por Dios, hacía agua por todos lados. Pusilánime, falto de energía, el pobre le temía a su mujer y a su carácter. Moira había manejado los movimientos de tierra y los jornaleros que levantaron las cabañas. Ella alcanzaba su plenitud en la acción, en mover las cosas, en disponer de la voluntad de los otros. Nada podía interponerse entre sus impulsos y el resultado. Didier apenas le seguía el tranco y si algo no andaba bien el francés debía vérselas con su mal humor. Cuando estábamos a solas lo defendía, "es un hombre muy bueno", me aseguraba; más allá de que lo fuera o no, su preocupación era reafirmar que no podía haberse equivocado tanto. La ley de causa-efecto había fallado. El hombre de buen carácter, bien intencionado, carente de malicia, sin embargo, no producía resultados.

Demasiado a menudo se confunde la bondad con la incapacidad de hacer daño, por falta de energía o imaginación. El espíritu

silvestre de Didier había sido el indicado para soñar con el *spa*, el *ashram*, los animales y todo eso, pero él se limitaba a esperar perplejo sus órdenes. La idea por lo demás había sido de Moira y él fue un invitado a una función que ya había comenzado y donde solo podía estar de comparsa. El mismo carácter de su marido, su falta de nervio para desafiarla, aguzaba todavía más la violencia interior que acumulaba Moira con el pobre francés. Con qué sarcasmo contempló ella mi matrimonio tan convencional, cuando ella contaba solo con un vago papel nupcial de un municipio de Andorra. No quiso validarlo una vez que el francés llegó al país. Dudó de la sinceridad de mis convicciones porque eran las mismas que a ella la habían hecho retroceder. Se vanagloriaba de haber detenido la ceremonia como si fuese un acto de pureza, una prueba de su integridad ante la impostura y la etiqueta del matrimonio burgués. Como siempre, ella y yo sabíamos que no era así. Bobby me diría después que fue Pilar la que la había persuadido con el argumento más expedito de ella, que no fuera tonta.

Pero más adelante había ocurrido lo del atropello del perro en el camino, que vino a resolver las cosas para siempre. El jeep lo solía manejar Moira, pero esa vez, ese día en particular le pasó el volante a Didier, una concesión, además que aprovecharía el camino para revisar unos papeles. Ella levantó la vista solo cuando sintió el brutal golpe del cuerpo del perro contra la carrocería. Tal vez la única decisión que tomó por sí solo Didier en su vida, fue no detener el jeep una vez que atropelló al pobre animal. Seguro que entró en pánico de verse enfrentado al dueño del perro, acaso unos lugareños de por ahí, que los pudieran linchar o algo parecido. Sentía un respeto y un temor reverencial por los campesinos de este lado del mundo. Se negó terminante a parar pese al forcejeo con Moira. Una vez que Moira logró que detuviera el jeep, tomó ella el volante, dejó a Didier en la vera del camino y volvió al lugar del accidente. Pero el perro no estaba. Lo habían recogido, con seguridad muerto. Volvió furiosa y lo vio ahí, al borde del camino, con un aire de desamparo y de indefensión, como nunca creía haberlo visto, como si lo mirara por primera vez, como si esa silueta fuera la de otro, la de un desconocido, y ese hombre desamparado a la vera del camino le

pareció "la figura más despreciable que jamás han visto mis ojos". Una semana después de aquel suceso Didier hizo sus maletas y se fue al aeropuerto. Eso ocurrió hace siete años. Unos meses atrás también lo había hecho Egon.

Por paralelas que fueran en el tiempo, yo no podía comparar nuestras situaciones. Hasta que con la muerte de Irene, yo también fui expulsado del paraíso. Ahora ambos, Moira y yo, éramos dos expulsados de toda tierra prometida, por muy artificial que fuera la de ella. En adelante nos veríamos con el pecado original, haber perdido la gracia y estar condenados a la infelicidad. Ya habíamos gastado nuestras mejores energías.

* * *

"Una visita de Olga no debiera merecer ninguna anotación por mi parte, no por rutinaria, ya que casi nunca viene por aquí, sino porque cada vez que viene deja un extraño vacío. Quiero decir que una visita de ella es como una resta, una sustracción, como si succionara algo de la poca vida que hay en torno a mí, una vez que se ha ido deja menos de lo que había. Debo recomponerme, rearmarme, para continuar con mis cosas. Olga supone que la vida de todo ser se organiza en torno a una familia, una como la horrible familia que ella tiene, de modo que mi soledad no solo le apena o la considera un desperdicio, sino también una forma de pecado. Olga me compadece, y ahí está su error. Ella supone que carezco de algo, o que me aferro a una carencia. No hace falta ser adivino para saber que es tan estúpida como para pensar que soy homosexual, o virgen porque no he tenido hijos, o ambas cosas, y que Verónica, a quien detesta, por lo demás, es solo una fachada. Cada visita de Olga es como si con una barrida de la mano arrojara al suelo todo lo que hay sobre la mesa. Yo debiera compadecerme de ella, sería lo justo, pero detesto la compasión y todo aquel al que compadecemos se vuelve nuestro enemigo porque no posee algo que nosotros tenemos. La compasión provoca en el otro resentimiento, y tal vez ella sabe que es digna de la mía, por lo mismo siento que quiere quitarme algo, mi

dominio, mi soberanía, mi tranquilidad. Y cuando se ha marchado, de alguna forma se sale con la suya, no se va con las manos vacías, algo me ha arrebatado, se ha llevado un botín, una parte de mi espíritu del que he debido desprenderme solo para tolerar su permanencia en casa mientras dura".

"Siempre me he preguntado por la cuestión filial y sus obligaciones. Los padres y hermanos no los hemos elegido y nuestro afecto no proviene de otra cosa más que de la antigüedad del conocimiento: son las personas que estaban ahí al momento de nosotros nacer y crecer. Simplemente no había otras alrededor nuestro. Este conocimiento tiene una ventaja para ellas, esas personas no gozan del favor de la primera impresión, es decir, si las conociéramos a la mitad de la vida, no sabríamos si nos gustarían, si esas personas desconocidas, tal como son, serían de nuestro agrado. Moira es más bien indiferente a las vidas ajenas. Me observa como un ser natural, soy parte de su naturaleza, y ella ama la naturaleza y más que nada la propia. Contra lo que ella misma cree, Moira no necesita de los hombres. Me refiero al espécimen masculino puesto a su servicio, el dócil animal servicial que la ha rodeado hasta ahora, necesitado, sediento, el esclavo menesteroso y que ella en el fondo desprecia, como es el caso de todos los hombres que ha tomado por maridos. Ante ese deplorable paisaje humano, no puede sino tener esa graciosa mirada complacida hacia su hermano, incluso se deleita con su arrogancia. Sí, Moira es mi hermana más cercana. Debo estar más consciente de esto, aunque no creo que llegue a decírselo nunca. Punto".

Ahí acaba ese archivo que lleva por título nada más que "Olga". Lo abrí porque es el único rotulado con un nombre propio. No es necesario aclarar que no me gusta nada esta tarea que me han encomendado los Serna, la de husmear en los escritos de Bobby. El encargo es ambiguo, no sé si estoy actuando como albacea literario, compilador de una obra oculta susceptible de publicarse, como se ha sugerido, o bien se me ha pedido veladamente practicar una suerte de expurgación, debida al clásico temor filisteo de la familia del autor ante las posibles infidencias comprometedoras que pudiera contener la obra de este acerca de su propia familia.

Puedo entender que los Serna quieran averiguar si en sus escritos el difunto no practicó alguna venganza contra su propia sangre, como suele creer el filisteo hacen los escritores. En esto el filisteo no está tan equivocado. Desde luego si hay tal venganza, en su tronco familiar no quieren enterarse, ya que seguro se debe al resentimiento del atormentado idiota de la familia, es decir, el escritor. En esto, el filisteo tampoco anda tan descaminado. Supongo que los Serna confían en que tendré el criterio de filtrar la basura familiar de aquellos escritos de posible interés filosófico que con suerte pudiera haber parido el mismo idiota de la familia, y que por geniales que pudieran ser, bien podría botarlos a la basura. Pero yo tengo mis propios pudores acerca de los textos. Como sea, estoy haciendo un ingreso indebido en el recinto más privado de todo individuo, sus pensamientos, que por lo demás conciernen a la familia de un modo que no me lo esperaba. Los Serna no pueden ver esos escritos, me estoy persuadiendo de eso. Bobby no me dio a entender nunca que tuviera ambición alguna respecto de ellos, ni menos sugirió que yo fuera un Max Brod de sus papeles. Este trabajo solo se explica por la mala conciencia de los Serna. Probablemente sea Pilar la más inquieta por los escritos íntimos de su hijo, su "adorado parásito", por quien sintió siempre una especial debilidad.

Bobby solía decir, no sé si con ironía, que "sin ella yo no sería nada". El abandono de Pilar y el derrumbe del padre habían sido para Bobby los grandes acontecimientos de su existencia. Se cuidaría mucho de que no hubiera más. Para librarse de ser otro chico mimado por la vida, Bobby vio en ellos, en ambas catástrofes, no solo el derrumbe de su mundo conocido, sino también una oportunidad de convertir el plomo en oro. Una alquimia que comenzó con su juramento en el lago Silvaplana donde hizo las primeras pruebas de fundir esos metales innobles. Pienso, esta misma noche, aquí en su mismo escritorio, que nunca creí que Bobby llevara a cabo, con tal disciplina, con tanta convicción, el programa que había proferido ante la roca de Surlej. Por cierto, la muerte pone una perspectiva privilegiada para juzgar las vidas ya concluidas. Qué hermoso arco describe cualquier vida mirada así,

cuando aún laten, después de la consternación de la muerte, las últimas notas del *impromptu* que ha ejecutado aquel con el final de su vida. Pero Bobby no arrastró a nadie con su programa, salvo a mí, en cierta medida, tal vez en algo a Verónica, pero a nadie más, con lo que Pilar puede estar tranquila.

La nadadora olímpica temía por sobre todo a su único hijo, que era al mismo tiempo el más cercano a ella. Eran cercanos porque examinaban muy de cerca sus mutuas vidas. Bobby no quería que su madre sintiera algún reproche por parte de él, eso sería mezquindad pequeño burguesa, inexcusable en él, considerando que había desterrado de su moral el concepto de pecado, o de falta; a lo sumo admitía que uno pudiese cometer errores. Esos errores podían ser enmendados, o bien, comprendidos o, en el peor de los casos, ignorados. No dudaba que Pilar, su madre, los había cometido y muchos; el primero había sido casarse con Roberto Serna, un hombre que no estaba a su altura. Estoy relatando del mismo modo como Bobby me lo expuso alguna vez. Pilar podría haber sublimado sus energías en la crianza de su descendencia, cuatro niñas y un niño, pero al final había dejado esa tarea a medio camino y no era extraño que, con los años, ellos no le retribuyeran con la incondicionalidad y el afecto que las madres suelen esperar. Claro, ella se había largado con Raimundo Serrano cuando Vanessa, la mayor, acababa de cumplir los quince años. Y claro, Serrano tenía muchas cosas de las que Roberto Serna carecía, como su prestancia y manejo social, pero era un corredor de propiedades nada exitoso, más bien mediocre, y definitivamente hombre de pocas luces, lo que para Bobby reafirmaba que Pilar no había hecho más que rematar el gran error original. Pero Bobby miraba desapasionadamente esta constelación de biografías.

—Mi madre pudo haber sido una bomba, era dinamita pura, pero lo estropeó todo. Cambió a un pobre buen hombre por un miserable. No sé qué es peor.

—El miserable es de todo su gusto.

—El miserable es lo de menos, es ella, es su falta de inteligencia, mi madre no es una cualquiera, tuvo siempre la garra y la fuerza para llegar mucho más lejos que el pobre destino de caer en manos

de Raimundo Serrano. Es un puerto muy pobre a donde llegar. Eso es lo que me hace dudar de mi respeto. Tanta audacia para obtener tan poco es lo que no me conforma.

Estas consideraciones que tomaba Bobby con ella, a diferencia de sus hijas, que practicaban con su madre o una indiferencia activa o derechamente la aspereza y la indolencia en el trato, eran suficientes para que Pilar quisiera tener cerca a este hijo, tan distinto a cualquier espécimen que hubiera conocido, tan original como que era el único en no juzgarla. A mí Pilar me simpatizaba, no sé por qué, porque la simpatía no era mutua. En el tiempo de mis primeros devaneos con Moira, en la medida de sus limitadas fuerzas, Pilar se puso en mi contra, me encontraba un mal partido, un "bueno para nada", como le dijo a su hija y esta me confió a mí. Pilar confiaba en enmendar con sus hijas y esperaba para cada una de ellas alguna suerte de titán, de ser mitológico que reuniera todas las condiciones varoniles y humanas y que las colmara de placeres y gloria. Yo me encogía de hombros, ya entonces sospechaba más o menos que todos los planes de los padres con sus hijos están hechos para desbaratarse, o al menos torcerse.

Pensaba en estas cosas mientras tomaba mi whisky de la tarde, en la pequeña terraza, con Boko tendido a mis pies. De pronto, Boko levantaba la cabeza y miraba decididamente hacia la puerta, como hacen los perros inteligentes, adivinando que alguien hay tras ella aun cuando nadie ha tocado todavía. Sabía que, en algún momento, más temprano que tarde, Moira tocaría a esa puerta. Era muy frecuente que Moira creyera que me debía explicaciones. Debía suponer que Vanessa había abierto la boca en el viaje de regreso y que yo tenía más información de la que ella hubiera querido acerca del nuevo personaje que había aparecido en escena. No estaba en falta, solo que no me había dado información suficiente; mejor dicho, no había sido veraz cuando me dijo, en mi Airbnb de Los Pensamientos, "estoy totalmente sola". Como fuera, siempre se salía con la suya y el primer sorprendido era siempre yo, que nunca llegaba a entender cómo lo había conseguido una vez más. Está claro que con la mujer que uno ama desarrolla la virtud de la paciencia, aunque yo no la amaba, o al menos eso es lo que

habíamos acordado, pero pese a ese acuerdo yo debía tener con ella la paciencia natural a un hombre enamorado.

En algún momento tendría que confiarme que tenía un nuevo romance con un sujeto considerablemente más joven, con el que criaría abejas y todos los nuevos problemas que con ello sumaba a su vida, porque yo sabía que así sería. Actuando siempre sobre los hechos consumados, ella condescendía a que, llegado el caso, yo tendría también mi oportunidad, cuando tocara rescatarla. Este desarreglo de los sentidos que me unía a Moira se debía a una debilidad mía de una conmovedora simpleza, a que ella me gustaba mucho, a que ella era mi tipo, que encarnaba muchas de las condiciones que yo le ponía a la belleza; ya las he enumerado.

He pensado mucho en el asunto del "tipo". Cuando en nuestra primera juventud yo veía a Moira saliendo de la piscina, impulsándose con ambas manos en el borde, el pelo mojado cayéndole por la cara, sacando primero el torso de un solo envión y en que aparecían primero sus pechos adolescentes, para luego con una enérgica flexión de una solitaria pierna dorada con que alcanzaba el borde, como una araña, ponerse de un brinco de pie y salir moteada de miles gotas de agua relucientes en su cuerpo bronceado, yo sentía que esa era la máxima perfección de belleza que puede alcanzar una mujer, que después de eso no había nada más allá. Puedo convenir en que otros hombres no sintieran el mismo asombro, que la encontraran muy delgada, muy larga, que no era lo suficientemente redondeada, pero ese sería otro que no era yo. Alborotaba luego su largo pelo, inclinándose hasta llevarlo hasta el suelo y levantándose con un brusco sacudón, en un movimiento tan animal que se diría poseída de una energía que recorría todas sus fibras y que revelaba una profunda conciencia de sí. El tipo que entonces me enloquecía no era el de una belleza en su versión mayestática, sino en versión cinética, la de esa belleza puesta en movimiento y dotada de energía propia cortando el aire que la envolvía. Era ella en movimiento la que alcanzaba esa belleza para mí tan rara de hallar en otras mujeres. Sus hermanas, tendidas en el pasto unos metros más allá, por bonitas que fueran al ojo neutral, no podían causarme esa conmoción, ni aún Vanessa; eran

solo bellos cuerpos inertes que retozaban. Ese aspecto salvaje de Moira era mi tipo, y de alguna manera, tendría razón, me condenaba. En adelante para mí, toda noción de belleza estaría referida a esa imagen de Moira saliendo de la piscina ese verano en El Trébol.

Cuando conocí a Irene, quince años después de aquel verano, y la presenté en la familia Serna, Moira se sonrió de una rara y expresiva manera, con un cierto regocijo triunfante: Irene se le parecía, eran las dos del mismo tipo, lo que, para efectos de Moira, ratificaba mi condena. El pelo largo y ondulado de un castaño más claro en Irene, los bonitos hombros altos y rectos, las piernas largas, la hermosa cintura las asemejaba en cierta norma de belleza femenina que era todavía escasa en aquella época que requería de cuerpos más abundantes. Pero también se diferenciaban; el rostro más triangular de Irene, más alargado en el caso de Moira, los ojos más claros y grandes en Irene, el cuello tal vez más largo y fino, los labios más delgados en esta, las hacían dos mujeres diferentes, pero de una misma índole, con lo que Moira había entrevisto mi pecado original en la elección que acababa de tomar. La semejanza del tipo le bastó a Moira para corroborar lo que ella ya sabía, que yo estaba condenado a buscarla a ella en toda otra mujer.

Si coincidían en el tipo, Irene Lemos era una mujer muy diferente, ella provenía de un mundo distinto, y distante, como todo en Irene, y no porque fuera hija de brasileño y madre chilena, sino porque parecía provenir de una galaxia muy lejana a la nuestra. Aun así, el tipo tuvo mucho que ver en cómo se sucedieron las cosas. La primera vez que vi a Irene creí, al menos de escorzo, que era Moira la que estaba en esa reunión de despedida a un compañero de facultad que partía a Londres a hacer un posgrado. Creí de veras que era ella y la iba a saludar con entusiasmo, cuando al presentir ella una proximidad voluntariosa se volvió y me arrojó una mirada fría y defensiva, provocando ese extraño efecto en que unos ojos verdes de pronto se pueden tornar gris acero, con lo que me detuvo de golpe.

Llevaba un vestido verde, suelto, abierto en la espalda hasta la cintura, con lo que parecía ir desnuda debajo. Frente a mí echó los

hombros hacia atrás e irguió el cuello como un ave en alerta, pero al advertir mi confusión y brusco repliegue, por un segundo sus ojos cobraron calor y casi podría decir que esbozó una sonrisa, que luego mitigó entornando sus largas pestañas como un abanico que se cierra. Se desconectó de mi presencia con tal suave determinación que no cabía dar ya un paso más hacia ella. Me quedé ahí perplejo mientras se llevaba ahora una copa a los labios y miraba definitivamente hacia otro lado. Lo que duró la noche logré divisarla entre la gente, manteniendo breves conversaciones con personas vecinas, charlas dispersas que ella cortaba de pronto, como pude fijarme, distrayéndose, un pestañear apenas, levantando la mirada, posándola más allá del alcance de su interlocutor, mirando en una dirección vacía, para desplazarse después lentamente o cambiando de posición; no podía estar mucho tiempo en el mismo lugar. Deambulaba entre la gente, sus movimientos eran lentos, la duración del gesto demorado, como si expandiera el aire que la rodeaba y este tuviese exclusivamente para ella una densidad mayor. En esa reunión se sabía extraña, y no hacía nada por disipar su extrañeza ni parecía querer emprender ninguna nueva amistad más allá de la amiga que la había llevado ahí.

Un mes más tarde de eso, me invitarían a una fiesta a la casa de Irene, casa de su padre, un alto ejecutivo de una trasnacional brasilera, donde ella haría algo así como su estreno en sociedad, o al parecer por primera vez invitaba a amigos. Eran todos un poco menores que yo, que ese año volvía de Seattle mientras que Irene hacía su primer año de universidad. Como era alta, y llevaba ese vestido de hombros y espaldas descubiertos, con una abertura en la pierna que nacía poco menos que en la cadera, subida en la cima de esos zapatos de tacón muy alto, bien podía tener treinta años si se la ponía, por ejemplo, en el escenario de un casino de juegos. Como extranjera ella recibía a los invitados un poco desorientada dejándole el grueso del trabajo a su amiga anfitriona. La fiesta transcurría en el jardín, abundaban los hijos de diplomáticos, y por lo mismo vestían o bien más formales que los nacionales o estaban disfrazados en onda disco con ropa brillante, algunos con franca cara de yonquis o de tarados. Pese a ser la anfitriona en su propia fiesta, Irene

mostraba la misma extrañeza, como si se encontrara en el mundo por una casualidad, no sé si agradable o no, que la primera vez que la vi. Observándola, le comenté esto a Laura, su amiga que estaba junto a mí, y ella me sopló al oído: "Es muy tímida", pero esa definición no me servía. Lo que sí me gustó fue que bebiera, que tuviera en todo momento una copa en su mano, y estuviera alegre, pero no por su propio disfrute, sino por el de los demás, sabiendo que la fiesta acabaría pronto y al cabo de la noche volvería a ser ella. Sé que no conversó más de dos minutos con nadie de los que estaban ahí, llevé bien la cuenta. En un momento me distraje de ella a causa de un hermoso boyero de Berna que posó sus dos manos en mis piernas y me miró con unos enormes ojos negros brillantes y ansiosos.

—Se llama Titán —me dijo ella a mis espaldas, desde lo alto, con una voz suave que no había escuchado hasta entonces—. Está medio ciego, mira la pupila.

—No le veo nada —dije acercándome al hocico y mirando sus cristalinos casi imperceptibles por el negro que dominaba sus enormes ojos redondos.

—Mira bien, tienen como una nube gris, en la segunda capa, es como un ala de mariposa.

Con aquella mujer me casé unos años después. Pude hacerlo antes, pero dos veces intenté huir, lo conseguí, dos veces volví, y en la última ella puso las condiciones. Murió hace once años, un 21 de abril.

Todos los años que estuvimos juntos viví con la rara sensación de triunfo de haber cazado y hecho estable y mío a ese ser móvil e inaprehensible que para el resto del mundo continuó siendo extraña y que para mí era poseer una esencia misteriosa, más allá del bello envase, el inquietante aroma de su ser al que solo yo podía acceder. Con su cuerpo no me hubiera bastado, de haberlo conseguido por las simples leyes de la atracción no habría conseguido nada, podría habérmelo ofrecido y yo no haber avanzado, como ocurre en muchos encuentros carnales, pero no, yo fui quien conoció a ese ser que habitaba dentro de ella y que no tenía en sus planes ser dado a nadie, porque experimentaba una mezcla de miedo y pereza con los

hombres en general. Irene fue la más feliz de todas de ser hallada, descubierta, descifrada, como que la hubiera liberado de la servidumbre de sus propias desconfianzas y lasitudes y descubriera conmigo que amar le convenía a su carácter. Lo que duró nuestro amor, fuimos felices.

Si los muertos amados nos reclaman con lejanos y terribles lamentos por el temor a que los olvidemos, y oímos su sollozo para que el tiempo nos los borre, poco a poco, mientras nosotros seguimos nuestras vidas, sufrimos doblemente, ya no solo con la pérdida sino por el dolor de que llegaremos a olvidarlos y que vendrá la separación definitiva, que el ser amado dejará totalmente de existir en nosotros.

Ese temor se fue pronto disipando porque si la memoria puede borrar mil sucesos cotidianos e intrascendentes, no recordamos toda la vida vivida, ese recuerdo se extingue, en cambio almacena como un portentoso álbum de fotos algunas imágenes que nada podrá borrar, una sonrisa con fondo de mar, como en la terraza de la casa de Oporto, en la terraza de la azotea, y puedo ver su pelo un poco húmedo, su bikini naranjo, su bata rosada, hasta un lazo que le cae de la cabellera, y esa sonrisa con sus dientes tan blancos con fondo de mar toma dimensiones descomunales, como si se proyectara en un grandioso cine al aire libre, en gran formato, reverberando su sonrisa en toda la luz de esa tarde en el Atlántico, sin que un solo día se interponga entre el ahora y ese atardecer en Oporto, en que están ahí Rómulo, su padre, rubio y grande de brazos cruzados y anteojos de sol, el pecho peludo como un oso, su hermano Paulo, que lleva un cortavientos blanco Tommy Hilfiger y me ha prestado su máquina fotográfica para capturar ese mar cuya luz dorada repetirá luego su emoción con cualquier mar que más tarde me haya sido dado contemplar.

Boko se estiró a mis pies. Ignoro si me considera de la familia. Hay un abandono en él, como esos jubilados que ya no esperan nada de la vida y viven rememorando el pasado sentados al sol en el banco de una plaza, esperando sin urgencia la llegada de la muerte. Por lo mismo no se puede esperar de él mayores demostraciones de afecto. Conmigo es neutral y respetuoso, como el dueño de un

hostal donde hemos parado por un tiempo. Creo que él sigue oliendo los olores de Bobby que impregnan todavía el departamento.

Yo también sentía esos olores, como olía los ciruelos cuando de adolescentes, en la época del colegio Marshall, bajábamos por Pocuro, Bobby llevando la bicicleta en su mano, una Legnano, pistera y con cambios, su cuello delgado, su pelo largo hasta casi los hombros, la chaqueta Wrangler de mezclilla, los *jeans* negros, las zapatillas Adidas, mientras conversábamos de la vida que nos esperaba una vez terminado el colegio.

Yo siempre tuve una insólita habilidad para las matemáticas que no dejaba de impresionar a Bobby, como si esa fuera una destreza, como el doblar la cintura invertida en el salto alto o el tiro de dardos, cosas que le habían sido todas negadas. El que yo estudiara una carrera matemática, no sabía todavía cuál, le parecía desconcertante. Se imaginaba que me internaría en un abstracto mundo complejo a donde no me podría seguir, y que nos perderíamos el uno al otro. No lo decía con esas palabras, detestaba como yo cualquier forma de sentimentalismo, pero como sea, lo veía como una forma de traición a algún ideal si no superior al menos extravagante, que supuestamente debíamos encarnar ambos, Bobby y yo.

Él, por su parte, no lo hacía mejor. Estudiaría Leyes, ya que en ningún caso Filosofía, la filosofía no se estudia, es una actitud, se vive en la acción, decía siempre, aludiendo a la metafísica, que detestaba por sobre todas las cosas. Su padre le había sugerido que si no estudiaba trabajara con él en Summerland, lo que le parecía una pesadilla. El mundo real, al que nos aproximábamos peligrosamente llegada la edad de las decisiones de por vida, se nos asomaba pesadillesco, poblado de los fantasmas de la rutina, del trabajo, los horarios, las esposas, la cría de detestables niños. Debía haber otra cosa diferente. Ese destino era horrible. Yo temía que Moira, y ya por entonces tenía razón en mis sospechas, nunca se interesaría por un ingeniero de sistemas, que esas cosas le parecerían despreciables, o faltas de imaginación, tanto como comprometerse siendo casi una niña con el amigo de su hermano. Yo sabía que esa niña ceñuda y decidida tenía otra cosa en mente,

miraba más lejos, y yo no alcanzaba a discernir dónde se situaba su punto de fuga. Estudiar Ingeniería, como esperaba mi padre, era quedarse en el acá, sepultado en vida por un destino no elegido. El sentimiento era descorazonador, tanto más que verme como ingeniero me resultaba tan exótico como manejar una locomotora o ser de esos hombres que trepan a lo alto de los postes de la luz. Si esa era la imagen que se interponía en el horizonte hacia el que enfocaba Moira, mi figura ahí estaba de más. Yo sí podía ya entonces entrever en ella ese signo maligno de aquellos que están condenados a sufrir porque más tarde o más temprano van a estropear las cosas, las suyas propias.

Y no podía ser de otra forma. Las perplejidades de la Moira adolescente, un ser todavía sin recuerdos, que creía vivir el exilio de un reino todavía no conocido, un sitio soñado donde su originalidad no sería desperdiciada, como le ocurría en este, en esta vida, la de su familia, de sus gentes, la que me incluía, eran causa y efecto, origen y resultado de lo que vendría después. Más adelante ella juzgó que enredarse con un instructor de esquí en Andorra y tener un hijo con él era sumamente original. Antes de eso, uno perdonaba las formas confusas en que se expresaba esa originalidad, era cosa de la edad, el ensimismamiento, la confusión, los malos modos que pasamos por alto porque hay que comprender que se está en tránsito a otra cosa, pero esos hábitos que alguna vez rindieron frutos se convirtieron luego en una práctica. Esa chica que se encerraba todo el día en su pieza de donde solo se oía música y que se dejaba ver solo para bajar a la cocina y sacar algo del refrigerador, para volver a su cuarto hablando sola. En una fiesta cualquiera que hubiera dado Vanessa, se instalaba en el centro de la pista a bailar con una amiga, una Laura, una Sofía, una Kate, había varias, y bailaba como una loca la música de esos años, Bee Gees, Michael Jackson, Prince, agitaba su pelo, se doblaba por la cintura, su frágil cintura era un enloquecido pivote, para quedar bruscamente de pie y de pronto, presa de un impulso, sacar a bailar al tipo más despistado que hubiera ahí, al que obligaba a seguirla y el pobre, apabullado, apenas era capaz de moverse ante esta tromba cobriza que tenía delante; observando yo todo esto, sentía pena por el

incauto y no llegaba a saber si Moira gozaba de verdad infligiendo tales humillaciones a los más débiles.

Los hombres le temían, cosa que una mujer no se podía permitir. Uno podía entrever, como en una bruma lejana, que había en Moira una naturaleza que más adelante sería castigada, y mi fantasía era evitar ese castigo, o remediarlo después, si cabía; hoy, he perdido esa esperanza. La fantasía de entonces, de auxiliarla, o siquiera acompañarla, tenía muy poco fundamento. Mientras Bobby pusiera tanto esmero en hacerse odioso a sus hermanas, le resultaba muy difícil a una de ellas, a Moira, disociarme de la desagradable imagen de su hermano mayor. De modo que, por ese entonces, cuando recién conocí a Bobby, a la mitad de la secundaria, Moira no hacía no solo ningún esfuerzo por acercarse a mí, sino que me evitaba del mismo modo que a su hermano, y por temperamento ponía mucho amor propio en ello; "par de arrogantes", era su descripción de nosotros como ofuscada hermana menor. Vanessa en cambio, a quién la opinión de su hermano tenía sin cuidado, mostraba conmigo esa simpatía que tan fácilmente se confunde con la indiferencia y que se basaba en que yo debía ser, creía ella, una buena compañía para su hermano; en cuanto a las dos más chicas, me adoraban, solo porque había otro hombre en casa y que ese hombre no era Bobby. Olga, con quince años en ese entonces, estaba secretamente enamorada de mí, pero ni yo lo sabía y de saberlo no me hubiera importado. Mis pensamientos estaban puestos en Moira, por mucho que ella no pensara en mí. Yo sufría con el hecho de que, si ella no pensaba en mí, yo no existía, era como si ese desdén me quitara existencia, en fin, yo era menos yo porque ella no pensaba ni por un segundo en mí. En cambio, yo pensaba demasiado en ella, solo que yo sabía que ella no era más ella porque yo pensara de ese modo en ella; ella era objetivamente verdadera independiente de mí, e incluso, si nadie pensara como yo en ella, si nadie la juzgara tan bonita como yo, cosa que sabía que no todos los hombres compartían, ella no sería menos ella porque no dependía de ningún juicio de valor que proviniera de afuera de ella, su propiedad de ser existía por esa energía de la que ella misma se cargaba, y aun si yo me alejara de ella, y no la viera, incluso por mucho tiempo, como de

hecho fue, su esencia seguiría revoloteando en el mundo, aunque ningún ojo la viera, siendo tan ella misma de un modo que llegaba a causarme dolor.

Pero eso fue al principio. Un hombre debe emplear sus fuerzas como mejor debe, o puede, y fue eso mismo, el no poder tenerla en ninguno de sus estados, lo que me resolvió a abandonar el campo, e intentar olvidarla. Ahora, con las vueltas de la vida, habito el domicilio de su hermano y estoy más cerca de ella de lo que yo hubiera deseado. En cualquier momento, Moira tocará a esa puerta.

* * *

"Hablemos ahora de la guerra. Yo soy guerrero por mi naturaleza. El ataque es en mí un movimiento instintivo.

Poder ser enemigo, serlo, supone un temperamento vigoroso. De todos modos, es una manifestación de vigor.

La tendencia a ser agresivo responde a la fuerza, con el mismo rigor indiscutible que la venganza y el rencor responden a la flaqueza y a la debilidad.

La mujer es rencorosa. Lo mismo que su debilidad las hace sensibles a la miseria del prójimo.

Verónica es rencorosa, porque es débil, si no fuera débil, no sería rencorosa. Si practica conmigo el rencor, es porque soy fuerte. De otra manera, habría aceptado casarse conmigo cuando se lo pedí en 2012. En qué pensaba cuando lo hice, ¡qué tenía en la cabeza! ¡Qué de nubes negras pueden nublarle a uno el juicio! ¡¿Para que ella me mirara de esa forma, como si hubiera hablado un orate?! Si pretendía humillarme con su rechazo se equivoca, antes de terminar de decirlo ya estaba arrepentido. ¡Qué alivio sentí cuando me miró moviendo la cabeza! Salió a la terraza y me dejó solo. ¿Quería acaso que me pusiera de rodillas, que suplicara? ¿No fui lo suficiente indigno al solo pedírselo? 'Que recapacitara', 'que me ordenara', 'que estaba confundido', fueron sus palabras, con las que pretendía ella quedar del lado de la razón y del juicio y yo del de los sentimientos, fue lo que dijo cuando volvió de la terraza donde estuvo meditando.

Pero eso no es más que el mismo juego de siempre, suponer que ella piensa por los dos. Cuando me dejó solo, mientras ella se arreglaba consigo misma, pensé que, con buena voluntad, de parte de ambos, hubiéramos hecho una bonita pareja los dos, pero todo esto es un asco, una basura, olvídalo, bórralo".

Qué feo texto. Horrible. Esto es miserable, me dije mirando a Boko a mis pies, que parecía dormido. El 2012, recordé, mirando por la ventana hacia el parque, con seguridad yo estaba en España. No viajé ese año y nunca supe tal cosa, que Bobby le hubiera pedido matrimonio a Verónica. Dudo que alguna de las Serna lo hubiera sabido tampoco, y menos si la cosa devino para Bobby en un bochorno. Y en realidad, como era una locura, nunca me la confesaría; por ese absurdo sentido del amor propio jamás admitiría una humillación ni menos se permitiría ningún tipo de compasión hacia su persona, así fuera la que le podía brindar yo, su mejor amigo.

Yo no me hubiera compadecido, claro está; de haberlo oído de sus labios me hubiera encogido de hombros, como debe hacer uno ante lo imposible, como pretender que una mujer que no te ama se te rinda a ese amor por tu propia convicción. Dentro de todo, si algo salvaba a mi amigo era que en cuestiones del corazón era un aprendiz, lo que le otorgaba, pese a sus resistencias, un cierto candor.

Verónica, por su parte, no tenía candor alguno, había en ella alguna honda decepción, que venía de muy atrás, de mucho antes de Bobby, pero ese era un misterio que no lo iba a develar un extraño. Siempre lamenté no conocerla mejor, pero Verónica no lo hacía fácil; de haberla tratado más, creo que nunca me hubiera abierto su corazón, ni a mí ni a nadie. No creo que tampoco a Bobby. Hay quienes deciden ser pragmáticos desde muy temprano en sus vidas, y se parapetan ante el dolor con estrategias tan elementales como eficaces, que era, creo, el caso de Verónica Bustos. Desde luego no era nada pragmático ser la novia de Bobby, pero Verónica era inteligente y sabía que las defensas ante el dolor y la evitación del riesgo pueden significar una vida plana. Esas defensas son demasiado coincidentes con las categorías del pequeño

burgués, cosa que ella detestaría ser o, mejor dicho, parecer, ya que, en el fondo de su centro, lo era. Y Bobby era después de todo una pieza rara, interesante, una de esas que no se sabe en qué lugar del aparador poner, un desafío intelectual. Era un original, y una forma convencional de no ser convencional es estar con un original, y para Verónica, Bobby era lucir la escarapela de la peculiaridad que agregaba a su imagen de mujer práctica. El riesgo del dolor estaba conjurado, ya que no lo amaba. Había buscado en un lugar inesperado y había encontrado un hombre que la necesitaba. Para ese juego, claro, había que tener paciencia y Verónica estuvo dispuesta a tenerla, y por un largo tramo de su vida.

En un primer momento podría parecer que Bobby la ocultaba de las dos mayores, de Vanessa y Moira, y que evitaba el contacto de Verónica con ellas por suponer tal vez que la encontrarían falta de estilo, de encanto, o simpatía; simpatía que, por lo demás, en las dos mayores de las Serna no era en ningún caso evidente. Cuando Verónica dejaba su alerta, a solas contigo, porque te la encontrabas de pronto en la cocina, cambiaba el trato, era suave, establecía algunos guiños de complicidad, pero sin abandonar del todo sus defensas. En general a ella no le gustaba la familia Serna, no hacía falta que lo dijera. Sin saberlo, al menos hasta la oferta de Bobby, Verónica había sido la única en quebrar las resistencias de él a sentar cabeza, pero todo indicaba que Verónica no estaba ni por lejos dispuesta a cumplir ese papel de adoradora obstinada y que entre sus ambiciones mayores estuviera conquistar el corazón de Bobby Serna; por lo demás ya lo había conquistado poniendo en ello muy poco esfuerzo. Más bien, la pregunta que surgía a menudo era por qué Verónica continuaba con Bobby, por qué no lo había mandado al diablo hacía mucho tiempo. Para ese año, 2012, ya habían pasado los tiempos dulces del amor, según las confesiones de Bobby en sus correos, por lo que la oferta debió ser extemporánea y, por los resultados, no remedió nada. No dejaba de impresionarme que pese a todo ella creyera que tenía algún grado de obligación con él, que no podía dejarlo solo de una vez, que es lo que habría hecho cualquier otra. A primera vista, la mujer que conocí era una morena bastante guapa, del tipo curvas generosas y unos ojos muy vivaces,

abogada, madre de un adolescente, deportista, que tuvo conmigo desde el primer minuto un trato gentil. Esa fue la primera impresión. No dudo que me examinó con detención y que pasé alguna prueba de suficiencia para entregarme su moderada amistad. Después de todo yo venía del mundo de Bobby y, como suponía que no era muy bienvenida en ese mundo, la aparente indiferencia de las dos mayores con ella la hacía pensar eso, no podía sino asociarme con ellos. Sin embargo, las veces que hablé de ella con Moira, me habló con entusiasmo de Verónica, que esperaba que Bobby pudiese llegar a algo con ella, que era una mujer valiosa, que tenía la cabeza muy bien puesta, que tenía carácter, una suma de virtudes que podía enumerar, pero no por eso, o por lo mismo, no creo que Moira quisiera ser su amiga o tener cercanía especial con ella. Sí insistió en que Bobby sería un imbécil si la perdía. Yo tenía claro lo segundo, que la perdería, si es que no la había perdido ya, que era la impresión más duradera si uno contemplaba a la pareja hacia 2013. Muchas veces las visitas de Verónica no eran más que para ocuparse de un asunto puntual de la casa y luego de eso se largaba sin más. Como ocurre con las parejas muy activas en sus desavenencias, yo tenía el privilegio de ser el único que podía gozar a veces de algunas islas de cordialidad que ella provocaba, "voy a hacer para la noche ese estofado que te encanta, Roberto", con lo que se encargaba de hacer manifiesto que, con todo, había buena voluntad de parte de ella. Verónica seguía siendo para mí un enigma. Sabía que en la maratón corría los quince kilómetros y, para mi sorpresa, que alguna vez Bobby había hecho con ella los diez, si bien no llegó a la meta. Que hacía danza moderna, que admiraba por sobre todas las cosas a Ricardo Lagos, que el hombre con quien había concebido a su hijo no existía en absoluto en su vida, y que había llegado a aborrecer a Nietzsche a causa de Bobby. Lo había leído tal vez no profundamente en el diplomado, pero le había bastado, y si después continuó haciéndolo fue como quien lee un manual especializado para averiguar más sobre el mal que le aqueja a un ser querido. Extrañamente, pese a tantos reparos con Bobby, Verónica no lo consideraba una mala influencia para su hijo. El chico la acompañaba en muchas de sus visitas a casa, y ella promovía la

relación entre ambos. Pese a que Bobby siempre evitaba parecer demasiado cordial con los demás, con Fito hacía una muy ilustre excepción: le prestaba libros, lo instruía en música, tanto de Pink Floyd como de Beethoven, que a su juicio eran afines, y al cumplir los dieciocho le había pagado un viaje a Europa con una detallada agenda de sitios que visitar. Con ese hombre sabio es que se relacionaba el Fito adolescente. Que el chico era inteligente, que era aplicado, que aprendía rápido, que sería un orgullo para su madre, eran cosas que Bobby sostenía con cierta prudencia. No, no quería que leyera a Nietzsche, no era para su temperamento, "está bien así", decía. Era extraño que quisiese para el muchacho algo tan distinto de lo que él había querido para sí mismo. Nada indicaba que Bobby estuviera disconforme consigo mismo, muy lejos de eso, su aplomo no se había movido un milímetro y todavía se dejaba entrever esa arrogancia nietzscheana en su trato condescendiente con los demás. Tal vez no quisiera instruir al muchacho en su propia filosofía para no ganarse la enemistad de su madre, es muy posible, o simplemente no consideraba a Adolfo entre los elegidos que nutren su vida con el producto de su propio espíritu, como irritantemente creía Bobby que se ordenaban las categorías del mundo.

Con el tiempo se me hace más claro que estamos obligados al deber de gratitud con Verónica Bustos. No sé quién sería el titular de ese deber, aunque imagino que recaería en todas las hermanas Serna, porque de qué manera Verónica les quitó a ellas un peso de encima. Las Serna consideraron en un principio a Verónica Bustos como una suerte de guardiana o cancerbera de su hermano, y la culparon, injustamente, de su alejamiento de ellas, cuando no era más que el creciente enclaustramiento natural de Bobby, que lo hacía parecer ante sus hermanas como alguien que padeciera algún tipo de enfermedad, del cual ellas se habían replegado ariscando un poco la nariz, dejando en manos de Verónica Bustos el cuidado del enfermo. Pero eso las Serna no lo admitirían nunca. Estoy seguro que de haber sabido Verónica que sus cuidados iban en subsidio del que de otra manera estarían obligadas a prodigarle sus hermanas, les habría devuelto gustosa la tarea, aunque tampoco estoy seguro

de eso, nunca llegué a saber cuánto y cómo lo amaba Verónica Bustos.

Tratar con Bobby nunca fue una tarea fácil y el saber que estaba a buen recaudo en manos de ella les ayudó a las Serna a mantener esa distancia sarcástica que las aliviaba de mayores trabajos con su hermano. Las Serna siempre consideraron que las tribulaciones de su hermano eran meramente "divertidas", y es verdad que siempre es divertido ver sufrir a un misántropo arrogante. Hasta que el misántropo decidió pegarse un tiro y nos pareció a todos que la cosa no lo era tanto.

Hoy día Boko lloró. Creo que era un llanto, no sé mucho de perros, pero gemía de un modo inexplicable con la cabeza metida entre las dos patas delanteras, un llanto prolongado. Partía el alma oírlo. Quise sacarlo, pero no se movía, ni tocó su plato de comida. Llamé a Vanessa para consultarle qué hacer.

—Está haciendo su duelo, como nosotros —dijo ella.

—Supongo, debe ser eso.

—¿No te has olvidado de lo nuestro, no?

—¿Qué es lo nuestro?

—Lo tuyo, las monedas electrónicas.

—Ni lo pienses. Olvídalo, no cuentes conmigo.

—¡Egoísta!

—Tengo que salvarte de ti misma.

—Nadie ha logrado eso. ¡Adiós!

* * *

Mirando la noche estrellada y las luces encendidas en las ventanas de las Torres de Tajamar, Boko me ha seguido a la terraza. Está cada día más dócil y más compañero, pero debe ser por lo viejo. Creo que no muy pronto tendré que enterrar también a Boko. Hace catorce días murió Bobby. El reloj ha avanzado muy lento. Se me viene a la memoria una noche también estrellada, una noche con la ciudad muy a oscuras, de hace muchos años, en alguna fecha de principios de septiembre de 1986 porque hacía un par de días había sido el

atentado a Pinochet y había estado de sitio y una feroz *razzia* contra opositores al régimen.

Siempre tuve la sensación de que Bobby sacaba algún maligno y secreto placer de cualquier situación que sugiriese un acabo de mundo, como nos parecía que era el caso esa noche. Hay algunos que quieren que el mundo reviente, que se acabe todo esto de una vez. Durante esos días, por las noches la ciudad era sobrevolada por helicópteros a baja altura barriendo con unos potentes focos de luz el escaso movimiento en las calles, en las plazas, y hasta en el más inofensivo de los jardines, como nos ocurrió esa noche.

—Esto se va al carajo, estamos jodidos hermanito —dijo Bobby mientras liaba un porro. Tenía los ojos rojos y el pelo revuelto. Las mujeres estaban un poco más allá en el jardín y no podían escucharnos. Extrañamente no había música. Estábamos pendientes de los silencios de la ciudad.

Yo estaba en otra cosa, y apenas escuché aquello, tan fuera de lugar, dije de inmediato sin sonar amistoso:

—Yo no estoy jodido, no me metas a mí.

Nadie estaba de humor esa noche y no siempre me agradaba que Bobby usara el plural para referirse a nosotros como si fuéramos una unidad; en cierto modo, si se trataba de perspectivas, yo ya tenía otras; ya había escrito a Seattle para lo de la beca sin confiárselo a nadie. Era uno de los peores momentos de Bobby, yo sabía que estaba desesperado, y confundido. Tenía demasiada carga a sus espaldas tratando de combinar los arrebatos de *Humano, demasiado humano* con Derecho Procesal en segundo año de Derecho; le parecía estar luchando contra fuerzas contrarias y monstruosas. Además del feo episodio de la Eve, después del que juró no pisar nunca más una disco. Era como si su cuerpo estuviera dividido en secciones, distintas entre sí, y fueran tironeadas por fuerzas opuestas de naturalezas muy contradictorias. Estaba de un humor de perros. Era el drama de esa edad, recomponer las piezas con cada tramo andado y volver al punto de partida.

—Estoy podrido. Nunca vamos a salir de esto. Yo no soy un gusano más en una colonia de gusanos. No sé si tenga fuerzas —

terminó su perorata aspirando su porro y echándose atrás en el sillón de lona.

—Yo las tengo —dije con calma, desde el sillón enfrentado. Bobby estaba más errático e incoherente que otras veces.

—¿Te crees más fuerte que yo?

—No he dicho eso, pero yo no me rindo.

En medio de la oscuridad me miró con una profunda hostilidad, fijamente, un poco atónito, como si dudara de mi súbita rebelión.

—¿Te crees más fuerte que yo? —repitió.

Para entonces me tenía harto. Bobby a veces no era una buena compañía.

Yo no estaba dispuesto como unos meses atrás a seguirlo en sus pesadumbres. Bobby me espantaba las chicas bonitas y en torno a él no las iba a encontrar como no fuera a las Serna, que ya las daba por perdidas. El círculo se había estrechado.

—Tengo mis propias fuerzas —fue mi respuesta.

Yo lo sentía vibrar en medio de la noche, como si algo dentro de él fuera a estallar. Se balanceaba hacia adelante. Sus ojos eran como dos pequeños faroles prendidos en la noche.

—Hablas de tus fuerzas. La única prueba definitiva de tus fuerzas es si eres capaz de subir muy alto, muy alto, hasta donde nadie te pueda alcanzar, y después de eso tener el valor de acabar con tu propia vida. Si lo haces, eres el hombre más fuerte de todos —dijo con ese extraño brillo en los ojos.

No respondí a eso. Además de que las bravatas eran tan frecuentes como desesperadas en Bobby, había un ánimo de locura esas noches de violencia, y estaba tan afectado como todos por la tensión de esa noche aterradora y la arrasadora sensación de impotencia.

Pero ese ánimo belicoso se debía también al episodio de la Eve, que estaba todavía fresco. Dos semanas atrás habíamos salido con dos chicas, las llevamos a la Eve, no había disco más famosa en ese entonces. Íbamos en el MG del 75 de Bobby que, aunque viejo, en aquella época era igualmente un señuelo para las chicas de nuestra edad. Los que tenían auto propio le llevaban a uno una gran ventaja, y tener un amigo con auto ya era algo. No todos los hijos de veinte años tenían auto en ese entonces, ya que no todos tenían un padre rico y complaciente como Roberto Serna. Mi padre, aunque hubiera tenido los medios, jamás me hubiera regalado uno. Él no tenía por qué comprarse la simpatía de un hijo que más bien le debía el enorme esfuerzo que había significado su educación y a la que ni siquiera había sacado provecho. El hijo había abandonado sin motivo justificado la promisoria y rentable carrera de Ingeniería. Para mi padre había sido como una puñalada en el vientre, una traición, una finta artera que consagraba mi ingratitud.

Faltaban algunos años para que tuviera mi primer auto, por lo que buena parte de mi juventud me vi condenado a la humillante condición de copiloto y, si salíamos en parejas, a la todavía más humillante de ocupante del asiento trasero, síntoma nada bueno para la chica que lo acompañaba a uno, que creía merecer ir adelante junto al asiento del piloto. La chica que esa noche ocupaba ese lugar, amiga de la que iba conmigo atrás, ambas estudiantes de Pedagogía, estaba embelesada con Bobby. Casi no le salía la voz del arrobo que sentía con el chico que conducía el MG. A los veinte Bobby era un chico muy guapo, lindo, decían las mujeres. Respondía

al tipo espiritual, un ejemplar de los setenta, pero todavía dotado de glamur. Alto, delgado, buenos huesos, muy pálido, de facciones aguzadas, pómulos hundidos, una refinada versión de Pilar, el pelo castaño largo y liso, partido en una raya a la izquierda, que le caía hasta los hombros con suaves ondulaciones y le confería un aire lánguido que podía confundirse con la altivez o el orgullo. Esta atmósfera que comunicaba Bobby muy a su pesar, le valió en ocasiones ser tildado en el colegio de "marica", cosa que alguna vez debí resolver yo con la ayuda de mis puños, hasta que fue él mismo con su largo brazo el que le colocó un derechazo en plena cara a Franco Rivera, con lo que se acalló la calumnia para siempre.

Estaba entendido que Bobby y yo no nos sentíamos a gusto en ningún lugar y que los entusiasmos de los otros no eran los nuestros, pero en ocasiones había que hacer una excepción y fingir estar pasándola estupendo en razón de un bien superior, como llevarse a una chica a la cama. Hasta bien entrada la noche las cosas marchaban bien, o eso suponía yo, que los había dejado solos a ellos y que por mi lado estaba haciendo buenos progresos en un rincón del segundo piso de la enorme sala. Si Bobby se portaba bien podíamos terminar esa noche en un motel y habríamos cazado dos virginidades, o eso suponía yo. La mía no era virgen, pero eso lo supe después. Se llamaba Pía Castello y sería una noviecita que después de eso duró no poco tiempo. En un momento en que Pía y yo volvimos hasta ellos desde la pista de baile, vimos la siguiente escena. Bobby estaba sentado y se resistía a la chica que lo tenía tomado por una mano y forcejeaba con él para ponerlo de pie. Trataba de hacerlo bailar, pero Bobby alegaba.

—Oye, para, no voy a bailar esta mierda.

Sonaba "Beat It″de Michael Jackson, al que Bobby abominaba con pasión y que en parte le daba la razón a Moira en su fobia por la música de los ochenta.

—¡Vamos, Bobito! ¡Vamos! —le decía la chica con una desencajada sonrisa en la boca insistiendo en tirarlo del brazo. No sé si fue por lo de Bobito o porque ya estaba harto, pero Bobby se deshizo de un tirón de la mano de ella y la chica que se llamaba Ángeles fue a dar de espaldas al suelo, mostrando a la concurrencia unos albos

calzoncitos con flores rosadas. Ante eso Bobby ahora sí se puso de pie. Rápidamente Ángeles se incorporó, pero quedó sentada a lo indio en el mismo suelo que la vio caer, y desde ahí le dijo a Bobby hacia lo alto y con una furia terrible:

—¡Imbécil! —marcando cada una de las letras. Bobby la miró desde lo alto, con una suerte de profundo desprecio, como si aquello no le incumbiera y el bochorno de la pobre chica fuera un asunto que quedaba muy lejos de él. La amiga debió tenderle una mano para ayudarla a pararse ya que Bobby no hizo el menor gesto en ese sentido. Tampoco hizo ningún gesto cuando ambas pasaron al lado nuestro con las cabezas gachas murmurando imprecaciones. Yo alcancé a escuchar un "maricones". Alguna gente que asistió a la escena nos miraba ahora a nosotros con gestos de repudio, por lo que juzgué que lo mejor era que nos largáramos de ahí. A la bajada de la escalera estaban las dos chicas, con rostros compungidos a la luz de los faroles. Pía se acercó a mí.

—Lo menos es que tu amigo nos vaya a dejar a la casa, ahora —me dijo con un tono sombrío que me encantó. Tenía unos hermosos ojos negros. Bobby había oído. Caminamos todos hasta el auto. Ahora en el MG íbamos Bobby y yo en los asientos delanteros y las dos mujeres atrás, no quisieron de otra manera. Todo era muy incómodo. Íbamos en un perfecto silencio, hasta que vino un nuevo bochorno, el MG comenzó a humear. La pana clásica de ese imperfecto modelo inglés era que se recalentaba como una pequeña locomotora y el radiador se convertía en una bomba a vapor. Por eso, solíamos llevar a bordo un bidón con agua que esta vez no llevábamos. Quedamos estacionados en la plazoleta de Lo Castillo, con el capó abierto y el pequeño granuja echando vapor como una cafetera. Muchas veces volvimos a pasar por ahí con Pía Castello, ahora como mi enamorada, y cada vez nos reíamos de aquella esperpéntica noche. En adelante la plazoleta naturalmente pasó a llamarse Lo Castello. Las chicas, en un estado de perplejidad, llamaron a un taxi que pasaba y se marcharon. Yo pude conseguir una buena botella de agua en un local nocturno cercano e hicimos andar otra vez el MG. De inmediato me di cuenta de que no íbamos en dirección a nuestras casas, sino que Bobby había doblado hacia el

oriente y tomaba Luis Pasteur. Se detuvo por fin en el puente Lo Curro. Se bajó primero él, yo lo seguí, estaba acodado en el puente mirando el río que esa noche llevaba buen caudal. Se quedó ahí, en silencio. Luego dijo, sin quitar la vista del río:

—¡Soy un fracaso! ¡Un absoluto fracaso! —Y había un profundo dolor en sus palabras.

Qué podía hacer yo en ese momento. Éramos amigos, sí, pero Bobby era uno y yo un otro distinto. No podía llegar hasta él, aunque quisiera. Podía imaginar que no se trataba del bochorno de la chica caída al suelo y el "imbécil" lleno de furia que le escupieron, era algo más. Su largo pelo que le caía a ambos lados le tapaba la cara, era más la expresión que conformaban su espalda curvada y los hombros huesudos lo que producía el efecto trágico, sus manos aferradas al frío acero del puente. Esto ocurría un año después del juramento del lago Silvaplana, y comenzaba a inquietarme qué tan lejos lo estaban llevando sus lecturas, qué tan apasionadas, que lo eran, desde luego más que las mías, en las que recién me adentraba, como un aprendiz lleno de escepticismo y jactancia, más bien reacio a dejarme conducir por el pensamiento de quien fuera, así se tratara de Schopenhauer. Por lo demás, en un principio, más por la tonalidad mía que la de Bobby, habíamos puesto en clave festiva las lecturas a que me había arrastrado Bobby y que yo acepté exhortado más por conservar su amistad y con ello la frecuentación a sus hermanas. Usábamos para referirnos a Nietzsche apodos como el Loco, Bigotes, Nicky, o Fritz, y Schopenhauer podía ser el Viejo Cascarrabias, Shoppy o, simplemente, Arturo, aunque no siempre aceptaba Bobby de buena gana esta fingida iconoclastia con la que queríamos escapar del ridículo de ser nosotros, insignificantes buscadores, los que estábamos en tratos de igualdad con esos espíritus sublimes. Nos reíamos de que el Viejo elevara como condición superior a la compasión, cuando él mismo había empujado a una vieja escaleras abajo porque comadreaba en su vestíbulo, así como con las desventuras del Loco, vapuleado en su descomunal amor propio por la pequeña y sibilina Lou Andreas Salomé de caderas redondeadas. Había que llenar el vacío, el inmenso vacío que siente un muchacho de diecinueve años que se siente flotar

como un globo de helio en un mundo del que aún no has sacado tu tajada. En esto estábamos, devanándonos en cuál sería nuestra tajada. Aunque yo sabía que la mía no sería la de Bobby, yo no tenía un padre rico que cuidara de mis espaldas. Bobby no estaba forzado a tomar decisiones tempranas, como era mi caso, después que mi puntaje en la PAA me obligaba a postular a la universidad y más concretamente a Ingeniería, como quería mi padre, lo que equivalía a calzarse un zapato que no es que me viniera ajustado, sino que estaba puesto en el pie equivocado. Yo no iría por el salario de un trabajo servil y rutinario. "Libre es aquel hombre que por la mañana no tiene nada que hacer durante todo el resto del día", esa era mi máxima, la vida apetecida. No descansaría hasta conseguirla. Mi voluntad me arrastraba a ello y yo dejaría que la voluntad actuara y me llevara todo lo lejos posible de mí mismo, del ser que era yo entonces. Yo no podría rescatar a Bobby, pero sí debía rescatarme a mí. Eso es lo que pensaba mirando la espalda de Bobby encorvada en el puente. Había descubierto con Bobby que la vida de niño rico podía no ser envidiable si se sufría de la manera como lo hacía él. La angustia metafísica no iba conmigo, y el único camino posible, entendía en ese momento, era separar mi destino del de Bobby e intentar cada uno por su lado "ser señor de sí mismo". Esa sería mi traición original. Volvimos a subir al MG en completo silencio. Esta vez conduje yo.

* * *

Lo volví a mirar y seguía tan absorto y hostil. El ruido del helicóptero se aproximaba. Miré al cielo, era una mancha negra en la noche con un cono de luz que giraba en sentido inverso a sus aspas y se movía como un gigantesco dedo acusador sobre la ciudad. Lo miré, me devolvió una mirada fría. Tal vez suponía que yo todavía recordaba el incidente de la Eve que tan poco se ajustaba con su declaración de hacía un minuto. Tenía mi primer reloj digital, un Casio, estaba muy orgulloso de él, marcaba las 10:30.

De pronto el pájaro de metal se posó con su ruido ensordecedor casi sobre la casa, encima de los enormes peumos, e iluminó la piscina agitando las aguas. Yo alcancé a ver el vientre de la negra máquina encima de nosotros y el foco de luz que nos cegó. En ese momento éramos unos entes meramente pasivos esperando que cualquier catástrofe pudiera caer del cielo. Luego se alejó dejando tras de sí un silencio sordo y trémulo.

Moira, que se había acercado a nosotros, solo murmuró: "Hijos de puta". Bobby se había echado hacia atrás en su sillón de fierro y puso la cara hacia el cielo como si contemplara las estrellas. Parecía el sonido lejano del helicóptero que se alejaba.

Vanessa llegó al jardín y se nos unió con el rostro lleno de espanto, restregándose las manos. Llevaba un vestido de algodón color mandarina, unas zapatillas de lona blancas y el pelo tomado en una cola de caballo. Ofelia estaba sentada ante la mesita de mimbre y tiraba las cartas del tarot, al que se había aficionado. Ella siempre estaba ocupada en algo, absorta. Pese a poseer unos bellos ojos negros, era raro verlos, además de su chasquilla que ella, lo mismo que Moira, constantemente soplaba con su labio inferior.

—¡Dónde está el abridor! —dijo Moira con una botella de cerveza en la mano. Había resuelto que debía hacer algo, lo que fuera.

Ofelia levantó los ojos y apuntó a la mesa con el mentón.

—No apuntes con el mentón —le dijo Vanessa—. ¡Dónde aprendiste eso!

Ofelia no respondió. Nadie hablaba con nadie.

—¡Y qué hacemos ahora! ¡¿Nos vamos a quedar aquí como unos idiotas?! —dijo Moira a nadie.

—¡Milicos de la concha de su madre! —dijo Ofelia acentuando las sílabas mientras seguía con su tarot.

Nadie le respondió, y no hacía falta, nadie se iba a mover de ahí, ni tenía voluntad de nada, y los sentidos embotados nos decían a cada uno por separado que tardaríamos en dar el siguiente paso. Había algo vergonzoso y estremecedor en reconocerse a uno mismo que los alardes policiales hacían efecto sobre nuestros espíritus, pero esto Moira lo experimentaba aún más intensamente, como si fuese personalmente humillada.

Ahora lo recuerdo, llevaba una pollerita corta y ajustada de mezclilla, y arriba una polera de tirantes, negra creo, y unas botas vaqueras. Entró precipitadamente a la casa y en un segundo volvió. La estoy viendo, parada en medio del sendero de piedra, con las piernas algo abiertas, su frondosa cabellera pelirroja, y las llaves de su Fiat 600 en la mano, como dispuesta a salir. Moira tenía un Fiat 600 blanco que le había regalado papá Serna apenas cumplidos los dieciocho años.

—Estás loca —dijo Bobby desde su silla.

—¿Te he pedido tu opinión?

—¿Tienes una fiesta? —dijo Vanessa a su vez moviendo la cabeza.

—Si la tuviera no estarías invitada —le dijo Moira apenas volviéndose hacia ella.

—No voy a fiestas de niños —fue la respuesta de Vanessa.

—Muérete —replicó Moira ahora dándole la espalda.

Sabía de peleas entre ambas en que habían terminado rodando por el suelo. Las Serna, esto no incluía a Bobby, tenían una marcada propensión al insulto. Me encantó ver a Moira, siempre tan dueña de sí misma, sacada de quicio por Vanessa. Me gustaba la expresión ofuscada de su rostro.

—No hay dónde ir, no hay nadie en las calles, está todo cerrado. Yo no iría a ningún lado esta noche —dije con prudencia. No había buen signo, algo funesto había en el aire, como que si Moira seguía adelante con su impulso se compraría una desgracia.

De pronto vi, en la ventana iluminada en el segundo piso de la casa contigua, a los vecinos árabes, al señor y la señora Tuma inmóviles tras el vidrio mirando la escena. Miraban hacia el círculo de luz que nos iluminaba en medio de la noche cerrada y la oscuridad del follaje. Debía parecerles que estábamos en una pecera. Había un pececillo que chocaba la nariz contra el vidrio, y ese era Moira.

—¡Ustedes hagan lo que quieran! —dijo Moira y se marchó por el sendero de piedra.

Bobby me hizo un gesto para que la siguiera y eso hice. La alcancé cuando se subía a su Fiat 600 en la puerta de la casa.

—Yo voy contigo —le dije—. No puedes ir sola.

Ella no respondió, pero tampoco impidió que me subiera en el asiento del copiloto. Arrancó muy rápido y en cosa de minutos subíamos por Pocuro hacia el oriente.

Aún puedo ver la calle vacía y, con la ayuda de la luna, la magnífica cordillera azul ante nosotros. En ese momento no me importaba el presagio de una tragedia si yo estaba con ella. Luego de tomar Tobalaba había virado en Apoquindo y continuábamos hacia el oriente. A cada tanto nos topábamos con alguna patrulla militar que recorría las calles a baja velocidad, pero no parecían muy interesados en el pequeño vehículo blanco. En algunas luces rojas en que no se veía nadie a la vista Moira cruzaba impertérrita. Cuando le pregunté a dónde íbamos, ella respondió:

—A ninguna parte, a la mierda, donde sea, quiero escapar de aquí, no soporto más a este país, a todos, los aborrezco.

Yo guardaba silencio. Miraba hacia afuera, a la ciudad vacía, taciturna, aplacada toda vida. Cada tanto me volvía y miraba su perfil, sus largas piernas desnudas bajo la línea de la pollera, su piel cobriza, tensa.

Al cabo de un buen rato de exigir el motor exhausto del Fiat, llegamos a una plaza arbolada que reconocí como la de San Enrique, toda a oscuras, donde entendimos que para nosotros ya casi acababa la ciudad. Moira dio no una sino varias vueltas a la plaza, lo que era un absurdo ya que lo único que nos quedaba por hacer era el camino de vuelta. Estábamos al filo del toque de queda. De pronto divisamos al otro lado del puente que atraviesa el río, un letrero nada discreto que decía MOTEL.

—Vamos allá —dijo Moira.

El motel era nuevo. Construido de material muy ligero, a la manera de palafitos al lado del río. Apenas entrar Moira se había quitado la pollerita de mezclilla y también las pesadas botas vaqueras, las que había lanzado al aire y habían caído al suelo con estruendo. Yo estaba de pie, vestido, al lado de la cama y la miraba a ella, ahora hecha un ovillo y con las sábanas hasta arriba de los hombros. No se trataba de pudor, ya lo habíamos hecho una vez en El Trébol. Mi calidad de *second best* me había parecido suficientemente honorífico, por un tiempo, hasta que comprendí que ella había

seguido de largo su camino y vino un tercero, un cuarto, y casi con seguridad un quinto, que lo mismo que ocurrió conmigo no dejaron mayor memoria en ella. No, era otra cosa. Si Moira era el objeto principal de mi deseo, entonces me encontraba en el paraíso, encerrado y sin poder escapar, con la mujer de mis sueños, solo que no había paraíso; mirándola inerte en la cama, envuelta en una animal espera, sentí una enorme desolación, y tristeza, por lo que venía y la parte que me tocaba; por mí, hubiera tomado el Fiat y habría hecho el camino de vuelta. Solo esa salida me libraba de la humillación.

—¿No te vas a meter en la cama? —dijo ella desde bajo las sábanas.

Yo me desvestí, lentamente, sabiendo que no me amaba, lo que era una buena razón para odiarla. Así pues, me metí en la cama. No fue tan distinto a la primera vez. Después de hacerlo, ella se durmió en un sueño profundo. Yo sentía una terrible desazón, una extraña tristeza. Luego de esa noche, de esa noche de septiembre, la guerra estaba declarada.

Cuando recuerdo ahora esos momentos, pienso en cómo la segunda vez que hicimos el amor, lo mismo que la primera, pudo ser tan frío, tan falto de emoción, tan rudo, tan carente de significación. No puedo decir si es que nosotros éramos enteramente así, rudos y torpes, faltos de ternura y pasión, o solo lo éramos en el sexo. Posiblemente fuera esto último. Pienso de qué manera esos fríos rituales amatorios marcaron la forma en que en el futuro rendimos tributo al amor carnal, con reserva, tan desnudos de afecto. Y, sin embargo, hoy lo sé, ya entonces nos amábamos, solo que no lo sabíamos.

* * *

Es necesario pensar que Roberto Serna fue alguna vez un hombre joven apuesto, según muestran las fotos. Tiene en esas fotografías un aire decidido, sobre todo en una donde aparece de traje gris cruzado junto al tapabarros de un Chevrolet Impala del 64; tiene

treinta años y el enorme artefacto ya es suyo. Maneja una fábrica de tuberías de acero que fundó su padre; lo de las piscinas vendrá después.

No tiene estudios superiores, no es un gran lector, pero sabe lo que quiere, y está a punto de lograrlo. Ese es el momento capturado por la fotografía que está hasta la actualidad en el arrimo de entrada de la casa de El Trébol. Para ese entonces ya está de novio con Pilar Müller, única hija mujer de un alemán de segunda generación que lleva un taller mecánico de Volkswagen situado en la calle Simón Bolívar, y de la criolla Aída Cortés. Con gran esfuerzo familiar es alumna del Deutsche Schule y nadadora destacada. La gente le encuentra un parecido a Ingrid Bergman, aunque no hay tal. Pilar tiene entonces veintiún años y ha aplazado la boda cuanto ha podido. Es muy joven todavía, y acaba de obtener la medalla de plata en el Sudamericano de Medellín en cien metros mariposa. Tiene todo un futuro por delante y su objetivo son los Juegos Olímpicos de Tokio de ese año, así es que ni hablar de matrimonio al menos hasta octubre. La descalificación en la primera serie —su tiempo la deja muy lejos de la final— y su pronto regreso a casa apuran la boda. Es lo que Roberto Serna ha estado esperando, una saludable y ejemplar derrota en la carrera deportiva de su novia. Roberto Serna está seguro de haber hecho una buena elección. Pilar tiene buena genética, es fuerte, sana, bonita. Los matrimonios burgueses en ese entonces se arman según una serie de condiciones tácitas, de las cuales dos son indispensables: una prometedora situación económica del marido y los buenos genes de la madre. Han de procrear hijos sanos y hermosos que formarán en las líneas de vanguardia de un mundo lleno de esperanzas, próspero y abundante. Muy pronto, Pilar será la figura publicitaria de Summerland, y una fotografía en color, con los magentas y verdes un poco subidos, la muestran de traje de baño entero en la punta de un tablón, con sus bonitos brazos abiertos en cruz, a punto de arrojarse en una zambullida. La familia debe ser una fuerza motriz lanzada hacia el futuro. Todo eso está en la cabeza de Roberto Serna, el hombre del traje cruzado al lado del Impala. Qué fuerza vital había en ese hombre.

Luego de lo de Tokio la novia no pudo resistirse a las impaciencias del novio. Solo pidió antes de la boda un viaje con una amiga a Buenos Aires. Necesitaba comprar su ajuar. Se supone que, en ese viaje, un mes antes de la boda, habría sido engendrada Vanessa. Eso es lo que sostiene Ofelia, que ha estudiado concienzudamente la historia familiar. Su documentación proviene de entrevistas con viejas amigas indiscretas de Pilar a las que tiró la lengua con cierto éxito, lo que explica para las escrupulosas amigas que Vanessa hubiera nacido de siete meses. Más aún, se supone que Pilar alojó en el Alvear Palace con Raimundo Serrano sin demasiado temor a ser vistos, ya que de hecho fueron vistos, y el exquisito rumor de la despedida de soltera de Pilar Müller cruzó la cordillera. Lo que Ofelia no podría asegurar es si Serna sabía de todo esto. Muchas veces me tocó ver a Roberto Serna en El Trébol, solo ante el fuego de la chimenea, despaturrado en su solitario sillón favorito, las piernas estiradas, con su gran cabeza recostada en la oreja del sillón, absorto por largas horas en el crepitar del fuego, mientras nosotros íbamos y veníamos, él seguía ahí, sin cambiar de posición, como un viejo bergantín encallado, con las jarcias rotas por el viento. Lo que sí supo, desde el principio, era cómo el destino comenzaba a torcerse, y él no podía hacer nada para impedirlo. Si Roberto Serna no lo supo entonces, tampoco lo sabe ahora, pero los que sí lo saben, con total claridad, son sus hijos.

A Roberto Serna y Pilar nada los exoneraba del fracaso. La rusticidad mercantil de Serna podía servirle en llevar muy lejos Summerland y sus revolucionarios filtros de piscina —el ridículo nombre era idea de Pilar—, pero no para subir el par de peldaños en la escala social que consideraba ella. Un hogar con sus condiciones y compuesto por cuatro niñas bonitas podía hacerlo con relativa facilidad, pero Roberto Serna era un tímido, y su gusto por la vida mundana y su destreza social eran casi nulos. Serna era de los que pensaba que si se hacía dinero no se podía hacer además otra cosa y que el mundo debía reconocérselo así. La casa de El Trébol, que sería una efigie de la prosperidad y unidad de la familia, nunca fue del gusto de Pilar. Por lo que dice Bobby, ella quiso algo tudor, o georgian, y Roberto Serna tuvo la mala idea de salirse esa vez con la

suya. Con una mujer como Pilar, Roberto Serna no debía salirse con la suya. Pilar solo pudo poner la nota romántica por medio de los jacarandás, pero el gesto era insuficiente. Roberto Serna había soñado con confinar a todos los suyos en su sencilla propiedad, al alcance de su mano, de su trémulo dominio, y no lo consiguió. Al menos con Pilar. El Trébol se convirtió para Serna no solo en su refugio, sino también en su escondite, su forma de no ser visto cuando lo de Pilar y Serrano se salió de todo cauce. Si no se produjo más escándalo era porque el matrimonio Serna no tenía más figuración social, aunque Roberto pensara desde entonces y para siempre que todos los ojos del mundo estaban puestos en su humillación, sobre todo los de aquellos a los que él no conocía, pero que sí conocían a Serrano y a Pilar. Roberto Serna nunca pudo desprenderse de la sensación de tener una pequeña multitud de cretinos taimados y viles riéndose de él a sus espaldas. La verdad, es que ya nadie en este mundo pensaba en Roberto Serna, ni lo recordaban siquiera, al menos desde hacía muchos años, pero ese consuelo, ese reposo, no le estaba dado.

Las hermanas no vivieron nada parecido en relación al padre. Su padre pertenecía a algún género de la estatuaria, como una estatua ecuestre en una plaza, estaba ahí, inamovible, confiable, pétreo, con la ventaja de que las estatuas de las plazas no tienen cambios de ánimo ni de pareceres. Ellas se volcaban a ser mujeres, a aprender cómo hacerlo sin ser como Pilar. La Moira de ese entonces era una profusión de variaciones de mezclilla, de bordado, blusas de organdí, zuecos y botas vaqueras, el atuendo que usó durante toda una época de su vida cuando su propósito fue incomodar a Pilar y refutar a Vanessa. Mientras la más bonita de las hermanas seguía nerviosamente todas las modas, Moira permanecía atemporal, o más bien apegada a esa época, fines de los sesenta, que era el tiempo en que nació, que no había vivido y por el que sentía una extraña nostalgia retrospectiva. Si la mayor y más bonita iba a estar volcada a las ventajas mundanas, Moira se mantendría en estado salvaje. Pilar hubiera querido otras hijas, y estas hubieran querido otra madre que Pilar. Curiosamente, las dos menores, Olga y Ofelia, que sí podían alegar con mejor causa esos argumentos, eran las más

indiferentes a los estragos psíquicos que había provocado la figura de Pilar.

Aún recuerdo aquella tarde en que llegó Pilar a buscar a Vanessa. Oímos con Bobby la frenada estrepitosa del Mustang blanco frente a la casa y nos asomamos a la ventana. Pilar manejaba ese auto del 67 en mal estado, en realidad era de su marido, aparentemente una reliquia de colección, pero era tan simple como que la pareja no tenía dinero para un modelo más nuevo. La vi bajarse, el tapiz del auto era rojo, y emprender enérgica el camino hasta la casa para desaparecer bajo el techito del porche. Luego subió a toda prisa la escalera, entró a la habitación contigua, la de Vanessa, hubo unos gritos, y al rato salió de la casa llevándosela del brazo. La subió al auto y con una acelerada estrepitosa se perdió el Mustang por el fondo de la calle. Bobby no se movió de la cama en ningún momento. Le pregunté si sabía lo que pasaba, me contestó que no tenía idea.

—Algo habrá hecho —dijo después de un momento.

Lo que hubiera hecho debía ser grave, como para movilizar con tanta energía a Pilar. Se suponía que la madre era distante o indiferente con sus hijas, que poco menos las había dejado a su suerte. Las hijas, al menos las dos mayores, que vivían con el padre, sacaban provecho de esta reputación de la madre, la de la mujer impetuosa e impulsiva que había hecho abandono del hogar, la que no estaba en situación de sermonear a nadie. Las dos Serna suponían que ella estaba despojada de toda autoridad moral, con lo que, sumado a un padre débil y consentidor, la libertad de acción de que disponían era prácticamente absoluta. Esa libertad las hacía orgullosas, como si fuera una que hubieran conquistado por sí mismas.

Como fuese, esa vez Pilar juzgó que tenía toda la autoridad sobre sus hijas como para salirles al camino. Pude ver cómo Vanessa no se había resistido mayormente no era fácil oponérsele a la nadadora olímpica. Al cabo de un momento, asomó por la puerta entreabierta del cuarto de Bobby, la cabecita de Moira. Llevaba una polera ajustada con pabilos, y un pareo en la cintura que cubría el abajo de un bikini. ¡Qué cuerpo, Dios mío!

—Tenemos espías —dijo, deslizándose apenas al interior, todavía apegada al vano de la puerta.

—¿Sí? Quién —dijo Bobby.

—La Agustina, dice que vio a Vanessa subir a un hombre a su pieza.

—¡Bien! —exclamó Bobby—. ¡Bravo! ¿Se sabe quién era?

—Yo no sé —dijo Moira meditabunda, todavía asomada, sin querer entrar a la pieza. Ella ya sabía que su cuerpo era una amenaza y a esa edad le quedaba una reserva de pudor, por lo que exhibía una pierna y la mitad de la cadera. Con eso era suficiente. Sabía que el amenazado era yo.

—¿Y ese hombre pasó aquí la noche con ella? ¿Estuvo entre nosotros? —preguntaba Bobby divertido.

—La Agustina dice que se fue temprano por la mañana. Pero no sé cómo, porque no usó la escalera, yo lo habría oído —aseguró Moira, entre suspicaz y celosa.

—¡Qué romántico! Seguro Vanessa lo descolgó con una sábana. Cosas que aprendió de su madre —dijo el hermano.

—¿No conoce los moteles la zorrita? —dijo Moira como quien atiza el fuego arrojando una gota de bencina.

Se supone que Pilar había sido amante de Raimundo Serrano en las mismas narices de su marido, que habían sido los dos en extremo audaces. Ambos habían protagonizado intrépidos desplantes, a la altura del fuego que los consumía, como esas ocasiones en que, Bobby fue testigo, Serrano dejó de madrugada a Pilar, a veces medio bebida, en el mismo hall de entrada de la casa, mientras Serna dormía profundamente en el piso de arriba y ellos se separaban besándose largamente como si la casa estuviera vacía. Pilar había dejado tras de sí un reguero de humillaciones a la dignidad de su marido que al parecer no quedaron en ninguna parte de su conciencia, a juzgar por la violencia con que castigaba el comportamiento de su hija mayor. El castigo no pasó de una reprimenda, según se supo después, pero selló de por vida un odio definitivo de la hija hacia la madre. En adelante serían dos perfectas enemigas, ya que Vanessa contaba para ello con los mejores motivos. No iba a dejar pasar tamaño descaro de su madre.

Bobby contemplaba todo esto como los niños ante esos teatros caseros de títeres, en que sabes que detrás de la obrita están tus propios parientes, con lo que la representación se hace menos divertida. Uno diría que se divertía, pero lamentaba el espectáculo que su familia le dispensaba. Bobby retrocedía, se retiraba en un extraño mutismo. No emitía juicio, pero las exoneraba de toda responsabilidad ya que toda recaía sobre los hombros de Roberto Serna, causa primera de toda la catástrofe familiar, según Bobby, aun cuando nadie, ni el bueno de Serna ni otro con más carácter hubiera hecho mejor papel con Pilar y sus hijas.

Moira, que entonces tenía diecisiete años, tenía la costumbre de soplarse la chasquilla sacando con descaro el labio inferior, sabiendo que se ponía fea. A mí eso me enloquecía y cuando más adelante abandonó la chasquilla para dividir su pelo en dos mitades sentí verdadera pena, pero ya era una mujer y esos gestos medio grotescos, las muecas que tenía de más niña y que yo adoraba, fueron desapareciendo. Siempre admiré su forma ósea, el bastidor de sus huesos, las largas líneas de su cuerpo, que revelaban a una mujer a mis ojos portentosa. Ella había alcanzado ya su plenitud de mujer, y todas sus curvas, hondonadas y redondeces estaban ahí, en su correcto lugar. Con un año más, yo no podía decir lo mismo de mí, si el cuerpo que tenía era el que me constituía como sujeto final, y si lo era, todavía no llegaba a un buen acuerdo con él. Lo que sentía era no haber alcanzado la definición corporal necesaria, no estaba investido del poder y la fuerza para poseer esa perfección que suscitaba el cuerpo de Moira. De hecho, no lograba entender cómo todos los hombres no caían a sus pies, y la única respuesta era geográfica, esos hombres estaban todavía lejos, en otros lugares, lugares animados y elegantes, donde la gente se divertía de verdad, y era solo que no la conocían aún y parecía inminente que eso ocurriera, pronto estaría rodeada de un enjambre de hombres, todos muy guapos y audaces, revoloteando en torno a ella, y entonces Moira no se fijaría en alguien casi de su misma edad y sin un centavo.

Su hermana mayor ya había iniciado la carrera, con hombres mayores, tipos burlones y sarcásticos, con profesión y auto que no

era el de papá, unos adoradores eficientes que chasqueaban los dedos y le abrían las puertas que debía cruzar. Cuando ella había hablado de cómo Vanessa desconocía los moteles, se me heló la sangre, pensando si Moira no había iniciado ya su propia carrera en el gran mundo. Pero ella seguía siendo una niña, era una niña la que estaba ahí a mitad oculta por el dintel de la puerta. Como fuera, la libertad de que disponía la precipitaba a una vida en que su copa estaría siempre llena. Yo no cabía en ese futuro prodigioso, y todo esto sería confirmado unos meses después cuando aquel tipo del Austin Mini me la robó esa noche en que, estoy seguro, entregó su virginidad a cambio de nada. Pero también sabía que Moira no era Vanessa, había en ella una reserva de introspección, un rincón oculto de ella que no entregaba. Pese a sus dotes, nunca fue el propósito de Moira seducir al mundo. De pronto creía advertirla vuelta hacia su interior, interrumpía lo que estaba haciendo, limpiando las hojas de la piscina, estudiando desganadamente con un libro en la terraza, como si de pronto hubiera tropezado consigo misma, se distraía, miraba hacia un punto incierto y se quedaba ensimismada; en ese momento se miraba a sí misma con cierto estupor. Desde luego, esto lo sabría mucho después, que ella no se veía a sí misma como la belleza que veían mis ojos. Ojalá ella hubiera podido penetrar en mis pensamientos, se hubiera persuadido de su propio valor. Allí, contra el vano de la puerta, con esa camiseta minúscula que se le pegaba a la piel, y envueltas las caderas en el pareo, se veía como la diosa que yo creía que era, y se comportaba como si lo fuera, aunque su público fuéramos solo Bobby y yo.

—Quítate de mi vista —le dijo de pronto Bobby tendido en la cama, que había advertido el pequeño alarde de exhibicionismo de su hermana menor.

Ella no lo miró a él, sino a mí, con los ojos alarmados. Se giró, y a grandes zancadas salió por la puerta gritando por el corredor.

—¡Enfermo mental! ¡Fracasado!

No era raro que las hermanas usaran esos piropos para desquitarse de su hermano. También podían usar desquiciado, o loco, orate u otros en esa línea, pero aludían siempre a la salud mental de Bobby. Por ese entonces Bobby ya era consciente de que

se estaba haciendo una reputación, y le confirmaban que iba bien encaminado. Había cosas que pulir, por cierto, pero estaba en el camino correcto.

* * *

—¿No es un poco... modesto? Para ti, digo, es como arreglar televisores, o algo así —dijo Bobby con desesperanza, al saber de mi partida a Seattle a estudiar Programación en Computación.

—Nada que ver con arreglar nada. No quiero explicarte con demasiado detalle, pero es una cosa nueva, tiene que ver con tecnología, con sistemas integrados, en fin, no entenderías nada. Nadie entiende nada de eso por lo demás, eso es lo que me interesa, hacer algo que nadie más sabe hacer. Confía en mi olfato.

—Igual me parece algo muy menor. Tú puedes multiplicar mentalmente cifras de cuatro dígitos —dijo con cierta ansiedad.

Sí, podía multiplicar mentalmente cifras de cuatro dígitos. Como todas las personas con ninguna habilidad con los números, Bobby suponía que yo era un genio, lo mismo mi padre. Por supuesto los dos tenían una visión un poco simple del tema. Yo tenía una destreza, innata, lo que se quiera, un don, también se podría decir, pero no dejaba de ser una destreza. Claro, algo se puede hacer con eso, no lo niego, pero de ahí a ser un genio hay una distancia enorme. A Bobby le encantaba la idea de que su mejor amigo pudiera ser un genio, sobre todo en algo que a él le resultaba tan indescifrable. Yo acababa de cumplir mi segundo año de Ingeniería en la Universidad Federico Santa María, donde se suponía se impartía la mejor ingeniería del país y mis resultados eran los esperados. En trigonometría había sacado el único siete, que no había tenido alumno alguno en muchos años. Luján, mi profesor, me profetizó un futuro deslumbrante en la investigación, "con ese genio no te vas a dedicar a hacer puentes". Yo no tenía pensado dedicar mi vida a "hacer puentes". Luján tuvo la fortuna de torcer mi destino, porque tampoco dedicaría mi vida a la investigación. Sé que con la ayuda del cine los enormes pizarrones verdes con sus infinitas

ecuaciones trazadas con tiza despiertan en el vulgo la ensoñación de que ahí hay algo parecido a un saber divino o al secreto del orden del universo. No es así; para el matemático la suma aquella puede ser absolutamente trivial y hasta rutinaria y no posee el vértigo de, por ejemplo, llegar a un buen *drop shot* de revés puesto a centímetros de la red cuando se está *break point*. Soy un mediocre jugador de tenis. Y por lo mismo no me dediqué al tenis, porque nunca llegaría a ganar un Grand Slam, ni tampoco llegaría a ser Bohr, o Gauss y ni siquiera Atiyah. ¿Me conformaría yo si dedicaba mi vida a la teoría de las representaciones y las ecuaciones del calor sobre las variedades? ¿Podría explicarle yo eso a la mujer que amo? Siempre he sido un solitario, pero nunca he querido para mí tanta soledad como la que puede experimentar un pobre hombre encerrado en la mazmorra de una facultad americana frente a la pantalla de un computador estacionario intentando dar con la contradicción a la hipótesis de Riemann, a la que tras darle unas buenas patadas no logras tampoco la demostración. No, no era ese tipo de lunático, neurótico, hipersensible y sin habilidad social que se requiere para la tarea. Sus éxitos, de haberlos, son tan oscuros como su propia vida. La aparición el 95 de Windows 95, es decir, la expansión de los computadores portátiles, fue la llave maestra. El mundo ya fue mío.

* * *

El día de mi matrimonio, el primer año del nuevo milenio, creí que soñaba, o que no era yo el que estaba ahí, al pie del altar, envuelto en un formidable traje negro y ajustada corbata plateada, con Irene junto a mí, muy erguida, aferrada al ramito de flores que apretaba entre sus manos, con su vaporoso vestido blanco cuya cola caía por los escalones del altar. La música de Haendel, las flores que decoraban la pequeña iglesia de la Veracruz, que a Irene la había hechizado, los cien invitados, las mujeres con estolas de piel y vestidos de raso; todo tan magnífico y solemne que era imposible no sentirse un impostor.

Nos casamos así, de la manera más tradicional, porque Irene nunca había pensado que fuera de otra manera, y porque los Lemos lo quisieron así, y ellos estaban tan felices y eran gente muy buena. No como mi pobre padre que estuvo todo ese día, y durante la fiesta también, como aturdido, perplejo y ausente. Junto a él, Rómulo Lemos era un Júpiter benévolo y exultante. Los Lemos eran gente que se quería mucho entre sí, amaban su estirpe, no encontrarían el menor defecto en ninguno que llevara su sangre. Sylvia, hermana de mi madre, creo que advirtió esto y fue una madrina competente y ansiosa e intentó ser todo lo gentil que mi pobre padre estaba impedido de ser. Nadie hubiera pensado que un hombre tan parco como él llegara a derrumbarse de tal modo con la muerte de su mujer, mi madre. Era de esos hombres condenados a sufrir solos, sumido en la penumbra de una confusión de sentimientos que nunca había llegado a interpretar. No era un marido desconsolado, era un hombre devastado, destituido, un náufrago sin horizonte que abarcar.

Irene estaba feliz porque ella siempre se tomó las cosas como venían. Para mí era abrumador. Era todo tan normal, o era abrumadoramente normal. Las Serna estaban todas y me preguntaba qué pensaban cuando recorría la nave de la iglesia con Irene del brazo bajo los acordes de la marcha nupcial de Haendel. Eran muchos los que no se esperaron jamás ver esa escena, y entre ellos las Serna. Lo que vi en las miradas de Vanessa y especialmente de Moira, era una mezcla de incredulidad y suspicacia, como si Irene hubiera ganado un *tour de force* contra ellas. Sus ojos estaban más puestos en Irene que en mí, porque para ellas Irene fue siempre una extraña, aunque qué mujer no lo era para las Serna. Irene era tan delicada que nunca me dijo que las detestaba, como supe apenas al final, cuando ya moría. Al fin y el cabo, ¡qué importaban las Serna!

Tuvimos una casa en calle Mar del Plata. Tenía chimenea, una veleta con un pez en el tejado, y un jardín con un naranjo e incluso un damasco que daba frutos en verano. Paulo, hermano de Irene, me había iniciado en la programación y ya se sospechaba que era una mina de oro si uno tenía el talento, y si se tenía como en mi caso, la fortuna de entrar en contacto con la SBC de California a

través de él. Mi habilidad con las matemáticas siempre ha despertado sospechas, bajo el supuesto de que las ciencias puras estarían reservadas a ciertos temperamentos, pero en el caso de los algoritmos para *software*, que llegarían a ser mi especialidad, mi nivel matemático me los ponía muy cerca, no entrañaban para mí dificultad alguna. Hasta hoy, ha cumplido su función de no constituirse en un trabajo, como se supone que un trabajo debe ser, fatigoso, arduo, rutinario. Siguiendo a mi maestro, esto se lo debo a Bobby, las dos cosas que mortifican y acechan a la tranquilidad del hombre son el sufrimiento y el aburrimiento, y para el gran Schoppy el trabajo para ganarse el pan es sufrimiento. Esto lo tenía muy claro en mis inicios, y no iba a moverme de ahí. Algunos encargos de mediana complejidad para la SBC me dieron el sustento esos primeros años de mi matrimonio, y basta, con eso estaba bien. Irene era por su lado una aventajada alumna de Literatura en la Universidad de Chile y seguro que habría llegado muy lejos. Ella era feliz, aunque temo que lo era igualmente antes de conocerme a mí, y de haber sido yo el que desapareciera de la escena, por un tiempo sufriría, sin duda, pero lograría volver a ser feliz porque era su destino serlo. No sugiero, ni por asomo, que fuera un ser simple, o ingenuo, o de esas personas que lo son deliberadamente para no ver el mal en los demás solo con el fin de hacerse sus vidas más simples y configurarse un orden de cosas que las libra de preguntarse acerca de sí mismas. Irene, desde luego, estaba facultada para ver el mal en el mundo, el egoísmo, la mezquindad y sobre todo la estupidez, solo que sabía mantenerse alejada de ellas, se escurría con gracia y ligereza, no por benevolencia, sino por astucia. Podía ser sarcástica si estábamos los dos a solas. Yo sabía cuándo no estaba prestando atención a una conversación, lo que no obstaba que su mirada perdiera energía; me bastaba con mirarla a los ojos, y si le ocurría encontrarse ante alguna sutil agresión femenina sabía desprenderse de ella con una sonrisa equivalente. Su propósito era mantenerse lejos de las injurias del mundo, y lo lograba. No era fácil derribarla en su proyecto de ser feliz. Había nacido para serlo y nadie se lo iba a arrebatar por medio de la envidia o la vileza del mundo. En ese tiempo mi mejor carta de presentación era que ella me amaba, lo

que equivalía a decir, y esto era mucho, que yo cabía en ese plan. ¿Si ella era exigente? A su modo lo era, solo que no hacía alarde de ninguna superioridad, de manera que entendí con ella no pocas cosas relativas a ciertos estándares de la moral o el amor propio. Entonces las cosas marcharon bien entre nosotros, pero debí poner mucho de mi parte. Hay que considerar que el egoísmo está en nuestras mismas entrañas y que en el orden superior está siempre uno mismo y que nuestra propia soledad es esencial a nuestra supervivencia, por lo que, como cualquiera, debí hacer muchos aprendizajes. Pero la amaba, de eso estoy seguro. Era desenvuelta y desinhibida y en verano solía andar por la casa solo con el calzón del bikini, como hacían sus compatriotas en las playas de Río, y arriba solo una blusa blanca muy delgada, una especie de gasa. En alguna ocasión llegó Moira a visitarnos, con Didier, y como yo les abriera e Irene no estuvo atenta a su llegada, apareció ella desde el fondo del jardín con su hermoso busto apenas cubierto con una blusa transparente, con una manguera de regar en sus manos, sus pechos perfectamente modelados bajo la camisa. Al verlos, su sorpresa y su sonrisa fue por la llegada intempestiva de los visitantes, no por su desnudez, la que tuvo el efecto de dejar inmóvil a Moira, de pie en medio del jardín. Siempre Moira la había mirado de arriba a abajo, era su actitud habitual con ella, como si no acabara de reconocerla, de otorgarle plenos derechos, o acaso cada vez que la veía era como mirarse súbitamente en un espejo, con el estupor de no saber si estaba frente a una versión mejorada. Solo que esta vez, por su naturalidad y prestancia en su desnudez, Irene ganó el lance entre las dos versiones de la mujer joven de larga cabellera, tostada en toda estación, desprejuiciada y resuelta. Si competencia había, se daba del modo más subrepticio, según cuáles fueran las condiciones objetivas, los dominios que pisaban, si se encontraban en territorio neutro o favorable para una u otra. Irene era todo lo contrario de la mujer ansiosa y parlanchina, Moira tampoco lo era, y en muchos casos disputaban quién sobrellevaba mejor los silencios más significativos. Casi siempre a Irene le tocaba observar, pero ahora era diferente. Irene los invitó a tomar asiento en los muebles del jardín y desapareció con apresurados pasos por la puerta de la

cocina. Volvió con un pareo en tonos naranja que amarraba por encima del busto, un jarro de limonada y unas cervezas, y con la misma sonrisa de antes. Creo que se estaba divirtiendo. Moira se veía incómoda, como si hubiera sido asaltada por sorpresa, poco menos que había caído en una trampa, porque de haber sido avisada habría usado un atuendo distinto al que llevaba, ya que ella y Didier venían bajando del Cajón y ahí vestían como les gustaba a ellos, de hortelanos, *jeans* anchos y raídos, botas de campo. Irene no hizo nada para que Moira se sintiese menos miserable. Con el rostro inclinado, mientras servía la limonada, la observaba casi con conmiseración, lo mismo que al francés, que ahora se sentía derechamente intimidado. Además, creía que Moira tenía algo que decir, de otro modo no hubiera aparecido así, y si tenía algo que decir no lo diría si Irene estaba ahí, pero me preguntaba cómo podía no estar si era nuestra casa.

Por hacer lo debido pregunté cómo marchaban los trabajos en el *spa*. Moira miró a Didier dejándole el turno de hablar.

—No es fácil, ¿sabes?, la gente no te cumple, los materiales no llegan, los permisos demoran —dijo Didier desanimado, pero resignado a la vez. Siempre hablaba así, con la moral baja. Era de los que estaban acostumbrados a que la vida los tratara con indulgencia, porque él la trataba así, tratando de causar el menor estrépito, de fingirse exonerado de cualquier ejercicio de carácter que pudiera confundirse con una agresividad que no deseaba para él porque podía volverse en su contra.

—¿Sabes? El terreno está muy en pendiente, todo se hace el doble de difícil.

—Métele máquina al cerro, Didier.

—Hemos encontrado mucha roca —respondió él con la mirada perdida, con esos ojos tan azules y húmedos.

Era en esos momentos cuando las dos mujeres se miraban entre sí, a hurtadillas, apenas cruzando los ojos de una con los de la otra. Se miraban sin mirarse, interponiendo entre sí el vidrio levemente empañado de la indiferencia. Irene por supuesto no sabía nada de mis escarceos con Moira, pero como si lo hubiera presentido había levantado una alta resistencia hacia ella, más que hacia cualquiera

de las otras Serna. Moira no se conformaba con que otra mujer pudiera despertar el mismo deseo que ella había provocado en mí con solo chasquear los dedos y que ella imaginaba demandaría tanto esfuerzo a cualquier otra que no fuera ella. Entonces había en Moira una expresión de extrañeza que no lograba disipar con nada, y en todo momento se notaba disgustada. No tengo del todo claro si yo disfrutaba con eso.

—Mañana es el cumpleaños de Bobby —dijo de pronto Moira. Lo dijo como si se tratara de un hecho fatal.

—Lo sé —respondí yo en el acto.

—Me gustaría verlo.

—Nada te lo impide. Aunque nunca ha celebrado un cumpleaños.

—Es que está esa Natalia, no la soporto. ¿Crees que si voy a verlo me la encuentro?

—Más que probable, no tiene dónde más estar que con Bobby. No tiene otro lugar donde parar.

—No soporto a las *hippies* —dijo Moira.

Era curioso que Moira afirmara eso, y de manera tan tajante. Muchos observadores habrían pensado que era una, pero Moira no era *hippie*, no era ni pacífica ni dulce ni contemplativa, era impulsiva, le gustaba la acción, y amaba demasiado poco a la humanidad como para ser una de ellos.

—No soportas a Natalia, y punto. ¿No pueden hacer la paz dos mujeres simplemente por gentileza? ¿No puedes ser puramente simpática con ella?

Irene seguía este diálogo con suma atención. Nos miraba alternativamente a Moira y a mí. Hablábamos de una ausente que poco nos importaba; lo que estaba poniendo a prueba con ese diálogo absurdo eran las categorías arbitrarias de las simpatías de Moira con sus congéneres. A Irene el punto no le era indiferente y Moira alcanzaba a entender que yo le estaba sacando palabras.

—¿Si puedo ser simpática? Claro que puedo ser simpática, ¿o crees que no puedo?, pero no con ella, no tengo ganas. La conozco. Se la presenté yo —dijo ella con porfía, entendiendo que confirmaba las aprensiones de Irene acerca de su carácter, el que todavía estaba estudiando con atención.

Didier se mantenía en un obstinado silencio. No se hubiera atrevido a abrir la boca.

—Jamás he puesto en duda tu simpatía.

—Claro que puedo ser simpática —me cortó.

—Entonces...

—Hemos estado muy distanciados el último tiempo con Bobby, en parte por ella —me volvió a interrumpir—. ¿Me das uno de los tuyos? —Y estiró la mano hasta la mesita para alcanzar un cigarrillo.

—Bobby no se entera de esas cosas, de si has estado lejos —dije yo.

Estaba claro que Moira hubiera querido que tuviésemos esa conversación a solas. Nuestros respectivos cónyuges le estorbaban. El bueno de Didier le estorbaba en casi todas las situaciones como no fuera arriba en la montaña. Didier tampoco sabía moverse en la ciudad y entre las personas y, por él, que lo dejaran en paz, por lo que había que contar siempre con su ausencia en las conversaciones. Didier era relativamente cómodo para Moira, pero igualmente la impacientaba.

—¿Lo has visto?

—Hace un par días. No le pregunté por ella, nunca lo hago. Tú sabes cómo es Bobby.

—Si yo supiera cómo es mi hermanito —dijo con un suspiro Moira.

—¡Y qué tanto! Vas a tocar a su puerta y ya está.

Tanto Irene como Didier ignoraban la información subterránea que corría bajo las apenas crispadas aguas de nuestro escueto diálogo, pero sí podían sentir que no tenían manera de intervenir en él, lo que nos dejaba a Moira y a mí comunicados en una exclusiva línea de inquietantes sobrentendidos. Yo tenía claro hacia dónde iba Moira, no se contenía de hablar entre líneas para Irene.

—Eso es lo que haré, pero ¿no querrías acompañarme? Me sentiría mejor.

Se echó hacia atrás en la silla y tomó el sombrero del suelo, se lo calzó y no miró a nadie como no fuera directamente a mí. La invitación sonó como que era extendida exclusivamente a mi persona, ya que estaba claro que su visita a Bobby no incluía a su marido. Yo por mi parte era libre para manejar la situación como

quisiera, por lo que no podía ella dejar a Irene fuera tan fácilmente, si ese era su propósito.

—Haces parecer tu visita a Bobby como algo muy penoso.

—No, no es eso. Es que a veces no está de ánimo, y no es muy cariñoso. No sé, ven conmigo por favor —dijo ahora con un tono gracioso y suplicante a la vez, como una niña.

—Si no quieres un *tête à tête* con Bobby te acompañamos con Irene, no hay problema —fue mi respuesta.

—No... no... no, vayan ustedes, es mejor —interrumpió Irene. Luego de eso, se puso de pie y se marchó hacia adentro de la casa.

Más tarde intenté disuadirla, que bien podía no ir, o que reconsiderara acompañarme, pero ella, de muy buena manera, con muy juiciosas palabras, moviendo negativamente la cabeza a lado y lado, me insistió que fuera, que por favor no defraudara a Moira.

Al día siguiente llamé a Moira para decirle que no contara conmigo.

* * *

Y así es como sobreviene la desgracia. Un día cualquiera del calendario la vida deja de ser la que venía siendo, y hasta ahí no sabías lo feliz que eras. Quisieras echar el tiempo atrás, mover algunas piezas, recomenzar desde otro momento, pero lo único inexorable es el tiempo que corre hacia adelante y te precipita en la desgracia como en un pozo negro y nauseabundo. Un dolor de estómago que una noche se hace más agudo, pero verdad que venía de hacía un tiempo, pero no había querido decirlo, podía ser cualquier cosa. No estaba de más ir a dar una vuelta al médico, aunque no fuera nada, y es cierto, se sentía un poco decaída, el dolor a veces estaba en la espalda, pero yo no lo sabía, porque nadie menos que Irene iba a desconfiar de su salud, de su cuerpo, tan atlético, tan saludable, tan esencial a su alegría, a su manera de estar en el mundo. Cómo amaba yo ese cuerpo.

La doctora no fue ni locuaz ni reservada, podía atribuirse ese modo desconfiado de mirar a una falta de simpatía. Pidió una resonancia, el examen indicado en todos los casos. ¿Qué casos? En todos. A la

segunda consulta nos esperaba en su gabinete casi a oscuras ya que estaba vuelta hacia la pantalla de un computador. Hay algo que no está bien, esas manchas que pueden ver, no debieran estar, hay algo muy malo, muy malo, en el páncreas. Dentro de una zona gris, una pequeña mancha negra, un cuerpo, un abismo. Un tumor, debíamos entenderlo así. No se mencionó la palabra, cáncer. A la salida de la consulta, nos miramos, nos abrazamos. No hablamos, la respiración era otra, como si en el ascensor nos faltara el aire, pero en la calle no se hacía más fácil respirar en la nueva materia viscosa en que flotábamos, en que el techo del cielo había bajado, y las voces y los ruidos de la ciudad se ensordecían, o escucháramos lenguas extrañas a las que no haríamos caso. Apenas su mirada llena de estupor, de interrogantes. Dos extraños escogidos por la desgracia eran los que caminaban por la amplia acera de la avenida Apoquindo ese día gris de junio.

Eric Horheimer, el oncólogo, nos indicó que habíamos llegado tarde, que ese tumor, en esa zona, siempre se descubría tarde. Pocos síntomas, semejantes a otras cosas, dolencias menores, confundían, además de la confianza en ese cuerpo invencible que no era sino un símbolo de juventud, de plenitud. Algo había enquistado dentro de él, una alimaña, voraz y hambrienta, pequeña y taimada, que podía corroerlo, minarlo. Las noches, a solas los dos, eran una cita con las pesadillas, burlonas, sarcásticas. Esa primera noche, hicimos el amor, porque lo necesitábamos, la oscuridad nos cernía, y no nos teníamos más que el uno al otro para no ser devorados por las fantasmagorías de la muerte escandalosa, que como una linterna mágica se presentaba con sus formas dislocadas en las sombras proyectadas de las paredes o el techo. Continuamos haciendo el amor, cada noche. Irene estaba seria, meditabunda, más pensativa que antes, sus silencios eran más densos, sus mínimos gestos, una mirada, el esbozo de una sonrisa, sus muecas de falso enfado, su voz repentina, una llamada, cobraban una vivacidad inesperada, como el repicar de la vida. Como nunca, me bastaba con mirarla a los ojos para saber todo de ella, eran el depósito de su pesadumbre, o su resistencia, su fe, o su tristeza, su confianza en mí, pero al mismo tiempo eran un velo. Muchas de nuestras conversaciones de

antes, ya no tenían sentido. A los cinco días llegaban Rómulo y Sonia, Paulo no había podido viajar. La empresa de Rómulo tenía un excelente seguro que incluía a su familia, y un gran amigo, especialista, una clínica en Seattle, que era de las mejores en tratamientos de cáncer.

Partimos sin despedirnos de nadie, salvo de Bobby. No sé si llegó a tomarle cariño a Irene, no nos visitamos mucho. La felicidad conyugal era una escena que no le gustaba contemplar de muy cerca, pero Irene le gustaba para mí, la miraba con interés porque quedaba lejos de sus arquetipos y porque sabía que ella me amaba. También tuve un encuentro con Moira. Más extraño hubiera sido ocultárselo, hubiera necesitado una buena razón, y no la tenía. Uno siempre ignora los tratos, siempre tácitos, que establecen entre sí las mujeres. En un principio Moira se había mostrado sorprendida con que yo fuera esta vez en serio como había sido con Irene, y no dejó de examinarla en cada ocasión en que estuvieron juntas, como si buscara desentrañar las razones de mi elección, y estas no le fueran evidentes. A Irene no le complacía saberse examinada y un tono de rebeldía se imponía en el tratamiento que empleaba con ella, cosa que Moira registraba como quien lleva una pequeña contabilidad. A lo sumo, sabían a qué atenerse la una con la otra y no se iban a prodigar amistad. Nada de eso revestía, por cierto, ninguna gravedad para nadie. Las mujeres pueden sobrellevar esas tensiones sin ninguna huella aparente.

—No sabes cuánto lo siento, es horrible, pobrecita. Créeme que lo siento —dijo, y estoy seguro de que estaba siendo sincera, al menos en alguna medida, la de la primera impresión, antes que a continuación vuelvan a pesar los prejuicios. Tampoco fui preciso, lo mismo con Bobby, respecto de la gravedad del tumor de Irene.

Le conté de la clínica en Seattle, de las esperanzas que había traído consigo Rómulo, el optimista que suponía que con su amor de padre alejaba los males de sus hijos. Rómulo no podía creer que su hija iba a morir, y no dudo que hubiera dado su propia vida por la de ella. Pero Irene no sobrellevaba bien la energía que imponía su padre, porque ella ya estaba sumida en un profundo desaliento que era difícil de contrariar. Irene pisaba ahora con una cautela que

nunca había tenido, como si sus movimientos fueran más lentos y precavidos, y recelara de todo estrépito que rompiera con el silencio interior en que estaba sumida, como si escuchara un ruido lejano, una música remota audible solo para ella. Así, atenta, despierta, no se dejaría llevar por ningún estado alterado, por ninguna flaqueza, la serenidad sería su única aliada, lo que le confería una cierta majestad, un aire hierático, reconcentrado, como quien ha iniciado un diálogo franco con el enemigo y lo mira de frente. De llegar la muerte no la pillaría desprevenida.

Odié Seattle, nunca volvería a poner un pie ahí, no por su arquitectura o lo que fuera de su fisonomía futurista, sino porque fue en esa ciudad donde perdimos toda esperanza. Horheimer, el amigo de Rómulo, como buen hombre de ciencia, era riguroso y veraz. No había más tratamiento que la tradicional quimioterapia, tal vez radiación, dependiendo de cómo evolucionaba el tumor, pero todo esto con moderado optimismo. No fue más lejos que eso, pero lo había dicho todo, al menos para Irene fue así. Creo que yo guardé más esperanzas, de que tal vez en su caso el tratamiento tuviera un resultado fuera de los libros, inesperado. Esas esperanzas más bien ilusorias me las guardaba bien de compartirlas con Irene, que había decidido rebajar toda expectativa al nivel del escepticismo racional de Horheimer, que no estaba tampoco dispuesto a sembrar falsas ilusiones en el corazón de una desahuciada. La única disyuntiva era si tomar un pequeño estudio o continuar en el hotelito donde teníamos una habitación con vistas a unos rascacielos tan gigantescos y ensimismados que con su indiferencia parecían hacer más insignificante la vida de nosotros los pobres humanos. La quimioterapia no iba dando resultado. Los PET no mostraban reducción del tumor ni tampoco metástasis, pero el rostro de Horheimer ante la lectura de los resultados era inescrutable, o mejor dicho lo que se podía escrutar era que no mostraba ninguna señal facial de optimismo. Tenía un pequeño tic en su ojo derecho, una suerte de guiño involuntario que tal vez le sobrevenía ante algún tipo de incapacidad verbal. Es mucho lo que puede llegar uno a sobreinterpretar en los rostros de los demás cuando los sabe impedidos de decir lo que saben. No es que fuera un insensible o

cosa parecida, era hijo de un sobreviviente de Dachau, su madre había muerto en la cámara de gas, es decir, tenía por qué tener aprecio por la vida, pero en ningún caso era un sentimental. Suponía, creo, que había que tener con la muerte un trato severo, pero en ningún caso desafiante, que eso no servía de nada. Los químicos estaban haciendo estragos en ella, había adelgazado, no había perdido el pelo como sucede en otros casos, pero su cuerpo había perdido tonicidad, sufría de cansancio, y con la morfina dormía el doble de lo que quisiera. Era un sueño que caía sobre ella, opresivo, aplastante, le cernía los párpados, la dormía contra su voluntad, casi como un ensayo general de la muerte. Tal vez fuera esa su única rebelión. Caminábamos por la ciudad, dimos paseos por el puerto, por las afueras, fuimos a algunas buenas pescaderías, e Irene lograba distraerse, interesarse, por dejarse enseñar a abrir una langosta, por la historia de los indios Seattle, por hacer planes para cruzar a Canadá, aunque, pienso hoy, era una manera de apenas enajenar los momentos, llevando en lo posible su atención hacia el exterior, de manera de no mencionar a la sabandija, y poner todo de sí en no sumergirse en su interior. El esfuerzo parecía dar resultados, con suerte, por largas horas. Pero sabíamos que el tiempo corría en contra nuestra. Solo en esa circunstancia se experimenta aquello que el tiempo vivido no es un tiempo ganado, sino un tiempo consumido, que debemos restarlo de la contabilidad final. Cada segundo era como estar tirando las monedas por la rejilla del desagüe, muy pronto ya no quedarían, y fingíamos gastarlas con despreocupación. Pero no fingíamos, solo vivíamos en el más ceñido y asfixiante de los presentes, conscientes de que no cabía pensar en ninguna de las formas del futuro. A veces por las noches, junto con dormirse, Irene lloraba, yo la estrechaba con mi cuerpo, y lloraba, en mi hombro, pero creo que lloraba por mí, por Rómulo, por su madre, por Paulo, porque sabía que estaban sufriendo por ella y de alguna forma se sentía culpable de haberlos arrastrado a ese dolor. Creo que si hubiera podido remediar ese dolor que causaba, hubiera partido todavía más tranquila.

Una noche, con su cabeza junto a la mía, en la almohada, habló.

—Tal vez haya vida después, quién sabe. No es que me sirva de mucho, pero me ha entrado la duda, de cómo sería. ¿Te podría ver, saber qué haces, cómo estás? ¿Se podrá asomar uno a la tierra y mirar a los que siguen con sus vidas? ¿Así como nosotros arriba de la torre de Notre Dame veíamos a la gente chiquitita allá abajo?

—No sé, nadie ha vuelto para contarlo, tal vez sí, si el día está despejado —respondí, como siempre, intentando un poco de humor.

—Me gustaría saber que estás bien, que no sufres, que eres feliz, pero si hay otra vida y pudiera verte no podría soportar verte con otra mujer. Aunque tendría que estarle agradecida porque solamente otra mujer podría hacerte feliz otra vez...

—Ninguna otra mujer podrá hacerme feliz otra vez ni tampoco voy a amar a otra mujer, eso sí lo sé.

Ella calló. Miraba al cielo raso.

—No lo sabes. ¿Te acuerdas del cuento de Carver? Una vez lo hablamos.

—¿Cuál cuento?

—"De qué hablamos cuando hablamos de amor" —respondió ella con impaciencia.

—Es un cuento. Además, Ed sigue enamorado de Marjorie, también te dije esa vez.

—Mmm.

—No pienses esas cosas, por favor.

Ocurre que yo también lo había pensado, más o menos en los mismos términos. ¿Dónde se irán nuestros muertos? ¿Dónde residirán? ¿Estarán cómodos, en paz, no pasarán frío, soledad? Irene era una persona que merecería, donde estuviera, ser tratada con cuidado y deferencia. Ella había sido deferente con el mundo, no había causado daño o dolor a los demás como no fuera a nosotros con su propia muerte. Debían reservarle algún espléndido lugar en la corte celestial, donde lucir ese precioso vestido azul que sabía tanto me gustaba, y allí, montada en una nube, sonreiría; cómo me hechizaba a mí su sonrisa. Así estaría yo más conforme. Esas cosas me decía, esos disparates, muy a menudo, cuando ya pensaba cómo sería mi vida cuando Irene ya no estuviera. Ella y yo pensábamos cosas parecidas.

Los días de las quimioterapias eran horribles una vez de vuelta en el hotel. Los vómitos en el baño, el aplastante abatimiento, su mirada perdida, la cabeza abandonada sobre la almohada, el cuerpo arrasado por los temblores, el sudor, el sueño. Solo a la mañana siguiente su mirada recobraba vivacidad y era usual que recibiera el té que le llevaba con una sonrisa llena da gratitud. Sabía que había regresado del infierno y que volvería a él dentro de una semana pero, mientras, habría una tregua y esa sola pausa, esa remisión de la tortura, era para ella una expectativa casi dichosa. Cuando la vida se ha encarnizado, cualquier prórroga del suplicio deviene en una suerte de exorcismo del dolor. Con buena voluntad podríamos salir, caminar un poco, no mucho, lentamente, por los muelles, ir al Pike Place Market, o dar un paseo en ferry a ver las orcas. Tomada ella de mi brazo, había acortado los pasos y los tramos eran cada vez más breves, a cada tanto debíamos sentarnos en un banco y descansar. Hasta que ella se animaba a continuar. A veces nos sentábamos en la terraza de un café y mirábamos a la gente pasar, como dos espectadores de un espectáculo que ocurría más allá de nosotros, fuera de nosotros, dos seres pasivos e inconmovibles, a quienes toda la alegría, goce o bienestar que pudieran sentir esas parejas llevando niños de la mano, comiendo helados, entrando y saliendo de los comercios, charlando entre sí, riendo, nos eran indiferentes. Para ellos el tiempo era una línea que se perdía en la perspectiva, para nosotros, la línea se quebraría de forma inminente, un misterioso tictac inaudible se oía mientras tomábamos nuestra bebida en aquella terraza. El atardecer, cuando comenzaba a caer el día, era el peor momento para Irene. Pedía volver de inmediato al hotel. Con el ocaso, las luces que declinaban, las sombras que avanzaban, esa noche que sobrevenía, eran el preámbulo de la larga noche en que se sumiría el mundo en un tiempo muy cercano. Ya habitábamos las sombras. Irene solo quería dormir, ese sueño era también preámbulo del sueño final que llegaría.

Cuando terminó el cuarto ciclo de quimioterapia y Horheimer debió revisar el PET, la respuesta fue la misma. Que no esperáramos un milagro, no hay milagros en estas cosas. El tumor había crecido, no mucho, esa era la buena noticia, bueno, en un extremo había

avanzado unos dos milímetros, por el otro seis, pero qué diablos, así es, ahí está el maldito, rebelde, obstinado, insaciable. Lo mirábamos ambos en la pantalla, una mancha blanca, de límites difusos, con algunas ramificaciones, una alimaña, emboscada, ahí estaba, lo indicaba el cursor que movía Horheimer con el entrecejo fruncido, como si escrutara un rostro conocido. Todavía no se ha encontrado nada que pueda curarla. Es así. No te lo dice con palabras, pero sí con la mirada, estos no son más que mecanismos de dilación, en el mejor de los casos aplazar el fin, pero este llegará, más temprano que tarde, todo eso debíamos saberlo. Horheimer se rascaba la cabeza, y soltaba una sonrisita estúpida. No salvo vidas, las alargo un poco, solo un poco. No soy un Dios ni un hechicero. Comenzábamos a saberlo. Si existía, Dios no estaba de nuestro lado, no entrábamos en sus planes, nos había desechado. Ya era tarde en todo caso, no había entrado en nuestras consideraciones. El escurrimiento, la succión, ya era inevitable, caíamos en el pozo negro.

Volvimos del hospital en un taxi. Irene iba en silencio, miraba por la ventana, la ciudad que corría ante sus ojos apagados. Me tenía cogida la mano, fuerte, con energía.

—Yo no sigo —dijo una vez que se hubo tendido lentamente en la cama.

No me había sentado todavía. Fui al frigobar y saqué hielo y la botella de whisky. Me senté en la pequeña butaca libre frente a ella. Irene se incorporó en la cama, se apoyó en el respaldo y cruzó los brazos con las piernas extendidas. Me miraba fijamente.

—Sabes lo que significa —dije al cabo de un momento.

—Sé perfectamente lo que significa —dijo ella sin mirarme, vuelta hacia la ventana.

—Abandonar toda esperanza, hasta la más mínima.

—En ningún momento he tenido ninguna esperanza —replicó ella cortante.

—Hemos hecho un esfuerzo...

—Por ti, por nadie más. Para que no me dijeras que no luchaba. Pero no pienso seguir. Se acabó. No tiene caso seguir, para ti tampoco lo tiene.

—Yo no importo aquí.

—A mí me importas, y si he aceptado todo esto ha sido por ti, pero ni aunque me lo pidieras seguiría. Por ti tampoco lo haría. Yo ya no espero nada. En verdad, no he esperado más que estar segura de que estoy haciendo lo que debo.

—No es lo que debes, es lo que quieres.

—Es lo que quiero. No quiero seguir y no voy a seguir. Además, quiero irme de esta ciudad, la odio.

No dudé que hablaba muy en serio. Se le veía serena, casi aliviada. Todo este tiempo había querido decirlo, solo que hacerlo tenía un costo, muy alto, era decirse de una vez a sí misma y a mí, que había llegado el final. Ya no era hora de ocuparse de prolongar su vida, sino de lo más urgente, de preparar su muerte. La tenía por delante y ya no le quitaría la mirada. Estaba contemplando su propia muerte, y al parecer no le era terrible, a lo menos sí era real, no como la farsa macabra de la quimioterapia, la fantasmagoría de una vida artificial ya traspasada por la muerte. Irene quería partir cuanto antes de ahí, pero se negaba a volver a Santiago y menos a São Paulo. No soportaría estar todo el día con Rómulo, su padre no le quitaría los ojos de encima por un minuto, sus cuidados la sofocarían, no soportaría ver su dolor, ni el de Sonia, su madre. Quería ir a un lugar exótico, donde nadie nos conociera. Jávea, en la costa valenciana, fue el lugar elegido por ella. Alguna vez había estado de más joven y tuvo una corazonada, le parecía un buen lugar para morir. Hablé esa noche con Rómulo, y lo puse al tanto. Sentí que se ahogaba al otro lado del teléfono, creyó que las cosas iban bien, que lo llamaba para darle una buena noticia. Pidió hablar con Irene pero ella se negó, no estaba de ánimo para hablar, quería dormir, me lo dejó todo a mí. Rómulo me pidió que insistiera con ella, que le dijera que tuviera fe, que él la tenía, que resistiera. Le dije que haría todo lo que estuviera en mis manos y, mientras lo decía, sabía que Irene no cambiaría de parecer.

—No voy a vivir dos o tres años más así, sabiendo que de todas formas me voy a morir. No voy a salir de esto sana y fresca ni la vida va a seguir como si nada, tal como antes, eso no va a ser así,

Renato, me voy a morir, tú lo sabes, y yo lo sé mejor —me había dicho un momento antes.

Rómulo estaba tan desarmado como yo y nuestra voluntad parecía cosa muy insignificante junto a la de ella, al imperio de su voluntad sobre ella misma. Ambos lo sentíamos. Le confié lo de Jávea, que en unos días nos dirigiríamos allá. Rómulo no salía de su incredulidad. Yo sabía que Irene movería las piezas de tal manera que no hubiera vuelta atrás. Cruzar a España era atravesar el puente y volar el puente. Convencerla de lo contrario estaba descartado, y contradecirla era imposible, le hice saber al pobre hombre. Me rogó que lo llamara pronto. Horheimer no se sorprendió como yo creí cuando le comunicamos la resolución de Irene. Parecía él también derrotado. No le era fácil aceptar que su ciencia se revelaba impotente, que se encontraba frente a un fracaso, pero conocía muy bien las estaciones del calvario de la quimioterapia, de la radiación, ese lento andar hacia la muerte, que había visto tantas veces, y no le era fácil contrariar al que lo abandonaba, al que tiraba la cruz en el camino, como lo hacía Irene. Nos dejó ir.

Tomamos un pequeño departamento en la costanera, en la zona de Cala Blanca. Era un quinto piso, dos habitaciones, con una pequeña terraza que miraba al mar, protegida con un toldo cuyo mecanismo de retracción estaba atorado. Un edificio de los sesenta, como muchos construidos en la época de Franco.

Cuando yo deshacía el equipaje, Irene estuvo largo rato aferrada a la baranda mirando al paseo marítimo, al Mediterráneo, el mar inmóvil, unos gráciles veleros blancos, las altas palmeras, los quitasoles coloridos en la playa, y la escena podía ser la de una bonita pareja de enamorados que se dispone a pasar una deliciosa temporada a orillas del mar. Eso debe haber pensado el chico que nos ayudó con las maletas. Una bonita pareja de enamorados, y tal vez hasta nos hubiera envidiado, como muchos envidian el amor de los que están recién empezando a amarse, que se podría decir era el caso nuestro. Todavía éramos eso, algo quedaba de eso, de una bonita pareja de enamorados que comienzan, pero apenas instalados supe que ya no fingiríamos nada. Sería nuestra última estación, lo sabíamos, de modo que había que mirar cada cosa, cada

detalle, cada puesta de sol, cada crepúsculo, con atención especial, no como antes, cuando eran una más de tantas que traería el porvenir, sino que cada una de esas puestas de sol o de crepúsculos serían los últimos en su especie en ser observados por sus ojos. Por lo tanto, cada uno de sus fenómenos, así fueran los amaneceres, tenían el carácter de despedidas. Yo la miraba de perfil, su hermoso perfil, aún puedo verla, pensativa, con un aire plácido, o resignado, mirando el mar desde nuestro balcón, el sol esplendoroso del mediodía, el infinito del mar casi extendido a nuestros pies, la bruma remota en el horizonte, pensando tal vez cómo sería cuando sobre ese paisaje solar cayera el negro y definitivo telón de la muerte. ¿Son los muertos ciegos ante las maravillas del mundo? Me temo que sí. Son cuestiones que me preguntaba al verla a ella, todavía viva, sumida en medio de esa naturaleza exultante que era el mes de agosto en Jávea.

Irene había sido una buena lectora, de novelas, historia, biografías, cualquier buena literatura que cayera en sus manos. Antes de la decisión final en Seattle, había dejado de leer. He pensado a menudo en eso y puedo entenderla. Los buenos libros, por un lado, traen consigo para nosotros un provecho que nos acompañará en el tiempo, una acumulación de saber y entendimiento, un tesoro de conocimiento que amuebla nuestro ser entero, son un pertrecho que no nos hace más pesada la carga del camino, sino por el contrario, la vuelve más liviana y seguimos así, mejor equipados, nuestra marcha. Ese era un equipo del que, por entonces, Irene quería desprenderse. De qué podía servirle la experiencia humana de otros cuando ella estaba enfrentada a la suya propia y su propósito, podía verlo, era hacerle frente cuanto más despojada y desnuda pudiera. Tampoco la distracción o la evasión de una novela podía serle útil entonces, cuando su determinación era concentrarse con todos sus sentidos en la experiencia de sentir y sentirse cuanto más intensamente fuese posible, con el fin de alcanzar ese sencillo secreto que tanto olvidamos y que consiste en: ¿qué es esto de estar vivos, en oposición a la muerte? Para ese entonces, en Jávea, Irene se había vuelto enteramente hacia su adentro, y si de pronto era capaz de

prodigarme una sonrisa o un gesto, como rellenar mi taza de café, era por una especie de cortesía, para no dejarme completamente solo, mientras ella seguía experimentando con la textura material de la vida, examinando las declinaciones de la luz a lo largo del día, midiendo la distancia de los sonidos remotos que subían desde la playa, contemplando el vuelo de una gaviota que pasaba frente a nuestro balcón, mientras se escurrían los granos de arena por la cintura estrecha del reloj. No era fácil acompañarla. Ella se había desprendido del movimiento de la vida y, con ello, se había desprendido también de mí. La vida continuaría su movimiento y agitación, para ella se detendría muy pronto y comenzaba a experimentar el ralentí de quien sabe que cesará todo transcurrir. Yo no era más que un espectador, anonadado, ante la dimensión de su amor propio. Ese amor propio al que echamos mano contadas veces en la vida, pero del cual uno puede sospechar su existencia, o no, en el otro. Yo sí sospechaba que ella era de los que contaba con él, se expresaba en su talante general, pero nunca había podido medirlo como hasta entonces. Su determinante decisión de morir y dar por anticipado la batalla por perdida para evitarle a ella y al resto el espectáculo de la miseria de su degradación, y encarar la muerte mirándola a los ojos, no terminaba de causarme una estremecida admiración, mezclada con un profundo dolor. Era temprano y tarde para descubrir una fuerza en ella que no habría tenido cómo conocer sin la circunstancia de su muerte. Su figura, cuando la miraba con distancia, adquiría una dimensión hierática, que aparecía no porque se cubriera con un vestido suntuoso, sino porque se había quitado toda vestidura. Nuestras conversaciones se referían a cosas prácticas e inmediatas, bajar al café, ir al mercado, ir o no esa tarde a Denia, si estaba de ánimo, o no, mejor a Altea, que hay un pequeño restaurante muy mono donde comer una paella, o tomar el catamarán para ir por el día a Portitxol. Eran los pequeños planes los que nos ocupaban y las excursiones y paseos que haríamos, y cuyos preparativos nos llenaban el día, pero que nunca se llevaron a cabo, quedaron en el papel, porque luego de un rato me pedía no salir, quedarnos en casa, porque no tenía el ánimo, ni las fuerzas, pero era como si los hubiéramos realizado, como si con haber activado

nuestra imaginación los hubiéramos cumplido, y nos quedábamos con la rara sensación de una tarea realizada.

Yo había ido al hospital local para preguntar por un médico, no un oncólogo, ella no hubiera permitido esa gestión, sino uno de cuidados paliativos. Salí de ahí con un nombre. Era un médico joven, Marcos Aguado. Nos citamos en un café y comprendió de inmediato de qué se trataba. No usaríamos el sistema público de salud, ella no volvería a pisar un hospital, me lo había asegurado, Irene me había dicho "sobre mi cadáver me llevas otra vez a un hospital". Ya había entendido que no tenía caso contrariarla, había una determinación en Irene, más en el ánimo que en sus palabras, una fuerza interior, que yo no iba a lograr doblegar, aunque me lo propusiera. Ese fue el estado de cosas que hice ante el amable Marcos Aguado. Era un hombre joven y moderno y entendió no mi posición, sino la de Irene. Me tranquilizó, me aseguró que él se encargaría de todo. Ese todo tenía un nombre: morfina, morfina intravenosa, no oral como había usado hasta ahora. A la mañana siguiente la examinó, vio detenidamente en mi computador los últimos exámenes, muy recientes por lo demás. Los mismos que había visto Horheimer pero, a diferencia de este, no debía persuadirla de nada, y en su mirada inmóvil ante las sombras y manchas lunares de las imágenes se quedó mudo, impávido, sereno. Proveyó las dosis y dio las instrucciones. Debía pincharla cada ocho horas. Eran unas jeringas pequeñas y de una aguja muy ligera. "Puedes hacerlo tú", dijo. Lo acompañé hasta la calle.

—Debes saber que no durará mucho —me dijo.

—Cuánto.

—No más de dos o tres meses.

—Al final, en la última etapa, ¿va a sufrir mucho?

—Mucho. Pero también depende de ella.

—¿Debo decírselo?

—Eso lo sabes tú. De todas formas, mañana vuelvo a verla. Piensa en lo que van a hacer. Hablemos mañana de nuevo.

Por alguna razón que desconozco tenía la impresión, o la certidumbre, de que Irene había adquirido la facultad de leer el pensamiento de todos los que se le acercaban. Ella sabía lo que los

demás callaban, especialmente lo que callaba yo. Esa tarde fuimos a un café en el paseo marítimo. Pidió una botella de agua sin gas, el único líquido que probaba, yo un whisky.

Nos quedamos largo rato en silencio, yo con la incómoda sensación de ser una especie de traidor, un encubridor de los ardides que tenía reservada la muerte para ella. El estar del lado de los sanos, de aquellos que se quedarían de este lado de la frontera de la vida, hacía más acuciante esta sensación. Irene me miraba casi con compasión. Sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo. Solo dijo que Marcos le había parecido un buen tipo, que le había caído bien. No es que celebrara mi gestión, mi elección, sino que se había salido con la suya, era un especialista en cuidados paliativos, es decir, un buen *cicerone* para morir.

Volvimos por Amaneceres, ella aferrada muy fuerte de mi brazo, caminando a pasos lentos. Creo, más bien estoy seguro de eso, que no quería o me negaba a ver los cambios exteriores que experimentaba el cuerpo de Irene. Casi no comía, con lo que debía estar mucho más delgada de lo que yo quería ver y que hoy puedo recordar. Había perdido masa muscular, tosía muy a menudo y la piel se le había agrietado, pero yo era ciego a todo eso. Se hizo de noche. No había estrellas y lejos en el mar se veían algunas luces lejanas de algunos barcos que surcaban el Mediterráneo, creía poder ver luces de África. De pronto comenzó a caer una débil llovizna. Se acurrucó más todavía contra mi brazo. Ella miraba hacia el mar, hacia esas lucecillas remotas, y yo podía ver unas gotas de la llovizna prendidas a sus pestañas. Ella no las sentía, no despegaba los ojos del horizonte inexistente devorado por la oscuridad y de ese mar presunto fundido con la negrura de la noche. Se veía sumida en el infinito inconmensurable de la muerte, lanzada ya a una forma de eternidad, mientras que yo, el brazo que la sostenía, me sentía asfixiado por la finitud y la contingencia de la vida que me quedaba por vivir sin ella. Durante esa agonía paulatina, no la vi llorar una sola vez. Las gotas de la llovizna estaban solamente prendidas a sus pestañas.

Los paseos se fueron haciendo más escasos. Cuando la pinchaba, en el estómago, como Marcos me había enseñado, ella se dejaba

hacer con la mirada perdida en la copa de la palmera con sus mechas locas que asomaba por el alféizar de la ventana. Podía estar horas así.

Un mediodía en que bajé al mercado a comprar no sé qué cosa, al volver la vi tirada en el pasillo, de bruces, con el vestido ovillado a la mitad de los muslos. Estaba inmóvil, como dormida, o como muerta. Le quité el pelo de la cara y tenía los ojos abiertos y despiertos, respiraba. Solo se había caído y no había tenido la fuerza para levantarse. La tomé y la llevé hasta la cama. Estaba exhausta, con la respiración entrecortada, como si hubiera llevado a cabo un enorme esfuerzo físico. Tenía un feo moretón en el pómulo, brazos y manos no le habían servido de nada en la caída. La tendí en la cama y durmió al menos cuatro horas. Se despertó a la mitad de la tarde como si regresara de una horrible pesadilla, con la mirada atribulada, febril, como no la había visto hasta entonces, llena de ira, de rebelión, de impotencia. Si hubiera tenido un puñal en la mano se lo hubiera clavado ella misma en su pecho.

—No puedo más —musitó—. Ya no puedo un día más, quiero dormirme, pero no despertar ya nunca más. Déjame ir, por favor, déjame ir, Renato, no puedo más, se acabó, esto se acabó —decía meciendo la cabeza a lado y lado en la almohada.

Hacía muchos días que yo me había rendido a la idea de que a Irene le era más ligero abandonar este mundo que seguir en él, que su alma ya había penetrado en una zona intermedia de la existencia en que la muerte ya se da por servida, que había penetrado en el éter de la no vida, cuando ya nada se demanda de esta y la vida no responde porque ya no la cuenta entre los suyos, porque no es más que un cuerpo rezagado. Irene ya no estaba conmigo, estaba en otro lugar indeterminado, y en ese lugar me estaba vedada la entrada. No podía decir nada ante el reclamo de sus palabras. Temblaba entera. La tapé con un cobertor y bajé a la calle a hablar con Marcos. Nos veríamos al día siguiente.

En el café, Marcos se explayó. Había un remedio a todo este dolor, sedarla. Se dormiría y, en unas horas o unos días, dejaría de respirar.

—¿Debo yo tomar esa decisión?

—No, ella, debe ser su decisión, no la tuya.

—¿Estamos hablando de eutanasia?

—No precisamente, es parte del proceso, de los cuidados paliativos. El paciente puede tomar esta decisión. Lo otro es llevarla al hospital, y la sedarán de todas formas, pero para el dolor, morirá igual en cosa de unos días. Pero morirá ahí.

Subimos. Marco fue quien le habló. Irene oyó en silencio, entornando los ojos a cada tanto, y asintiendo levemente con la cabeza.

—Hazlo, por favor, pero ya —dijo en voz baja, pero resuelta.

Marco volvería en cosa de una hora. Una hora que tendríamos para decirnos cuanto quisiéramos, pero cuando la muerte ha conquistado todos sus fueros, no hay nada que decir. Entendí ahí cuánto abusamos de las palabras para decir lo que tampoco llegaríamos a decir si rompiéramos el silencio y las usáramos para llenarlo con nuestras voces. Nos quedamos así, en silencio, las manos tomadas, mirándonos. En un momento ella abrió los labios, iba a decir otra cosa, lo sé, pero en cambio dijo:

—Cuídate, amor. —Y cuando lo dijo, sonrió. Yo solo asentí, cerrando los ojos. Nos quedamos así.

Luego llegó Marcos, y al momento de recibir la inyección ella me miró por última vez, y fue una mirada vivaz, casi de sorpresa, como si hubiese ya pisado el último escalón y su pie tocara un suelo movedizo. Al segundo siguiente estaba dormida. Ya no volvería a despertar. Nunca imaginé que alguien pudiera sonreír minutos antes de morir. Esa era Irene, o esa había sido Irene ante su propia muerte. Murió al día siguiente, 21 de abril de 2005, a las 11.30 de la mañana.

* * *

Al día siguiente llegaron Rómulo y Paulo. Me fue difícil explicarles por qué Irene no los había querido junto a ella en sus últimos momentos y que en ningún caso se debía a una falta de cariño o a un reproche o algo parecido, sino a una intensa y laboriosa experiencia con la soledad en la que ella se había sumido una vez que entendió que su

único horizonte era la muerte próxima, y en la que incluso, en muchos momentos, yo mismo había estado de más. En tantas ocasiones la vi tan ensimismada, tan transportada a otros parajes tan apartados donde le ocurrían seguro visiones tan intransferibles, que yo me sentía incómodo y salía del cuarto en puntillas. Cuando volvía me miraba como si yo siempre hubiese estado ahí. Marco fue de gran ayuda para los papeles y para la expatriación del cuerpo. De casi todo nos encargamos Paulo y yo. Los padres estaban de tal modo devastados que con todo lo enérgico y activo que era Rómulo no hizo mucho más que estar sentado en una butaca del hall del hotel, rodeado de plantas de interior y en medio del tráfico de pasajeros, aturdido por el dolor, clasificando unas fotografías de Irene y la familia que tenía extendidas en una mesita, mirándolas una y otra vez. Viajamos todos a São Paulo en el mismo avión con el féretro. Es insoportable sentir que te desplazas por el aire con un cadáver en la carga del avión. En el ataúd, con sus ojos cerrados, las mejillas hundidas y los labios ligeramente tirantes, era una *madonna* del *Quattrocento*, con algo severo y dulce a la vez, como si fuese acreedora de una paz largamente merecida luego de una lucha infernal. Su expresión no difería en nada del valor que había mostrado ante la muerte. Era tan injusto que esa figura yacente de mármol, que era el cadáver de Irene, viajara junto con la carga, que mi espíritu se rebeló durante todo el largo tiempo que duró el viaje. Sentí un inmenso alivio cuando la dejamos en el verde lugar donde la depositamos, en el cementerio de São Paulo.

En cuanto a mí, después de acabado todo, no tenía mucho a dónde ir y cualquier parte donde estuviera me era indiferente. Le escribí a Bobby narrándole desordenadamente mi peripecia y sentimientos de los últimos días y me suplicó que viajara inmediatamente a Chile y que no me quedara en otro lugar que no fuera su casa. Bobby era de esos amigos que con el tiempo y las circunstancias parecen alejarse hasta casi perderse, envueltos en la minucia de sus asuntos personales, pero que con un solo acto moral son capaces de volver esa amistad a una perfecta actualidad. No era la primera vez que lo hacía, que te tomaba fuerte del brazo y te llevaba a descansar bajo la sombra de su árbol. Esto no impedía que

continuara siendo mezquino y reticente con las efusiones emotivas y mostrara al mundo un natural distante y reservado ante las muestras de afecto. Me recibió con esa rudeza de los tímidos, que es también el reconocimiento torpe y benigno de un impedimento. El largo y silencioso abrazo debía dar cuenta de todo lo demás.

Yo sabía que la invitación a venir de Bobby era una mala idea. Se había visto forzado a hacerlo. No creo que hubiera querido verme, ni a mí ni a nadie, pero aún le quedaba algo de voluntad para honrar nuestra amistad. Hay veces en que las circunstancias hacen que dos buenos amigos no puedan hacer mucho el uno por el otro, y este era el caso. Yo sabía que Bobby venía cuesta abajo en la rodada junto con acabar, entendía que era así, su relación con Natalia Moreno. Esta había sido su novia los últimos dos años y se encontraba en el momento de tener que avergonzarse de ello. Sabía toda esa historia a través de las noticias de Moira con que me informaba a cada tanto de los asuntos familiares. De los de Bobby tampoco iba a saber por él mismo. Este saber de los otros siempre se dio de manera cruzada. Moira celebraba que al menos Bobby se avergonzara de Natalia y suponía que su hermano había visto la luz, aun cuando la causante de la pequeña tragedia fuera una de sus antiguas amigas. No podía haber sospechado, decía ella, cuánta sombra echaría Natalia sobre la vida de Bobby, aunque el resultado, contra lo que suponía Moira, no pudiera achacárselo totalmente a su amiga. Desde que Bobby perdió todo control en su vida se quiso adjudicar el largo desvarío de ambos a la influencia de la chica. Natalia Moreno lo mismo que Moira era de las que les pesaba haber nacido el mismo año de Woodstock y no haber podido estar ahí de dieciocho y con una buena provisión de anticonceptivos. Natalia era la chica que llevaba en verano botas mosqueteras y enormes polleras de gasa floreadas y una flor en el pelo largo y rizado al estilo Janis Joplin. Aseguraba estar loca, y lo estaba, por Bobby. Bobby, con todo lo guapo que era sin nunca darse por enterado de ello, era toda una presa para una chica nada bonita como Natalia, que era más energía que otra cosa. Desde luego exageraba la nota respecto de todo lo felices que eran ella y Bobby juntos y que tendrían no uno sino muchos hijos y que los niños no pisarían nunca

una escuela porque los cultivarían lo mismo que las azaleas con que Natalia soñaba hacer su jardín. Un desarrollado sentido escénico la hacía imaginarse la vida como un gran guion en que se podía disponer a los actores y sus roles concienzudamente concentrados en su papel. Eso no podía fallar. Bobby se prestó a jugar el suyo, de alguna manera. Siempre he pensado que muchas mujeres siguen jugando a la casa de muñecas por largos tramos de su vida adulta.

Vivieron largas temporadas en la casita de Buchupureo donde Bobby se concentraría en el surf y en sus lecturas. Aquí debo hacer un aparte. Bobby nunca hizo surf, nunca logró estar parado en la tabla, lo del surf fue una superchería, una mentira que Bobby prolongó porque no podía salir de ella sin lastimar su propia dignidad al haber ocultado la verdad. Me dolía más a mí que a Bobby que hubiera sostenido esa farsa sin desmentirla del todo.

Buchupureo fue un desastre, según Moira, exceso de marihuana, pobreza —ya que Bobby se negó a recibir un peso del viejo Serna y, cuando se lo pidió, Serna se negó a dárselo— y unas riñas sórdidas e inconfesables entre los dos. Todo eso había acabado hacía cosa de un año y Bobby estaba todavía con la resaca, por lo que no sabía si su compañía me sería de ayuda, o si es que no sería yo el que le llevaría algún consuelo al confrontarse con alguien que sufría todavía más que él. Pero de ahí se puede sacar una lección. El mundo es indiferente, el dolor no lo siente más que el que lo sufre, la naturaleza es sorda al sufrimiento y ese sufrimiento no redime ni compensa ningún orden natural. Es desperdicio puro. Un año después de eso Natalia se casó con un abogado y tiene todos los niños con que soñaba y asisten a un exclusivo colegio inglés del sector oriente de la capital.

Ese mismo día nos sentamos al atardecer en la terraza, con una botella de whisky de por medio en una mesita, y hablamos. Desde ese punto de la terraza se veía al final de la calle el parque y el monumento a Rodó con su brazo extendido al cielo. Disipé sus primeros temores de que yo pudiera infligirme algún daño a mí mismo, no era ese tipo de desesperación la mía. Como si me encontrara frente a un socavón que se hubiera abierto a mis pies y no pudiera dar un próximo paso, intentaba llenarlo aferrándome a su

recuerdo, al recuerdo de los últimos meses juntos, a las últimas horas, y así iba surgiendo mi relato, con la fuerza de mi obstinación por rememorar cada momento pasado juntos, pero más los últimos, los que se habían grabado a fuego, los minutos antes que la sedaran y nos despidiéramos con un leve beso en los labios, seguros de que moriría en unos minutos más.

Bobby me escuchaba con atención. Se tomaba la barbilla y a cada tanto me pedía que volviera a ciertos detalles que tal vez había pasado por alto, a determinadas escenas que necesitaba volver a escuchar. La tarde fue cayendo y un brillo dorado bañaba las Torres de Tajamar. Por momentos nos quedábamos ambos en silencio. No creo que Bobby tuviera una opinión muy formada de Irene o que la hubiera observado con detención, o no más que a otras mujeres, por mucho que Irene fuese la mujer que yo había elegido. En contrapartida, Irene lo había encontrado siempre encantador, y "tierno", idea que desde luego yo no hice nada por contradecir. Existe una injusta asimetría en la imagen que proyectamos en los otros. Lo que tal vez había querido decir Irene es que era conmovedor, conmovedor en ese desamparo del que él era el último en enterarse que suscitaba. Cuando me explayaba en mi relato, Bobby parecía estar oyendo el de alguien a quien nunca hubiera conocido. No, Bobby no le había prestado suficiente atención a Irene porque de otro modo no se hubiese visto tan sorprendido. En ese momento tuve un atisbo de cuán provocadora le era a Bobby la idea de la muerte, y presumí que pensaba en ella tanto como yo me había negado a considerarla, hasta la agonía final de Irene, cuando ya debí darlo todo por perdido. Se había quedado meditabundo, acariciando el lomo de Boko que estaba tendido a su lado. Desde cachorro Boko era un perro manso y hogareño.

—No tienes que decir nada, no te sientas obligado a hablar —fue lo primero que dije, una vez que terminé mi relato, mientras contemplaba el sol del atardecer que en un momento se pondría en la cumbre del San Cristóbal. Lo dije más para aliviarle la carga, para sacarlo de un aprieto si es que mis intimidades lo dejaban fuera de juego.

—Las personas en estos casos citan a Dios, y a la esperanza y esas cosas. Tú sabes que yo no puedo hacerlo —dijo más bien con timidez.

—Si hubiera un Dios es muy cruel, muy injusto —musité apenas.

—Es la vieja cuestión, ¿cómo podría haber un Dios bueno y malo a la vez? Los dioses de los griegos podían ser vengativos, envidiosos, crueles y mezquinos, pero no se supone que así sea el nuestro, y al final siempre nos topamos con lo mismo, la crueldad esencial de la existencia —dijo muy calmadamente—, y allá nadie puede ayudarnos. Se pudo ir muy tranquila. No cualquiera puede decir tanto —terminó de decir.

Había hablado de un modo reflejo, más para sí mismo que para un interlocutor que tuviese al frente. Tampoco era raro en él que al hablar acariciara sus propias ideas, y estas siguieran flotando ante su mirada perdida.

—Apenas un pequeño paso, y quedas del otro lado —agregó igual de meditabundo.

—Yo no siento ninguna ventaja de haberme quedado de este lado.

—Eres tu propia causalidad, no dependes de nadie más. Eres tu propio principio y fin.

Tampoco era una novedad que no siguiera el diálogo y que se respondiera a sí mismo.

—Pero donde ella se encuentre, donde esté, ella está muy sola, no dejo de pensarlo, en su terrible soledad de ahora.

Esta vez sí me miró, pero con un reproche en sus ojos.

—Sola, pero pura unidad —respondió ahora—. ¿Sabes una cosa? Solo puedes mirar tu vida desde tu propia muerte. La vida no tiene sentido inteligible hasta que no se ha cerrado con la muerte. La calidad de tu muerte es el sentido final de tu vida. Tu Irene se elevó. Debieras estar en paz —dijo. Las reflexiones de Bobby me resultaban lejanas, pero era previsible que echara mano de pensamientos de ese orden.

—No estoy en paz y ella no puede estar orgullosa de nada, puesto que está muerta. Y si pudiera saber algo después de muerta diría que la vida ha sido muy injusta —fue mi respuesta.

—Sí sabemos algo, y es bastante —dijo Bobby con la mirada impasible—, que ella quiso ese final, que no lo quiso de otro modo.

—No tenía muchas opciones —repliqué.

—Sí las tenía, haber dado la batalla. Los tratamientos, todo eso. Ella no lo quiso.

Yo podía entender que Irene había alcanzado a ajustar muchas cosas, con su muerte había puesto algunas piezas en su justo lugar, que eran muy pocas y simples, pero las suficientes, el amor propio, la serenidad, la inocencia, que habían conducido su vida, y que así debía verla, como un resultado en que las cosas se ordenaban y era cierto que sí la veía como si de principio a fin hubiera sido la misma, aunque esto no fuera estrictamente verdadero. Pero eso no curaba el dolor, estaba ahí o, por lo mismo, la pérdida era más honda.

Aunque sí la hermosura de la muerte de Irene me proporcionaba algo de alivio, o desviaba el dolor hacia otras direcciones, hacia el sentimiento de que gran parte del cuidado que puso Irene en su propia muerte debía de servirme de lección para soportar la pena de su partida, lo que sería una delicadeza extrema conmigo por parte de ella, ya que tal vez sabía que la pena y la admiración no se conjugan y que con su muerte suscitaría esta última.

—Lo que no llego a saber es cuánto sufrió, si es que sufrió, ella nunca tuvo una queja, pero sabía que moría. Nos da miedo morir. ¿No es así para todo el mundo? Además que en adelante estaría sola. Eso sí lo sabía.

—Tal vez no sufrió y, si sufrió, probablemente sufrió más por ti, después de todo tú quedabas aquí, pero ella ya no sufría. Es justo ante la muerte que sabes que el sufrimiento no es una virtud porque si así fuera seríamos todos virtuosos, y menos le estaba ofreciendo su muerte a nadie, a modo de ofrenda, a alguna divinidad para ganarse algún cielo, nada parecido, cuando vio su muerte, que es el único momento en que podemos ser heroicos, vale decir libres de ser uno mismo, vio su propia luz, que es la única que vale, y con suerte sufrió por no poder llevarte con ella.

Bobby estaba inspirado esa tarde, o angustiado, o las dos cosas, pero no era raro que sus propias palabras lo desquiciaran, y yo lo escuchaba como siempre, como quien oye una poesía porque no

valía la pena hacer caso a sus énfasis. Pero hoy pienso que las dijo diez años antes de su propia muerte y tal vez vio la suya propia casi del mismo modo como la enunció entonces.

—Si supiera que en otro estado íbamos a estar juntos, seguro que habría partido con ella, pero quién te asegura que en otra vida íbamos a estar cultivando un jardín o cortando leña para el fuego —le respondí yo un poco en el mismo tono de esas palabras de él que no supe discernir.

—Sabrás que el cielo no existe. Lo que sea que exista es de carácter gaseoso.

—¿Eso dice Fritz?

—No, no se refiere mucho a la muerte como tal. Lo que sí dice en *El Nacimiento de la tragedia* es que lo mejor es no haber nacido, y de haberlo hecho, morir lo más pronto.

Mi encuentro con Moira al día siguiente no fue más alentador. Me había llamado a donde Bobby y fue muy clara respecto a que no nos reuniríamos donde su hermano. Siempre me llamó la atención la dureza de su voz cuando hablaba por teléfono. No nos veíamos hacía dos años e ignoraba el estado de las relaciones entre ellos, por lo que pareció natural que la cita fuera en la casa de El Vergel, donde estaríamos los dos solos, me aseguró.

—No te quise ver donde Bobby, no hubiéramos estado tranquilos —fue lo primero que me dijo cuando nos sentamos en el jardín. Antes, al salir a la puerta a recibirme, me miró fijamente, me tomó la cara con las dos manos y me estrechó en un largo abrazo. Al separarnos había visto sus ojos acongojados, pero más por esa impotencia culpable que sienten las personas por no poder sentir nada semejante al dolor que siente aquel que lo sufre en carne propia. Luego habíamos caminado, ella tomada de mi brazo hasta salir al jardín.

La vieja catedral de árboles y musgo me recibió. Apenas miré la espesura en el fondo del jardín comprendí que no había para mí otro mejor lugar en el mundo que ese en aquel mes de mayo de 2004. La vieja piscina con el agua cubierta de hojas, el ginkgo solitario y singular, la sombra de los liquidámbares, los magnolios, los rododendros, el enorme palto, los peumos, y la humedad de ese

espacio umbroso, el musgoso abrevadero de pájaros en piedra con su surtidor, las robustas sillas de fierro que habían atravesado venerables los años, todo eso fue como volver en el tiempo, a momentos en que todos habíamos sido felices, más por cierto de lo que creíamos ser en ese entonces, cuando por las tardes nos reuníamos ahí, casi treinta años atrás, a sentir que en nuestras vidas no sucedía nada que valiera la pena, a fumar yerba, tendidos al sol, despojados de deseo, esperando por algo, una señal, un mensaje que nos dijera que la vida había comenzado y que había algo más allá de los confines del jardín y de esa cordillera que desde ahí divisábamos y que pretendíamos muy pronto trasponer. La recuerdo a ella, tomando el sol tirada en su toalla, los ojos muy cerrados, por largo rato, con su pequeñísimo bikini color mandarina, y poniéndose de pie lentamente, a causa de nada, como movida por un ciego mandato, levantar los brazos al aire, abrirlos y lanzarse en picada a ejecutar la rueda sobre el pasto, un giro, dos, tres, sus dos piernas como las aspas de una hélice movidas en un lento compás, rasgando el aire para quedar otra vez de pie y recomenzar otra vez el juego de aspas hasta alcanzar el largo de la piscina. Posiblemente yo no había visto nada más hermoso en mi vida, y la había mirado embelesado, y aterrado, porque sabía que la posesión de tanta belleza me era negada. Era un ritual silencioso y gratuito, como la caída de una hoja, que no obedecía a nada, y si era un alarde gimnástico, fingía, yo al menos, no hacer caso, porque en aquella edad nos estaba vedado admirar lo que fuere, lo que más aturdía mi corazón. Los otros, sus hermanas, o Bobby, fingían mejor que yo que les era indiferente lo que Moira hiciera y seguían con lo suyo sin haberla mirado siquiera. Volvía a tenderse como si fuera cosa excepcional que ese cuerpo hubiera abandonado por un minuto su natural estado de reposo. Así transcurría el tiempo de la espera, para cuando las cosas empezaran a sucedernos a nosotros. Ahora, treinta años después, las cosas habían comenzado a suceder, y no eran buenas para nadie.

Moira llevaba una túnica o quimono que usaba para andar en casa, el pelo suelto y nada de maquillaje. A veces cultivaba el desaliño, según el estado de su ánimo, y tenía su fundamento, porque desde

niña renegaba por no ser todo lo bonita que hubiera querido. Alguien alguna vez, algún amigo de la familia bien intencionado, tuvo la mala idea de compararla con una Venus de Boticelli, pero ella tuvo el buen juicio de no creerlo, no tenía el colorido de Simonetta Vespucci, su pelo era más oscuro, su piel más mate, era más del estilo de Elizabeth Siddal o Jane Morris, las modelos de Millais, menos angelical, el rostro más duro y más salvaje, cosa que me guardé de decirle porque no le habría gustado.

Para ninguno era fácil comenzar a hablar. Sabíamos que no había nada que decir, era demasiado lo que sabía el uno del otro, y yo sabía demasiado bien lo que pudiera estar sintiendo Moira, y que eso no podría decirlo, así es que me preparé para una conversación de circunstancia, esencialmente insincera. Con Moira me ocurría, más que con nadie, que exhibía conmigo una representación muy distinta según el rol que le tocara ejecutar. En el tiempo, había sido sucesivamente la hermana de Bobby con el amigo de la casa, papel que interpretó a conveniencia tantas veces con éxito, o la esposa feliz de Didier, o la amiga distante y neutral de la pareja que formábamos Irene y yo, o la amante furtiva y confidencial, o la amiga desinteresada que creía saber de mí más que nadie en el mundo, esos roles eran caleidoscópicos, mutaban según el giro de la ocasión. Contra todo lo que pudiera pensarse, Moira era una mujer de pocas palabras, de una forma que podía confundirse con timidez, lo que algunas veces la puso en desventaja social, pero que se debía más a su espíritu reconcentrado, cauto, e incluso desconfiado, cuestión esta que sí se había agudizado con los años.

¿Qué quedaba de aquella niña que me había recibido en El Vergel con un guiño de ojo y una ancha y maliciosa sonrisa en la boca? Su rostro de ahora se había aguzado, las mejillas se habían hundido, los pómulos se habían levantado, el rostro en su conjunto era más severo, la chica sonriente y graciosa se había ido, y muy particularmente esa tarde desdichada.

Todavía no se resolvía a tomar de entre todos el papel adecuado a la situación, así que debí hablar yo. Partí relatándole, lo mismo que a Bobby, el periplo de ese año, la fase más cruenta de la enfermedad de Irene. Ella me escuchó muy seriamente. Hizo algunas preguntas

muy concretas que recibieron respuestas igual de concretas, y hasta ahí hubo en ella una cierta dureza en el tratamiento del tema. Pero tampoco quería resultar decepcionante, y se le hacía muy difícil acercarse a la cuestión central, no solo porque siempre es difícil hablar de la muerte, sino por quién era la muerta, en este caso, alguien acerca de quien ella había proferido alguna vez comentarios poco generosos, o sarcásticos, o peor, a quien había sometido al suplicio del desdén, el que aplicaban tanto ella como Vanessa a toda desconocida que tuviera el desplante de poner un pie en los dominios de las Serna. Yo entendía que esos comportamientos de Moira correspondían a las crueldades de la vida mundana, cuando ambas mujeres ocupaban en el mundo lugares equivalentes, y disputaban como toda mujer en el terreno del dominio y la belleza y se sometían a sus respectivas pruebas de fuerza, pero sus sentimientos de ahora debían ser diferentes, aunque yo no podía hacer nada para remediar aquello, ese malestar que tal vez sentía Moira trayendo al presente esos momentos nada halagadores.

Además, ocurría que en el intertanto a Moira le habían ocurrido cosas interesantes. Se acaba de separar de Didier o, más bien, el francés se había largado. Ellos habían comenzado los primeros trabajos en el Cajón, y el francés al parecer, sin mayores explicaciones, había desaparecido. Es lo que había narrado ella someramente y con cierta violencia a través de un correo. No quiero repetir las palabras que usó, pero eran vehementes y vertían un profundo desprecio por el que fuera su marido, desprecio que, si uno seguía su línea de pensamiento, había sentido por él desde el primer día. Las verdaderas razones, el asunto del perro, lo sabría después. La pregunta de cómo entonces había estado con él durante casi ocho años, no la iba a hacer en ese momento. Además, no tenía mucho caso, ella nunca iba a explayarse acerca de sus derrotas y al final, siempre en sus apresuradas descripciones, daba a entender que lo que ocurría era el mejor de los resultados. Ese tema quedaría para más adelante, según el orden de las prioridades en las que su dolor, si es que lo había, no competiría con el mío. Entonces era una Moira casi deferente la que tenía al frente, tomando su té, un poco rígida, dispuesta a oír, entregada un poco a regañadientes a ser esta

vez la piadosa confidente. Pero no estaba por eso menos nerviosa o, mejor dicho, estaba nerviosa, o incluso incómoda. Yo podía sentirlo, y también que debería medir mis palabras; su sensibilidad estaba muy aguzada para escuchar mi relato, como si no estuviera preparada para oír historias de amores ejemplares, que era lo que temía iba a llegar a sus oídos.

—Qué terrible, estar ahí solo, en otro país, y tener que ocuparte de todo.

—Su hermano, Paulo, ya venía en camino, y él se hizo cargo. Yo no estaba en condiciones. Sus padres no pudieron viajar de inmediato porque la madre tuvo un problema nervioso, severo, por lo que entendí. Paulo tomó habitación en un hotel, y se encargó de todo lo que tenía que ver con los papeles para la expatriación del cuerpo. Yo apenas lo vi, si es que no lo evité. En ese momento no quería compañía, ni quería consuelo, yo trataba de entender, nada más entender.

—Entender por qué a ti —dijo ella, casi con un susurro.

—Por qué a mí, sí, por qué alguien, si existe ese alguien, o esa voluntad, quiso separarnos.

Ella bajó los ojos a la taza que tenía sobre sus piernas. Llevaba sandalias y, como siempre, estaba sentada en la silla pero en punta de pies.

—Ella estaba en ese momento confinada en un ataúd sellado, y en una cámara de frío, mientras yo vagaba por la costanera de Jávea. La distancia con el cuerpo de ella en esa cámara de frío era inconmensurable, como de aquí a un planeta a mil años luz, nunca la alcanzaría, nunca más. El mundo había entrado en silencio, yo me sentaba en algún café en la avenida del Mediterráneo, y era raro, no escuchaba siquiera el ruido del mar, ni las voces de las personas que pasaban, el universo era sordo e impávido, un deambular de sombras en un paseo marítimo. Estaba como suspendido en la nada, y de repente pensaba que me había sentado en esa mesa porque la estaba esperando, que ella había ido a hacer algo en la ciudad y que de un momento a otro iba a volver y se iba a sentar a mi lado con un suspiro de cansancio.

—Qué horrible, la cámara de frío —comentó también con un susurro.

—Y fueron muchos días de espera, la expatriación del cuerpo, el papeleo, no era nada sencillo. Por las noches si lograba dormir soñaba, sueños con mucha actividad, mucho ir y venir, puertas que se abrían y aparecía ella con sus *shorts* y a pie pelado, una cuchara de madera en la mano y se sentía el olor de una comida que había preparado, y luego estaba en un jardín que era el de la casa de mis padres, hablando con mi madre, las dos sentadas en unas sillas, y yo me acercaba y se llevaba un dedo a los labios y me pedía que guardara silencio, y entonces despertaba. Sentía que Irene había tenido razón en hacerme callar porque mi madre seguro le contaba un secreto, y entonces, ya totalmente despierto, me daba cuenta de que estaba solo en la cama, que ya no estaba a mi lado y debía volver al día de ayer, en que sabía que estaba muerta, que en adelante estaría muerta... para siempre.

Ella me miró, en silencio.

—¿No te fue de mucha ayuda, tu viejo amigo, tus libros? —dijo ella de pronto, no sé si con sorna. La miré, ella me miró apenas por el rabillo del ojo, esperando la respuesta. No entendía que incluso en ese momento quisiera hacerse de una ventaja.

—A qué te refieres.

—A tus libros, tu filosofía.

—No. Nada podía ayudarme, si es lo que quieres saber.

Ella continuaba escrutándome.

—¿Entonces no te sirvió para algo tu amado Schopenhauer? —dijo ella, ahora casi con malevolencia.

—El Viejo dice que la vida es sufrimiento, y tiene razón.

Ella respondió con prisa.

—Eso lo sabe cualquiera.

—Dice algo peor que eso. Dice que todo lo que nos pasa se debe a la voluntad del mundo, ajena a mí, a ella, a cualquiera, que no habría una razón fuerte para que nosotros hubiésemos estado juntos, que no hubo ninguna causa que quiso que nos conociéramos, nos gustáramos, nos deseáramos, nos necesitáramos, como si yo no la hubiese elegido, ni ella a mí, que si estuvimos

juntos es por una voluntad ciega que nos arrastra, y esa voluntad además de ciega es absurda, porque todo lo es, y lo que no lo parece es una mera ilusión, que Irene y yo fuimos para el otro apenas ilusiones. Todo eso es horrible, si lo piensas, más bien es como una puñalada si alguna vez has amado a alguien, porque nada tiene sentido. El Viejo es miserable, sin contar que tampoco nunca amó a nadie, como no fuera a su perro.

—*Bullshit* —dijo ella muy calmadamente.

—Toda la filosofía del Viejo es cruel. Alguna vez pensé que me convenía tenerlo de mi lado.

—Cómo no. No eras responsable de nada. Te llevaba el viento. Si algo valía la pena ni siquiera te dabas cuenta.

—Lo peor es que tal vez el Viejo tenga razón, en que todo es absurdo, que no hay una causa, porque sí o porque no, da igual, la vida es sufrimiento, y hay que saberlo.

—Hay personas que son felices, debiéramos enterarnos, pasa que no somos de esos —dijo ella en tono plano.

—En este momento cualquiera lo es más que yo, no soy una buena medida —respondí.

—Tú y el pobre Bobby han estado muy equivocados.

Moira contraatacaba, no sé con qué fin, con qué destino, como no fuera sacar a Irene de la conversación. Pero luego volvió a ella.

—Me encanta ella, tu Irene, desarmó todas tus ideas —dijo.

—No sé de qué ideas hablas.

—Tu idea egoísta de cuando eras joven, que no vale la pena hacer caso a nada porque nada importa verdaderamente...

—Nunca dije eso.

—Nunca hizo falta que lo dijeras, nada era importante como no fueras tú mismo, tus viajes, Seattle...

—Volví de Seattle por Irene. Nunca había encontrado a nadie en quien poner mi voluntad, hasta Irene.

Moira se irguió más en la silla, y estiró muy lentamente la mano y rellenó su taza de té. Entonces continuó, pero más tranquilamente.

—Cuando te vi salir de la iglesia con tu traje de novio, con ella del brazo, tan compuesto, y tan feliz, pensé, este es otro embuste más.

Eso no va a durar, se va encargar de estropearlo, no está hecho para eso, demasiado proyecto para una cabeza como la tuya.

Yo la observé, mientras ella se llevó la taza a los labios para hacer una pausa. Estábamos sentados uno frente al otro, con la mesita de por medio. Nunca dejó de mirarme muy fijo a los ojos si yo hablaba, y los suyos estaban como ensombrecidos de una gravedad que no le era usual.

—Te tenía muy poca fe, y me equivoqué —continuó—. Y me alegré de equivocarme, no creí que estuvieras hecho para ser feliz, a causa de nadie, quiero decir.

—Me alegró haber mejorado en tu opinión.

—Bastante. Todo el mundo puede madurar, o debe madurar, alguna vez.

—Si lo que quieres decir es si Irene cambió algunas pocas y tontas ideas que manejaba hasta ahí, que no eran más que un intento de una manera de ser, claro que arrasó con todo eso, al poco andar no me reconocía. Si llamas a eso una derrota mía, te la doy feliz. Pero muchas veces pensé que eso no podía ser verdad, que era el velo de Maya.

—Como un sueño.

—Un sueño soñado por mi voluntad. Tal vez por lo mismo todo se acabó, tenía que acabarse.

—*Too good to be true* —dijo ella en ese tono que no alcanzaba a ser impertinente.

—Algo así.

—Y que no te lo merecías.

—Después, más adelante, creía que sí me lo merecía, y que era verdad.

—Como no te mereces este final.

—No lo merezco.

—¿No te has puesto a pensar por qué?

—¡Qué quieres que diga! No tengo idea por qué Irene está muerta y yo estoy aquí. No sé por qué ocurren las cosas. Y entonces sí me siento tentado a volver a las viejas ideas, y no vale la pena entender por qué la vida puede ser tan absurda como para querer cobrarse la vida de Irene. Entonces el estúpido fui yo si llegué a creer que las

cosas podían no ser así, que había un sentido, un final, como yo creí, que estábamos ambos, ella y yo arrojados a una especie de destino.

—Todos hemos pensado alguna vez eso, y qué bueno que no sea así, nadie está arrojado a nada, Dios me libre —dijo, y bajó la mirada.

—Dios no tiene nada que ver en esto.

Moira se esmeraba en ser fiel a sí misma, como si en esa contumacia de su personalidad hubiese algún valor, el de la consistencia tal vez, el de una cierta musculatura de su espíritu, y aunque yo pensara que en honor a esa consistencia sus frialdades pudieran ser fingidas, como surgidas de un desdeñoso rincón de su corazón, me preguntaba, como muchas veces, si esa frialdad decía alguna relación con su frigidez. Sí, ese era su secreto, nuestro secreto, y también el de los muchos hombres que había logrado atrapar en sus redes, y que no por eso le quitaron su devoción, o eso es lo que debía suponerse por la fidelidad que le profesaron al menos sus dos maridos, y otro más, yo mismo. Las primeras veces que hicimos el amor, cuando muy jóvenes, fingió con bastante convicción, como muchas mujeres hacen cuando quieren ahorrarse explicaciones. Con el tiempo dejó de darse el trabajo. Además de que nuestros encuentros fueron siempre espaciados, se delató una vez, aburrida de fingir, al dar rienda suelta a sus operaciones de autosatisfacción y comprender yo que el orgasmo sí lo conseguía, pero lo alcanzaba por sí misma y consigo misma. Tuvo la delicadeza de asegurarme que no era yo un infortunado, que era lo mismo con cualquiera, que le restaba toda importancia y que en el placer que sí sentía con el coito no había ninguna simulación. El descubrimiento abrió una extraña puerta que daba a un cuarto oscuro, que ahondaba aún más todo lo que no sabía de ella. A mi primera perplejidad de joven todavía inexperto —no tenía mucho más de veinte años—, se unió sobre nosotros la sombra de que estábamos los dos ante un secreto precioso que exaltaba nuestra complicidad y aguzaba mi deseo en tanto me encontraba ante una barrera que debía franquear. Creo que eso le debe haber ocurrido a los otros, aunque puedo imaginar que solo se quedó con aquellos que como

yo quisieron guardar el secreto para interrogarlo, no para escarnecerlo, y no es raro que algunos, o muchos, los que no alcanzaban su propio placer, desertaran o fueran expulsados del extraño reino que proponía Moira. Creo que Didier, como más tarde Egon, se encontraron en la misma condición que yo, la del expectante cerrajero que espera ver abrirse alguna vez las codiciadas puertas doradas.

Moira debe haber sentido, en relación con otras mujeres a las que la naturaleza no les había jugado tal ardid, algún tipo de menoscabo, y no es raro que ejerciera una suerte de desquite con la vehemente ordalía en que convertía ella cada encuentro sexual. Quiero decir, era más fogosa que cualquier otra. Cuando, como en mi caso, permitía que me alejara de ella y encontrara el goce en plenitud en otras mujeres, debo suponer que en alguna parte recóndita de ella sentía ese desplazamiento como una ruptura del pacto en el cuerpo de otra, y que lo juzgara como una traición. No es raro que sintiera algo así respecto de Irene.

Debía entender que Moira nunca estaría del lado de Irene, eso no ocurriría jamás.

—Como sea, la suerte me dio la espalda. Ya no la tengo de mi lado —agregué yo, ya fastidiado.

—Has tenido y mucha. No ahora, claro. Si se te acabó es porque la tuviste, y demasiada —dijo ella agitando su pelo y descruzando las piernas para cruzarlas otra vez. No supe lo que quiso decir.

Fue un momento en el que debí reaccionar, pero no lo hice.

—Sientes que tu buena estrella te dejó —dijo al cabo de un momento.

—Mi estrella murió.

—No tienes para qué ser tan lúgubre. Tienes que hacer algo, con tu vida.

—No, no es lo que quiero, hacer algo. Eso supone que quiero algo, y no quiero nada, menos hacer algo con mi vida. Y si así fuera no es algo que pueda pensar ahora, si es que puede uno hacer algo con su propia vida, antes que se nos adelante y esa voluntad ciega que se llevó a Irene arrase también con todo lo que queda en pie. No sé para qué vale la pena seguir.

—Deberás averiguarlo —dijo ella tajante.

—No hay respuesta, no hay respuesta para mí, y es mejor dejarlo así.

En ese momento pudo parecer que ella disponía de más fuerza emocional que yo, pero se equivocaba una vez más. La circunstancia era la que estaba a su favor. Ella había disfrutado de la ventaja de escuchar el relato de una caída.

En un momento, cuando parecía que todo había acabado, levantó los ojos y me miró con cierta ternura, cosa que no había hecho hasta entonces durante toda la conversación.

—Tengo la sensación de que me equivoqué con ella —dijo de pronto. Continuaba mirándome.

Yo estaba dispuesto a escucharla.

—Era más fuerte de lo que creí.

—No te voy a contradecir, te equivocaste con ella. No tenía tu personalidad, palabra horrible, pero era muy fuerte.

Llegó la hora de marcharse. Moira, creo, quedó con la sensación de haber rendido las debidas disculpas a la difunta.

TERCERA PARTE

Recibí la visita de Verónica. Llegó por la tarde, a eso de las siete. Cuando abrí la puerta no alcanzamos a saludarnos porque Boko se le tiró encima como un loco, parado en sus dos patas y moviendo la cola, acosándola de tal manera que no la dejaba trasponer la puerta. Ella mostraba el mismo contento con el reencuentro. Supongo que para Boko el olor de Verónica era lo más vivo que pudiera reconocer de Bobby en otro ser que no fuera él. Por la euforia del animal podía pensarse que hacía mucho tiempo no la tenía cerca. Apenas sí se pudo acomodar en el sillón en el que cayó rendida a causa de tan agitada bienvenida. Una vez sentada sonrió agotada. Llevaba unos pantalones holgados de lino y una blusa negra con las mangas recogidas. No sabría decir por qué pero su mirada me parecía más vivaz. Sus ojos negros destellaban lo mismo que su blanca sonrisa.

—Quería saber cómo estabas —dijo al cabo de un momento alejando con su brazo a Boko.

—Bien, me las arreglo. Conozco el lugar, sé dónde está cada cosa.

Volvió a sonreír, pero ahora algo incómoda, y me pareció que quería decir algo que no era fácil decir.

—Supongo que pensaste que yo debí haber sido tu anfitriona. Haberte recibido.

—Nada, me las arreglo de lo más bien. Ya te dije, conozco este departamento casi como si fuera mío.

—Sí, está claro, lo sé.

Siempre pensé que el abismo entre Natalia Moreno y Verónica Bustos era demasiado grande, que con dos mujeres tan distintas con alguna de las dos tenía que estar equivocado. Dado que el error con Natalia era tan evidente, esa mujer que era pura imaginación desbocada y estados de ánimo, con Verónica, por descarte, debía haber acertado. Sin embargo, en un principio no le vi buen pronóstico, creí que era mucha mujer para él. El lado flaco de Bobby era ser tímido y a la vez impaciente, demandante con ellas; no sé cómo lograba ambas cosas. Tal vez porque tenía a su favor la virtud

de estar solo cuanto quisiera sin nunca necesitar de nadie en especial, lo que creo le daba la fortaleza del débil. Recuerdo que la primera vez que la vi, me impresionó la fuerza de su presencia. Verónica era de esas personas que llenaban una habitación. Como ahora, en que continuaba tan presente en la vida de Bobby aun muerto, conservando la misma incómoda posición respecto de él a cuando estaba vivo. Tenía fresca la información capturada de los archivos de Bobby que tres años atrás decían que Verónica le había cerrado la puerta a un matrimonio con él. Miraba ahora sus vivaces ojos negros y me preguntaba por qué, sin que la respuesta tuviera ahora demasiada importancia.

—Me alegro mucho que estés aquí, y Roberto estaría contento también que el departamento lo ocupes tú.

Lo mismo que Fito, Verónica era de las pocas personas que trataban de Roberto a Bobby, ese apodo o estigma que había usado Pilar con él poco menos desde que nació, y que sus hermanas habían continuado sin calcular sus efectos. Es posible que Verónica siempre quisiera tener a su lado a un Roberto y no a un Bobby, que bien podía pensar ella era una suerte de islote semisalvaje y no conquistado en medio del poblado archipiélago de mujeres que eran las hermanas Serna. Un extraño objeto de deseo.

¿Me equivocaba si pensaba que Verónica parecía más ligera, más airosa que cuando Bobby vivía? Estaba animada y diría amistosa. Verónica y yo teníamos algo en común. De quienes lo conocían, los dos éramos la excepción respecto de aquellos, los demás, que no veían nada de heroico ni admirable en Bobby. Con todos los reparos que pudiera tener ella, Verónica admiraba en Bobby su soledad, su abstinencia de la sociabilidad, su soberanía, al menos en su actitud con los otros, ya que ella misma era una solitaria, y lo mismo que yo veía en ello una libertad y una cortesía desafiante difíciles de comprender, incluso para los muy cercanos, como Pilar. Su madre hubiese querido que fuese diferente. Pilar tenía un concepto muy burdo de lo que era ser original, y original no podía serlo alguien tan ermitaño y que viviera tan subsumido por sus lecturas, sino que debía ser exuberante, intrépido, impetuoso y ambicioso, todas cosas que Bobby desde luego no era. Para Pilar no se podía ser original si

no se tenía a la vez brillo social. Solo así valía la pena hacer el gasto. Ambos sabíamos que el otro entendía el "caso Bobby" desde puntos de vista en algo coincidentes. Ese entendimiento era el que intercambiábamos ella y yo en ese momento. Sin embargo, pese a su buena disposición de ánimo, sentía que no podría saciar mi curiosidad de saber por qué no había estado en el funeral de Bobby. Pero fue ella la que habló. Levantó sus ojos hacia mí.

—Tú sabes que no pude ir.

—Sé que no estuviste, no sabía que no pudiste ir. Supongo que tuviste algo muy importante ese día.

—No, por supuesto que no, nada había más importante ese día que su funeral. No pude porque no tuve ánimo, no tuve las fuerzas. La verdad es que no sabía si él hubiera querido que estuviera, y creo que hubiera preferido que no.

—Hiciste caso a los deseos de un muerto.

—Es una manera de decirlo.

Estaba de piernas cruzadas, la cabeza ladeada, con un codo en un rodilla y el otro brazo cruzado. Calló un momento.

—Tú sabes, él me odiaba —dijo aguzando la mirada.

—Nunca le oí decir eso, ni nada parecido —repliqué. Pero debo decir que tampoco le escuché a Bobby decir que la amara. Siempre me pareció que no hacía falta.

—Quiero decir hacia el final. El último tiempo me odió, por eso no fui. No me atreví.

—Te repito, nunca le escuché algo así de ti. Jamás.

—Eso no significa mucho —respondió al segundo.

—Lo sé.

—No dudo que ustedes fueran muy amigos, pero tú sabes que él no comunicaba sus cosas. Tampoco me las comunicaba a mí.

—Al menos te comunicó eso, ¿que te odiaba?

—No, claro que no, no hizo falta. Él no se hubiera rebajado a hacer una declaración de ese tipo.

—Por supuesto.

Dejó pasar un momento, miró a lado y lado, como si buscara algo, pero lo que fuese no lo encontró.

—Además, hubo algo.

—¿Hubo algo?

—Me voy a casar, Renato.

Sonrió de una manera confusa, una especie de mueca, como de desagrado. Luego fijó su semblante, mirándome a los ojos interrogativamente.

—Supongo que debo felicitarte.

—No, no es por eso que te lo cuento.

—Él lo sabía.

—Sí.

—¿Hace cuánto que lo sabía?

—Primero le dije que habíamos terminado. Que no seguíamos. ¿Sabías eso?

—No.

—Es que tú prácticamente no has estado aquí.

—Si hubiera estado más tiempo aquí tampoco estoy seguro de que lo hubiera sabido.

—Probablemente no.

—Además tampoco hubiera sido la primera vez.

—No, pero esta vez era la definitiva, y se lo hice entender —dijo ella.

—Y no lo entendió.

—No.

—¿Conoció Bobby a tu futuro marido?

—No, claro que no. Es un compañero de trabajo, abogado también. Nos conocemos hace ya un tiempo, es un buen hombre, nada más que eso.

Los papeles de Bobby que informaban de intenciones tan distintas de su parte hacia Verónica eran una información que no sabía cómo introducir en ese minuto, pero no, no lo iba a hacer, no era tampoco mi intención adentrarme demasiado en ese rumbo que tomaba la conversación. Ya no venía al caso. Si Verónica me miraba ahora con cierta ansiedad, la de ver en mí un reproche, perdía su tiempo, yo la entendía. Había optado por un abogado seguramente próspero y de buenas costumbres y que le daba todas las seguridades que no había tenido con Bobby.

—¿Cómo se lo tomó cuando le contaste de tu matrimonio?

—Mal, muy mal. Estaba sentado aquí, donde estoy yo ahora. Se puso lentamente de pie, y se tuvo que afirmar de la mesita, pensé que se iba a desmayar. Después se fue a la biblioteca, se tiró en su sillón y cuando lo fui a ver me pidió que lo dejara solo. Fue la última vez que lo vi.

—¿No se comunicó nunca más contigo?

—Nunca más.

Yo había estado no pocas veces con Bobby los últimos dos meses antes de su muerte. No era extraño que se encontrara solo, ya que lo de Verónica no era una relación cotidiana, ella iba y venía con cierta libertad, libertad que un espectador como yo creía la había pedido él para sí. Para un espectador lejano, no resultaba fácil darse por enterado de que Bobby tenía una mujer a su lado. En suma, no era fácil llegar y decir "Bobby tiene una novia". No debía sorprenderme lo que acababa de oír de Verónica.

—Quieres decir que piensas que Bobby se suicidó...

—¿Por mí? —me interrumpió.

—¿Esa es tu idea?

—¿Tú crees que él no podría haberse suicidado por mí?

—No he dicho eso.

—Pero es lo que piensas.

—No sé todavía lo que pienso. Pero me imagino que no quisieras tú ni nadie ser el motivo de un suicidio.

—Da lo mismo lo que yo quisiera —replicó muy seca.

—Hasta ahora no he pensado que lo hizo por alguien en particular. Más bien no creo que Bobby pudiera suicidarse por nadie, por quién fuera, más allá de que seas tú o no. El fondo de egoísmo de Bobby era insondable —dije yo con prudencia.

—Lo era, un maldito egoísta —dijo con una sonrisa forzada—. Y si dije que me odiaba, es porque me amaba.

—Si te amaba y te odiaba a la vez, es porque no podía tenerte, supongo. ¿No podía tenerte?

—Me tenía. Siempre estuve para él —dijo con seguridad. En ese momento un ojo, el derecho, le tembló, y se llevó a él los dedos, como si tuviera una basurita y se lo restregó.

Sí, claro, siempre tuvo una parte de ella, pero solo una parte. Si Bobby había puesto empeño en borrar ante el mundo las señales convencionales de un compromiso con ella, y que a simple vista podía parecer ofensivo para Verónica, no era sin embargo más que una actitud espejo ante la misma frialdad que ella ejercía, pensé en el mismo instante en que Verónica se confesaba conmigo. Por de pronto, nada podía ofender a Verónica, o al menos no esa calculada y tal vez fingida desafección de Bobby. El amor propio de ella no se había visto nunca lastimado, porque era principalmente ella la que execraba toda forma de sentimentalismo y no era que Verónica quiso y no pudo acortar las distancias con Bobby, ya que era la misma Verónica la que extraía de ese acuerdo la libertad necesaria para tolerarlo. Puedo suponer que ninguno se llevaba a engaños con el otro y que esa simetría tenía algo de virtuoso.

—Si te odió, como tú dices, debe haber sido muy en contra de sus sentimientos —dije yo al cabo de un momento. Sabía lo que decía y Verónica era capaz de entender tal contradicción en los términos, porque abrió mucho los ojos y esbozó una sonrisa.

—¿Tú crees que el amor de Bobby, si se puede llamarlo así, me podía servir a mí de algo? ¿Alguno de ustedes cree eso, que con eso tenía yo que estar contenta y satisfecha? Los sentimientos de Bobby...

Verónica usaba el "ustedes" con cierta virulencia, como una inculpación, como si me incluyera en el pelotón de las Serna, esa tribu distraída y ensimismada, frívola a sus ojos, cuyo menor pecado era el desinterés por enterarse de las flaquezas de su hermano.

—No eran los del común de las personas —agregué con precaución.

—Eso lo sabemos tú y yo de siempre. No pediría tanto.

—Podían estar muy ocultos.

—No lo dudo. Era estupendo en eso. Pero a mí no me engañaba.

—No se trata de engañar o no. Creo que Bobby, como todos, como cada uno, hacía lo que podía, ni más ni menos que eso. No podías pedirle lo imposible. Puedo entender que sintieras que no hacía lo suficiente, o que hacía mal lo que hacía, pero esa era su desgracia. Como la de todos, por lo demás.

El que en cierto modo asumiera la defensa de mi amigo no significaba que no creyera en mis propias palabras, decía la verdad. Nunca he creído que seamos tan distintos a aquel como los otros nos ven, y Bobby había sido muy fiel a ese ser que podía resultar detestable, y poco podía hacerse por remediarlo, salvo poner uno el acento en que sus impedimentos eran al menos confiables, los conocíamos.

—Lo que lo estropeó, su carácter, quiero decir, fue su madre. La vieja es siniestra —dijo al cabo de un momento, pasando su mano por su pelo y estirando el cuello. Verónica Bustos era de esas mujeres que por momentos uno puede olvidar que son atractivas hasta que con un gesto determinado vuelven a serlo de una manera que no recordábamos. Había estirado el cuello como un leopardo que se yergue.

—¿Pilar? ¿No exageras?

—Esa mujer es abominable. Todas las de su clase, las que se han largado dejando hijos atrás, por pura mala conciencia, son las peores.

—Pilar no es tan importante —dije más para sacar a Pilar de ese ruedo.

—Es lo que tú crees.

—Es lo que siempre he creído.

Me miró fijo y sonrió a la vez con malicia, como si ya experimentara el placer de sacarme de mi error.

—Las que se han arrancado con el pianista...

—Espera, no sé si Raimundo Serrano califica como "pianista".

—De acuerdo, es un pituco, pero igual es un bueno para nada y fue un gran escándalo, lo sé por Roberto, lo hablamos muchas veces...

—Fue un escándalo, en su momento, eso lo sabe cualquiera —repuse yo—, como también que pasado un tiempo a nadie le importaba nada el asunto.

—No importa cuándo. Las que han armado esos escándalos son las últimas en olvidarlos y creen que sus hijos van a pagar por sus pecados, que la vergüenza los va a convertir en seres deficientes, tímidos, débiles, tontos, y ponen todos sus empeños en hacer de

ellos las personas más correctas, todo lo contrario a como han sido ellas, y en casarlos bien, que triunfen en la vida en esas cosas que le importan a la gente, que tengan buenos trabajos, familias bonitas y toda esa porquería, y con ese mismo empeño aniquilan a los hijos que ya tenían razones suficientes para salirles defectuosos. Ese fue el caso de Roberto, y como logró hacer con él nada que a sus ojos valiera la pena, lo despreciaba, y lo aniquiló —dijo, y me miró desafiante, como por lo demás solía mirar ella.

Había escuchado la descarga de Verónica con interés, y no era que su razonamiento fuera incorrecto, pero no sé si aplicaba del todo con Bobby. Pilar no había sido una madre particularmente maternal, y creo que tampoco lo hubiera sido de haberse quedado junto a Roberto Serna. Cuando ocurrió la partición de los hijos, lo mismo que las dos mayores, Bobby eligió quedarse con el padre, más bien por comodidad que otra cosa; eligieron el lado más benigno de la disputa, puesto que quedarse con Roberto Serna era una garantía de gozar de la lenidad de un padre confundido y perplejo. Para Bobby —era mi impresión luego de nuestras conversaciones—, el desgraciado desenlace del matrimonio paterno recaía más en la inobservancia negligente del padre para retener a una mujer como Pilar que en la audacia de ella. Siempre se contó con que la descendencia de Pilar, eso incluía a todos los hijos, se habían cobrado su venganza con ella ignorándola, arrinconándola en un lugar innominado donde el cargo de madre estaba vacante.

Las dos mayores de las Serna se sentían demasiado afortunadas de crecer lejos de la influencia de su madre como para lamentar las consecuencias de su abandono. Ellas no solo sacaban las cuentas alegres de contar con la ventaja de haberse liberado del dominio de una madre enérgica, que de estar ella hubiera sido un freno en sus vidas sino que además esa madre no ejercía ninguna figura moral que las sometiera con el peso de su ejemplo. El descrédito de Pilar era un muy buen negocio. Era como si hubieran sido tocadas por la gracia. En cuanto a Bobby, esa libertad debió ganársela, se la confirió a sí mismo en la roca de Zaratustra en el lago Silvaplana, en el temprano año de 1985. En ese momento arrancó de su vida tanto a Roberto Serna como a Pilar, porque le era imperioso sacudírselos

de encima. La idea de nacer de sí mismo le era indispensable y estuvo en su programa desde muy joven y es seguro que la decisión de Pilar de dejarlos a su suerte tuvo mucho que ver en ello. Pero desde entonces él practicó una suerte de cortesía distante con Pilar; quería marcar, por un lado, un tono elegante desprovisto de juicio moral hacia su madre y, por otro, la distancia que pretendía ejercitar con ella. Bobby no ignoraba que su madre deploraba al individuo en que él se iba convirtiendo, pero no iba a ser sujeto de ninguna discusión con su madre a ese respecto. Para Serrano, su hijastro no era más que un fastidio, un lunático que leía libros, que lo ignoraba en forma manifiesta. Con todo, creo que Pilar se tomaba a Bobby muy en serio y sí le importaba el juicio de su único hijo acerca de ella, cuestión que no intentó averiguar ni llegó nunca a conocer cabalmente, si bien siempre sospechó lo peor.

—¿Acaso crees que es gratis tener como madre a ese monstruo de mujer? —agregó Verónica, a raíz de mi prolongado silencio.

—Nada es gratis, si vamos a eso. La cuestión es si Bobby hubiera sido otro de haber tenido una madre distinta a Pilar, y no lo sé, o si sería mejor, o peor, y si sería bueno para alguien que hubiera sido, por decirlo así, mejor persona. Tal vez para ti, supongo, pero no tenemos mucha elección.

—Conmigo no fue una buena persona —dijo ella.

—Si tú lo dices —fue mi respuesta, pensando otra vez en su negativa a la oferta de matrimonio de Bobby.

Ella se sonrió.

—Para mí era un tipo espléndido, pero puedo entender que no lo fuera para todos. Pero claro, yo no dormía con él.

Verónica volvió a sonreír. Siempre me habían gustado las cejas de Verónica y la variedad de expresiones que lograba con ellas y su ceño, y que en general fuesen sus ojos los que más hablaran por ella. Su discurso fue siempre más fuerte de lo necesario y a veces parecía desajustado al conjunto de su expresión general, como si hubiera en ella un exceso de voluntad. Que Verónica no sintiera simpatía por Pilar no era extraño. Se parecían demasiado. Ambas habían renunciado a despertar simpatía a cambio de granjearse un cierto respeto por la fuerza de su personalidad. El choque había sido

frontal y la decisión de Bobby fue restringirle aún más los exiguos espacios que le daba a Pilar en su vida, de manera de impedir que su madre y su novia se encontraran más que las escasas veces que se vieron. Puedo suponer que debe haber sido uno de los gestos más delicados que tuvo con Verónica y que ella se lo agradeció, aunque hacer gestos a costa de Pilar no resultaba muy oneroso.

Nunca me lo confesó, pero lo que exasperaba a Verónica de la familia Serna, puedo asegurarlo, era que los consideraba decadentes. Educada ella en la meritocracia, suponía que la gente afortunada de nacimiento debía hacer cosas muy grandes con su vida. En cuanto a las mujeres de la familia, le resultaban a ella impenetrables, por lo contumaz de su egoísmo y su vanidad; dispensaba tal vez de ese juicio solo a la pequeña Ofelia.

—No tengo quejas en ese sentido —dijo ella con otra sonrisa, una sonrisa especial a ese comentario—. No quiero parecer que me estoy quejando de algo. Las cosas son como son. No sé por qué te he hablado de esto, solo quería que supieras que él estaba al tanto de mi matrimonio, no mucho antes de matarse. Quería decírselo a alguien, y a quién más que a ti.

—No creo que le haya caído bien, estoy seguro de eso, pero no sé si debas cargar con ese muerto..., en sentido metafórico lo digo.

—No sería metafórico.

—No, eso es tirar la ficha muy lejos. Probablemente no sea una sola causa, si es que hace falta una causa, debieron ser muchas, un enjambre de causas. Yo todavía no tengo una explicación ni medianamente plausible, no sé, la verdad no sé sus razones. Tenía las suficientes y todas empezaban y terminaban en él. No debes culparte, y tampoco le quito mérito a la que me acabas de contar. Sé cuánto le importabas, pero creo que eras una más en medio de su tormenta. Bobby era un ser suficientemente atormentado sin que el mundo tuviera mucho que ver con eso.

—Ese maldito Nietzsche, cómo lo odio.

—Algo hay de eso, pero tampoco es su culpa. No te preocupes, sigue adelante. Sé feliz. Me alegro de tus proyectos, y te deseo la mejor de las suertes.

Ella me miró con una sonrisa distinta ahora, de astucia y agradecimiento.

Ninguna de mis palabras fueron sinceras, por cierto, pero es lo que se dice en esos casos.

No era necesario que Moira o sus hermanas supieran de la visita de Verónica. Ella seguiría con su vida, y había que contar con que sería feliz. Sería feliz como son las gentes que tienen un propósito en su vida, no importa si modesto, y lo consiguen. Cuando nos despedimos, sentí que era para siempre, que ya no tenía ningún caso que volviéramos a vernos. Yo era por lo demás el único nexo que tenía ella con las Serna, y si le ocurría volver por algún motivo, ninguna de las hermanas estaría para ella. Esa parte de la historia de Bobby se había cerrado para siempre. Si Bobby hubiese podido contemplar la escena que ocurrió entre Verónica y yo, me habría dicho que tuvo razón en no confiar nunca del todo en los sentimientos de Verónica, y yo habría debido asentir. Es una suerte que los muertos no tengan cómo enterarse de la suerte de sus deudos una vez que ellos ya no están. ¿O lo saben? Pienso en Irene.

* * *

—Tiene muy abierto el arco de las piernas —dijo Moira.

—Qué es eso —dije yo.

—Esto —dijo llevándose la mano a la entrepierna, sentada como estaba, en un gesto más bien grotesco—. ¿Ves? Esta parte.

—Sí, y qué.

—No tienes por qué ponerte así, es algo que tienen algunas mujeres.

—Y qué hay con eso. Unas son así y otra no. Es porque tiene buenas caderas.

—Las de piernas muy flacas lo tienen así, el arco —dijo ahora con precaución.

Cuando una mujer concede en reconocer a otra como bonita, suele verse a sí misma como un ser de una especial bondad, supone que el suyo es el corazón más desinteresado, no importa si el

comentario no hace más que alardear de su propia ecuanimidad y si la observación es además evidente. Cuando no es ese el caso, y desliza una crítica a otra, como podía ser a Irene, supone que solamente está siendo justa. Es muy difícil ir contra eso. Uno podría sentirse halagado si lo imputase a los celos, como podía ser mi caso, pero ni siquiera era eso, era la simple competencia que establece una mujer con otra aun si no hay nadie de por medio. Yo no tenía que sacar ninguna cuenta a mi favor por el comentario de Moira, se trataba de la natural mezquindad femenina.

—Supongamos que sí, que tiene el arco de las piernas muy abierto, como tú dices, y qué hay con eso.

—¡Nada! Es un comentario nada más. Por qué te pones así.

—Está bien, eres una experta en arcos de piernas.

—No he dicho nada malo.

Esto fue muy al comienzo, cuando llevé a Irene por primera vez a El Trébol. Lo recuerdo perfectamente porque era la víspera del Año Nuevo del 2000, ni más ni menos, y estábamos todos reunidos ahí. Moira lo dijo cuando Irene salía del vestidor que hay junto a la piscina. No podría decir que Irene se sintió intimidada bajo la mirada de Moira, pero la sentí nerviosa en su desnudez cuando venía hacia nosotros. Ella no pudo oír el comentario ya que Moira y yo estábamos sentados junto a la mesa del gran jacarandá, y veíamos venir a Irene cruzando confundida el prado. Sentí mi circunstancial complicidad con Moira como una traición. Irene no se merecía que siquiera hubiera prestado oídos a Moira y menos mi débil defensa. Le hice señas a Irene y ella levantó una mano en señal de saludo, pero no se iba a acercar a nosotros.

Un poco más atrás venía Bobby, que salía de la casa donde había puesto música, algo de Earth, Wind and Fire, si no me equivoco. Iba con unos pequeños *shorts* amarillos, estaba muy blanco y llevaba una toalla en el hombro y en la mano *La genealogía de la moral*, de eso estoy seguro. Solía leer flotando en medio de la piscina arriba de un enorme flotador de goma, que no era otra cosa que una cámara de rueda de tractor. En el interior le habían instalado un canastillo hecho de madera y cuerdas donde él se acomodaba perfectamente para la lectura flotante, cubierta la cabeza con un enorme sombrero

de paja. Más allá, sobre una esterilla, Vanessa tomaba el sol, tendida de espaldas, con unas pequeñas lunetas sobre los párpados, y el cuerpo reluciente de aceite. Vanessa se podía pasar horas así tendida al sol.

Cuando volvíamos del funeral de Bobby pude constatar cómo el sol, y la vida, le habían resecado y curtido la piel. Pero esa tarde tenía poco más de treinta años y era una desconsolada viuda que todavía lloraba a Alberto Giusti, el hombre que más la había amado. Su nuevo novio, llegaría en cualquier momento. Este sujeto, un tipo bastante mayor que nosotros, aparentemente rico, dueño de casas de cambio cuyo nombre era Javier Martel, no había sido el causante de los fundados celos de Giusti, este había sido un misterioso jovencito, muy menor que Vanessa, y que ante el escándalo juzgó más seguro desaparecer de escena.

En cuanto a Didier, estaba en Francia, y no volvería hasta dentro de un mes, pero en el intertanto Moira se había entretenido con un profesor de la Escuela de Bellas Artes. Se suponía que al regreso de Didier se casarían, y el *affaire* con el profesor había que tomarlo como su despedida de soltera. Pero era también algo más, por esos días Moira dudaba. Tal vez el comentario sobre Irene se debía al malhumor que le causaban esas dudas que en ella se traducían en un hastío consigo misma y redoblado si se refería a las vidas de los demás. Ella sabía que la persistencia de esas dudas eran razón suficiente para desistir, pero terminaba por dudar también de sí misma. Como me dijo:

—Es tan sentimental el pobre Didier que el drama que armaría si lo planto ahora sería peor que un divorcio. ¿Qué piensas tú?

—Creo que con el tiempo el divorcio lo pedirá él, así es que no vas a tener mucho trabajo.

—No es que me vaya a encargar de hacerlo infeliz, pero pienso lo mismo.

Ese era su estado de ánimo por esos días, sombrío. La tristeza de Moira era como un seno que se adentraba en el mar de su indiferencia ante un mundo sin sorpresas. Solo mostraba alegría si algo de veras la divertía, cosa infrecuente en ella. Entonces Moira ya estaba en los treinta y, aunque era muy joven todavía, ya se

preguntaba qué estaba haciendo con su vida, si es que no estaba iniciando una carrera de errores que se habían iniciado en las laderas de los montes Jura. No tenía otra preocupación y no salía de una suerte de perplejidad que la paralizaba. La idea del *spa* en el Cajón del Maipo había sido de ella y del francés, y le había provocado la momentánea fascinación de la novedad, los planes y todas esas cosas. Didier le daría diversión. Lo había conocido en Andorra, como el simple instructor de montaña que la entrenó en unos *randoneés* por los Jura. Había vuelto embarazada y extrañamente no abortó, pudiendo hacerlo. Nadie se lo impediría. Ni siquiera estuvo en sus primeros planes notificar al padre: "para qué, no me interesa él, fue una cosa de un momento", fue su declaración, que uno debía suponer que contenía mucho de verdad. Tuvo al hijo, el pequeño Cyril, y el francés llegó un tiempo después, y le gustó todo lo que vio, El Trébol, la casa de El Vergel, donde vivían los tiempos que pasaba acá. Un tipo educado, de buenos modales, de mirada cristalina, alto, flaco, con un pelo rubio desordenado, silvestre pero no rudo, con aspecto de pastor de ovejas, o de violinista, o de misionero, o de cualquier cosa que no le hiciera daño a nadie. Cada cierto tiempo volvía a su país, o donde fuera que se iba. Cuando pasaba una temporada con ella, Moira no se conformaba del todo a su presencia y lo miraba como preguntándose "¿qué haces aquí?", y el bueno de Didier solo respondía con nuevos planes para los dos. Los últimos, el matrimonio y el *spa* en el Cajón.

Irene prefirió desviarse de nosotros y se entretenía en ese momento conversando con Ofelia y su acompañante que reposaban sobre una enorme toalla. Por entonces la risueña y graciosa Ofelia tenía un acompañante, no solo como coartada, sino que de verdad era un favorito, Armando Karam, un tipo delgado, moreno, mejillas hundidas, pelo rizado y levantado, muy guapo, amable y seductor, con las mujeres, los hombres y los animales. Cargaba siempre en los brazos a Kali, la *schnauzer* de Ofelia, la que se había convertido en una mujercita vivaz y risueña, muy determinada, segura de sí misma, de su condición de hermana menor, de sus estudios de Psicología en España. El 95 Bobby la había seguido a Barcelona, ella

haría un posgrado, él probaría suerte con estudios de Filosofía, pero mientras ella se quedaba y cumplía, Bobby volvió más pronto de lo esperado y no llegó a terminar un año; "prefiero hacer las cosas a mi manera", fue la escueta y ofuscada explicación que dio luego de su fallida incursión académica. Pese a su melenita corta y la graciosa chasquilla, Ofelia era un poquito presumida y terminante, pero de todas formas, de entre las Serna, era la favorita de Irene. Sentía que con ella sabía con quién estaba hablando. El doblez es una característica que se suelen atribuir las mujeres unas a otras con relativa ligereza. Ofelia manejaba una Honda 125 Trail y solía pasar por Irene para hacer paseos por el día a Farellones o a Pirque con fines botánicos.

En unas horas el milenio llegaría a su fin. Uno nunca repara en la fecha en que está viviendo, pero esta vez todos, creo, teníamos una extraña sensación, algo así como si era uno el indicado para ser protagonista de una tan magna fecha. ¿Estábamos haciendo un buen papel? ¿Se estaba cerrando bien el primer tercio de nuestras vidas? No habían nubes en el horizonte, nada tendría por qué salir mal, aunque nos encontrábamos en la edad en que las cosas pueden comenzar a andar mal si aprietas la tecla equivocada. Vanessa ya había tenido su anticipo, y era probable que en muy poco tiempo Moira comenzaría a cobrar el suyo. Bobby no la tendría fácil, su apuesta, ser feliz a espaldas del mundo, era la más alta de todas. Esa misma tarde, creo, me dijo en algún momento después del almuerzo:

—Que el alma joven observe en perspectiva su vida y se pregunte: ¿qué es lo que de verdad has amado hasta ahora?

—¿Me estás preguntando?

—Es una cita.

—No me jodas, me caso en unos meses.

—Piensa que Nietzsche murió hace exactamente un siglo —dijo cambiando bruscamente el sentido. ¿No te dice algo eso?

—Mucho, pero no sé para dónde vas —respondí sin mucho humor. Es irritante a veces que lo escojan a uno para ese tipo de sentencias.

—El siglo que termina ha sido un siglo sin Nietzsche, solo eso.

—Te equivocas, ha sido el siglo de Nietzsche, en su siglo fue ignorado, nadie lo leyó, nunca ha sido tan leído como ahora.

Bobby me miró con recelo. No era que me gustara agriarle sus hallazgos, aunque él creyera que sí.

—¿Estás diciendo que está de moda? —dijo con un exceso de suspicacia.

—Digo que la juventud lo está leyendo mucho, desde hace tiempo, solo eso, ni se me ocurriría decir que para ti es una cuestión de moda o algo parecido —fue mi respuesta, pero creo que no lo dejó tranquilo.

Ese sábado habría un fiesta para recibir el nuevo año y llegaría más gente. Sería todo muy en forma, habría incluso fuegos artificiales chinos, y un dragón de utilería que se había instalado junto al prado de la piscina, todo esto dispuesto por Sergio Varela que era una suerte de maestro de ceremonias para esa familia.

Sergio era de los tipos que saben hacerse indispensables, a los que nadie disputa su protagonismo en eventos familiares, que obligan al resto al reconocimiento y sobrellevan sus tareas con satisfacción. No dudo que su mujer lo encontrara un poco ridículo, pero los beneficios de contar siempre con él para expandir su influencia ante los ojos de Roberto Serna eran sin duda superiores. Flotaba en el aire el temor de que esa noche Pilar hiciera acto de presencia en compañía de Serrano, ya que no iba a ningún lado sin él. Ella no requería de invitaciones o, mejor dicho, nadie se atrevería a impedirle la entrada, y su presencia dependía de su buen juicio, cosa que dependía a su vez del humor con que se hubiera levantado ese día. La idea era que esa noche fuera también un agasajo a Roberto Serna, ya que no solía tener a toda la familia junta. El agasajo consistía en hacerlo sentir querido e importante, nada más. El siglo que venía no sería el suyo, con mucha suerte viviría solo las dos primeras décadas, o una parte de la segunda, y serían las últimas.

Cómo habían sido de generosos con él los tiempos del siglo que acababa. Pero él no se contaría jamás entre los afortunados, sino en el de los trabajadores y perseverantes, y se suponía a sí mismo como el resultado de viejos valores venerables según los cuales uno

se labra su destino a costa de esfuerzo y dedicación, lo que no obstaba que se sintiera obligado a la gratitud por tanta bienaventuranza. Eso lo obligaba a una vida austera. Esa austeridad que no había soportado su esposa, no porque Pilar requiriera más lujos, de hecho se había casado con un hombre pobre, sino que tener dinero y no usarlo para ella denotaba falta de imaginación y una vida carente de emociones, que era el modesto saldo que Serna siempre creyó merecer. El abandono de aquella mujer, Pilar, había destruido por sí solo el reinado soberano de Roberto Serna bastante antes que acabara su siglo.

Ahora Sergio dirigía a un ayudante que colgaba guirnaldas de los árboles del jardín e Irene se había ofrecido a ayudarlos. Para ello había ido a la casa a calzarse sus *shorts*. Había ido hasta donde me encontraba yo, junto a Moira, me había dado un beso, le había sonreído a ella y se había marchado. Irene ignoraba totalmente cualquier tipo de relación que yo hubiese tenido con Moira, la había conocido cuando ya era la noviecita del francés y eso le bastaba, pese a sus sospechas. Mi amistad con Bobby era lo suficientemente fuerte como para centrar ahí mi interés por los Serna, e Irene se había plegado a eso, con cierto esfuerzo de su parte, hay que decirlo.

—Bobby está cada vez más extraño, casi no me habla, o no me escucha —dijo de pronto ella.

—Están todos los Serna muy susceptibles. A mí tampoco me la pone fácil. Está armado contra el mundo, y él supone que tiene sus razones —respondí. En ese momento Bobby leía su Nietzsche flotando en medio de la piscina; de donde estaba venía un fuerte olor a marihuana.

—¿Sabes algo de esa Natalia que está viendo? ¿Se sabe algo de ella?

—Trigueña, bajita, uno sesenta, gran mata de pelo, no como tú, muy crespa, no muy bonita, estudió Arte. Eso es cuanto sé.

—¿No es muy loca?

—No me parece, más bien tonta.

—Ah.

Irene estaba ahora junto a un jacarandá subida en lo alto de una escalera de tijera y se le veía muy afanada, casi se diría que contenta, más que nada por estar ocupada y no tener que compartir con ninguna de las Serna. Si yo le hubiera preguntado si tenía ella idea formada de las hermana Serna, Irene hubiera respondido "muy simpáticas", "encantadoras", respuesta que no tenía para ella ningún costo ya que sabía que contaba con mi dispensa de no tener trato con ellas, salvo el caso de Ofelia. En ese momento Moira había mirado hacia ella. La escudriñó a Irene en sus pequeños *shorts*, subida en la escalera, riendo con el muchacho al que ayudaba con las guirnaldas, tendidas entre uno y otro árbol de la línea de los jacarandás. Se volvió hacia mí. Estaba definitivamente de mal humor.

—Tienes el martillo empuñado —le dije yo.

—Sí, para darte a ti.

Lo del martillo era una clave entre nosotros. A ella le gustaba "If I Had a Hammer", de Peter, Paul and Mary, una canción antigua que ella había convertido en su himno. La cantaba en cualquier ocasión, y blandía su índice ante tus ojos en señal de reconvención si habías hecho o dicho algo que no le parecía, te decía "If I had a hammer". La enloquecían los versos *It's a hammer of justice / It's the bell o freedom / It's the song about love between / my brothers and my sisters / all over this land*... Yo no dudaba de que hubiera querido un martillo, un enorme martillo con el que aporrear todo cuanto detestaba, todo cuando se le interponía en sus deseos, como la buena niña malcriada que nunca había dejado de ser.

Bobby la molestaba, no tanto por la canción misma, sino porque se reía de sus gustos musicales de veinte años atrás. Con cierta razón Moira detestaba la música de los ochenta, pero más que nada por una especie de nostalgia hacia una época que no había vivido y que lamentaba casi con dolor, como si le hubiese sido arrebatada una ocasión de ser otra de la que era. Ese tiempo era el 68 de las barricadas de París, el 69 de Woodstock, donde Moira nunca estuvo ni pudo estar ya que nació ese mismo año. Sobre Moira pesaba un desplazamiento de apenas dos décadas en que el mundo había cambiado más bien a su pesar, como si sobre ella se hubiera

cometido una injusticia cronológica, algo así como que nada es perfecto. Tampoco ella hubiera sido una buena *hippie*; llegado el caso, era demasiado solitaria, huraña, impaciente, y no soportaba el *new age*.

—No me des muy duro.

—Me gustaría darnos con el martillo los dos y despertar unos años después sin que nada de lo que pasa hoy existiera.

Entendí lo que quería decir.

—Las cartas están jugadas. Tú puedes arrepentirte ahora mismo si quieres, yo no tengo ninguna intención de arrepentirme.

—No me entiendes. Como si todo se borrara hacia atrás.

—Si todo se borra hacia atrás no nos conoceríamos.

—Bueno, que se borren los últimos cinco años. ¿Ahí está bien?

—Ni así, somos los que somos. No habría tampoco mucho que cambiar. Si retrocedemos cinco años, o más si quieres, las cosas no saldrían tan diferentes. No puedes evitar ser quien eres.

—¡Qué desagradable!

—¿Ser quien eres?

—No, tú. Para mí es muy agradable ser quien soy —dijo malhumorada.

—Me imagino, lo otro sería horrible.

—Eres insoportable cuando hablas como tus libros.

—La filosofía tiene que servir para algo, como para no hacer estupideces.

—¿Estoy haciendo estupideces?

—Sí, categóricamente.

—Dime qué debo hacer entonces.

—Tú puedes perfectamente echar pie atrás. Nadie da un peso por tu francés. Las cosas se van a poner mal para ti si das el paso.

—Tú lo vas a dar.

—Yo no soy tú, yo quiero darlo. Tal vez no llegues a sufrir, pero el aburrimiento puede ser un castigo peor.

—¡Quién te dice que me voy a aburrir con Didier! —exclamó ella.

—Estoy seguro.

—Puede ser interesante, aunque no lo parezca.

—Está hablando tu voluntad. Y, lo peor de todo, no conoces tu voluntad.

No había muchas otras maneras de decir que Moira se resistía al hecho de que ya hubiera cumplido los treinta hacía un rato, que ya no era la jovencita que fue hasta apenas ayer, y por lo mismo estaba tomando decisiones que suponía postergadas con una prisa innecesaria. No solo se había equivocado de época, sino que también su tiempo vital estaba desfasado, se resistía a tomar cualquier decisión a la que su edad supuestamente la obligaba, pero temiendo que las cosas podían ser todavía peores para ella si no las tomaba, escogía la equivocada, como me parecía ese pacto sin amor con el lánguido aventurero francés.

Moira se quedó en silencio un momento, miró hacia el callado almendral que se extendía hacia donde despuntaban las verdes montañas de la cordillera de la Costa. Suspiró. Se volvió hacia mí. Yo no había dejado de mirarla mientras ella perdía la vista, confundida, hacia las copas bajas de los almendros.

—Usa tu martillo, rompe ese compromiso —le dije.

Ella no reaccionó de inmediato, no le sonó extraño. Siguió con el mentón apoyado en la mano. Era algo en que pensaba intensamente por esos días, y una de las alternativas que manejaba era esa. Mandar al francés al infierno era una posibilidad tan cierta como hacerlo entrar definitivamente en su vida. Como siempre, descargó el asunto en mí.

—No tienes ningún derecho a decirme eso. Yo no te lo he dado.

—No tienes muchas personas que te lo digan.

—Sí, nadie se interesa tanto como tú en si debo casarme o no.

—Nadie como yo se interesa tanto en ti.

—Tú te vas a casar y andas rompiendo matrimonios.

—Tú sabes que nunca estuvo en mis planes, yo era el último en la lista, y es tan raro que yo me vaya a casar que si lo hago es porque no tengo ninguna duda. De pocas cosas he estado más seguro en mi vida y casi nunca estoy seguro de nada. Si no fuera así no lo haría de ninguna manera.

—Eres tan soberbio.

—Tú también lo eres. Por lo mismo, el francés no está a tu altura. Si lo estuviera, te animaría.

—No le digas el francés, por favor —dijo ella casi con pena.

—No soporto su nombre, es ridículo.

Moira sonrió con una risa desganada.

—Sí, un poco. Yo tampoco me acostumbro.

En ese instante llegó Irene. Venía acalorada y contenta.

—Me voy al agua. ¿Vamos? —dijo ante nosotros quitándose el *short*, haciéndolo deslizar por sus piernas y desanudando su blusa. Ofelia y su jovencito también se habían tirado al agua, de un salto, los dos tomados de la mano. En un rincón de la piscina estaba Bobby en su flotador descomunal, alejado de los bañistas que de pronto habían invadido su espacio acuático, con un brazo estirado al borde de la piscina en el que había una lata de cerveza al sol.

Los siguió Irene, y luego debía hacerlo yo, pero me quedé sentado al borde de la piscina, con los pies en el agua. Al poco rato Vanessa se sentó muy silenciosamente junto a mí, tomando la misma posición y mojando sus pies en el agua. Llevaba unos enormes anteojos de sol y en la mano un vaso largo de vodka naranja. La piscina de El Trébol no estaba pintada del clásico azulino sino de un verde musgo, que según los expertos hacía que la superficie del agua fuera más reflectante ya que el verde hacía las veces del azogue de un espejo.

—¿Cómo estás? —me dijo muy suavemente.

Medité un momento la respuesta. Miré hacia Irene, que jugaba en el agua con Ofelia.

—Bien —fue mi respuesta.

—¿Es cierto lo que oí?

—Es tal cual.

—Para qué. ¿Puedo preguntar?

—A veces la gente se casa. Tú ya lo hiciste una vez.

—Alberto era de los que les gustaba casarse; no imaginaba que tú eras de esos.

—No sé si sea de esos, pero ella lo quiere así, y yo también.

—¿Cómo es que se hacían llamar tú y Bobby? —dijo ella con sarcasmo.

—Ah, eso, dos tipos sumamente brillantes.

—Y que...

—No tenemos ningún punto en común con los demás mortales.

—Me hicieron tanto reír ustedes dos. Supongo que ahora no puedes decirlo.

No podía ver sus ojos tras esas enorme gafas oscuras, de modo que todo lo decían las inflexiones de su voz. Vanessa tenía la voz ronca de las fumadoras y era resuelta en sus gustos y elecciones y ahora venía, como otras veces, en busca de alguna pendencia.

—Tenía otros planes para ti —dijo luego de un momento. Se refería a una antigua y larga conversación que habíamos tenido en otra ocasión.

—Pero tus planes nunca fueron los mismos de Moira.

—Si yo hubiera sido Moira te hubiera escogido a ti, eso lo sabes —replicó ella.

—Tú no eres Moira y ella tiene los suyos propios. Por lo que se sabe Moira se casa, y muy pronto, apenas llegue el francés.

Vanessa movió la cabeza a lado y lado.

—No irás a creer eso. Eso no va a pasar nunca.

—Da lo mismo si lo creo o no. Yo tengo mis planes y estos son que nos casamos con Irene.

—Podrías hacer muchas otras cosas con tu vida.

Hice como que no escuchaba la impertinencia.

Vanessa se había casado muy joven con Alberto Giusti y hacía cinco años que era viuda. No los había llevado muy bien esos años, porque ser viuda de un suicida no es cosa sencilla, más si se ha sido causa directa de esa decisión, y si se tenía, como en el caso de Vanessa, algo que no todas las mujeres casadas tienen, un marido muy enamorado. Aquella frase de Wilde de que la forma más convencional de no ser convencional es tener un amante, Vanessa la había llevado a la práctica, ya que según Moira no llegó a enamorarse siquiera del escritorzuelo que fue el causante de toda la tragedia, sino que no había pasado de ser una ideación romántica el supuesto flechazo que mató al pobre Alberto Giusti. Se suponía que eran felices aunque Vanessa fingiera padecer el síndrome de la mujer demasiado amada, la sobrada de amor que sufre de hastío

conyugal, pero se suponía también que eso no pasaba de ser una pose y que no podría vivir sin el amor que le prodigaba su marido. Si bien su duelo fue intenso, con reclusión y llanto, nunca se llegó a saber si era por la pérdida de Alberto, un buen tipo por donde se le mire, o por ser ella la causante de todo. Había tras esa historia de Giusti y Vanessa una sensación de desperdicio de la fortuna, de un error grave contra el destino, un proceder inexcusable contra la propia buena estrella, lo que tenía como efecto que Vanessa estuviese desde ese entonces rodeada de un aura trágica, de una autoridad sombría, que no alcanzaba a ocultar su infinita pesadumbre, de dispensar hacia los demás un halo de fatalidad, como si el mal augurio nos alcanzara a todos por igual. Por cierto que todos estamos entregados a la fatalidad, solo que unos más y otros menos, lo que me persuadía de que lo más sano era mantenerme lejos de la familia Serna si quería conservar a Irene conmigo.

—Nadie ha dicho que el matrimonio sea excitante o algo parecido —dije yo al cabo de un momento—, pero si uno se conoce un poco, debe saber dónde está su bienestar, y el mío hoy está con Irene. Mis planes son modestos, pero eso es problema mío.

No tenía ninguna razón para mostrar compasión ante el resentimiento de Vanessa ni tampoco para llegar a algún tipo de entendimiento con ella. Vanessa había arruinado su vida, y para siempre, nos había dado una lección de cómo hacerlo y, junto a ella, me podía dar el lujo de fingir humildad. Vanessa apenas acababa de cumplir los treinta y tres años y, como era altanera y obstinada, no habría redención para ella; ya para ese entonces cualquier destino era mejor que el suyo.

En ese momento llegaba Roberto Serna acompañado de Olga. Roberto Serna era de los hombres para los que en esos tiempos ir de *sport* era haberse sacado la chaqueta y la corbata del traje habitual de vestir. El resto, pantalón gris, camisa blanca y zapatos de calle. Cada vez que uno lo miraba, no dejaba de darle una parte de razón a Pilar Müller. Miró sorprendido los jacarandás cubiertos de guirnaldas y el enorme dragón que ardería a la medianoche. Era de

los hombres que se sacaba el pañuelo del bolsillo del pantalón trasero y se secaba la frente como una forma de mostrar contento.

Sergio salió a su encuentro, azorado, como siempre que trataba de complacer al suegro. Nadie de su familia se levantó o se movió de su sitio cuando el buen hombre hizo su aparición; en su familia no se estilaba otra cosa, porque el padre, en directa relación a su inmanencia, siempre estaba y no hacía falta su presencia, y cuando estaba conservaba esa calidad, como si fuera transparente.

Me dirigí hasta donde Bobby y llevé dos cervezas. Los tiempos de espera de Bobby y míos eran diferentes. Él tenía una relación con el tiempo más desatenta, su reloj interno parecía marchar más lento y los segundos de él estaban más espaciados que los del común de la gente. Mientras nosotros nos precipitábamos a acometer acciones para llenar los tiempos muertos, como la espera para las 12 del cambio de año, Bobby estaba muy tranquilo, como si ese hecho fuera a ocurrir en un futuro más lejano a como lo sentíamos el resto.

Era apenas el atardecer, y a esa hora por la cercanía del mar o de la cordillera de la Costa, o por la suma de ambas, comenzaba a correr una brisa fresca, las sombras de los árboles se hacían más densas y el rojo de los jacarandás menos púrpura y más morado. Es decir, bajaba la luz, lo que era un descanso del sol abrasador de la tarde.

—Viene Pilar, con marido incluido —me dijo de un modo sentencioso. Continuaba con el sombrero puesto, unos anteojos de sol en la copa del sombrero, sus largas piernas flacas cruzadas, y la mirada perdida en las siluetas que se desplazaban por el prado. Antes que pudiera decir algo, agregó:

—Detesto estas fechas, esto no se me da. Quisiera ser invisible.

—Es lo que toca. No tienes escapatoria. Te pudiste haber ido más temprano, ahora ya es tarde, salvo que quieras quedar como un monstruo.

—Eso me tiene sin cuidado, y a nadie le importaría demasiado tampoco. He tomado diez cervezas y no quiero manejar de noche, eso es todo. Además de que quiero ver el espectáculo, pero de incógnito.

—Ya lo estás. Despreocúpate.

—Además es mi privilegio.

Toda esa gente tirada en el pasto parecía una de esas colonias de animales marinos que retozan dichosos en la arena confiados en que no hay ningún depredador en las inmediaciones, pero si había uno posible, ese era Bobby, uno inofensivo, aunque capaz de perturbar la paz del instante con alguna impertinencia si se le venía en gana. Sus hermanas no le temían, pero preferían su silencio, y por lo tanto hacían silencio en torno a él, no le dirigían la palabra, no le pedían su opinión de nada, ni se le acercaban.

—Tienes demasiados privilegios —repliqué.

—Uno solo, el de no ser molestado.

Desde jóvenes, habíamos adoptado con Bobby el modo de no hablar nunca en serio, así fuera la cuestión más seria, pero siempre conservando el tono, lo cual constituía al lenguaje empleado casi en una metáfora, o una metáfora de sí mismo y, como era metáfora, la verdad se colaba y la sinceridad no se veía nunca afectada.

—Habíamos quedado en que la vida era horrorosa y despreciable. No estás cumpliendo tu parte —dijo él.

—No te equivoques, eso no ha cambiado. La vida sigue siendo horrorosa y despreciable, es mi vida la que es maravillosa o que, más bien, se ha vuelto maravillosa. Para mí, el viejo Schopenhauer llega hasta aquí. Ya no me sirve.

—No seas tan optimista, todavía te puede servir. El optimista al final se pasa de tonto y paga la cuenta.

—No estoy pidiéndote a ti que seas optimista, eso déjamelo a mí, ahora corro solo. Bueno, no solo, con ella —respondí mirándola salir del agua y secarse con una toalla junto a Ofelia y el acompañante. Me saludó con la mano.

—Es bonita, lo reconozco.

—Es un ángel, y lo mejor de todo es que no lo sabe.

—¡¿Qué es eso que está sonando?! —dijo sorpresivamente Bobby, mirando hacia la casa de donde venía ahora Ofelia envuelta en una toalla y con una lata de cerveza en la mano.

—Eso es Vangelis, y me temo que lo puso Ofelia.

—Dile por favor que saque esa mierda.

—No, no le voy a decir eso, no me metas en problemas con ella.

—Es un horror. Y la película peor todavía.

—Infrahumano. Te estás pareciendo cada vez más a un replicante.

—Música de pecera. Además soy humano, demasiado humano, no lo olvides —dijo apuntando su índice al cielo.

Sus largos y huesudos dedos no se estaban nunca en paz, tomaba unos con otros, los anudaba, los recogía; había sido un maestro en sombras chinas.

En ese momento Pilar hacía su entrada, con Serrano dos pasos más atrás. Pero Serrano llegó solo hasta ahí y luego volvió a entrar a la casa. En sentido contrario, saliendo de la casa y cruzando la terraza en diagonal, Pilar había llegado hasta la punta del jardín, donde comenzaban los agapantos, y contemplaba la perspectiva. Pilar con la mano en la frente a modo de visera, pese a los enormes anteojos oscuros, hacía sus cuentas mirando el lugar donde se encontraba cada una de sus hijas. Medía el siguiente paso que dar, cuál de ellas sería su anfitriona. Olga había dejado a un lado su taza de té, y se dirigía hacia ella con paso resuelto. Vestida con unos amplios pantalones rojos y una blusa color marfil, usando la punta de la terraza como un mirador, Pilar era una extranjera ahí. Esa calidad de extranjera, y la extrañeza que llevaba consigo, la hacían no confundirse nunca con los demás, y hacer sentir a estos que como ellos había miles. Entre los seres domésticos estaba su hija Olga, que ahora iba a su encuentro.

—¡Mamá!

—Vengo de asistir a misa, en Casablanca, tan bonita la eucaristía —decía Pilar siguiendo el paso de Olga mientras se encaminaba por el prado exactamente hasta donde nos encontrábamos con Bobby. Al final había apurado el paso señalando con ello que ya no la necesitaba más, que quería decir algo a su único varón.

—Mamá —dijo Bobby desde su flotador, torciendo el cuello para mirarla a lo alto, mientras yo sí me ponía de pie y saludaba como se debe a Pilar. Esta me saludó muy cortés y me hizo entender que tenía algo que decirle a su hijo.

No tuvo ningún problema en acuclillarse en el borde de la piscina para decirle unas palabras a Bobby. Irene se había levantado y puesto una salida de playa en forma de kimono de un azul eléctrico.

La mejor forma de saber que Irene me volvía loco era que si hubiese sido otro y hubiera visto a esa chica en ese diminuto bikini color naranjo vivo y con el kimono azul abierto como un cortinaje que se abría para desnudar su cuerpo, me hubiese vuelto loco.

—Me voy a vestir —me dijo cuando nos juntamos luego de rodear ambos la piscina—. Me voy a poner algo sencillo, no te esperes brillos.

—Tranquila, amor, aquí nadie va a ir de gala.

—No te creas, siempre dicen eso y después aparecen vestidas de reinas —dijo besándome los labios y marchándose hacia la casa y hacia donde se dirigían las otras mujeres que habían dado por terminada la tarde de sol. La miré otra vez bajo el sol ya debilitado del atardecer.

Qué fuerza para amar tenía yo en ese momento de la vida. Qué vitalidad sentía entonces, hablo de la misma noche de la víspera del cambio de siglo. Cómo estaba yo preparado para amar a Irene y cómo había llegado, por primera vez, a darle un sentido a mi voluntad. En ese momento instalaban los mesones al modo campestre, con sus amplios manteles blancos y los candelabros usados en esas ocasiones. Comenzaba a llegar la gente. Algunas parejas, presumiblemente amigos de Olga, cuyas mujeres lucían al modo que había temido Irene; otras mujeres solas que aparecieron debían ser invitadas de Vanessa. Roberto Serna se había puesto un traje claro de lino y se ocupaba del gran mesón y de un pequeño piquete de mozos de chaqueta blanca y pajarita que habían hecho su aparición. Comenzaban a prenderse los fogones y unas antorchas altas plantadas en puntos determinados del parque y las antorchas bajas que señalaban los senderos. Mientras, el sol ya había desaparecido por completo y comenzaban a aparecer algunas estrellas sobre el cielo todavía azul y los cerros a la distancia se teñían de violeta y verde. Cuántas veces habíamos presenciado esa declinación de tonos y colores de los atardeceres de El Trébol. Sentía dentro de mí la misma transformación de la tarde que se iba, que ese atardecer no podía ser uno más y pasar inadvertido, ya que lo sentía muy hondamente, y en mi mente elaboraba una línea de tiempo futuro que no podía ser sino una secuencia en que los

hechos felices deberían sucederse de acuerdo al ímpetu vital que me sacudía. Así, nada podía resultar mal, para Irene y para mí.

Cuando nos vestíamos, Bobby se puso una chaqueta de terciopelo verde, yo una simple de algodón, me dijo:

—Pilar se queda esta noche.

—Bien, me parece.

—¿No viste que Serrano partió?

—No, no me fijé. ¿Se fue?

—Pilar dijo que vino a dejarla, muy caballero él, porque no se vería bien que la parejita duerma bajo el mismo techo que el Gran Cornudo y gocen de su hospitalidad.

—No, no se vería nada de bien. Aunque pensé que tu madre era capaz, y el Gran Cornudo también.

—El Gran Cornudo no conoce la venganza. Ahí donde hubo sufrimiento debe haber castigo.

—Dice el Gran Paranoico.

—Eso mismo. Aquí no hubo castigo ni nada.

—Deja a tu pobre padre tranquilo, no sabría cómo usar el martillo. Eso queda para Moira.

—El martillo en manos de Moira es decorativo. Ella tampoco sabe usarlo y le va a hacer falta.

—Vamos, no quiero dejar a Irene sola tanto rato.

Cuando salimos ya se había hecho de noche y en la entrada había movimiento de automóviles, y personas que se desplazaban desde la terraza a los senderos que llevaban al jardín. Algunos vestidos de noche, los menos, brillaban en la oscuridad.

Las parejas avanzaban lento, por los zapatos inadecuados de algunas mujeres, por la oscuridad, por lo irregular de los senderos, los invitados se movían como espectros, como si no se encontraran en las sombras.

El enorme dragón chino ya estaba iluminado ahí en medio del prado y en un borde de la terraza estaba Pilar junto a Irene, cada una con una copa de champaña en la mano. Pilar había agregado a su atuendo de la tarde una estola roja de seda, por lo que podía decirse que estaba sencilla, y su propósito esa noche era serlo,

sencilla y complaciente. Irene estaba maravillosa en un vestido turquesa ajustado y hasta la rodilla. Era un placer verlas.

—Si no la haces feliz te las verás conmigo —dijo apenas hube llegado hasta ellas. Pilar siempre temió que la segunda de sus hijas se fijara en mí, le parecía un mal negocio, desde su mirada irremediable de pequeño burguesa, y por lo mismo hoy no debía parecerle un yerno tan indeseable, una vez que supo que había vuelto de Seattle, que había estudiado algo muy promisorio y que mis cosas, según había llegado a sus oídos, marchaban bien. Ni que decir de los yernos que la realidad le pondría enfrente, partiendo por Didier, al que apenas le perdonaba la vida solo por ser francés. Como sea, la exhortación de Pilar acerca de hacer feliz a la futura esposa era un lugar común tonto y aburrido.

—Estoy aprendiendo, nadie nace sabiendo —respondí en el mismo tono.

—Claro que hay cosas con las que nacemos —replicó ella.

—Como el encanto —dijo Irene dirigiéndose ostensiblemente a Pilar.

La estaba halagando porque Pilar tenía la facultad de que algunas mujeres se rindieran ante ella. Contra lo que se pensara, el campo de Pilar no eran los hombres —por lo que sabía, la cifra que contaba se limitaba a dos, Serna y Serrano, y se cerraba la galería— sino las mujeres, es decir, aquellas con quienes competía.

—Encanto que tú tienes a raudales, mi preciosa —le respondió a Irene con coquetería. Había ganado en ella a un aliado, alguien que daría cuenta de sus virtudes en su ausencia, cosa que no esperaba de sus propias hijas. Como muchos personajes mundanos, Pilar tenía la asombrosa gracia de ganarse lealtades en un primer contacto, sobre todo con los desconocidos.

Bobby se acercó hasta nosotros. Alto, con su chaqueta de terciopelo y una camisa negra, un mechón de pelo cayéndole por un lado de la cara, Bobby se veía muy guapo, pero algo inestable. Con la luz también inestable del fuego de las antorchas, todas las caras parecían demudadas a cada segundo.

—Estás muy bonito, espero que no hayas fumado tu basura —le dijo Pilar apenas entraba Bobby en su campo de luz.

—No lo suficiente, mamá. ¿Tienes de tus pastillas a mano? Me hace falta un sedante, para soportar esto.

—Además de que yo no tomo ninguna de esas cosas, "esto" como tú le dices está muy bonito y espero que estés a la altura —respondió Pilar con energía.

Bobby miró al cielo, a la magnífica cúpula estrellada y suspiró.

—Está bonito, es cierto, tu exmarido se esmeró —dijo dándole la espalda a su madre y mirando hacia el entorno—, se diría que toda esta pompa es en tu honor, mamá.

En ese momento se acercó la pequeña Ofelia algo agitada.

—Hay que sacar tu trasto flotante de la piscina, Bobby, no puede estar ahí.

Se refería a la enorme cámara inflable con su tejido de redes y que seguía ahí mientras una jovencita plantaba en la superficie inmóvil del agua unos lotos flotantes que llevaban cada uno encima una vela.

—Dónde se puede dejar esa porquería —decía Ofelia.

—Hagan lo que quieran —fue la respuesta de Bobby.

Las guirnaldas en los jacarandás estaban ya encendidas, más las antorchas y los lotos flotantes, el conjunto producía un efecto embriagador en la noche estrellada. Bobby había tomado algo, no sé qué, una vez que lo dejé solo cuando nos vestíamos. A veces se metía cosas, distintos fármacos pero nunca cocaína, esa no la tocaba.

—Debes tomar este homenaje con humildad, mamá —dijo Bobby con una sonrisa que era una mueca.

—Lo debí azotar más de niño —dijo Pilar dirigiéndose a nosotros con una sonrisa más bien helada. Todos tenían tan claro que Bobby era de esos niños que nunca en su vida habían recibido un azote o un castigo cualquiera.

—Tu exmarido nunca había hecho nada parecido —dijo Bobby abriendo los brazos y abarcando el panorama lumínico—. Esto es su apoteosis.

Ya para entonces Bobby estaba definitivamente pesado, con el ánimo cargado.

—Mi exmarido ni siquiera me ha dirigido la palabra en toda la noche, y tal vez ni sabe que estoy aquí —decía Pilar hablando a todos los que no fueran su hijo.

—Oh, sí que lo sabe.

Pilar hacía rodar por su cuello con una mano crispada una gruesa cadena de oro.

—Solo falta que tu exmarido ponga a Elvis —continuó Bobby sin respiro—. Lo único que sabemos que tenían en común es que a los dos les gustaba Elvis, ¿o no, mamá?

—¡Me encanta Elvis! —exclamó Irene con vivacidad.

—*You are always on my mind*... —canturreó Bobby, levantando la lata de cerveza que tenía en su mano y fingiéndose más narcotizado de lo que podía estar.

—¡A mí también me encanta! —dije yo—. Es más, vamos a ir a buscar algo de Elvis para poner. ¿No es cierto, Bobby? —le dije tomándolo del brazo y sacándolo de ahí.

—¡Qué haces!

—¡Deja de maltratar a tu madre, imbécil! Deja tus traumas de niño idiota para otra vez.

—¡Eh! ¿No se puede estar contento esta noche?

—Estás amargo —le decía mientras lo llevaba por el prado en medio de la gente. En ese momento, como salida de la nada, apareció Moira por el otro lado de Bobby caminando al mismo paso apresurado que nosotros y lo tomó del otro brazo. Moira tenía olfato y era del tipo de cosas que se tomaba en serio. No había presenciado nada pero se lo imaginaba todo, segura de que algo malo pasaba.

—¿Qué bicho te picó a ti? —decía Moira por el otro costado. ¿Te metiste un Tonaril acaso?

—No me he metido nada. No me hace falta nada para estar eufórico, estoy feliz.

Ya habíamos dejado atrás a la gente y estábamos en un rincón sombrío del jardín hasta donde no llegaba el ruido de las voces.

—Deja a la vieja tranquila, ¡¿Me oíste?! —le dijo Moira dando la vuelta, y apareciendo frente a él y mirándolo directamente a los ojos. Bobby la miró, irguiendo el cuello, desde lo alto.

—Estoy bromeando —replicó él, más calmado.

—Bueno, para la broma —siguió Moira.

—Está bien, está bien, quería decir que el viejo estaba inspirado, y que tal vez quería impresionar a Pilar. ¿Cómo saben que no es así? ¿Sabes acaso que Serrano la dejó aquí y se dio la media vuelta y se fue?

Moira lo miró con atención, como escudriñándolo.

—Eres un niño. Eres un estúpido niño —le dijo, hablándole muy cerca de la cara.

Bobby la miraba confundido.

—Si Serrano vino y se devolvió es porque no están juntos. Serrano la acaba de dejar, y por otra, pedazo de imbécil.

—No estaba tan lejos —replicó Bobby.

—El pobre viejo no lo sabe, la única que lo sabe soy yo, y por favor no te imagines cosas.

—Pero espera, dame un minuto para alegrarme.

—Alégrate si quieres pero no le rompas las pelotas —le dijo Moira agriamente.

—Es fabuloso. La verdad a veces puede ser hermosa —estaba diciendo Bobby y yo consideré que estaba de más ahí, que no debía inmiscuirme en un asunto que solo competía a los hermanos, y que debía largarme. Lo hice sin decir una palabra.

Irene estaba con un grupo de gente en el momento en que comenzaban a sentarse en las bancas de los largos mesones donde se serviría la cena nocturna. Ella había elegido quedar cerca de Pilar, que se sentó por el lado del frente, un par de puestos más allá. Yo sabía que todas esas ceremonias sociales le significaban a Irene un esfuerzo, porque salvo Ofelia ninguna de las Serna se había mostrado con ella particularmente cariñosa, y el beneplácito de Pilar, que se alzaba por lo alto del juicio de las demás mujeres Serna, le devolvía a ella la tranquilidad.

En algún momento de la tarde, Moira, a la hora del pleno sol, la había tomado por el brazo, gesto muy de ella, y habían caminado unos cuantos pasos así, pero más allá de lo que le dijera —no le pregunté, Irene no pareció convencida con esa posible muestra de afecto que le prodigó Moira. Se desasió de su brazo y fue hasta el

borde de la piscina, desde donde ejecutó un perfecto clavado. Moira la siguió, con un clavado semejante y una vez en el agua nadó cada una en un sentido diferente.

Observaba a Pilar que estiraba sus largos brazos por encima de la mesa para tomar cualquier cosa mientras continuaba hablando, y sus ojos encendidos mientras comentaba alguna nimiedad en voz muy alta a los comensales en torno a ella. Estaba muy excitada, se veía de lejos. Yo pensaba en qué tenía en la cabeza esa mujer que venía de cumplir los sesenta y ocho y de ser abandonada por el hombre por quien hacía ya tres décadas había quemado todas sus naves. Pilar no era de esa clase de personas que desarrolla alguna forma de sabiduría para enfrentar las injurias de la edad, en realidad era ajena a todo tipo de sabiduría salvo las que dictan el orgullo y la contumacia. Y esa noche se estaba comportando como tal, expresiva y nerviosa, como si celebrara una fecha aterradora pero festiva con ese cambio de siglo que no se anunciaba nada de auspicioso para ella.

Al rato llegó Bobby pidiendo que le hicieran un lugar. La fila completa debió correrse para hacer sitio al recién llegado, que al parecer también quería quedar cerca de Pilar. Lo que Bobby se hubiera "metido", ya había terminado su efecto porque se le veía incluso compuesto. De la que acabábamos de enterarnos era de esas noticias que hacen muy felices a muchos, como los excónyuges de ambos —la de Serrano odiaba a Pilar con pasión— y a los hijos de lado y lado si ocurre que son de los que odian a sus padrastros. Este era el caso. Bobby estaba muy silencioso y atento, con la mirada alerta, como si todavía no se convenciera de que tanta hermosura, la ruptura de la pareja, pudiera ser verdad y tal vez se tratara de un malentendido. Yo estaba esperando para cualquier momento un exabrupto de Bobby.

Una chica, una morena de enormes ojos negros y pelo azabache que llevaba una blusa floreada, decía que esa noche asistiríamos a algún tipo de mensaje astral, un cometa o una bola de fuego. Un tipo que estaba un poco más allá la interrumpió.

—Estás atrasada en mil años, eso ya no ocurrió.

La chica lo miró desconcertada.

—¡¿Qué?! —dijo la chica que no identificaba a la misteriosa voz. El que había hablado con tal desconcertante seguridad era el fauno moreno que había llevado consigo Ofelia. Estaba vestido con un amplio blusón blanco níveo muy abierto en el pecho.

—Hace mil años iba a ser la segunda venida de Cristo y reinaría en la tierra por mil años. Satanás sería encerrado por esos mil años. ¿Te parece que eso ocurrió? —dijo con un tono sarcástico.

—Eso no es así —interrumpió otra voz. Era un amigo de Sergio Varela el que había hablado—. San Juan no dice en ninguna parte que la venida de Cristo ocurrirá el año mil, sino que cuando Cristo vuelva, cosa que no ha ocurrido, reinará por mil años y luego vendrá el juicio final. Infórmate. Eso del año mil es charlatanería.

El injuriado como charlatán bajó sus largas pestañas, las volvió a levantar y pareció que iba a contestar, pero en cambio recibió el afecto de Ofelia que le revolvió el pelo cariñosamente. El fauno se arrimó más a Ofelia y se hizo un pesado silencio. Entonces fue Pilar la que habló.

—¡Y cuánta falta que nos haría una segunda venida de Cristo! —dijo ella y se persignó.

—Sí, pero no esta noche, por favor —dijo Bobby en voz muy alta.

Los comensales de las inmediaciones de Pilar estallaron en una carcajada.

—¡Esta noche es para invocar a Dionisio! —continuó Bobby.

—¡Salud por Dionisio! —brindaron los otros levantando las copas.

Irene se puso alegre una vez que hubo pasado la tensión. Yo pensaba que Bobby y sus hermanas debían empezar a considerar que en adelante tendrían a Pilar inmiscuyéndose en forma implacable en sus vidas, que en su nueva soltería no tendría otra cosa en que ocuparse más que de sus hijos, y que tal cosa tendría un alto costo para ellos. Bobby solo gozaba con la idea del derrumbe de la pareja, como le fascinaban a él todos los derrumbes, pero hasta ahí llegaba su visión de las cosas. Algo había caído, y era razón para estar satisfecho, y no iba a recriminarle a Pilar sus errores del pasado. ¿Podía recriminarse algo a Pilar, el ángel caído, condenada por el extravío de sus sentimientos? Esa noche nadie tenía que recriminar nada a nadie. Mi imaginación estaba muy

activa. Yo solo pensaba cómo le haría el amor a Irene y cómo lo seguiríamos haciendo por los siglos de los siglos. Veía mi vida como una cadena infinita de carnalidad de orden celestial que me libraría por siempre de tener que bajar a la realidad terrestre. Era mi forma de sustraerme al mundo. En esas condiciones, la absoluta monogamia era un asunto perfectamente aceptable, es decir, morir encadenado a un cuerpo.

Bebimos y bebimos, por el porvenir. Las bebidas eran dispensadas por una pandilla de chicos y chicas simpáticos y chispeantes no mucho menores que nosotros y que se juntaban para hacer el trabajo en fiestas de por aquí y por allá. Los chicos no permitían vasos vacíos y escanciaban los licores con entusiasmo. La luz proveniente de guirnaldas, fogones y antorchas, más los lotos que flotaban en la piscina, hacían de esa una fantasmagórica noche de Walpurgis. Los rostros estaban teñidos de rojo y amarillo y las súbitas sombras cruzaban por nuestras caras. Había un murmullo sordo de voces y de risas que estallaban mientras se dejaba oír "We Are the Champions", idea maestra de Sergio Varela, el primer lacayo del reino.

A esas alturas Pilar estaba bastante ebria y levantaba su copa al menor pretexto y brindaba por lo que fuera sin percatarse de que algunos comenzaban ya a divertirse a su costa. Se habían levantado todos de las mesas y se habían congregado en torno al dragón que ardería en unos minutos más. Al otro extremo del gran círculo, se encontraba Roberto Serna junto a Olga y Ofelia, tomada cada una de un brazo de su padre, que miraba a todos lados con obstinación, como si buscara a alguien entre la multitud. Vanessa estaba también tomada de un brazo, pero más elegante, el de un hombre algo mayor, de chaqueta azul cruzada, ya sabes, sienes plateadas, que parecía venir bajándose de un deportivo caro. El flamante novio miraba la ceremonia con evidente estupor, como si ese corro formado ahí estuviera compuesto por un grupo de idiotas rituales y supersticiosos. La guapísima Vanessa valía todas esas molestias y seguro que el tipo de las sienes plateadas no se había preguntado qué tan buena madrastra para sus hijos sería la rubia que lo tomaba por el brazo. Al lado mío estaba Bobby.

—Qué horror tener que abrazarme con toda esta gentuza —me dijo al oído.

—Pórtate bien con ellos, son los mismos que mañana estarán en tu funeral —fue el comentario gracioso que me surgió, pese a que compartía con Bobby la misma aprehensión con los abrazos.

Por entonces, a los treinta y tres años de ambos, aún nos quedaban algunos tics en común de nuestras primeras lecciones en el arte de vivir, como el desdén por la alegría general, el desprecio por las multitudes, la rebelión contra las unanimidades forzadas.

—Ni muerto los recibo en mi funeral —fue su excelente respuesta.

Comenzó la cuenta regresiva que iban cantando todos en la forma de un desquiciado coro, convulsionados ya por la histeria y el mucho alcohol. Y dieron las doce y ardió el dragón y estallaron unos fuegos artesanales y el jardín se llenó de vítores y unos verdaderos aullidos a la luna y comenzábamos a abrazarnos unos a otros y desearnos felicidad. Luego de estrechar en mis brazos a Irene y Bobby, Moira vino hacia mí, me extendió sus brazos, yo los míos, y nos estrechamos en un largo abrazo. En lo que duró, ella me dijo el oído:

—Nunca me abandones, júramelo, que nunca me abandonarás.

Luego se separó de mis brazos. Pude ver, ya que la tenía de frente, justo detrás del hombro de Moira, que a Irene no le pasó inadvertida la furtiva acción de Moira al murmurarme sus palabras desesperadas al oído.

No mucho después de eso —a las tres de la madrugada ya estábamos hartos—, tomamos el auto y nos dirigimos a la viña cercana donde alojaríamos esa noche. Bobby no alojaría en El Trébol porque debió cederle su habitación a Pilar. A esa hora Pilar ya estaba visiblemente borracha. Irene insistió en que no podíamos dejarla así, pero estaba rodeada de gente tan borracha como ella y que la celebraba. Partimos de todos modos.

CUARTA PARTE

Debía entonces buscar una casa, una mujer, el perro ya lo tenía, y un auto. Estaba decidido a quedarme con Boko, ya que nadie más lo quería. Le pregunté a Ofelia si tenía planes para él, y me respondió negativamente. El buen corazón tan bien entrenado de Ofelia no era sensible a los animales, como sí lo era con cualquier cosa que tuviera ruedas. A ella le gustaban las *pick-up* 4x4. Moira tenía a Olimpia y no rompería la exclusividad de su amor por ella metiendo en sus vidas un perro viejo y malas pulgas como Boko. A las otras ni siquiera se me pasó por la cabeza consultarles. Como Bobby lo había recibido apenas cuando tenía un par de meses, se sabía exactamente su edad, trece años. Estaba viejo, y el veterinario al que lo llevé le dio con suerte dos años más de vida.

Aunque siempre fue más bien "contemplativo", según una expresión usada por Bobby, había perdido agilidad, musculatura, apetito, instintos. Mi tarea sería solo acompañarlo a un buen morir. Todos estos propósitos tenían la sospechosa apariencia de que comenzaban a ponerse en movimiento los preparativos para algo parecido, en mi caso, a una residencia definitiva. No se trataba de una decisión, sino que, como muchas otras veces, era un callejón sin salida. En cuanto a los papeles de Bobby, me tenían harto y creía ya dar por concluido el trabajo; era el calendario vital de Boko el que me obligaba a una estadía prolongada, salvo que muriera mañana, cosa que por su estado de salud no sería rara. Faltaban todavía algunas ideas fuertes para justificar lo que debía ser en apariencia una decisión.

Era una buena cosa pasear con Boko por el parque. El veterinario me dijo que estaba un poco gordo, que le faltaba ejercicio y, por lo tanto, solíamos dar un largo paseo, que nos llevaba a veces hasta el Forestal. No es que Boko fuera muy animado, aficionado a correr o cosas así, era más bien indiferente, pero tenía carácter.

Siempre me ha asombrado cómo los perros terminan por parecerse a sus amos. Tal vez sea que está viejo pero, lo mismo que

a Bobby, el mundo externo no lo conmueve mayormente, ni las palomas ni los niños ni los ancianos ni los otros perros. Camina junto a mí con la vista puesta al frente, ensimismado. Sospecho que echa de menos a su amo y que no se conforma conmigo, pero como fue bien educado es deferente y me tolera. A veces, cuando estoy sentado en el sillón preferido de Bobby, él se tiende frente a mí, me mira con sus ojos redondos y negros, brillantes como dos obsidianas, yo a su vez lo miro a él, y pareciera que nos hacemos grandes preguntas. Para esas grandes preguntas, no hallamos respuestas. Una de esas preguntas es por qué Bobby se quitó la vida, por qué, me vuelvo a decir. Eso no lo sabemos, compañero, pero lo averiguaremos.

Son palabras animosas que me digo cuando va Boko al lado mío y hacemos como que pensamos al unísono. Yo no dudo que él piensa que en algún momento verá aparecer a Bobby por el fondo del parque, viniendo hacia nosotros desde el obelisco por el camino de gravilla, caminando despreocupadamente como un día cualquiera de la vida, como es la fantasía de todos los deudos respecto de sus muertos. Boko bien puede esperar ese suceso, como tantas veces esperé yo encontrar a Irene a la vuelta de una esquina o parada mirando un quiosco de revistas. Yo ya sé que no, pero cuando paseamos los dos es como si esperáramos que eso ocurriera. Asimismo, cuando estoy solo, particularmente ante los papeles de Bobby, sé que no lo averiguaré nunca. Es lo que le expliqué a Moira esta misma tarde, cuando finalmente golpeó a la puerta.

No sé qué transformaciones se puede hacer una mujer en su pelo para que la misma cabellera esté ahora frondosa y aleonada, con un brillo y un movimiento especiales, como si saliera recién del interior de una turbina y todavía llevara tras de sí el mismo viento. El kimono de seda en tonos naranjo, la blusa blanca y los ajustados pantalones caqui parecían investirla de una naturaleza doble, como un maniquí que se ha conseguido un cuerpo vivo para habitar. Quiero decir que me resultó todo muy perturbador, aunque quizás la fuerte impresión se debiera a la larga soledad en que no había visto más que a la buena de Celeste. Pero también estaba maquillada, ojos y labios,

cosa tan desusada en Moira que pensé si no venía de paso, camino a otro lugar.

Apenas me dio un beso ligero en la mejilla y siguió adentro empujada por aquel mismo viento. En medio de la sala, miró todo en derredor. A sus pies, Boko la miraba hacia lo alto con el hocico en punta.

—Qué tristeza —dijo ella—. No había querido venir. Como que me iba a encontrar con su fantasma.

—Su fantasma está en todas partes. Hacia donde mires —dije yo esperando que tomara asiento ya que continuaba de pie mirando todo a su alrededor.

Mientras se sentaba, fui por una taza de té para ella y un whisky para mí. Boko tuvo la cortesía de acompañarme a la cocina, con lo que me sentí menos extraño en mi papel.

—Y yo soy el acompañante del fantasma. A veces creo que tiene más presencia que yo —dije al volver.

—Serías como el fantasma del fantasma.

—Una cosa así. Como sea, soy un subalterno. Estoy trabajando para Bobby.

—¿Estás cómodo, bien alojado?

—No se ha tocado nada, no se ha movido nada, está todo tal cual como estaba. Así es que tengo para mí todo lo de Bobby y Bobby vivía bien. Estoy muy bien, salvo por el fantasma. A veces creo que me habla al oído.

—No lo dudo. A mí también.

—¿Sí?

—Sí, conversamos.

—Qué bien. ¿Y de qué hablan?

—De todas esas cosas que no nos decíamos en vida. Nos las decimos ahora.

—Pero debes saber que a los muertos no puedes engañarlos. Son omniscientes.

—Bobby tiene esa cosa de las personas que son siempre iguales a sí mismas, que no cambian, o que nada las cambia, entonces una puede confiar en ellas.

—Ahora más que nunca está a nuestra entera disposición.

—No tienes buena cara.

—Tú estás magnífica.

—¿Estás durmiendo bien?

—Poco. Nunca he dormido mucho, y ahora menos, con los años.

—Te voy a traer lavanda, y manzanilla.

—Opio, si fuera posible. En Ámsterdam fuimos con Bobby a una casa de opio, era de una pareja de chinos...

—¿Estás cansado?

—Para nada, tengo muy poco que hacer.

—¿No estás trabajando en los papeles?

—Sí, pero avanzo poco.

—Por qué.

No tenía una respuesta del todo clara. Lo que sí tengo claro es que avanzaba muy lento, y no por pereza, es que una parte de mí se negaba a continuar y cada vez que me sentaba frente al *notebook* sentía un extraño estremecimiento.

—Me siento un intruso, hurgando en los papeles personales de alguien. No es un trabajo bonito de hacer, es como mirar por la cerradura, ¿me entiendes?

—Pero... ¿esos escritos no tratan de filosofía?

Lo dijo como si entonces fueran cosa inofensiva, y no pudieran hacer daño a nadie. Yo estaba consciente de que esa era una de las esperanzas de los Serna respecto de los papeles, que solo trataran de filosofía, y no me había sorprendido poco constatar que hubiese tanta referencia a cuestiones de la familia, no todas amables. Sabía que más temprano que tarde debería hacer frente a estas preguntas de ellos, pero no pensé nunca que fuera Moira la emisaria.

—Es casi todo filosofía, pero la filosofía, como la entendía Bobby, y como la vivía, no son precisamente tratados sobre metafísica, hay mucha vida entrecruzada con su filosofía.

—Nunca he sabido lo que es la metafísica.

—El principio de todas las cosas. A Bobby le interesaba más el cómo vivir. En fin, tendrías que leer a Nietzsche...

—Ni muerta. Se me atraganta. No he leído sus libros, pero sí leí alguna biografía de él, porque me interesaba saber de Bobby, y es terrible. Es horrible su vida. ¿Cómo alguien puede sufrir tanto?

—Ser feliz, tal como tú y yo lo entendemos, no estaba en sus planes...

—¿En los planes de Bobby?

—Estaba hablando de Nietzsche, pero aplica.

—¿Y qué dicen los escritos? ¿Bobby sufrió?

—Es lo que debemos suponer, pero no es claro tampoco. No tengo claro si Bobby sufrió más que tú, o que yo, o cualquiera.

—Si me lo preguntas, nunca pensé que Bobby fuera feliz —dijo ella con una cierta candidez que a veces utilizaba a su favor cuando se sentía atorada en una conversación.

—Ya te dije, no estaba en sus planes.

—¿Me tienes que hablar así?

—Perdona, te lo diré de otra manera. El asunto de ser feliz no estaba entre las preocupaciones de Bobby, le importaba más el estilo con que enfrentaba su soledad, o su angustia, más importante era para él la calidad de la conducta, la actitud.

—Eso lo entiendo. Era un arrogante.

—Tiene algo que ver. Ese era el propósito, la actitud. Otra cosa es que lo consiguiera.

—¿Lo consiguió?

—Como en todas las cosas, no sé qué tanto, no sé si siempre, qué tan lejos llegó.

—Es primera vez que estoy aquí desde que murió —dijo Moira mirando en torno a sí—. No me acordaba de lo lúgubre que es este lugar. Desde que se cambió aquí Bobby se puso lúgubre —agregó nerviosa. El giro de la conversación la había incomodado, y no tenía intenciones de seguir por ese camino. Supongo que para los deudos de los suicidas siempre es incómodo hacerse preguntas esenciales, y Moira no estaba siendo la excepción.

—Bobby no era lúgubre, era de otro linaje.

—No me gusta eso del linaje, teníamos el mismo, por si no lo sabes.

—No, no me malinterpretes. Mismo linaje, eso es inconfundible, pero estrategias distintas entre las hermanas.

—Mi única estrategia, querido mío, hoy día es sobrevivir. No tengo ningún programa.

—No lo parece. ¿Se puede saber por qué estás tan elegante? ¿De aquí vas a una fiesta?

—Yo no voy a fiestas. Deberías saberlo.

—Entonces querías impresionarme.

—Sí —dijo ella distraída. Se removió en su sillón, tiró de su kimono, miró por los ventanales abiertos hacia el balcón de en frente donde una mujer joven, embarazada, regaba unas plantas.

—Porque me has impresionado.

—No te he impresionado. Dame un cigarrillo mejor.

Le alcancé los cigarrillos. Ella se inclinó hacia el cenicero y estiró su brazo, solo vi sus párpados cerrados, que era como verla a ella en su adentro. Había recobrado su aplomo, lo que en ella era volver a su indiferencia.

—No creo que nada te impresione, Renato —dijo luego de aspirar el humo y soltarlo hacia lo alto.

—Oh, muchas cosas. Una mujer bonita como tú siempre me impresiona.

—Ya no estoy bonita, y no esperes ninguna recompensa por eso.

—¿No hay recompensa? ¿Estás segura de eso?

—No te la mereces, todavía. Y no sé si valga la pena que tú y yo nos recompensemos, Renato —dijo y me miró fijamente, con un aire triste, aunque luego apenas dibujó una sonrisa y la mirada cambió de dirección.

Su cigarrillo se equilibraba apenas en el cenicero y estaba a punto de caer. Moira fumaba solo en mi presencia, tal vez en tributo a nuestra juventud cuando ambos éramos fumadores empedernidos, ya que al día de hoy casi no fumaba.

—¿No estás tomando mucho de eso? —dijo cambiando totalmente de tema apuntando con su largo dedo índice y una perfecta uña color bermellón a mi vaso de whisky que estaba ya casi vacío.

—Nada. Solo con las visitas.

—¿Ah sí? ¿Y la botella está a medias por las visitas? Dame uno a mí que también soy visita.

Cuando volví con el vaso y antes que me sentara, ya estaba diciendo:

—¿Qué visitas? ¿A qué visitas recibes?

Le serví un whisky largo y se lo alcancé.

—En realidad muy pocas. Apenas algún viejo amigo, nadie muy interesante, salvo una, y esa sí que fue interesante, Verónica Bustos.

Ella abrió los ojos. Le relaté en detalle nuestro encuentro. En lo que duró el relato ella bebió al menos tres largos sorbos de whisky y fumó otro cigarrillo. No me interrumpió.

—No me extraña, nada de eso me extraña —dijo cuando acabé mi relato.

Me limité a observarla. Ella quería decir algo más.

—Nunca supe si lo quiso, o cómo lo quiso, o cuándo dejó de quererlo, y no puedo culparla por dejar de quererlo o por no quererlo, porque en el fondo la entiendo, pero tampoco la puedo querer a ella, porque como hermana siento que tenía el deber de quererlo. Ojalá le vaya bien, aunque no sé si Verónica Bustos pueda querer a alguien, o esa impresión que tengo es porque no pudo querer a Bobby.

—No sé si sea eso. Hizo lo que pudo, amamos a personas muy específicas por razones muy inespecíficas.

Me había oído con los ojos muy abiertos. Guardó un largo silencio, y yo también.

—Sí, puede que sea así, que se tratara de las personas equivocadas. Ni me lo digas —dijo con cierto desaliento.

Estoy seguro de que en ese momento pensó que yo hablaba de Irene, pero le cambié dirección.

—Es una cuestión de suerte, si la encuentras o no. Subestimamos la suerte, en esto del amor. Hay los que no la tienen nunca y los que la tienen y la dejan pasar. No sé qué es peor.

Ella no quiso seguir por ahí. Se puso de pie y fue hasta las puertas que se abrían al balcón. Se detuvo, de brazos cruzados, dándome la espalda, apoyada contra el vano.

—¿Te acuerdas de ese día...? No, no te vas a acordar.

—Si me lo dices...

—Cuando fuimos a ver el cometa Halley.

Siempre hacía lo mismo. Cuando Irene era mencionada, o no, pero se interponía entre nosotros, Moira echaba mano a algún recuerdo

anterior a ella, a uno que apelara a nuestra primera juventud, cuando suponíamos habíamos sido felices.

—Sí, claro, me acuerdo.

—Fuimos a Farellones.

—Ya te dije que me acuerdo perfectamente.

—Subimos con Bobby.

—Y Vanessa presentó por primera vez a Giusti, o mejor dicho al Porsche de Giusti.

—El pobre Alberto.

Moira se había vuelto, pero permanecía de pie en el vano de las puertas abiertas. Con la cabeza inclinada me miraba de un modo extraño, como interrogando mis ojos, pero esperando respuestas que ella daba por ciertas.

—Y, ¿qué hay con el Halley?

—¿Y te habías conseguido ese telescopio de trípode?

—Sí.

—¿Y que nos acurrucamos los dos y nos cubrimos con una manta?

—Me acuerdo perfectamente de todo eso. Y tratamos de ver por el telescopio y no se veía nada.

—En ese momento yo habría ido contigo hasta el fin del mundo, o a donde tú hubieras querido llevarme.

Debí volver a revisar el momento. En realidad tenía apenas un esbozo en la memoria de los hechos, y traté de recordar algo más en la nebulosa del tiempo. La manta peruana, el telescopio, el cometa, la noche, los amigos algo más allá aullando a las estrellas, la marihuana, el whisky con hielo, la ladera del monte, el pasto húmedo, las bocinas de los autos sonando cuando asomó algo parecido a una presunta cola, y el extraño estupor de creer haber visto algo sin poder asegurarlo, y Moira junto a mí, sumida en el ojo del telescopio, mi brazo ciñendo su hombro, eran las combinaciones posibles de las partes de ese auto sacramental en el que yo al menos no alcancé a ver el trineo sideral llevándonos a mí y a Moira hacia el firmamento, como decía ella. Porque Moira se había puesto de pie, se había sacudido los pantalones y se había largado hacia donde estaban Vanessa y Bobby con el apuesto Giusti que descorchaba *champagne*. Con ellos había un americano de Oregon,

viejo, con cara de adicto, que explicaba con unas enormes manos huesudas de lagarto el misterio astral que acabábamos de ver. Yo me quedé donde estaba. Para entonces Moira se había olvidado totalmente de mí, y Bobby vino a reunirse conmigo con algo de hastío. Media hora después bajaban a la ciudad Vanessa y Giusti llevándose a Moira con ellos en el Porsche. Yo lo hice con Bobby en el MG de aquel entonces.

—Ese momento que tú dices debe haber durado un segundo.

—No importa cuánto duró, sino el alcance del sentimiento —dijo ella con gracia. Había sacado a Irene de las emanaciones de la memoria.

—¿Debo recompensarte por eso?

—No estaría de más —dijo ella inclinando la cabeza.

—Cuéntame antes por qué tu atuendo de ciudad. ¿Vas a algún lugar ahora?

—No, tonto, vengo del banco y de ver a mi abogado. Negocios.

—Ya veo. Las abejas.

—¿Te interesan mis abejitas?

—Muchísimo.

—Voy a ser la abeja reina.

—Tienes ya a tu zángano.

—No, no, no te equivoques.

—No me he equivocado con ninguno. Cuéntame del jovencito.

—¡¿Quién te habló de jovencitos?!

—Cirilo. Y Vanessa, a su manera.

—¡Qué sabe Cirilo de algo! Vanessa menos.

Moira actuaba con pasmosa naturalidad una vez que toqué el tema.

—Lo que sabe Vanessa es que es joven, moreno. ¿Te hartaste de los ojos azules?

—No lo eches todo a perder, por favor —me miró con fastidio.

—No soy yo el que ha echado a perder las cosas.

Ella detuvo el gesto en el rictus de sorpresa en la boca, como que una palabra no alcanzó a salir de sus labios.

—No pensarás que tengo un amiguito en mi joven apicultor.

—Por supuesto que lo pienso, pero para el caso da los mismo lo que piense.

—No me da lo mismo lo que pienses —fue su rápida respuesta. Acto seguido, después de una vacilación, agregó—. Porque estás pensando mal.

Pero no hubo ninguna convicción en sus palabras. Junto con decirlo bajó los ojos, y luego los levantó para mirar un segundo a su alrededor, de manera de no pasar sus ojos por los míos. Yo sabía que había mentido, y ella sabía que yo sabía, de modo que se interpuso un silencio. Esa parálisis, la de ese instante, había durado por años, los dos detenidos, impedidos de dar el siguiente paso por el peligro de saber más de la cuenta. Debíamos fingir saber menos el uno del otro, no disponernos a ninguna forma exhaustiva de conocimiento. Esa reserva mutua alcanzaba un perfecto equilibrio, que tal vez fuera lo más indestructible que había entre nosotros. Era un raro escrúpulo por no estropear ese equilibrio, en el supuesto de que si llevábamos más adelante las cosas y nos dijéramos la verdad uno de los dos saldría malherido. La verdad hubiera sido lo que sentía el uno por el otro, si bien a esa edad, y con tantas cosas que habían ocurrido, era difícil definir de qué hablábamos cuando nos referíamos a nuestros sentimientos. Por algún motivo ella me miró con algo de pesar y una sonrisa de cierta tibieza.

—Eres un tontito. Te imaginas cosas.

—Y no tengo demasiada imaginación, la imaginación no es mi fuerte.

—Lo sé, eres un hombre práctico, un bruto que no conoce mis sentimientos, pero me halagan tus celos —dijo ahora sonriendo.

—A mí me halagan tus mentiras.

—¡¿Cómo?!

—Es un cuidado de tu parte, tenerme a resguardo de la verdad. La verdad es fea.

—La verdad es fea —repitió ella meditabunda, mirando hacia un rincón del cielo raso donde no había nada.

—Mejor soñarte, es tu estado ideal, siendo soñada.

—Tú también te apareces en mis sueños, más de lo que piensas —dijo ella, y de pronto había sonreído, como si hubiera despertado de

un trance y sus palabras anteriores hubieran sido dictadas por otra.

—Es el medio que uso para visitarte cuando estoy afuera, en España. Mi alma se teletransporta.

—Donde estás con tu españolita.

—Ya no hay Bettina. Tal vez ni siquiera vuelva a finiquitar mis asuntos con ella. Parece que todo se puede hacer con firma electrónica.

Me miró con curiosidad.

—No me habías dicho nada de eso.

—No lo sabía hasta hace unos días.

—No quiere verte —dijo Moira muy persuadida.

—Está contando billetes y no quiere que la mire.

—Eso no es bonito.

—No, nada de bonito.

Se hizo un largo silencio. Ella meditaba algo, pero a Moira siempre le costaba encontrar la salida.

—¿Y qué hay de mi recompensa? —dijo entonces levantando la mirada.

—Te la has ganado. Ven.

En la pieza, desvistiéndose junto a la cama, se detuvo y dejó el gesto en pausa.

—Qué raro hacerlo en la cama de Bobby, ¿no?

—No hay otra en todo el departamento —respondí, y ella continuó con lo suyo.

Una vez en la cama pidió antes fumar otro cigarrillo. Yo la complací, como siempre. De pronto dijo:

—¿Por qué Bobby leía esas cosas sobre el superhombre? Tan distinto a como era él, tan frágil, tan débil, o es como yo lo veía, Bobby estaba más lejos que cualquiera de ser un superhombre —dijo ella mirando hacia el cielo raso y espirando el humo.

—No se trata de eso, es otra cosa. Ya te lo explicaré, en otro momento. Ven aquí.

—No, espera, primero un beso. ¡Dame un beso!

* * *

Veamos qué hay aquí. "La vida es un fracaso irremisible y, sin embargo, no podemos dejarnos vencer por la tristeza. Todo en torno a mí es tristeza. No sé cómo Renato puede vivir luego de la muerte de Irene. Sé que la amaba, y ella a él, pero eso no significó ningún premio para ellos, fueron castigados. Él, más, porque tiene que contemplar la muerte de ella, y ella tiene la suerte de haber muerto, ya que nadie contempla su propia muerte. «Todo está vacío, todo es idéntico, todo fue». Qué razón para vivir tiene hoy día alguien como él, que está entre los ingenuos que esperó que la vida le diera frutos. La terrible verdad de la vida les será revelada a todos, no hay sentido, ni salvación, Renato ya lo sabe, todo es desolación y sinsentido. No nos amaremos los unos a los otros. La pregunta que cae: ¿es bueno saberlo? ¿O no será mejor no saberlo, vivir como los pájaros en el cielo? Pero el hombre superior no puede ignorarlo, y si lo sabe del modo en que yo lo sé, sabe también que solo puede salvarlo un gran sacrificio. ¿Y cuál será ese sacrificio? Un sacrificio ofrecido a quién, a qué, si estamos ya fatigados a falta de esperanza. Solo puedo reafirmar que la vida es dolor. Lo de Renato reafirma la violencia que puede ejercer la vida contra uno, pero eso es un campanazo de tantos que nos recuerda que la vida no se satisface con nuestro dolor, quiere más aún, devorarnos. El hombre verdaderamente sabio conoce ese dolor, no puede escapar de él. En un mundo sin verdades existe al menos esa, y esa verdad ya es algo. De ahí podemos empezar a comprender, a elevarnos sobre el lodazal. Verónica no sabe nada de esto. Ella cree en el provecho y la oportunidad, en los progresos de la vida material, y como eso lo ha conseguido teme perderlo, cuando nadie se lo va a disputar. Ella se conforma con algo tan absurdo como el bienestar. Ahí acaba la batalla, ya no hay superación. De ahí su incomodidad, y la incomodidad de ella viéndome llevar adelante mi combate, mi combate hacia otra luz, una luz distinta que haga que la vida valga la pena vivirla, vivirla soberanamente, en medio del absurdo. Lo único que nos queda es nuestra propia afirmación. Ese es el sacrificio, ser uno mismo. Verónica no entendió nunca eso. A veces creía comprenderme, pero era solo para no perderme. Sí alcanzaba a vislumbrar que si me abandonaba quedaba ante el mundo como una

estúpida porque alguna vez me tuvo fe. Tenía al menos ese pudor. Pero luego ya no fue suficiente. El sacrificio del que hablo es la soledad, y para la soledad hace falta valor, y el valor lo es en sí mismo, de ahí la elevación, obedecerse a sí mismo. He de dejarla partir, no intentar retenerla, ella no reconoce el absurdo, el de sus afanes, el de los demás. Ella ve un mundo regular y se atiene a su regularidad porque sabe que pensar es violento. Ella vive, en suma, con ilusiones, todas falsas, tanto como la regularidad de la vida. Renato ya sabe que no existe tal regularidad, lo ha experimentado en carne propia, con su línea de vida quebrada, hecha trizas por la muerte de la mujer amada. El amor debe ser sublime, incognoscible, o no ser. Tal vez ni él mismo lo haya sabido, o lo haya sabido una vez que ella murió. La muerte es la única verdad rotunda, la única en la que podemos confiar, no nos va a defraudar". Esta cita está fechada en octubre de 2014. Ya por entonces Bobby estaba sumido en la tristeza. Ese preciso año no viajé, ni tampoco tengo recuerdo de correos de ese tenor. Tal vez el peso de Verónica en su decisión sea mayor que el que hemos pensado.

* * *

El joven apicultor se llamaba Alonso Suárez, era moreno, los ojos negros y la mirada alerta. La mirada alerta de alguien que está a la defensiva. Estaba vestido con un buzo azul de trabajo de tela dura, al lado de una *pick–up* Dodge amarilla que asumí era una compra reciente de Moira. Al muchacho le debía fascinar la Dodge amarilla. Tenía todo el tipo, brazos fuertes y mandíbula cuadrada. Bajaba unos bártulos de la camioneta junto con Moira y ambos detuvieron su faena cuando mi auto entró al patio de arenilla de El Trébol. Me miró con atención mientras maniobraba para encontrar un lugar; Moira después de hacer un saludo rutinario con la mano continuó con lo suyo. Sí, la entidad de Moira era la del sueño. De pronto podía entrar en una atmosfera distinta y ser subsumida por ella, como una Alicia que traspasara el espejo, de pronto le bastaba dar un paso para asumir otra dimensión posible de ella, como el ser contingente que

era, sin finalidad ni esencia. Quiero decir que esta mujer vestida poco menos que en tenida de campaña era una muy otra a la que hace dos días golpeó a mi puerta vestida de calle, elegante, y su saludo fue más rudo que la mujer que puso su cabeza en mi almohada y durmió muy plácida junto a mí. El otro se asomó tras el hombro de ella y me volvió a mirar. Al parecer mi persona le era más interesante que Sergio Varela, quien estacionó muy poco después de mí, y supuse que para él yo era alguien para tener en cuenta. ¿En qué calidad?, no lo sé, pero en ese mismo instante y con esos pocos ademanes bastó para que mi existencia se volviera muy relativa en lo que a Moira concernía. Con seguridad, para el joven apicultor no era un extraño el que llegaba, pero sí un extraño a ellos, a la órbita que los envolvía, y por lo mismo amenazante. Era extraño que Moira no estuviera ya preparada para el almuerzo con que las Serna conmemorarían un mes de la muerte de Bobby. Cabía preguntarse por qué habría retrasado tanto sus quehaceres, si es que los tenía, y producía esa puesta en escena que no tenía nada de casual. Y lo hubiera sido si el joven alto y moreno de mirada encendida fuera su empleado y no su amante. Lo que sí también comunicaba la escena era que ambos se conocían lo suficiente, que estaban muy habituados el uno al otro, que en ese momento el joven moreno de mirada encendida era con quien compartía su día a día, y lo que ella pretendía era que las conclusiones llegaran hasta ahí, si bien todo comunicaba otra cosa. En el momento en que yo ponía un pie en tierra entró con estrépito Ofelia en la Ford Ranger con Talita de copiloto, y con la extravagante frenada que imprimió Ofelia se levantó una nube de polvo. Me vi dispensado de ser el centro de atención de aquellos dos. Cuando nos acercábamos hacia ellos, en el otro extremo del patio, yo junto a las dos mujeres, el apicultor dejó lo que estaba haciendo y se cruzó de brazos para vernos venir, como si nos amonestara, porque habíamos entrado en su secreto o lo que fuera que hacían, y que debía ser preservado de los ojos de los intrusos. Volviéndose hacia ella, le dijo algo a Moira que no alcanzamos a oír. Moira llevaba un sombrero de paja; se lo quitó, y con el mismo nos hizo ahora una seña de bienvenida. En ese momento salía Olga de dentro de la casa, también agitando una

mano y con la otra haciendo de visera encima de los ojos al sol que caía vertical a su cabeza. Vanessa venía con ella, y más atrás Cirilo. Nos saludamos a lo lejos con sonrisas mutuas.

De pronto tuve una extraña sensación contemplando la escena. Mirando al desgarbado Cirilo venir por el sendero de gravilla sentí que era el Bobby de su juventud y que Ofelia, con su cuerpo de niña perenne, era la pequeña Ofelia, y Vanessa de lejos, tan delgada y con su vestido de algodón que bien pudo llevar a los veinte, todos, renunciábamos a nuestros cuerpos biológicos repasados por el tiempo, y volvíamos a ese tiempo arcádico, exento, libre de sombras, radiante como ese mediodía. Aquella edad que nosotros creímos entonces opresiva, cuando la verdadera opresión era la de nuestra vida adulta que como por arte de magia ahora, en este instante, se disipaba. Fue una extraña paz que me invadió, por aquel adolescente y la chica púber, o tal vez por la brisa que mecía el verde follaje, o por el violeta de los jacarandás o el horizonte de almendros, pero no, no era eso, era que si bien no había levantado la mirada al cielo ahí estaban los gigantes, los enormes cumulonimbos, que me trasladaron a ese tiempo de felicidad de los veranos en la primera juventud, demarcados por un territorio tan cerrado, esa fortaleza intemporal que nos preservó de tantas cosas, donde no encontrábamos contrapeso a nuestras infatuaciones, en que por cierto nos creíamos prisioneros por no poder tomar en el segundo siguiente un vuelo a Londres o a Sausalito, en que el límite entre sueño y realidad era tan sutil que aquel sueño casi podías tocarlo con nuestras manos. Y sin embargo, ningún Serna, pudiendo hacer tantas cosas con sus vidas, pudo desprenderse de adulto de los verdores de El Trébol. Todos lo intentaron, Moira fue a buscar a sus maridos muy lejos, pero se los trajo a sus tierras de infancia e intentó esa locura del Cajón pretendiendo fundar ella su propia comarca, pero su intento no prosperó como sí lo hizo Roberto Serna con El Trébol. Para Roberto Serna fundar una familia era cosa sagrada y suponía que un terruño participaba de ese programa. Aunque no se comportaran como si lo fueran, en algún plano los Serna se percibían a sí mismos como una familia, pero más como personajes de un cuadro, un gran óleo en que todos los miembros

posan para una posible posteridad, para luego dispersarse, conscientes de que al menos quedará la gran tela inmortal. Los miraba y, pese a todo, sí que eran una familia y tal vez no sabían que, sin ese vínculo, todo habría sido todavía peor.

Era extraño que Moira hubiera escogido ese día y esa circunstancia para el estreno en sociedad de su amigo. A los demás la presencia del ayudante les era indiferente, a excepción de Vanessa, que al llegar intercambió conmigo una mirada de inteligencia que fue del muchacho hasta mí, para seguir de largo haciendo un gesto con las cejas. Las otras no hicieron mayor caso de él, de ellos, que continuaron con la pantomima de la faena de descargar la *pick-up*. Eran unos bastidores con unas mallas, unos largueros y unos focos con sus trípodes. En ese momento Moira hablaba algo con Olga, esta de brazos en jarra, junto a la puerta abierta de la camioneta. Yo me dirigí por el camino hacia la casa, y en ese momento apareció Vanessa a mi lado y me tomó del brazo, como solía hacerlo, sumándose a mi caminata.

—¿Qué te ha parecido? Tiene bonitos ojos —dijo ella alegremente.

—Nunca he entendido el gusto de las mujeres.

—No nos conoces —respondió en el mismo tono.

—No, y me doy por vencido.

—Cobarde.

—Les tengo terror —fue mi respuesta mientras yo pensaba que Moira había evitado cruzar sus ojos con los míos. Conocía ese talante de Moira, el de la mirada baja, errática; cuando el mundo le sobraba, no tenía tiempo ni espíritu para atender tanta contingencia. La operación de ser vista con su nueva compañía estaba cumplida. Había hecho el estreno en sociedad de su nuevo amante.

Cuando entrábamos a la casa Vanessa se deshizo de mi brazo y siguió hacia la cocina con su andar apresurado. Me senté en un sillón y el cuadro de Pilar me quedó enfrente. Era un cuadro notable, de un extraordinario realismo, y la mirada aguda y punzante de Pilar Müller está perfectamente expresada: "Te voy a atacar si me haces daño", parecía decir esa mirada. El mentón denotaba una fuerza que se había repartido de manera desigual en sus cuatro hijas. Muchas veces pensé si Moira era la que menos había recibido de esa

herencia de voluntad que emanaba de Pilar, o si en el camino la había dilapidado. Las dos menores la tenían en abundancia y Vanessa no la había necesitado. Tal vez la necesitara ahora, aunque en el fondo subsistía en ella esa cuota de estoicismo involuntario, esa imposibilidad de vivir dramáticamente que la salvaba de sí misma. Al minuto volvió ella con dos cervezas que dejó sobre la mesita. La inmutabilidad de esa sala era idéntica a cuando los Serna eran adolescentes, más que nada por el descuido que por otra cosa, con los mismos objetos puestos en el mismo sitio, la cabeza de Wagner en bronce sobre el aparador, los platos de porcelana en el muro del comedor, la platería sobre el horrible *buffet*; solo denotaban el desgaste de los tapices de sillones y sillas que nadie se había molestado en cambiar y que parecían ser los mismos que la primera vez que puse un pie ahí. Vanessa frente a mí me sonreía.

—Salud —dijo al sentarse levantando su vaso y cruzándose de piernas en su butaca años sesenta. Choqué mi vaso con el suyo.

—Supongo que no habrá discursos —dije yo, mirando la mesa que Herminio ponía en el jardín.

—La idea era que hablaras tú. ¿Quién más?

En eso entró Olga que como siempre miró la escena con sospecha, observando a cada uno con recelo. Olga creía siempre estar perdiéndose algo. Era de las que están muy satisfechas con su vida —para ella un bien de capital—, aunque tienen la sospecha de que los demás lo pasan mejor. Pero era de esas cosas que no tienen remedio, y le venía desde que se casó con Varela.

—En un rato va a estar el almuerzo —dijo al pasar, pero en eso entró corriendo Ofelia.

—¡El papá tuvo un infarto! —exclamó como poseída por la angustia y la locura.

De ahí en adelante todo fue confusión. Se produjo la estampida. Era serio, había dicho la señora Blanca, y papá Serna se encontraba en ese minuto en el hospital, fue la información que dio Ofelia. Talita estaba a su lado con el rostro alarmado. Talita tiene unos enormes ojos, un iris muy blanco y grande. Ellas fueron las dos que arrancaron primero en su Ranger. Vanessa se iría con Olga y su marido. Yo salí al estacionamiento siguiendo a los demás, con no

poco de fastidio. En el estacionamiento Moira le decía algo al ayudante, que asentía una y otra vez con la cabeza, y se subía luego a su Dodge amarilla. Ella salió inmediatamente delante de mí. Alcanzó a mirarme por el retrovisor cuando salíamos al camino. Esperé un momento para no irme tras su estela de polvo según la violenta acelerada con que se perdió por el camino de ripio. Ese mediodía, con esa casi imperceptible secuencia de hechos, para mí estaba todo claro, desde mi llegada hasta esta salida intempestiva quedábamos Moira y yo separados por un muro de incomprensión. Si dejas por un momento de lado la gentileza no esperes otra cosa que distancia.

Ya en el departamento recibí un llamado de la misma Moira informándome que su padre, Roberto Serna, estaba muy grave, que podía morir en cualquier momento. Roberto Serna era un hombre robusto, como un roble, decía él de sí mismo. Era el único atributo de su persona que se hubiera atrevido a mencionar, y era cierto, y su corazón era también grande, y había explotado como una bomba. La señora Blanca había informado correctamente, el infarto había sido destructivo, como una poderosa máquina que explota. El coloso había caído. Moira no pudo decir más, estaba destrozada, y todavía más lejana. Se esperaba la muerte de un momento a otro.

* * *

Las hermanas estaban agotadas, según me dijo Vanessa en otro llamado al día siguiente. Le pregunté si necesitaba algo, y me respondió que hablar, solo hablar con alguien, a lo que me mostré dispuesto. Llegó al atardecer luego de visitar a su padre en el hospital ese día. Hacía un terrible calor de febrero en la ciudad, pero el departamento, con sus enormes muros y sus pesadas cortinas, estaba fresco. Salí a la puerta al sonido del timbre. Al verme ella me abrazó, por largo rato, y apoyó su cabeza en mi hombro. Luego entró y miró con detención la sala congelada, esa impresión daba, la de una puesta en escena de muebles y objetos que no constituían

hogar. Recorrió con la mirada y cierta curiosidad los detalles del lugar, que al parecer no le era habitual.

—¿Sabes?, no venía mucho por aquí. Nunca pensé que fuera bienvenida, tal vez son ideas mías —dijo al cabo de un momento mirándome a la vez que recorría con la vista el mobiliario. Estaba claro que esos grandes sillones de felpa verde botella, ya viejos, no eran de su agrado, si es que no le producían un franco rechazo.

—Seguro que son ideas tuyas. No había ninguna razón. Sé que Ofelia venía seguido, Moira también, no creo que Bobby hiciera diferencias entre ustedes. Nunca me enteré de nada parecido. Siempre fuiste la hermana mayor, y eso importa, deberías saberlo.

—Nunca me gustó eso de hermana mayor, no sé si lo fui alguna vez. Me parece que no. ¿Tienes algo fuerte, pero muy fuerte? —dijo ella sentándose sin dejar de mirar a su alrededor.

—¿Fuerte como un whisky?

—Por ejemplo.

Fui por la botella, los vasos y el hielo. Ella se había cambiado de posición, y en el gran sofá se había puesto en el sentido del largo con las piernas extendidas. Cuando entré estaba con la cabeza colgando hacia atrás del brazo del sillón, como si hiciera un ejercicio de respiración. Solo la levantó cuando entré soltando un largo suspiro.

—La tormenta no termina —dijo después de un momento, estirando la mano para recibir el vaso—. Todavía no me recuperaba de lo de Bobby... —Y exhaló ahora una especie de suspiro interrumpido que sonó a fastidio.

Vanessa parecía más confundida que otra cosa, más atragantada que triste, como si no pudiera todavía armar la imagen de que su padre tal vez moría, y tan seguido de Bobby. Era un derrumbe por partes, como una gran fortaleza asediada cuyos muros se desmoronan por secciones, y cuyo último bastión, una gran torre, está a punto de caer a tierra. Serna siempre estuvo ahí, como un ícono silencioso, la estatua de grandes proporciones, antigua, solemne, situada en una esquina de la plaza, pero a la que nadie presta atención porque los transeúntes van camino a otro lugar y en su trajín ya no la ven. Ese rincón de la plaza de pronto está vacío, ha

desaparecido la estatua, el plinto, sentía yo pensando en el viejo buen hombre.

Vanessa no salía de su perplejidad, o se resistía a aceptarlo. Nunca llegué a saber si participaba de la leyenda según la cual ella no era hija de su padre sino de Serrano. Bobby había sido cauteloso en ese punto, ya que la maledicencia podía decir muchas cosas, pero no existía la prueba, salvo que el colorido en ella, a diferencia de sus hermanas, no se había teñido con el moreno de Roberto Serna. Era tan rubia como rubios eran su madre y Raimundo Serrano. Vanessa nunca había mostrado cercanía con su padrastro, como también era la más lejana con su madre, la única que le ofrecía competencia, a diferencia de las otras hijas de Pilar. Los compartimentos estancos habían permitido, tal vez, que esa leyenda urbana no llegara a Vanessa y se detuviera por mínima piedad en las inmediaciones de ella. Ignoro si tenía aquello en su cabeza en ese mismo momento.

—No está sufriendo, me dijo hoy el médico. Está inconsciente, con ventilador mecánico. La pobre señora Blanca le hace guardia. Se le desplomó al salir de la casa. Iban a El Trébol, al almuerzo, estaba tan bien que, imagínate, iba a manejar él. De ahí no recobró más la consciencia —dijo de manera casi automática, mirando al cielo raso.

—¿Y tu madre?

—Moira habló con ella.

Yo la observaba, ella me miraba alternativamente a mí y al cielo raso, acostada en el sillón como estaba, y habría querido decir más cosas, pero no le salían las palabras.

—No pudiste comunicarte con él, supongo.

—No, no tiene consciencia, y si despierta no sabemos si tendrá habla. No se sabe qué otros órganos pueden estar afectados. Tiene mucho líquido en los pulmones.

—Pobre hombre.

—Es un buen hombre mi papito —dijo al cabo de un momento.

Si la resistencia al mal te convierte en bueno, Serna lo era. Si Roberto Serna era alguien que no había hecho nunca daño a nadie, y que había sufrido el daño perpetrado a él con resignación y sin rencor, era un hombre bueno, era lo primero que se venía a la mente. La noticia de la muerte inminente elabora resúmenes

escuetos. Hasta ahí Serna salía muy bien librado, sin embargo, me preguntaba en ese momento del largo silencio introspectivo de Vanessa, un par de cosas muy simples. Si la bondad es el primer atributo entre todos, si es la más estimable entre todas las categorías, ¿por qué no habíamos visto a Roberto Serna como un ser superior? Superior a nosotros, que carecíamos de ella, porque no lo habíamos admirado en vida, habíamos tenido hacia él una mirada condescendiente, si es que no socarrona. Alguna pieza faltaba, y era la compasión, que había despertado siempre en nosotros, y que desde luego nos impedía admirarlo. Me preguntaba de qué sirve la bondad si no sientes el deseo de imitarla, de seguirla, si es que más bien estás tentado de su contrario, para librarte de un resultado como el de Serna, que continuaba suscitando la conmiseración.

—Pobre mi papá —dijo otra vez Vanessa sumida en la confusión y mirándome con alarma—. ¿Sabes? Lo que más me duele es que no pueda hablar, comunicarse, decirnos algo. Estoy segura de que querría decirnos mil cosas, todas esas cosas que el pobre se guardaba.

—Tal vez se vaya sin haber dicho nada. Si hay algún cielo, tu padre se lo ha ganado.

Vanessa me miró otra vez con sorpresa.

—Sí —musitó—. Él se ha ganado el cielo, pobre.

Miró hacia la ventana. Hacia el edificio de enfrente, donde un gato recorría una cornisa.

—Siempre pensé que iba a morir después de alguna larga enfermedad y que yo iba a tener tiempo de decirle que lo quería, y mucho, y que tendría mucho tiempo para eso, que lo cuidaría, y que podría morir contento, si es que se puede. Pero ahora, no poder decirle nada, es horrible. No fuimos cariñosas con él, creo. Él nunca pensó que alguien lo quería, y yo tenía que decírselo, y tal vez ya no pueda decirle nada.

Lo habían tratado con desdén, es cierto, el cariño del viejo Serna a sus hijas había sido demasiado incondicional como para que se ocuparan de él, venía demasiado garantido como para que diera lugar a algún tipo de reciprocidad. Estaban Ofelia y Talita, que se habían ocupado de él, pero lo de ellas era más control y dominación

que cariño, un entrenamiento según las teorías del *mindfulness*, el pobre hombre como un conejillo de Indias de las prácticas de la compasión aplicada, aprendidas en Stanford. Si el pobre Serna aceptó tales disciplinas fue justamente por complacer a su hija menor, no por otra cosa. Pero tal vez no le importara ser correspondido, y ya para entonces conociera lo suficiente del corazón humano como para esperar nada, con lo que ya habría aprendido todo lo que se necesita saber en la vida.

—¿Y Bobby? ¿Crees que se lo ganó?

—¿Que se ganó qué querida?

—El cielo —musitó apenas Vanesa.

La respuesta no era sencilla. No era tampoco el momento de hablar de esas cosas.

—No creo que le importara mayormente. Me imagino que el cielo debe estar lleno de gente y eso no le gustaría nada. Bobby debe tener un compartimento especial en el cielo, y se lo ganó, uno lejos de la muchedumbre, supongo que arriba de alguna torre, muy alta. Lo hizo todo para estar ahí.

—Una torre muy alta —susurró ella para sí misma—. Yo quisiera también estar en una torre, y que nadie me viera, nunca.

—¿Por qué dices eso?

—Porque quisiera estar sola, he conocido demasiada gente, y no espero ya nada de nadie. Tengo la peor opinión de los hombres. No puedo evitarlo. De ti no puedo decirlo, tú eres distinto. No creo que llegue a conocer a alguien que pueda hacerme feliz. Eso ya no lo espero.

No podía decir nada ante eso. Nunca he sido tampoco un entusiasta defensor de mi género. Muy lejos de eso. No tengo cómo no compartir el pesimismo de Vanessa, no tendría buenos argumentos para refutarla. Me miró a los ojos, como si pidiera auxilio. Nunca la había visto tan desconcertada, tan propensa al llanto que sin embargo no brotaría de sus ojos, sino que emanaba de toda su persona, como si el llanto fuese a estallar por todos sus poros, como un río interno que pugnaba por romper las defensas. Me senté al borde del sofá, a su lado y la tomé de la mano para reconfortarla. Ella me abrazó, muy fuerte, y se quedó largo rato así,

inmóvil, mientras yo la estrechaba en mis brazos. Solo ahí comenzó a llorar.

Esta mujer tan dotada en las leyes de la atracción había adquirido con el tiempo una extraña inocencia. Era como si con el paso del tiempo Vanessa supiera cada vez menos de la vida y su desamparo fuese más vasto. Su debut había sido demasiado brillante, las cosas se habían ido estropeando en el camino, y no terminaba de entender cómo ni por qué, y tampoco conocía sus armas para oponerse a esa declinación de sus fuerzas. En ese instante era una criatura digna de la más grande ternura. La acaricié, nos acariciamos, un poco desesperadamente ella, como si quisiera entender algo, penetrar en algo que en ese momento escapaba a su entendimiento, a nuestro entendimiento.

Ella me dijo después, no con estas palabras, sino de un modo confuso y atropellado, por lo que traduzco, que siempre supo que esto ocurriría, que debimos pensarlo antes, que ocurriría, porque nos conocíamos demasiado, y ambos compartíamos una misma forma de existencia, ambos éramos viudos, y esa forma era la del dolor carente de sentido y de finalidad, el de aquellos que alguna vez habíamos en el camino perdido el amor, irrevocable, irreparable, y que ya sabíamos que el sufrimiento no es justo ni injusto, es estéril, no conoce compensación, ni nos mejora hacia el futuro, y que adelante nada nos espera. En eso nos asemejábamos. Cuando lo dijo, la miré junto a mí, su cabeza posada en la almohada, los ojos vacíos, su pelo cubriéndole las sienes, las largas pestañas inmóviles, su brazo extendido sobre mi pecho, y pensé que había algo de verdad en ello. Para mí lo inevitable lo entendía como que ella era la dueña del torbellino de piernas doradas que vi bajando como una loca la escalera de la casa de El Vergel aquella primera vez. Esas imágenes no se borran nunca, conservan intacto su prestigio. Es la imagen original indeleble, la que nada puede adulterar. Ella, con su *jumper* muy corto, su pelo rubio volando, sus largas piernas alborotadas bajando la escalera, había quedado fija en el tiempo. Lo mismo era inalterable el deseo y el estremecimiento que me causara aquella vez. Su cabeza ahora reposaba en mi pecho, su brazo me envolvía el cuello, y su respiración era imperceptible. Yo acariciaba

su pelo. Una mujer que ha vivido lo que ella, que ha conocido, ha sufrido, que ha amado violentamente, reposando sobre tu pecho después del amor, te salva de toda contingencia. Puedo decir que su congoja de la hora se había disipado, estaba muy tranquila, muy calma, como la noche que ya había caído. Se quedó conmigo y, como disponíamos de poco tiempo porque tenía esa mañana que ir a la clínica, estuvo sonriente, serena, se vistió rápido y se fue sin despedirnos, ya que le dije que yo también iría, por lo que nos veríamos dentro de un rato.

* * *

Llegué a la clínica a eso del mediodía. En el mesón de información me dijeron que el paciente continuaba estable, que no se lo podía visitar, pero que sus parientes se encontraban en la capilla. No recordaba en esa familia ninguna demostración de religiosidad, y con esa extrañeza y las señas de la enfermera me dirigí hacia esa dependencia, consagrada a las oraciones de los familiares. No era más que un pequeño recinto.

En la capilla, fría y penumbrosa, no estaban más que las cuatro Serna y Talita, que sentada en una silla, en una especie de tarima, leía un libro de oraciones. Cuando entré, ella levantó la mirada, pero no detuvo la lectura, lo que bastó para que al menos dos de ellas, Moira y Ofelia, giraran la cabeza para mirar quién había asomado. La escena era extraña, y solo podía explicarse por la persuasiva energía de Ofelia. Talita vestía un traje menos sencillo que sus acostumbradas túnicas color crudo atadas con un grueso cinturón de cuero de imponente hebilla. Este era un tocado azul, con mangas, una suerte de toga ceremonial y una cofia blanca en la cabeza, lo que realzaba el carácter heterodoxo de esa rara práctica litúrgica que estaba ocurriendo, en que no existía un cura ni los utensilios de la misa. Ella le daba la espalda al altar. Yo era tan extraño a la ceremonia como la ceremonia misma, ya que tanto Ofelia como Talita practicaban un curioso sincretismo entre una religiosidad popular muy apegada a los textos sagrados y el *mindfulness*, más

mucha meditación y yoga. En ese momento Talita leía lo que creía entender eran salmos, pero recitados como si de mantras se tratara. Podía entender que Ofelia había persuadido a sus hermanas de que, ya que no se podía hacer nada por el pobre Serna, solo les quedaba rezar por él, y estas no pudieron resistirse. Imaginaba que Ofelia con su espíritu práctico había querido otorgarle a Talita un protagonismo que rara vez tenía en esa familia y que las Serna se habían plegado de buena voluntad a este oficio pagano femenino que tenía, de todos modos, algo conmovedor.

No estaban ni Pilar ni la señora Blanca. A esta última, de seguro la más religiosa de todas ellas, no la habían considerado, y tal vez tal desaire fuera una forma larvada de fidelidad a Pilar que, por su lado, no se habría prestado para ninguna extravagancia con el dogma religioso. Estaban las cuatro en hilera en la primera banca. De entre ellas, ¿era la más fuerte la pequeña y categórica Ofelia o lo era la sagaz y determinada Olga? ¿Eran las dos mayores, Vanessa la más distraída y propensa al error, o era Moira la temeraria, la más vulnerable? ¿Las dos menores estaban mejor preparadas para la batalla que venía? Mirándolas de espaldas, así lo parecía. Ofelia lucía su melenita negra azabache, su casquete de guerra, mientras que el moño de Olga muy tenso en la nuca era otro tocado bélico, junto a los pelos largos, rubio el de la mayor, pelirrojo el de Moira, en conjunto una acabada muestra de escogidas tinturas. Vanessa de pronto se volvió, como quien advierte una mirada puesta en ella, y nuestros ojos se cruzaron por un segundo, pero se giró de inmediato. Yo preferí salir a fumar, me sentía un intruso, y esperé afuera a que acabara la extraña liturgia.

Más tarde salieron, creo que con profundo alivio, las cuatro hermanas junto con Talita y su sofocante toga. Había un inclemente sol de verano. Caminamos todos hacia los estacionamientos, en silencio, no había mucho que decir, y la más incómoda, tal vez por la naturaleza de la ceremonia, era Moira, que se adelantó a las otras. Ofelia y Talita cortaron por un sendero ambas del brazo. Nos dispersamos todos y nos dirigimos en busca de la salida. Cada uno y sin despedida ninguna, montó en sus autos. La primera en marcharse fue la Dodge amarilla de Moira. La vi partir, de perfil,

oculta tras unos enormes anteojos de sol. Cuando subía a mi auto, de espaldas a todo ese movimiento, Vanessa me alcanzó. Venía con un gran ramo de flores amarillas de tallo largo en sus manos. Eran *liliums.*

—Me voy contigo —dijo, abrazada al ramo de flores, y dio la vuelta al auto para subirse por el lado del copiloto antes que lo hiciera yo —. Súbete —me ordenó ante mi perplejidad.

—Ofelia es exquisita, y además siempre se sale con la suya —sostuvo Vanessa registrando algo en su cartera. Eran sus cigarrillos. Yo encendí otro. Pulsé el CD sin fijarme y sonó "Riders on the Storm".

—No, no, por favor saca eso. No es para ahora.

No íbamos a interpretar lo que había ocurrido en la capilla, era mejor dejarlo así.

Vanessa iba con un aire perplejo, como si se viera obligada a pensar en cosas en que nunca hubiera querido pensar.

—Gracias otra vez, por traerme. Debo comprarme un auto, no puedo andar así —dijo.

—Esta escena la vivimos antes —le dije cuando entramos a la autopista donde el tráfico era descomunal—. Apenas un mes atrás.

—Apenas hace un mes. Es demasiado. Pero por favor, no me hagas hablar. No debo hablar arriba de un auto en movimiento, hablo más de la cuenta, como la otra vez.

—¿Qué hablaste de más? Nada. Nada que yo no pudiera escuchar.

—No quiero contarte más penas otra vez. Ayer te hablé lo suficiente, pero si de penas se trata, me faltó contarte otras.

—Puedes contarme lo que quieras.

—No, no es el momento... pero sí es el momento, tiene que ver con este momento. No tengo un peso, Renato, estoy en la bancarrota.

—¿Cómo? ¿Tan mal va la agencia?

—Muy mal. La agencia está quebrada, hace mucho. Hoy día es una fachada. La mantengo para no tener que quedarme en la casa. A otra que no fuera yo le iría bien, pero yo soy estúpida. Aunque solo hasta hoy. ¿Sabes? Esperaba hablar con mi papá justo antes de ayer, el día cuando recordaríamos a Bobby en El Trébol. Quería hablar con él, que me dejara las cosas en claro. Moira y yo hemos sido dejadas

muy de lado. Olga, tú sabes, la indispensable, se ha encargado de mantenerlas oscuras. Nosotras no sabemos nada de sus manejos. Lo que sí es que voy a necesitar un abogado, uno bueno, para ponerle cara a Fito, esa víbora que tiene Olga enredada al cuello.

—¿Qué me estás diciendo?

—Lo que oyes.

—¿Fito actúa como el abogado de Olga? ¿No era supuestamente el abogado de Bobby?

—Eso es un truco. Fito trabaja para Olga. Eso en las narices de Bobby. En el directorio estaban Olga y Bobby, nadie más, nosotras estábamos pintadas, más dos personas de afuera, accionistas menores. El pobre nunca hizo cuestión de las lealtades y los otros dos no las respetaron. Fito el primero. Adolfito. Fito hizo la sociedad anónima, controló la emisión de acciones. Hoy día ninguna de nosotras sabe si es dueña de cuánto y me temo que si levantamos el velo aparecerá Olga como mayoritaria.

—A Bobby no le hubiera gustado lo de Fito.

—Fito tiene acciones, te lo puedo apostar.

—El chico es un prodigio, por lo que se ve.

—Lo es.

Volvía otra vez a mi memoria la última conversación con Bobby, y si era posible que Fito supiera de su contenido, cuestión que se extendía también a Olga. ¿Sabía ella que era intención de su padre destronarla? Era de suponer que el viejo Serna en cuestiones de negocios fuera categórico y no aceptara ser contrariado y no tuviera ninguna consideración en quitarle la corona a Olga, pero era probable que la muerte de Bobby hubiera cambiado esos planes. No tenía claro si debía confiar a Vanessa las últimas confesiones de Bobby, ya que todo indicaba que Olga era imparable. Las cosas se ordenaban así de la peor manera para todos los que no fueran Olga, es decir, sus tres hermanas, y se confirmaban los presentimientos de siempre, nada distinto a lo que Bobby había dejado por escrito acerca de la tercera de ellas. Se puede decir que, al menos entre ellos, se conocían. El gran error de Bobby había sido no mantenerse todavía más lejos de todos ellos, aunque su padre quisiera tenerlo cerca, su único aliado contra las mujeres que lo cercaban. Cómo

había temido a las mujeres el pobre Serna, y probablemente no temblaba menos ante Pilar que ante Olga.

—Debes saber una cosa. Bobby me habló, no mucho antes de morir, de que tu padre le había arrojado una soga al cuello y quería ponerlo a la cabeza de la nueva sociedad anónima. Quería enderezarlo, algo así, y Bobby se retorcía, pero independiente de eso, por lo que entendí, significaba bajar a Olga del caballo. No sé si ella alcanzó a saber de esos planes o si tú sabes algo de eso.

—Nada, nada de nada, como siempre. Y ahora sabremos menos, el pobre viejo está conectado. Y si es como tú dices, el único que podría reclamar su parte era Bobby. Olga se frota las manos, no le queda nadie en el camino. Si mi pobre papá supiera todo esto... Yo se lo iba a decir ese mismo día —dijo con un suspiro.

—Pobre hombre —murmuré yo, pensando en voz alta.

—¿Mi papá?

—Tu padre. ¿Sabes cuál ha sido su pecado?

—Cuál de todos.

—No conocer a las mujeres. Todo parte por ahí.

Ella meditó un momento.

—Partiendo por Pilar.

—De ella hablo.

Se hizo un largo silencio. Vanessa se cruzó de brazos y miró largamente la ciudad pasar por su ventana.

—¿Tú crees que de no existir Raimundo Serrano en la vida de mi madre, y no haberse separado ellos, podrían haber sido felices juntos?

—De no haber sido Serrano habría sido otro. Tu padre habría sido infeliz en todo evento.

—Creo que no.

—¿No?

—No.

—Desarrolla.

—De no haber existido Serrano ella se habría conformado, habría sido una mujer de su casa.

—¿Qué? ¿Serrano es único? ¿Otro no lo habría logrado y se hubiera quedado tranquila en casa, eso dices?

—¿Sugieres que mi mamita es una ninfómana?

—No, no digo eso. Entendiste todo mal. Digo que de no haber existido el específico señor Serrano tu madre habría seguido su cacería hasta dar con uno semejante. Somos cazadores desesperados, ella no se hubiera quedado en casa como piensas tú. Somos depredadores y selectivos pero en el margen. Somos exasperantemente iguales a nosotros mismos, y lo peor es que no nos cansamos de ser nosotros mismos, aunque nos hayamos equivocado y volvamos a tropezar con una piedra más o menos parecida. A eso, supongo, se le llama genio, o carácter.

—Tú dices que es de ese tipo de mujer.

—Sí, claro, pero eso no es tan malo. Tal vez la única parte donde nuestro instinto se la juega a ciegas sea con el tipo de persona que suponemos nos conviene, la que está hecha para nosotros. Puede que sea de las ideas más tontas porque supone que nos conocemos a nosotros mismos. Tu pobre padre creyó que su tipo era una Pilar Müller, una rubia alta, y sabemos cómo resultó eso. Él estaba para señoras Blanca u otras de su tipo, pero eso no lo iba a aceptar, claro. Somos tercos.

—Entonces Pilar no se equivocó, Raimundo o uno muy parecido es el único que puede mantenerla en casa sin que salga a cazar afuera, o sea, podría existir un hombre indicado para cada una, es cosa de cazarlo. Me hace muy bien saber eso.

—Ya probaste con dos, Vanessa, y eran los dos de la misma laya. Alberto era de otra calidad, por cierto. El mismo modelo, pero más refinado. Puede ser una maldición que existan para nosotros algunos seres específicos, un otro que nos es dado, el menú se vuelve muy mezquino. Bueno, el menú nunca es muy generoso, las posibilidades son pocas.

—Tú debieras saberlo.

—Podría decir eso de Irene, que fue la mujer de mi vida, el amor único, y lo fue, pero duró demasiado poco, fue amor, enfermedad, y muerte, se confunden los tres en uno solo. Si lo ves así, tocamos solo puntos altos. No llegamos a pasar la prueba del tiempo.

—Yo no pasé ninguna prueba, reprobé en todas —dijo ella con amargura.

—¡Mierda, equivoqué la salida!

La conversación me distrajo, tomé la salida equivocada y nos encontramos bajando por Los Conquistadores.

—Me distraje.

—Pajarito.

—Quería ir al puente Suecia.

—Qué importa. Nos devolvemos.

Sabía que Vanessa quería prolongar el viaje, como que eran muy pocas las veces y las personas con quien hablar de sí misma. Sabía que estaba junto a una mujer cuyo marido, al que amaba, se había suicidado por ella, por una estúpida e innecesaria jugarreta con un escritorzuelo de cuarta. Pese a todas sus negaciones, ante la insistencia de ella de que había sido un accidente, todos sabíamos que era muy improbable que Alberto Giusti hubiera subido solo al camino de Farellones la noche de un día de semana a contemplar las estrellas, y peor, que desbarrancara en un lugar improbable. Como hubiera sido, Vanessa no podía desasirse de ese final. Sé que en adelante Vanessa había vivido con ese dolor sin hacer nada por curarlo, si es que enredarse con un hombre zafio como Martel fuese tal vez una forma de expiación y ser abandonada por él la consumación del castigo. Pero para quien no cree en los castigos y las recompensas morales, no es de suponer que con ese fracaso sin gloria Vanessa hubiera expiado nada ni aliviado su conciencia. Martel no era suficiente para eso. Era en todos los sentidos insuficiente para aligerar su alma, si es que el esfuerzo de vivir con él no la hacía más pesada.

—Al menos Pilar cazó a alguien, yo desperdicié ocho años de mi vida —dijo al cabo de un momento. Suspiró—. Más que eso, he quedado como una tonta, he hecho el ridículo, cosa que nunca me debí haber permitido.

—Ante quién. Qué te importa lo que piense el mundo.

—Me importa, y mucho. Ya estoy vieja para hacer un papelón. ¡Y por una pendeja de mierda!

—Volvemos al principio, quisiste darte un sustituto, una réplica aproximada del pobre Alberto. Tal vez ya sea la hora de pensar si el

modelo puede estar equivocado. Lo trágico en tu caso es que el modelo te amaba.

—Hoy día lo sé. Tal vez antes no lo entendí. Fue un error, no puedo equivocarme otra vez, no puedo, no tengo más chances. ¡Fueron ocho años! —dijo ella, con esa voz enronquecida, amarga, que era la suya ahora.

—Fuiste perseverante.

—Por favor, en qué —dijo alarmada.

—En no abrir los ojos, en no darte cuenta.

—Sabía que tenía que dejarlo, pero ya me había equivocado una vez, y tenía miedo de equivocarme una vez más. No estaba segura de nada. He sido una estúpida, me quedé paralizada ahí, no me atrevía a moverme, debí haber actuado, terminar con él, pero tienes que creerme, tenía miedo a equivocarme y me quedé ahí —dijo, y como en el viaje anterior, cuando volvíamos del funeral de Bobby, bajó la visera de sol y se miró en el espejuelo, con los ojos muy abiertos, como asombrada de ella misma, con las mejillas contraídas, se miró como si mirara a otra.

Había algo tardío en las emociones de Vanessa, como si hubieran estado dormidas, agazapadas en algún rincón, muy a trasmano, surgían a destiempo, en un momento en que ya no eran útiles, o quedase una pálida sombra de ellas, las que debieron impulsarla en su momento a actuar con energía para salvarse a sí misma. Tal vez eso era lo que veía en el espejuelo de la visera. Algo que ya no sería recuperado, un tramo de su vida se había consumido sin ningún esplendor, o no el que le correspondía a ella. Una errada decisión de mitad de camino había sido como tomar en la autopista la salida equivocada, como nosotros hacía un momento. Como si leyera mis pensamientos dijo:

—Tú, en cambio, estás santificado.

—¿Lo dices por Irene? Sí, pero no me puedo jactar de eso. La muerte es de ella, es su muerte.

—No tuviste que tomar ninguna decisión, como yo.

—Nada fue decisión mía, ni de ella, fue una ola que nos pasó por arriba.

—De alguna forma es una suerte no tener que tomar ninguna. ¿Pero tu chica de España no fue una decisión?

—De alguna forma he seguido en la ola, incluye a la española.

—¿No era tan alegre, tan simpática?

—Bettina fue un cometa, con una bonita cola brillante, que duró lo que duran los cometas. Yo no era para ella. Ella necesitaba un hombre distinto, uno más activo, al menos me ayudó a darme cuenta de algo que no sabía, que yo era un contemplativo.

—¡¿Tú, contemplativo?!

—Después de Irene, sí. De alguna forma me he salido del mundo y lo he mirado desde afuera. No he tenido muchas invitaciones a entrar tampoco.

—Sin conocerla, no creo que ella quisiera un hombre así o asá, seguro que lo que ella quería era simplemente un hombre que la quisiera —dijo ella muy resuelta.

Las mujeres son inteligentes por naturaleza, cuesta mucho engañarlas. Vanessa era una prueba de ello.

—No es tan simple. Había una frialdad esencial en ella, eso solo lo puede saber el que se encuentra en situación de tener que amarla. Al resto le importa un comino como sea su interior, al que debe amarla, mucho. Esa frialdad siempre estuvo ahí, y tal vez yo no era el más indicado para entibiarla ni creo que lo quisiera. Al final del día, Vanessa, el mundo es más frío de lo que pensamos.

El auto estaba colmado del fuerte aroma de los *liliums*. Antes de cruzar el puente, teníamos ante nosotros la bonita torre del Costanera Center y el horrible brutalismo de su base.

—¿Lo de ayer, lo de nosotros, fue frío para ti? —dijo de pronto, atacando por sorpresa, justo cuando tuve que hacer una maniobra peligrosa para tomar el puente Suecia.

Mientras maniobraba para zafarme de un auto que me metía la punta a la entrada del puente, sabía que no tenía respuesta para eso.

En el tiempo, puedo pensar que somos naturalmente nómades, cazadores solitarios, que tanto es el desafecto de la vida a la intemperie que hacemos cualquier cosa por un poco de amor, aun cuando sea un puñado que ni siquiera atrapamos y se nos escurre

de las manos. Ambos habíamos cazado una presa, yo la belleza inalcanzable de mi juventud, ella el enamorado de su hermana. Yo saqué mucho para mí, y creo que mucho sacó ella. La competencia entre las dos mayores de las Serna se había dado en sordina, nunca declarada, con cierto desdeñoso encono, no meramente porque Vanessa tuviera el cetro de la más bonita, sino por cuál de ellas, cada una a su manera, concitaba más atención en esta especie de pasarela que es la vida. Eran dos distintas casas de modas. Una más chic, la otra más natural. El propósito era que el "natural" ofendiera al chic de Vanessa, y viceversa. Una pugna de tendencias que se había tornado un asunto grave para ambas. Pero ahora, con el paso del tiempo, representaban con menos convicción esas tendencias, los vestidos, las tenidas, ahora colgaban en los probadores a la espera de nuevas invitaciones que no llegaban. Las invitaciones de la vida escaseaban. Moira había elegido a un chico moreno, joven y local. No sé qué buscaba Vanessa, ella se movía a tientas en medio de la niebla de su desesperación, y sus manos ciegas habían dado conmigo, como quien halla en la oscuridad la tibieza de un cuerpo. Las cosas son así, absurdas y leves, no responden a las preguntas, y el sabor del desquite con su hermana podía no responder a nada, como no fuese a sentir un sabor nuevo, el de la venganza, la más inútil de todas, la que no llega a su objeto.

—Me he sentido muy halagado —fue mi respuesta una vez que zafé de mi perseguidor, ya en el puente.

—No te lo dije para que me dijeras eso, ¡estúpido! Te lo dije para que me dijeras si yo soy fría. Algunos me lo han dicho.

—Eres muy dulce, Vanessa —le respondí.

* * *

Cuando cerré el computador sentí el timbre, largo e impaciente. Fui hasta la puerta, no alcancé a abrirla del todo y entró ella como una tromba. Se detuvo en medio del hall y se giró bruscamente. Boko estaba junto a ella y la miraba hacia arriba con la cabeza torcida.

—¡Qué hiciste, hijo de puta! ¡Por qué lo hiciste!

Yo continuaba de pie en la entrada mientras ella se precipitaba hacia el centro del living, donde se detuvo. Llevaba su kimono incendiario, un entero negro, el pelo suelto alborotado, y se diría que el entorno de sus ojos encendidos estaba más sombrío, tal vez había ocurrido el hecho improbable de que hubiera llorado. Se veía más alta, como empinada en algo y eran unos zapatos de mucho tacón.

—¡¡¡Eres un conchadetumadre, un cerdo asqueroso, hijo de puta!!! ¡¡¡Con mi hermana!!! ¡¡¡No te pudiste haber buscado a otra puta!!! ¡¡¡Te buscaste a la más puta de las putas!!!

Boko comenzó a ladrar. Lastimosamente.

—¡Cállate, Boko! Y tú, cálmate.

—¡No pienso calmarme! ¡Qué desvergüenza la tuya, y la de ella!

—Te pido que te calmes. No podemos hablar así.

—No quiero hablar contigo, no pienso hablar contigo, solo quiero decirte que te odio, que te encuentro un cerdo despreciable, qué bajeza la tuya. De ella no me extraña, la comehombres, la puta cara. ¡Qué vergüenza! ¡¿No te da vergüenza?!

—No, en absoluto. La más mínima.

—¡Qué descaro!

—No veo por qué. No te incumbe lo que pueda haber pasado entre Vanessa y yo.

Comprendía que la venganza había llegado al objeto de la venganza.

—¡Es mi hermana!

—Y qué hay con eso.

—¡No sé cómo tienes cara!

—No tengo que ocultar nada. Por favor, siéntate, y cálmate.

—No pienso sentarme.

—Siéntate, por favor.

—Cómo tienes cara para hablarme así, tan tranquilo. ¡Hijo de puta!

—No tengo ninguna razón para estar intranquilo.

Me miró fijamente, con los ojos casi redondos, y no se sentó, dejó caer el trasero en el sillón de felpa verde. Estaba abrumada.

—La única razón para estar intranquilo —continué— es que Vanessa lo malinterpretara.

—¡Además abusador!

Acerqué un sillón al que ocupaba ella.

—¿Quieres algo?

—¡Nada! ¡Matarte!

—Además de eso, te puedo traer un té.

—Dame un té.

Fui a la cocina. Aproveché el momento del hervidor para ordenar las ideas. Se había desatado la tormenta y yo estaba en medio de ella. Qué bien había hecho al alejarme tantos años de la familia Serna, lo supe temprano, que debía hacerlo, y hoy me veía sumido en el centro del Maelström, a punto de naufragar yo también. Moira surgía como una ninfa enloquecida de ese torbellino. Ese torbellino me succionaba, era el que me había hecho volver tantas veces, como un peregrino que va en busca de flagelación. De tanto mirar el abismo te conviertes en él. Pero ese abismo era ruidoso, como que hubiera una fiesta, ahí vivían esos espectros alborotadores que rompían las copas en el suelo, y el sonido de las copas rotas era una música rara. La ira de Moira era el ruido de las copas rotas, y me halagaba, como le dijera a Vanessa, pero de una forma distinta a con su hermana, ya que, hasta entonces, nada mío parecía haber afectado nunca a Moira, nunca había roto una copa por mí. Eso era todo cuanto necesitaba saber por ahora.

En su sillón, Moira estaba con ambos codos en las rodillas, los puños en la barbilla, esperando que apareciese. Me miró muy fijamente, pero esta vez como si me escudriñara.

—Eres perverso —me dijo.

—Tú sabes que no. Me hubiera gustado serlo más —dije, poniendo la bandeja en una mesita que acerqué. Ella estiró su brazo hasta su taza de té. Junto a la taza iba el whisky con hielo. Moira tomaba raramente alcohol. De muy joven unas pocas experiencias bochornosas la habían ahuyentado del alcohol y tal vez esa fuera una de las pocas decisiones racionales que había tomado en su vida.

—Quiero que me lo cuentes todo —dijo Moira con determinación.

—Creo que no hay nada que contar que no te haya contado Vanessa. Y si ella te lo contó lo sabes todo.

—Me lo contó ella —musitó.

Contra lo que muchos piensan, el mal no existe fuera de nosotros, sin nuestra participación no existiría el mal, y no es otra cosa que el daño que podemos infligirnos los unos los otros, sin rastro de misericordia. Lo entendí con tanta claridad apenas escuché las débiles palabras de Moira. Si Vanessa había arrojado el bulto a la puerta de su hermana, no es porque sintiera culpa, era porque su desesperación no tenía orillas y solo encontraba forma en el daño, aun en el que se perpetrara a sí misma y aun si reinara ella en su propia catástrofe, como reina exiliada de su propia realidad. Nadie quiere saber ni averiguar qué hizo mal como para encontrarse en el lugar inconfortable en que se halla. Vanessa tiene demasiadas cosas que olvidar.

—No te voy preguntar detalles de tu conversación con tu hermana.

—¿No quieres saber lo que me dijo? ¿No tienes la curiosidad al menos? —dijo Moira animada.

—No.

—Que eras dulce, dijo la muy puta —sostuvo Moira ladeando la cabeza.

—¡Por favor! ¡Qué es eso! No estás hablando en serio.

—No lo dije yo, lo dijo Vanessa —replicó Moira y esta vez con una casi sonrisa.

—Esto es una mala broma.

—Sí que lo es. Es patético.

Acerqué mi sillón a ella, que seguía con los codos en las rodillas y los puños tomados contra el pecho. Había recobrado la serenidad, y parecía dispuesta a escuchar. Debí hablar.

—Más allá de si te debo o no explicaciones, que no las debo, si no hubieras sido tan grosera, esa es la palabra para tu comportamiento conmigo esa mañana en El Trébol, tal vez esto no hubiera pasado. Ese mismo día no me hubiera encontrado tan solo, no habría puesto el empeño que puse en consolar a Vanessa, no nos habríamos visto ella y yo arrastrados a compensarnos de cualquier manera, la primera que teníamos a mano.

—Qué bien hablas, eres maravilloso. Ahora la culpa es mía.

—De alguna manera. En este último viaje, sin imaginar siquiera lo que pasaría con Bobby, al tanto de que Egon ya no existía, quise

acercarme más a ti, además que pensé que te encontraría sola.

—De alguna forma lo estoy —dijo ella no sin carraspear. Le fue difícil decir esas palabras.

—No lo estás, pero no voy a entrar a discutir la presencia o no de un jovencito al que le llevas más de diez años, casi quince me parece...

—Doce.

—Para mí fue una decepción. Pero la muerte de Bobby me distrajo de eso, de ti, que te tenía tan presente, aquí en mi pantalla, cuando tomé el avión a fines de octubre. No sabía qué te diría, pero algo importante te diría.

—No lo dijiste, nunca —replicó Moira muy seria.

—No tenía caso hacerlo. Entendí que tú y yo estábamos destinados a desperdiciarnos.

—Desperdiciarnos —repitió ella como para sí—. Dame un cigarrillo, por favor.

—A no coincidir con la oportunidad, o que las oportunidades tuyas y mías nunca se alinearían, como está visto que ha sido siempre.

Ella dejó pasar unos segundos sin dejar de mirarme. En esos momentos enarcaba las cejas.

—Nunca has salido de mí, siempre has estado, Renato, por lejos que te hayas ido, nunca has salido de mí del todo.

—Lo que me ha mantenido cerca de ti es la intuición, la intuición de que nos pertenecemos, sin nunca pertenecernos, pero la intuición me decía que nos perteneceríamos, algún día. No tenía en qué afirmarlo, mi intuición me lo decía, pero como idea es débil, lo sé. Mi razón me decía que nunca ocurriría, que nos perteneceríamos, y que tampoco sería bueno que ocurriera, pero mi razón casi no la uso, además que las cosas y las personas se encargan de que incluso las intuiciones se desbaraten.

—Pensabas en mí —dijo ella en voz muy baja, que cuando era baja era más grave, más gruesa, un tono que me enloquecía, como si por una vez hablara de cosas serias, tan reacia a hacerlo.

—Siempre he pensado en ti.

—Yo también en ti —murmuró ella casi con pesar.

—Yo sé que a veces pensabas en mí, y que no podías dejar demasiado tiempo sin escribirme, porque hemos sido amigos, así es como hemos elegido entendernos, como amigos, no sé si buenos amigos, quiero decir amigos leales, ya que tampoco sé si leales. Es otra cosa, ¿no? Eso tampoco lo somos.

Ella aspiró el cigarrillo, echó el humo y miró hacia arriba, al techo, suspiró, y calló. Yo esperé que hablara, sabía que quería decir algo.

—Yo pensé que te acercarías, ya que te gusta esa palabra, cuando murió Irene, que después de eso estarías cerca mío, que ese era el momento, nuestro momento, pero tú estabas vuelto hacia adentro, cerrado, a todo, salvo a Irene, que además estaba muerta, y le debías un homenaje cada día, con cada mirada fría tuya, con cada silencio, cada ensimismamiento, le rendías un homenaje a la difunta —dijo Moira con la voz ahogada ahora, como si le hubiera costado mucho pronunciar esas palabras.

—Nunca te gustó Irene, y no quiero que me lo rebatas, no es necesario. No me gustaría escucharte diciendo lo contrario.

—Ella no era para ti.

—Yo la quise mucho.

—Era imposible no sentirte lejos, muy lejos, y cuando viniste a mí después que ella murió, te sentí todavía más lejos y pensé que desde entonces siempre estarías lejos, y así fue, esa vez estuviste tres años sin aparecer por aquí y después supimos de la españolita. Una chica joven que lleva un café y que además es *runner*. ¡¿*Runner*?! ¡¿Qué es eso?! ¡Qué hacías tú con una *runner*! Con eso acabé de entender que estabas muy muy lejos.

—La vida nos lleva por los más insospechados caminos, querida mía. Además, no era *runner*, le gustaba trotar. Ofelia, que estuvo una vez con nosotros en Jávea, fue con el cuento. Le tocó una vez verla salir a trotar una mañana.

—Lo que dijo es que era vulgar. De las que andan en buzo.

—Ella es simple, no como nosotros. Es de esa clase de gente que hace y recibe poco daño.

—No como nosotros.

—Como nosotros que nos hemos hecho daño, lo peor de todo, sin desearlo, por el solo hecho de existir y estar cerca del otro y, a la

vez, estar condenados a atraerse.

Ella levantó la mirada.

—Pero yo ya no te atraigo, Renato, siento eso.

—Estás equivocada. La persona que alguna vez te fue atractiva, y ser atractivo es lo único que importa porque es el total de la persona el que nos conquista, no deja de serlo por... el paso de los años, por ejemplo. Hemos crecido juntos, para bien o para mal. No te estoy viendo ahora por primera vez.

—Si me vieras ahora por primera vez verías que no soy atractiva. Te queda el recuerdo de cuando éramos jóvenes, cuando fuimos bellos. Porque lo fuimos.

—A mi pesar, todavía lo eres.

—Para ti.

—Supongo que también para el apicultor.

—No, para él no. Yo sé que mañana se va a encontrar una chica joven y bonita y no lo voy a ver nunca más. Está de paso. Pero es bueno, es un buen chico. O no sé si sea bueno, nadie es bueno. Ya, de acuerdo, es una locura, pero hay cosas que no puedo evitar, y no sé explicarlo. Si pudiera entenderme —dijo con aflicción.

—No sé si valga la pena averiguarlo, ahora. Yo estoy fuera de tu vida, no tengo por qué juzgarte.

—¡Tú no estás fuera de mi vida! ¡Te he dicho lo contrario! Ya te lo dije. Siempre has estado en mi vida.

—No queremos morir, no es más que eso, no queremos perderlo todo. Pero ya nos perdimos.

—Estás oscuro —dijo ella después de un momento, y en sus pupilas palpitó el temor.

—Quiero decir que nos queda un poco de voluntad de vivir, solo un resto, respecto de toda la que alguna vez tuvimos. Pero nada salió como hubiéramos querido.

Ella bajó la mirada, se restregó los ojos, un gesto de ella que nunca me ha gustado, es infantil y casi grosero. Luego levantó la mirada y parpadeó hacia algún lugar impreciso.

—Si no hubiera tenido a Cirilo, todo hubiera sido distinto, para nosotros. No, no es eso. Yo lo quiero, lo adoro, pero él cambió todos los planes.

—Si no te hubieras ido a Andorra, no hubieras conocido a tu profesor de *randonnée*, si no te hubieras revolcado con él, si no tuvieras una obsesión por los ojos azules, en fin, mil cosas que son como son, que pueden ser estúpidas y mínimas, pero que estaban ahí, en ese momento, y las tomaste.

—Si tú no hubieras conocido a Irene —dijo Moira.

—Estaríamos juntos. Es lo que piensas.

—Lo he pensado, y muchas veces. Si lo piensas, si retrasábamos el reloj un año antes de mi viaje a Andorra, yo estaba ahí para ti. Aunque yo no lo supiera, pero creo que estaba para ti.

—Es que no lo sabías. Y yo sabía que no lo sabías. Si lo hubieras sabido tal vez no hubiera habido Irene porque tú sabes como el azar dispone las cosas. La despedida de un amigo que se va a estudiar afuera, un cruce de palabras con una desconocida y ya está esa persona en tu camino. Tú partiste a Andorra muy poco después de eso. Una semana antes, un día antes de la despedida del amigo yo estaba para ti. Y una semana después, podrías haberte interpuesto entre Irene y yo, y con éxito.

—Una semana después ya iba en viaje, y un mes y algo después tenía a Cirilo aquí —dijo tocándose el vientre, por lo que debió erguirse en la silla y al estirar su cuello se vio tan joven, tan hermosa; no, no es hermosa la palabra, tan magnífica, como ocurría cuando esa mujer alta como era Moira estiraba sus vértebras y no ocultaba o disimulaba su altura con posturas ingratas, por ese complejo que le venía de niña.

Con la tarde, oscurecía prematuramente en el departamento, ya que afuera todavía había sol, pero en ese interior, por las cortinas que no se descorrían por completo, avanzaban las sombras, esa luz verde de interior años cincuenta, que lo invadía todo. Moira me miró con un aire de pesadumbre.

—Tal vez nos salvamos el uno del otro —dije después de ese silencio.

—No lo creo —dijo ella, con su vocecita grave, esa que adoro.

—Tú no recuerdas quién eras en ese entonces. Hoy tu mente te hace pensar que sentías como sientes ahora. Eras muy distinta a la que estoy viendo ahora.

—¿Y no te gusta la que ves ahora?

—No es eso, tú nunca dejarás de gustarme —y la frase llegó hasta ahí porque, más allá, no tenía qué decir, pero sabía no terminaba ahí. Tal vez nunca pensé que llegaría a oír de boca de Moira lo que había oído y las delicadas inflexiones de su voz. Dudaba de la realidad de todo eso. Podían ser efusiones sentimentales, un deslizamiento de palabras involuntarias que llevan a otras, efecto de la hora, de la luz, de la tregua luego de la batalla inicial. La descarga sentimental del momento podía ser engañosa. No dudaba de la sinceridad de Moira, ni Moira de la suya, pero somos tan ligeros. No podía aceptar ningún tipo de ligereza en ese momento, por mucho que Moira me mirara con ojos de súplica y aflicción. La tarde había caído y no me animaba a prender las luces, no me animaba a nada. Podía entender que ella viera las cosas, en ese momento, de un color muy pálido, como pálida estaba ella, y la luz en el interior. Creo que Moira pensaba difusamente entre los silencios, entre las palabras. Es probable que Moira estuviese sufriendo ese dolor de sentir que no hemos sido justos, con otros, con nosotros mismos, porque no hemos sabido conocer nuestra voluntad, y en que el orgullo que nos ha sostenido se desvanece y es inútil, y la justicia que anhelamos está ya muy lejos, en un mundo que quedó atrás, sin advertirlo. Su mirada decía todo eso. Yo no sabía qué decir.

—Tú crees que nunca llegaremos a estar juntos.

Yo estaba perplejo. No supe qué decir en ese momento. No vi siquiera que tomaba su bolso y apenas la alcancé a ver de pie ante mí, mirándome con unos ojos apagados, y luego de eso abalanzándose hacia la puerta. El portazo fue estruendoso.

* * *

Todavía estaba vibrando el sonido de la puerta cuando di vuelta sobre mis pasos, me encaminé hacia el escritorio, encendí el computador y en la pantalla aparecieron los archivos.

"Solo la música me ha hecho experimentar sentimientos puros en mi vida. Fuera de ella todo es impureza. Nada más que la música le

ha dado reposo, y pasajero, a mi alma. Pasajero, puesto que acabada la música y recaído en el silencio, debo volver a encontrarme conmigo mismo, y no es placentero, y lo fue siendo cada vez menos según han pasado los años, porque el caudal de recuerdos se acrecentó, y pocos de los recuerdos son satisfactorios o estimables. Si se nos borrase la memoria y viviéramos solo el presente nos acercaríamos tal vez a algo semejante a la felicidad. Solo la música inunda tu alma, por entera, no deja espacio a más y disipa todo agobio o remordimiento. Sí, remordimientos. ¿Por qué habría yo de tenerlos? He querido ser el poeta de mi propia vida, y ¡qué trabajo he puesto en ello! He querido hacer de mi vida un poema, una obra de arte, ¿esa obra de arte está conseguida? Hace mucho, cuando jóvenes, Renato me dijo un día: «No cometas la tontería de hacer de tu vida un experimento, no se te ocurra, vas a fracasar». No lo entendí entonces, me pareció oscuro, hoy sé lo que quiso decir. Sí, que era alto el precio del privilegio de ser uno mismo, si cuantiosa era la recompensa. ¿Ha sido cuantiosa? Al menos no le he fallado en todo al viejo Fritz, y como él me hice de una segunda naturaleza, dejé atrás la primera, la que venía con mi nacimiento, la de mis padres, mi cuna, mi origen, y adquirí una nueva y propia, que me exoneraba de la desdichada carga de mi sangre, mi repudio más temprano. La segunda y nueva naturaleza era el proyecto seráfico de alcanzar una nueva verdad, mía y original, por medio del conocimiento de mi conciencia y la superación del pobre ser que habitaba dentro de mí. «El angustiar por sí mismo se convierte en alma de la filosofía», dice él. ¡Eso sí lo he conseguido, y cómo! Esa búsqueda no es sino un mar de angustia, de dolor. Dice el bueno de Epicuro, a quien debí seguir con más atención, «vana es la palabra del filósofo que no remedia una dolencia del hombre», y toda la filosofía de N. no ha hecho sino exacerbarlas, las dolencias de mi alma, mi segunda naturaleza no me ha traído más que dolor, y soledad. Si llegase a la cúspide del conocimiento de mí, a lo más alto de la columna, ¿qué encontraría allí en esas alturas? Un viento fresco y muy puro, sin duda, y soledad, y nada más que soledad. Nadie me acompañaría hasta allí, ni podría comunicar a nadie lo que vi. Es cierto que nunca he amado a la humanidad, porque no sé lo

que es eso ni he podido ser condescendiente con la mediocridad de espíritu de los otros, pero es preciso un otro, uno escogido, al que puedas contar lo que has visto. Solo ahí la visión alcanzaría su totalidad, de otro modo es fría y estéril. Me cuesta pensar hoy en cualquier filosofía o doctrina que te condene al solipsismo, y si bien N. no lo propone, la soledad como método y cuantía de tu valía no te puede llevar sino a la desesperación. Y ya es tarde, nadie te puede acompañar en esa desesperación. Verónica lo intentó, yo la expulsé del que era para mí un jardín privado, el que suponía guardaba el triunfo sobre mi conciencia, pero no lo podía comunicar, porque no existían esas palabras, no han sido creadas, no lo han sido porque no existe tal conquista si es que no la puedo comunicar a otro y el otro verla con sus ojos. No, tu propia luz no puede ser fuente de oscuridad. Nadie puede estar condenado a una soledad como la mía, por mucho incremento de vida que sí he conseguido, el guerrero de la verdad no puede estar atenazado por la pena. Quisiera impugnar al querido N. y lo haría con amor, porque lo he querido, y creo que, después de todo, nos hemos comprendido, pero la batalla ha sido infructuosa. Pero quién soy yo para impugnarlo, no tendría tampoco las fuerzas. La tarea es demasiado grande. No estaba allí lo que con denuedo busqué. Estaba el silencio, el vacío, la soledad. He fracasado, he llegado al fin, creo que, por silencioso que haya sido mi pasaje por este mundo, ese mundo estará mejor sin mí. Debo emprender el vuelo".

Cuando acabé la lectura, sentí que algo se movía en mi interior. Era un oleaje que me sacudía. Bobby había entendido al fin lo que yo también comenzaba a saber por otros caminos. Se había hecho la luz, entendía con claridad el acto final de Bobby, lo había formulado, eran sus palabras, su despedida. La alta torre, la torre de piedras colocadas con esfuerzo una sobre otra, se había venido abajo, y con su caída lo había aplastado. Pero Bobby había querido levantarse de entre esos escombros. Debía levantarse entre los escombros para emprender su vuelo final, el último, y ese volar era la muerte, subir hacia la muerte. No había otro plano más alto. Necesitaba comunicárselo a Moira, pero no solo eso, sino lo que yo también comenzaba a entender. Ya sabría formularlo, debía pensar, ponerlo

en palabras. Era mucho lo que debía decirle a Moira. Estaba excitado y salimos con Boko al parque. Con la misma claridad del texto de Bobby sabía que debía llamarla, hacerla volver. Era una intuición viva, ardiente, no podía tratarse de un error, aquí no entraba el intelecto, lo mismo que el texto, era la atmósfera total la que me embargaba. Pero ya era muy tarde para llamar. Llamaría a la mañana, más tranquilo, ella podría haber descansado.

A la mañana siguiente y habiendo dormido muy mal, tomé el teléfono y la llamé. Me contestó con una voz apagada.

—Qué quieres. Estoy en El Trébol.

—¡Qué fuiste a hacer ahí!

—Me vine a llorar.

—Tontita. Tienes que venir, debemos hablar. Nuestra conversación ayer quedó inconclusa. Te hubiera dicho otras cosas que son las que quiero que oigas ahora. Además, Bobby también tiene mucho que decirte, he encontrado algo que necesito que veas. Toma tu auto y vente, te lo suplico.

Voy, voy ahora mismo. En un poco más de una hora estaré allá. Espérame.

Me tiré en un sillón a esperar, no podía hacer nada más, ni leer, ni ocuparme en nada que no fuera esperar. Junto con sentarme y sumirme en la nube de silencio en que nos envuelve la espera —mundo en pausa— entendí que esa espera llevaba ya mucho tiempo, que había que contarla en años, largos años en que no sabía que lo estaba haciendo, tal vez había estado esperándola desde la muerte de Irene o quizás de antes, y yo mismo la había negado temiendo tal vez que el resultado de esa espera fuera el rechazo, el desengaño. Era mejor dejar el resultado en la incógnita a constatar uno adverso. Todo ello había requerido de múltiples velos con que me había cegado a la posibilidad de estar alguna vez juntos Moira y yo, esa idea que antes fuera como la proposición de un absurdo algebraico, venía de tan atrás, de tiempos tan arcanos, como aquella tarde, en mi primera visita a El Trébol, cuando como azorado debutante buscaba a Bobby en el interior de la casa, en mi calidad de forastero habitante de La Redonda, entré por sorpresa a una habitación que no estaba vacía como yo suponía, sino que un cuerpo

semidesnudo, sobre el que caían unos rayos de sol oblicuos, lo mismo que a la mitad de una cabellera encendida, correspondía vagamente a Moira, lo que no era categórico por el poderoso contraluz y la habitación que no era la suya sino que una del servicio que ya no había, el cuarto de una nana de cuando ellos eran niños, por lo que entendía, y que comunicaba con un patio donde se colgaba ropa. Antes de resolver la identidad de la figura de Moira ya se había puesto a toda carrera una polera muy pequeñita y desgarrada, dos tiras que le cubrían apenas los pechos, que venía de recoger del tendido. Cuando salió de la luz y se adentró en la sombra donde me encontraba yo, me miró fijamente, con algo reprobatorio en los ojos muy abiertos, de esas miradas que quieren ponerte en tu lugar, pero más que eso nos dicen que el otro siempre viene de otro mundo que no es el tuyo, como ese mundo del contraluz del que ella había emergido, y que hasta ese instante de la mirada te decía que tú no eras quién ella hubiera querido encontrar ahí sino otro distinto a ti, y que ella es distinta a esa que viste ayer a plena luz del día, y que nada de ella que creías conocer es verdadero porque ella es siempre otra. Pero, al segundo, esa mirada cambió, y como si hubiera levantado un velo, sus pupilas más cristalinas, las cejas alzadas, te dijo que te reconocía, que no estaba mal que fueras tú al que había encontrado ahí, que esa otra que era ella daba cuenta de tu existencia, pero que sería siempre otra para ti, y que sería ardua porque arduo era también ser ella. Inclinó levemente la cabeza, como para que yo entendiera algo, que no esperara nunca a otra que no era ella, que porfiadamente sería aquella que insistía en ser. Esa cabeza interrogativa ladeada sobre un hombro te preguntaba si eras tú de esos que van a tener una vida mediocre o estarías a su altura, una altura que era cosa magnífica y que se podía acceder a ella solo si no eras demasiado débil o demasiado sentimental. Todo eso contenía esa mirada cargada de inteligencia. Entonces pasó a mi lado, su primer enfado por el accidente de mi intrusión se había disipado y con su mano rozó coquetamente mi mejilla luego de haberla besado en la punta de sus dedos. Un momento después asomado a otra ventana la

pude ver corriendo por el pasto de la piscina con su polera desgarrada seguida de la *cocker* que se enredaba en sus pies.

Pude recordar con todo detalle, todo lo que fue revelado en ese raro instante. Fue una epifanía de que ambos perseveraríamos, que ese instante se extendería como lo ha hecho, hasta el presente, este presente henchido de nuestro pasado y de las promesas que contenía. Tal vez se cumplirían, pensaba ahora en que el pasado nos había alcanzado.

Salí a la terraza y estuve largo rato ahí, mirando hacia el parque, sintiendo que los hechos se precipitaban a mi favor, al nuestro, de Moira y mío, una sensación extraña, unas esperanzas alborotadas, convulsionadas. No sé si la esperanza tiene un rostro y si lo tuviera debe ser como el de la sonrisa del agonizante que de pronto se recupera y que siente que la muerte se aleja y que hay vida otra vez hacia adelante. Así me sentía, poseído de un extraño alborozo, como si una bruma se disipara y pudiera ver que había unos rayos de sol tras la barra de nubes, que se abrían. Y ese día había sol, y ese sol estaba conmigo.

En ese momento sonó por fin el teléfono. Debía ser llamada de ella. Fui adentro y lo tomé, miré la pantalla, era Ofelia. Una voz se oyó, pero no era una voz, era un llanto desesperado.

—¡Renato! ¡Se mató! ¡Se mató, Renato! ¡Qué dolor! En el camino. Se dio vuelta su camioneta. ¡No puedo creerlo! ¡Se dio vuelta! ¡Se mató, Renato!

Dejé el teléfono bocabajo, abierto, podía escuchar lejano el sollozo de Ofelia, el llanto de Ofelia e imaginaba la Dodge amarilla dando giros y giros por el aire.

ENCUÉNTRANOS EN...



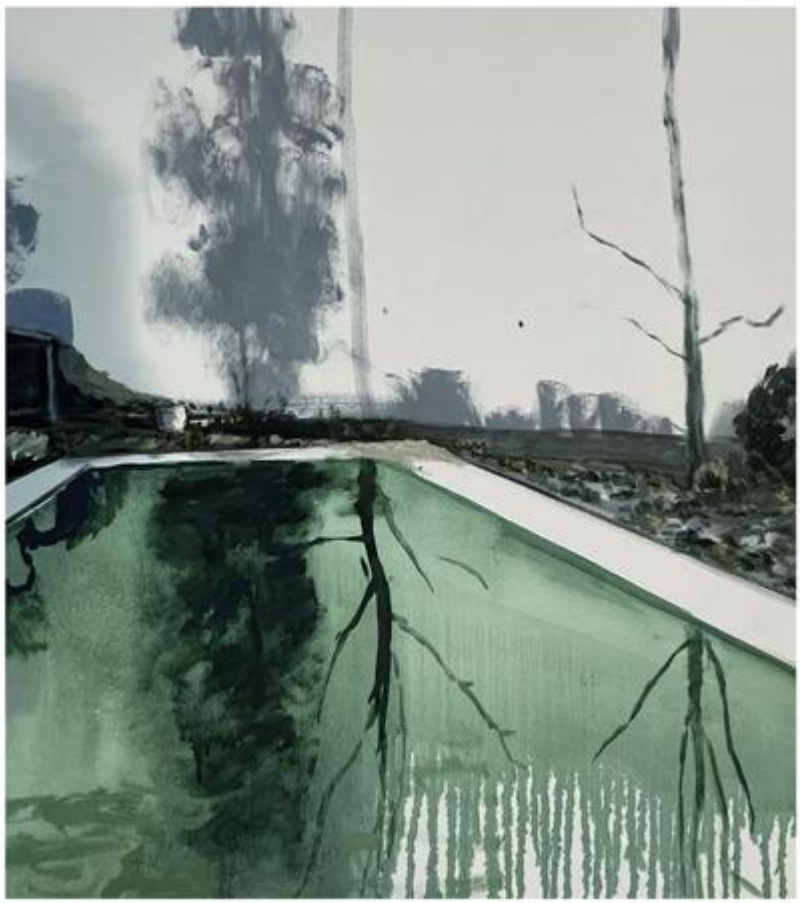
OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

Seix Barral

Matías Rivas

Referencias personales

Literatura y autobiografía



Seix Barral

Diamela Eltit

Laberintos

Escritos sobre literatura, feminismo y política



Seix Barral

Carolina Brown

Principio de incertidumbre



Seix Barral

Arianna de Sousa-García

Atrás queda la tierra



Seix Barral

Daniela Catrileo

Chilco

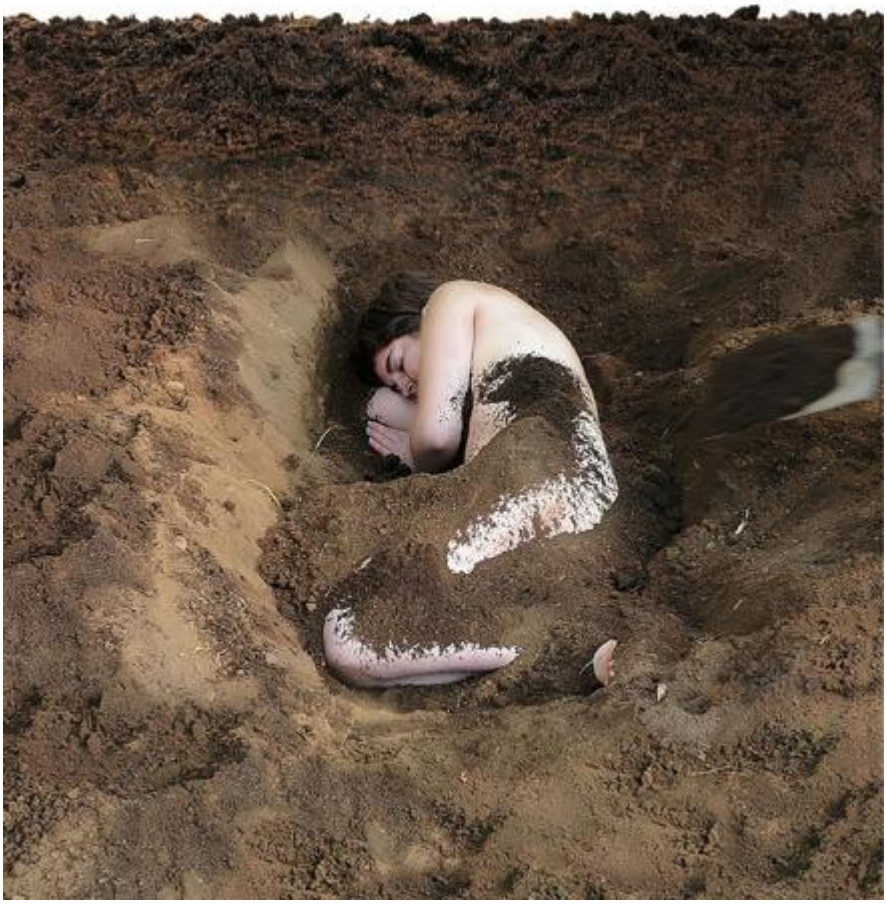


Table of Contents

Portadilla
Créditos
Primera parte
Segunda parte
Tercera parte
Cuarta parte
Encuéntranos en...
Otros títulos de la colección